Mary; Maria / Mathilda

Mary Wollstonecraft / Mary Shelley

Traducción de Íñigo Jáuregui, Cristina Suárez y Anne-Marie Lecouté

colecciónotraslatitudes

Nørdicalibros

Mary; Maria / Mathilda

Mary Wollstonecraft / Mary Shelley

Traducción de Íñigo Jáuregui, Cristina Suárez y Anne-Marie Lecouté

colecciónotraslatitudes

Nørdicalibros

MARY / MARIA / MATHILDA

Mary Wollstonecraft - Mary Shelley

Introducción de Janet Todd

Traducción de Íñigo Jáuregui, Cristina Suárez y Anne-Marie Lecouté

Nørdicaebooks
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Título original: Mary / Maria / Mathilda

© De la introducción y notas de Mary y Maria: Janet Todd, 1991

© De la traducción de Mary y Maria: Ínigo Jáuregui y Cristina Suárez

© De la traducción de Mathilda: Anne-Marie Lecouté (editorial Montesinos)

Edición en ebook: julio de 2015

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-92683-79-6

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Rodríguez

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

Introducción

Mary

Mary

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Maria

Prefacio

Prefacio de la autora

Maria

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

APÉNDICE

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Conclusión

Final

Nota de los traductores

Mathilda

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Contraportada

Mary Wollstonecraft

(Hoxton, 1759 - Londres, 1797)

Filósofa y escritora británica. Es autora, entre otras obras, de Vindicación de los derechos de la mujer (1792), considerado como el primer escrito teórico del feminismo, en el cual argumenta que las mujeres no son por naturaleza inferiores al hombre sino que parecen serlo porque no reciben la misma educación. Viajó a Francia durante la Revolución y, de vuelta a Gran Bretaña, se casó con William Godwin, uno de los precursores del movimiento anarquista. Murió tras dar a luz a una niña, Mary Shelley.

Mary Shelley

(Londres, 1797-1851)

Mary Wollstonecraft Godwin, conocida como Mary Shelley, fue una narradora, dramaturga, ensayista, filósofa y biógrafa británica, reconocida sobre todo por ser la autora de la novela gótica Frankenstein o el moderno Prometeo (1818). También editó y promocionó las obras de su esposo, el poeta romántico y filósofo Percy Bysshe Shelley. Su padre fue el filósofo político William Godwin y su madre la filósofa feminista Mary Wollstonecraft.

En Nórdica hemos publicado su novela corta Mathilda, acompañada de dos obras de su madre, Mary y Maria.

Introducción

(por Janet Todd)

En el prefacio de su primera novela, Mary (1778), Mary Wollstonecraft escribió que ninguna obra que no reflejase el alma del autor podría perdurar. En la advertencia del último libro que publicó en vida, Cartas desde Suecia (1796), afirmó que «no podía evitar convertirse continuamente en la protagonista», «la pequeña heroína de cada historia»; había intentado corregir esa falta, «si como tal ha de considerarse», pero tras fracasar en su intento había terminado por concluir que «una persona tiene derecho… a hablar de sí misma cuando puede atraer nuestra atención ganándose nuestro afecto». Después de años publicando obras de ficción como Frankenstein, que los críticos interpretaron insistentemente a partir de su biografía, Mary Shelley escribió: «Soy una gran enemiga de la costumbre imperante de exponer la vida privada ante el público».[1]

Por vez primera este libro reúne tres extraordinarios relatos de «la extraordinaria… pareja» formada por madre e hija: Mary Wollstonecraft Godwin y Mary Wollstonecraft Godwin Shelley.[2] Estas obras, Mary, o los agravios de la mujer, Maria y Mathilda no son las creaciones más logradas de ambas escritoras, pero interactuando de la forma en que lo hacen en torno a la tumba de Mary Wollstonecraft —que murió a causa de unas complicaciones tras dar a luz a su hija en 1797—, adquieren unas resonancias psicológicas y biográficas por la relación que mantienen tanto entre sí como con las experiencias de sus autoras.[3] La crítica biográfica no está de moda actualmente, pero resulta difícil no reparar en los vínculos entre vida y literatura en dos escritoras llamadas Mary; que llamaron a las heroínas de sus relatos Mary, Maria y Mathilda; que en cierto modo escribieron partes de la misma novela —puesto que la Mathilda de Mary Shelley en su versión original, «The Fields

of Fancy», era un reelaboración de un relato inacabado de su madre, «The Cave of Fancy»— y cuyas vidas se entrelazan con las de dos hombres: el filósofo y novelista William Godwin, que publicó la Maria de su mujer, pero se negó a publicar la Mathilda de su hija, y el poeta Percy Bysshe Shelley, cuyo amor por su futura mujer, Mary, creció junto a la tumba de su madre, a la que tanto admiraba. Tanto Mary como Mathilda son obras pasionales e introspectivas, vinculadas a las intensas relaciones de sus autoras, y justifican nuestro interés por ellas más allá de su acierto narrativo; al tiempo que cae a veces en los tópicos de aquel tiempo en su retrato de la heroína de clase media, Maria es una novela con más conciencia social y menos autocomplacencia, que destaca por la manera en que pasa de la experiencia inmediata de la autora a mostrar los complejos infortunios de mujeres de diferentes clases. El núcleo de las tres novelas es la exploración en torno a la identidad y a la subjetividad femeninas, atrapadas en el «círculo mágico» de la feminidad convencional y de la claustrofóbica unidad familiar.

Mary Wollstonecraft

Mary Wollstonecraft nació en 1759. Era la mayor de siete hermanos. Pronto empezó a sentir cierto resentimiento hacia su padre, que, durante su infancia, pasó de aspirante a rico granjero a convertirse en un borracho falto de dinero y, en su decadencia, a menudo trató a su mujer con desprecio. De la misma forma, Mary reprochó a su madre su sumisión ante el trato que le daba su marido y, más aún, su predilección (sancionada socialmente) por el primogénito sobre la hija mayor. La educación que recibió de esta descompensada pareja, según cuenta Godwin en sus Memorias,[4] quedó retratada en la infancia insatisfactoria de la heroína de Maria y constituye el modelo de las primeras páginas de Mary. La joven buscó consuelo de su nefasta vida familiar en intensas amistades con otras chicas en las que insistió en ocupar «el primer lugar» o ninguno. La más importante de estas amistades fue la que mantuvo con Fanny Blood, una joven distinguida pero pobre a quien desde los dieciséis años la Wollstonecraft había querido «más que a nadie

en el mundo». Desde el mismo momento en que conoció a la «esbelta y elegante» Fanny, que cuidaba de su familia en una casa vieja y ruinosa, Mary «en su corazón, le juró amistad eterna».[5]

Era una época libresca y, según las Memorias de Godwin, el encuentro de las dos jóvenes fue como el de los dos personajes centrales del Werther de Goethe,[6] en el que el héroe pasional y narcisista ama a la bella y doméstica Charlotte. A los dieciocho años, la Wollstonecraft soñaba con una vida junto a Fanny Blood y, en un intento por independizarse, dejó a su familia para trabajar como acompañante de una noble en Bath. En este elegante centro turístico se vio a sí misma como una «espectadora» de la sociedad que se negaba a «vestirse de manera llamativa» y se declaraba contraria al matrimonio.[7] No obstante, Mary sintió la llamada del deber femenino y, cuando dos años más tarde se enteró de la enfermedad de su madre, dejó su puesto para atenderla.

Tras la muerte de esta, se fue a vivir con la empobrecida familia de Fanny Blood, a la que ayudó a ganarse la vida con labores de costura. Los Blood ocupaban una posición social inferior a la de los Wollstonecraft; la hermana de Fanny posiblemente se vio obligada a ejercer la prostitución y se sabe que ingresó en el hospicio. Algunas de las experiencias de Mary durante este periodo podrían haber inspirado su retrato de la clase baja y menesterosa en Maria. Pero de nuevo su vida se vio interrumpida por las necesidades familiares. La menor de sus hermanas casadas, Eliza, había dado a luz a un niño y estaba sufriendo una depresión post-parto; Mary Wollstonecraft la consideraba una víctima del matrimonio y la rescató audazmente tanto del marido como del bebé, reconociendo no obstante la naturaleza poco convencional de su acto: «Sabía que sería... la vergonzosa incendiaria en este escandaloso asunto de una mujer que abandona a su marido», escribió a su otra hermana, Everina.[8] Cuando empleó este episodio de la esposa renegada en su última novela, decidió que la mujer se escondiera con su bebé, solo para que su marido se lo arrebatara poco después; en realidad, el niño permaneció con su padre y murió al poco tiempo.

Con Fanny y sus dos hermanas, Eliza y Everina, la Wollstonecraft planeó entonces fundar una escuela en la que todas ellas pudieran trabajar y ganarse el sustento. Fanny Blood, la más familiarizada con la pobreza, era escéptica respecto a ese plan y además deseaba casarse con un joven comerciante que por aquel entonces trabajaba en Portugal. Tras varios intentos fallidos, se inauguró la nueva escuela en Newington Green, donde la Wollstonecraft conoció a disidentes radicales como Richard Price y entró en contacto con diversas ideas políticas y sociales libertarias. Hacia esa época la relación de poder entre las dos amigas, Fanny y Mary, claramente había cambiado, pues, como escribe Godwin en sus Memorias:

El primer sentimiento con el que Mary había contemplado a su amiga era de inferioridad y veneración; pero eso, tras diez años de amistad, había cambiado considerablemente. Originalmente, Fanny se encontraba muy por delante de ella en lo referente a méritos literarios, pero esta disparidad había dejado de existir. Fuera cual fuera el esfuerzo que Mary pudiera hacer por librarse de las vanas ilusiones de la autoestima, este periodo de observación de su propia mente y de la de su amiga no pudo transcurrir sin que Mary comprendiera que había ciertas características esenciales de genialidad que ella poseía y de las que su amiga carecía. Las principales de tales características eran la fortaleza mental y una invencible grandeza de espíritu por las que, tras una breve lucha interna, Mary acostumbraba a superar las dificultades y el sufrimiento. Cualquier cosa que Mary emprendiera, seguramente la culminaría con éxito en todos los casos; y, para su espíritu altivo, apenas nada de lo que deseaba le parecía demasiado difícil de conseguir. Fanny, por el contrario, era una mujer de naturaleza tímida y poco resolutiva, acostumbrada a ceder ante las dificultades, y probablemente se enorgullecía de esta mórbida debilidad de carácter.[9]

El trabajo en Newington Green se interrumpió a finales de 1785 cuando Fanny Blood, que había contraído la tuberculosis, marchó a

Portugal para casarse; diez meses después, la Wollstonecraft partió hacia Lisboa para ayudar a su debilitada amiga durante el parto. Llegó a tiempo de ver cómo Fanny moría. Fue el final de su amistad más duradera. En su muerte, Fanny pareció recuperar para su amiga algo de su antiguo encanto y muchos años después la Wollstonecraft, al escribir sus Cartas desde Suecia, aún la sentía como una valiosa presencia: «La tumba se ha cerrado sobre una amiga querida, mi amiga de juventud; pero todavía siento su presencia y escucho el trino de su suave voz cuando me pierdo por el monte».[10]

De regreso a Londres, la Wollstonecraft encontró su escuela muy decaída, escribió un libro sobre cómo educar a las hijas y empleó el dinero que ganó en ayudar a los padres de Fanny a establecerse en Irlanda. Con pocas posibilidades de relanzar su escuela y sin deseos de seguir «viviendo con sus hermanas» que, según Godwin, no compartían su «carácter activo y su ardiente espíritu de aventura», Mary optó finalmente por un empleo propio de una señorita y se convirtió en institutriz en la finca irlandesa de lord y lady Kingsborough.

No era un puesto nada despreciable para una joven poco instruida, pero resultaba muy inapropiado para el carácter dominante e independiente de la Wollstonecraft. Mary chocó casi de inmediato con lady Kingsborough, a quien veía más como al primogénito de los Wollstonecraft que como a la titular de un privilegio injusto y corrupto. La institutriz reaccionó con un torrente de cartas que alternaban insultos, arrogancia y quejas por las numerosas fiebres y migrañas. A pesar de su desprecio por la novela sentimental femenina, que consideraba autoindulgente e insatisfactoria, ella misma comenzó a escribir una novela en esa época. La tituló Mary, a Fiction; Godwin escribió de ella: «Una parte considerable de esta historia consiste, con algunas modificaciones, en los avatares de su amistad con Fanny».[11]

Junto con dicha amistad, Mary también refleja el pasado familiar de la Wollstonecraft y su trabajo de aquel entonces. En esta novela se

atribuye a la heroína el rango social y las tierras de lady Kingsborough, pero dotándola de la sensibilidad, la inseguridad y la virtud de la autora. El personaje de la madre de Mary hereda los odiosos perritos falderos y el matrimonio de la propia madre de la Wollstonecraft con un hombre brutal, mientras que Mary —al igual que la autora— halla consuelo en la amistad con una joven refinada (aunque a la postre inadaptada) a quien ve morir en Portugal igual que la Wollstonecraft había visto morir a Fanny. En el último año de su vida, la Wollstonecraft se refirió a Mary, a Fiction, como «una obra llena de crudeza» de su primera etapa, un relato que «no pondría gustosamente… al alcance de las personas que deseo tengan de mí una buena opinión como escritora». Pero Godwin pensaba de manera distinta:

Esta obrita, si Mary no hubiera escrito nada más, hubiera servido, con unos lectores sensibles y con criterio, para determinar la magnitud de su genio. La historia es irrelevante. El que lea el libro solo en busca de peripecias probablemente lo soltará, decepcionado. Pero los sentimientos son extraordinariamente reales y sublimes; cada circunstancia se adorna con esa clase de imaginación que lleva por estandarte la delicadeza y el sentimiento. Una obra sentimental, como suele llamarse, es con demasiada frecuencia un término que designa también una obra llena de afectación. Quien imagine que los sentimientos de este libro son afectados ciertamente debería ser objeto de nuestra más profunda compasión.[12]

Mary tiene un interés considerable como obra sentimental tardía y, de hecho, algunas de las efusiones sentimentales de la heroína fueron incluidas en una antología que recogía los primores literarios de la sensibilidad. Además, esta obra tiene el valor de ser una de las primeras tentativas artísticas de retratar a una mujer intelectual y alienada, el comienzo de una línea que incluiría a las heroínas más logradas de Jane Eyre y Vilette, mujeres que intentaron seguir su propio camino en el mundo y que expresan una desdicha compleja ante su situación y ante los modelos femeninos que se les ofrecían. Como no puede ser de otra forma, el libro también es interesante por lo que tiene de autobiográfico ya que, pese a tratarse de una ficción, deja entrever la visión que la

Wollstonecraft tenía de sí como una mujer joven y también su sensación de estancamiento en su claustrofóbico mundo femenino. Resulta irónico que escribiera la novela justo antes de que se produjeran cambios trascendentales en su vida.

Solo un año después de empezar a trabajar como institutriz, Mary fue despedida por lady Kingsborough. Como alternativa a los roles femeninos habituales de la clase media (acompañante, maestra e institutriz) que ya había desempeñado, la Wollstonecraft marchó a Londres para trabajar con el editor Joseph Johnson, al que había conocido en el periodo de Newington Green. Mary pronto se convirtió en una más dentro de su «colección de autores vivos» y trabajó para él en su nueva revista, la liberal Analytical Review. Aunque exageró al escribir que sería «la primera de una nueva estirpe», lo cierto es que ese era un puesto inusual para una mujer; tanto, que resulta difícil imaginarlo al alcance de la heroína sentimental de Mary, a Fiction, la obra que la Wollstonecraft llevó consigo para su publicación. Mary llevó también el comienzo de un cuento titulado «The Cave of Fancy», que «más tarde creyó conveniente dejar inacabado».

Durante los meses siguientes, la Wollstonecraft redactó numerosas reseñas, especialmente de novelas y obras de pedagogía, empezó a escribir un libro de cuentos para niños y tradujo de lenguas que apenas conocía. En las cenas que daba Johnson, Mary conoció a muchos literatos y literatas, como William Blake, Thomas Paine, Anna Laetitia Barbauld y, de forma breve y en un momento poco propicio, a William Godwin. Sus periodos de melancolía continuaron, pero por entonces la Wollstonecraft empezaba a dudar del valor de la dolorosa y apreciada sensibilidad tan ensalzada en Mary, a Fiction, como «el fundamento de toda nuestra felicidad». Le preocupaba la relación que solía establecerse entre las mujeres y los sentimientos extremados, al considerarla una trampa que las animaba a contentarse con visiones románticas y reconfortantes que ocultaban una realidad de subordinación política.

La oportunidad de expresar estas dudas llegó con los

acontecimientos que tuvieron lugar en Inglaterra después de la Revolución francesa. En 1790, con su Vindicación de los derechos del hombre, la Wollstonecraft entró de lleno en la controversia pública acerca de la importancia general, política y social de la Revolución, iniciada por su viejo amigo de Newington Green, Richard Price; un año después, hizo extensivos sus principios libertarios a su propio sexo en su Vindicación de los derechos de la mujer. En ambas obras, culpa a las mujeres por aceptar imágenes degradantes de sí mismas, disfrutar de la vana galantería del cortejo y confiar en la sensibilidad y en los deseos amorosos de los hombres en lugar de luchar por mejorar intelectualmente ellas mismas, lo cual por sí solo permitiría progresar a la sociedad en su conjunto: «Quiero al hombre como mi compañero; mas su cetro, real o usurpado, no tiene jurisdicción sobre mí», declaró.[13]

Desgraciadamente, mientras escribía su racional Vindicación…, ella misma experimentó la primera pasión «irracional» de su vida de la que tenemos constancia: la que sintió por un compañero de Analytical, el pintor y filósofo bisexual, recientemente casado, Henry Fuseli, por el que sintió, en palabras de Godwin, un «amor platónico»: «El placer del que disfrutaba en su compañía, ella lo transfirió por asociación a su persona».[14] Hasta ese momento, Mary parecía representar a La nueva Eloísa[15] rousseauniana, más que a El joven Werther de Goethe, y vislumbraba una versión en la vida real del cautivador trío de amantes, Saint-Preux, Julie y la apasionada amiga, Claire. Mary propuso a los Fuseli un ménage à trois, con ella en el papel de amiga intelectual, pero la esposa rechazó su propuesta por la cuestión carnal.

Tras esta negativa, la Wollstonecraft marchó sola a París, adonde llegó a finales de 1792, en las postrimerías del periodo de moderación política. Vio al rey asistir al juicio que desembocaría en su muerte, y el dramatismo de ese suceso y su propio aislamiento la hicieron dudar; durante un tiempo cuestionó sus convicciones sobre la conveniencia de la Revolución y sus creencias en el perfeccionamiento de la sociedad a través de la acción política y de la razón. Su aislamiento la hizo igualmente vulnerable en el plano

personal, y pronto encontró un sucesor a Fuseli: Gilbert Imlay, un emprendedor expatriado de Nueva Jersey con ideas románticas y revolucionarias.

La Wollstonecraft vio en Imlay al apuesto Saint-Preux, el amante de la heroína rousseauniana. Virginia Woolf describió esta situación desde el punto de vista masculino (algo inusual en ella): «Buscando pececillos, había pescado un delfín». No obstante, Godwin, empleando otra imagen del reino animal, se centró en la mujer: consideró este periodo como un momento de despertar sexual y estableció una comparación de la que más tarde se apropiaría Shelley para describir un periodo de despertar político: ella era una «serpiente sobre una roca, que muda de piel y vuelve a aparecer con el brillo, el esplendor y la elástica agilidad de su edad más dichosa».[16] A todo esto le siguió un breve idilio durante el cual la Wollstonecraft, por su condición de inglesa, fue obligada a trasladarse de París a Neuilly; desde allí consiguió encontrarse con Imlay en la barrera, un puesto de peaje en las murallas de París. La niña que nació entonces se llamó Fanny en recuerdo de su amiga fallecida.

La relación de la Wollstonecraft e Imlay pronto degeneró en una historia de dependencia y reproches. Pese a su rotunda afirmación de la independencia femenina en Los derechos de la mujer, Mary se describía a sí misma como tirando «algunos zarcillos para aferrarse al olmo en el que deseaba reposar», e insistía en que no era ninguna «planta parásita».[17] Al mismo tiempo, se mostraba crítica con las operaciones comerciales y con los socios de Imlay. Pronto, las ausencias de este se hicieron más largas y frecuentes. El transcurso de esta relación turbulenta y dolorosa quedó registrado en las cartas publicadas por Godwin tras la muerte de Mary, pero algo de la embriagadora excitación de un amor en medio del aislamiento social como el que la autora debió de experimentar en la Francia revolucionaria se reflejó en Maria, que describe una pasión que se desarrolla en la atmósfera casi carcelaria de un manicomio.

De vuelta a Londres, en abril de 1795, y consciente por momentos de la indiferencia de Imlay, la Wollstonecraft intentó suicidarse, probablemente con una sobredosis de láudano, un método utilizado posteriormente por la heroína de Maria. Durante esos infortunados meses Mary desairó a sus menesterosas hermanas diciéndoles que no esperaran nunca un futuro juntas ahora que ella llevaba vida de casada. La brecha que se abrió con ellas nunca se cerró por completo y pudo haber afectado a la relación de estas con su hija mayor veinte años después. Entretanto, la reacción de Imlay al intento de suicidio de Mary fue la propuesta, rápidamente aceptada, de enviar a madre e hija a Escandinavia bajo el pretexto de sus asuntos legales y mercantiles. En Cartas desde Suecia la esperanza de una reconciliación con Imlay a su vuelta impregna la visión romántica de sí misma que la Wollstonecraft creó con el trasfondo del agreste paisaje escandinavo; aunque hay mucho de política y economía en este libro publicado meses después de su regreso, fue la imagen de la mujer melancólica y solitaria la que emocionó singularmente a su hija Mary Shelley, asidua lectora de esta obra.

A su regreso a Londres la Wollstonecraft no encontró a Imlay, y pronto descubrió que vivía con otra mujer. Su reacción fue un intento más serio de suicidio en octubre de 1795, cuando empapó sus ropas en la lluvia y saltó por el puente Putney. La rescataron del río en estado inconsciente.

Con el tiempo, la Wollstonecraft superó la marcha de su amante, retomó su labor como reseñista y recuperó el contacto con William Godwin, famoso en aquel entonces como crítico del matrimonio y de otras instituciones sociales represivas. La relación amorosa subsiguiente fue equitativa, al no ser ninguno de los dos «el agente o el paciente, el cazador o la presa», y al estar dispuesto Godwin, como el héroe de Mary, a Fiction, a amar de acuerdo con la sensibilidad romántica que vio revelada, en su caso, en las recientemente publicadas Cartas desde Suecia.[18] La iniciativa sexual pareció correr a cargo de la Wollstonecraft, pero quizá el método anticonceptivo insatisfactorio haya de atribuírsele a Godwin; poco después, Mary se quedaba embarazada de nuevo y, puesto que no

deseaba otro hijo ilegítimo, sugirió la idea del matrimonio pese a las declaraciones públicas de Godwin.[19] La pareja se casó en St. Pancras el 29 de marzo de 1797, aunque llevaron vidas separadas.

La Wollstonecraft ya estaba trabajando en Maria, en cierto modo una respuesta a la sentimental pero sexualmente recelosa Mary y en otro sentido una continuación de la Vindicación de los derechos de la mujer, que pretendía generalizar y mejorar la situación y el estatus del sexo femenino. Mary (como Mathilda después) fue escrita apresuradamente bajo la influencia de intensas emociones, pero Maria —que presentaba las historias de varias mujeres de diferentes clases, todas ellas víctimas de la discriminación social bajo el poder de instituciones patriarcales— fue elaborada lentamente y sufrió varias reescrituras, según Godwin, puesto que la Wollstonecraft trabajó en ella «durante más de doce meses antes de su muerte».[20] Pese a los esfuerzos por dar a la historia un carácter universal, la heroína principal de la novela tiene una infancia emocional muy parecida a la de su creadora y ama la figura de Imlay, aquí representada en el personaje del Saint-Preux de Rousseau, sobre el que la heroína lee en la celda del manicomio. Puesto que Maria ya está casada, su amor sexualmente satisfecho por el héroe se convierte en un alegato a favor de una mayor libertad sexual para las mujeres y de un mayor control sobre sus propias vidas. Aunque en el final suicida el romance sigue el mismo curso que su relación con Imlay, algunos pasajes pudieron estar inspirados en su nueva relación con Godwin que él mismo describió en sus Memorias:

Mary reclinó la cabeza sobre el hombro de su amante, con la esperanza de encontrar un corazón con el que poder preservar su mundo afectivo, con miedo de cometer un error y sin embargo, y a pesar de su triste experiencia, llena de esa generosa confianza que nunca se extingue en las grandes almas.[21]

Desgraciadamente, la opinión pública evolucionaba en contra de las

formas de vida innovadoras y de las manifestaciones explícitas del deseo femenino. El libro, secundado por las revelaciones que la Wollstonecraft hizo sobre su propia y anticonvencional vida en sus Memorias, publicadas también en 1798, se convirtió en una especie de cuento cautelar para el resto de mujeres. Una antigua admiradora de la racional Vindicación de los derechos de la mujer, Amelia Opie, escribió Adeline Mowbray (1804) para poner de manifiesto los peligros de ideas de liberación sexual femenina como las propuestas por la Wollstonecraft; en 1811, la joven Harriet Westbrook envió el libro de Opie a Shelley, conocido admirador de la Wollstonecraft, posiblemente como parte de su estrategia para calmar su ardor sexual en el matrimonio.

Mary Wollstonecraft murió en septiembre de 1797 después de dar a luz; uno de sus muchos críticos afirmó que su muerte era un argumento contra las doctrinas de sus obras, puesto que «delimitaba muy claramente la distinción de los sexos, señalando el destino de las mujeres y las enfermedades a las que eran particularmente propensas».[22] Fue enterrada en St. Pancras, donde se había casado cinco meses antes. Godwin alivió su dolor escribiendo las Memorias de su mujer, que escandalizaron a la nación con su firme aceptación de la heterodoxa vida de la escritora, y publicando sus Obras póstumas, incluyendo la inacabada Maria y «The Cave of Fancy». En estas últimas hizo a los lectores la misma petición que les había hecho en las Memorias con ocasión de la primera novela de su mujer, Mary: que se dispusieran a leer esta obra con sensibilidad generosa y no de manera crítica y «fastidiosa».

Mary Shelley

La hija, que tenía dos semanas cuando su madre murió, se llamó Mary en recuerdo de esta; Godwin se quedaba a cargo de dos hijas huérfanas de madre, Fanny y Mary, por las que sentía una mezcla de ansiedad y afecto. Inicialmente, al bebé lo crio Maria Reveley, una amiga casada de Godwin y la Wollstonecraft.

Pese a su buena predisposición, Godwin pronto comprendió que el hecho de escribir con interrupciones ponía a prueba su paciencia con las niñas: «Cuando Fanny interrumpe mi lectura pidiéndome que la ponga sobre mis rodillas y le cuente un cuento, confieso que debo controlar mi genio», confesó al poeta Coleridge, y «Cuando el llanto ensordecedor de la pequeña Mary invade la casa, amenazando con hacer estallar las ventanas, sucumbo a un pánico irracional».[23] Por lo tanto, pese a su devoción por Mary Wollstonecraft, cuyo retrato colgaba de la pared de su estudio, y pese al hecho de que contemplaba el matrimonio con una bien fundada «aprensión», pues lo consideraba «la peor de las propiedades», pronto empezó a buscar una nueva esposa para aligerar la «tiranía que me imponen estas crías». Tras ser rechazado por varias mujeres que cumplían los requisitos necesarios para esta tarea, incluida la propia Maria Reveley —que había enviudado recientemente—, Godwin fue descubierto por una «viuda» con dos hijos ilegítimos, Charles y Claire; un hijo, William, nacería posteriormente de esta pareja; Mary tenía cuatro años cuando se constituyó la nueva familia.

Se aceptó a Fanny Imlay como parte de esta, aunque parece que no tardaron en decirle quién era su verdadero padre. Conforme fue creciendo, Godwin apreció la ayuda que prestaba en casa y elogió su «gran memoria» y su temperamento afectuoso. Pero se mostraba claro en cuanto a los méritos de las dos niñas a su cargo: «Mi pequeña tiene una capacidad considerablemente superior a la hija que había tenido anteriormente su madre», escribió, y «es, creo, muy agraciada».[24]

Godwin y Mary tuvieron fama de estar muy unidos y Mary posteriormente confesó su «apego excesivo» a su padre durante su infancia. Inevitablemente, hubo tensiones, a pesar de todo: «Si [un padre] tiene otros asuntos y aficiones en que ocupar la mayor parte de su tiempo, la manera en que expresa sus deseos y órdenes suele ser algo sentenciosa y autoritaria...».[25] Pero no fue el suyo un hogar

represivo, y Mary estuvo en contacto con personas e ideas del mundo intelectual desde muy temprana edad; pese a no recibir la educación reglada que se les daba a los chicos y aunque nadie tuvo tiempo para seguir el sistema racional de educación femenina de Mary Wollstonecraft, su joven hija siempre encontró estímulos para leer abundantemente y, finalmente, para escribir y publicar sus obras.

La segunda señora Godwin nunca gozó del favor de Mary, quien la describió intempestivamente como «odiosa» y «sucia», ni del de muchos de los amigos de Godwin, uno de los cuales la llamó «esa zorra infernal». Mary solía retirarse al cementerio de St. Pancras a leer junto a la tumba de su madre. Las disputas entre Mary y su madrastra se hicieron tan frecuentes que, cuando Mary cumplió catorce años, Godwin la envió a Escocia para que pasara cinco meses con la familia de un amigo. Allí quedó profundamente impresionada por el paisaje escocés, que posteriormente se describiría en Mathilda como «el escenario salvaje de este maravilloso país».

El dinero no sobraba en el hogar de los Godwin, pese a los esfuerzos de este para escribir y vender libros. De manera que fue todo un golpe de suerte que el joven Percy Bysshe Shelley, heredero de una fortuna que parecía dispuesto a hipotecar en beneficio de otros, llegara a esa casa lleno de admiración por el Godwin radical de la década de 1790 y por su primera esposa, Mary Wollstonecraft; el propio Shelley tenía esposa, Harriet, y un hijo. En su primera visita a los Godwin solo coincidió con Fanny Imlay, pues Mary estaba en Escocia, pero con el tiempo conocería a las tres jóvenes; todas ellas, según Godwin, se prendaron igualmente de él. En 1814, mientras Fanny estaba en Gales para visitar a las hermanas de su madre y Harriet se encontraba fuera con su bebé, una peculiar intimidad empezó a crecer entre Shelley y Mary, que por entonces contaba dieciséis años. Ambos visitaron la tumba de Mary Wollstonecraft, en la que Shelley revistió a la hija del «resplandor no profanado» de la «gloria moribunda» de su madre, tal como lo expresaría más tarde en las estrofas de la dedicatoria de La revuelta del Islam. Pronto la

ausente Harriet se convirtió en un cuerpo muerto que lastraba su alma llena de vida.

Cuando Shelley informó a Godwin de su nueva pasión, se encontró más con el padre que con el filósofo radical que una vez había afirmado: «Los impulsos del corazón no pueden someterse ni dirigirse con escuadra y cartabón». En respuesta a la indignación de Godwin, la Shelley amenazó con pactos suicidas y expresiones de histeria; poco después la joven pareja se fugó al continente llevándose a Claire. El público disfrutó con el escándalo y se dijo que el viejo radical había vendido a sus hijas al heredero de un noble. La desaprobación de Godwin ensombrecería los años siguientes de Mary, aunque ella frecuentemente intentase aplacar a su padre con cartas, una dedicatoria y llamando a su hijo William, como él.

Pocos meses después, por la época en que el trío regresó a Inglaterra sin dinero, Mary, como Harriet, estaba embarazada. Nació una niña, que murió al poco tiempo, pero un hijo, William, nacido en enero de 1816, sobrevivió. Ese mismo año, Shelley, Mary, Claire y el bebé partieron hacia Suiza donde coincidieron con lord Byron, con quien Claire había iniciado una relación. Fue un verano célebre para el Romanticismo inglés, pero para Fanny Imlay, abandonada junto a los Godwin, resultó un periodo insoportable. Había cumplido veintiún años y se sentía una carga en un hogar donde se pasaban estrecheces y al que probablemente tanto ella como la señora Godwin pensaban que tenía poco derecho. Entretanto, el escándalo de los Godwin, que tanto recuerda a los escándalos anteriores de su hermana en la década de 1790, aparentemente bastó a las tías Wollstonecraft para anular su previa y afectuosa invitación a Fanny para incorporarse a su escuela en Irlanda. Tras estos desaires, Fanny dejó el hogar de los Godwin y viajó a Swansea, donde tomó una sobredosis de láudano. En su suicidio, dejó una nota con el nombre arrancado, quizá por la propia Fanny, quizá por los criados de la posada en su deseo de evitar escándalos, quizá por Shelley, que había vuelto de Suiza, o quizá por un enviado de Godwin, a quien una noticia en el

periódico había alertado sobre el suicidio. Temiendo un escándalo mayor, Godwin ordenó a Shelley no reclamar el cadáver (ceñido por un corsé con las iniciales MW) y él mismo se encargó de que «nadie en nuestra casa tenga el menor miedo a la verdad».[26]

Tras la muerte de su hermanastra, Mary pasó un «día terrible», pero siguió escribiendo Frankenstein, mientras que Shelley reaccionó escribiendo poesías en las que parecía admitir que Fanny había muerto de amor por él. Pocas semanas después, Harriet Shelley siguió el ejemplo de Fanny y se suicidó ahogándose en Londres, igual que Mary Wollstonecraft. Mary y Percy Shelley ya podían casarse, para satisfacción de los Godwin. En septiembre de 1817 nació la pequeña Clara y en marzo del año siguiente los Shelley y Claire estaban deseando abandonar de nuevo Inglaterra. El grupo partió hacia Italia. Viajaron incesantemente por todo el país hasta que en septiembre de 1818 Shelley exigió a Mary y a la pequeña Clara, que estaba enferma por entonces, hacer un imprudente y apresurado viaje a Venecia. Al llegar, la pequeña murió con convulsiones en los brazos de su madre. Menos de doce meses después, en junio de 1819, en una Roma insalubre donde los Shelley permanecían para que los retrataran, su último hijo, William, murió.

Nuevamente embarazada, Mary reaccionó ante todas estas muertes con una inhibición sexual y psicológica, en la que los muchos suicidios que había contemplado recientemente debieron de atormentarla. Se imaginó su propia tumba y afirmó que «todo en esta tierra ha perdido interés para mí».[27] Percy Shelley le recriminó su frialdad durante ese periodo: «Has huido, has recorrido el lóbrego camino / que lleva a la morada más oscura del dolor» para sentarse sola «ante el fuego de la pálida desesperación»; posteriormente, en su poema «Epipsychidion» (1821), la describiría como «la gélida y frígida luna» que lo lleva a un «frígido y gélido lecho».[28] Mary Shelley reaccionó con culpa y amargura, y en una carta escribió: «Vinimos a Italia pensando que sería bueno para la salud de Shelley, pero el clima de ningún modo es lo bastante cálido para resultarle beneficioso, e incluso ha acabado con mis dos

hijos».[29] En agosto había empezado a escribir lo que más tarde sería Mathilda, cuya primera versión comenzaba así: «Fue en Roma... donde sufrí la desventura que me dejó sumida en la desgracia y la desesperación».[30]

En Mathilda, el egoísta héroe-amante-padre se suicida ahogándose en el mar y la heroína, pese a la aparición de un poeta sensible y encantador, vive retirada y anhelando la muerte, lo que recuerda bastante a la Mary del final de Mary, a Fiction cuando, abandonada por sus amigos más queridos, ha de enfrentarse a los requerimientos sexuales de un marido no deseado. Inicialmente parece que Mary Shelley, traumatizada por esas muertes, había convertido su inhibición sexual en una alegoría en la que la causa de aquel retraimiento era el amor obsesivo por su padre. Ciertamente, el recuerdo de Godwin estaba fresco en su mente, pues tanto Mary como Percy Shelley creían que las insensibles cartas de esa época, en las que Godwin afirmaba que los familiares de Mary «dejarían de quererla» si continuaba llorando autocompasivamente por sus hijos, habían intensificado su dolor. No obstante, la obra es psicológicamente más compleja de lo que sugeriría la simple identificación entre Godwin y el padre de Mathilda, y el trío poeta-padre-heroína refleja muchos aspectos de las cambiantes relaciones entre los Godwin y los Shelley. De manera oportuna, en mayo de 1820 Mary mandó la obra de vuelta a Inglaterra para su publicación por medio de su amiga Maria Gisborne, cuyo nombre de soltera era Maria Reveley, la mujer que Godwin había querido que ocupara el lugar de su madre.

Cuando recibió la obra, lo que impactó primordialmente a Godwin no fue su complejidad, sino su planteamiento explícito de un incesto imaginado. Según Maria Gisborne, a Godwin el tema de la pasión entre padre e hija le pareció «repugnante y detestable» y dijo que el libro no podía publicarse sin un prefacio donde se afirmara que Mathilda no había cometido incesto, aunque «uno nunca puede saber con certeza lo que un autor de la nueva escuela puede considerar pecado».[31] Se negó a publicar la obra, aunque se había apresurado a editar el libro igualmente escandaloso de su madre

sobre el adulterio, Maria, y no devolvió el manuscrito a su hija pese a sus numerosos ruegos de que así lo hiciera. La novela se publicó por primera vez en 1959.

Así como la vida de Mary Wollstonecraft finalmente no siguió el camino trazado al final de la autobiográfica Mary, a Fiction, la vida de Mary Shelley tampoco se deterioró del modo en que lo hizo la de la heroína de Mathilda. Posteriormente admitió que escribir esta obra había mitigado su «sufrimiento» durante un tiempo. En noviembre, mientras la revisaba, dio a luz a su último hijo, Percy Florence, el único que llegó a la edad adulta, a quien llamaron así por el marido de Mary, y no por su padre. Apenas tres años después, el 8 de julio de 1822, Percy Shelley se ahogó en la costa italiana. Mary inmediatamente recordó su premonición de este suceso en el ahogamiento del padre-amante en Mathilda: se describe a sí misma «dirigiéndose (como Mathilda) hacia el mar para descubrir si estábamos condenados a sufrir para siempre», mientras escribía a Maria Gisborne que «Mathilda anticipa incluso muchas pequeñas circunstancias extraordinariamente verídicas, y el conjunto de todas ellas es un monumento de lo que ocurre ahora».[32]

Correspondencias

La primera versión de Mathilda continúa una de las primeras obras inacabadas de Mary Wollstonecraft, el relato fantástico «The Cave of Fancy», perteneciente al periodo en el que escribió Mary, durante el cual la Wollstonecraft estaba dominada por su fe en la importancia de la sensibilidad femenina. En este fragmento, una joven, hija de una madre anodina, se queda huérfana como consecuencia de un naufragio en unas costas salvajes. Un sabio anciano y solitario educa a la joven empleando visiones en sus lecciones y conjurando a obedientes espectros del purgatorio para que cuenten sus historias morales y edificantes. Solo una de estas historias llegó a escribirse, y habla de una joven compasiva y

dotada —como la Mary real y la ficticia— de una gran sensibilidad; su excelsa «imaginación… ignoraba los placeres cotidianos de la vida» y anhelaba «superar» a sus contemporáneos «en sabiduría y virtud».[33] Como la Mary Wollstonecraft de las Memorias de Godwin, la heroína se sacrifica por su madre oprimida y empujada a la ruina por un marido débil y extravagante; posteriormente, al contrario que la heroína de Maria, pero igual que la de Mary, la joven resiste a una pasión adúltera. En «Fields of Fancy» Mary Shelley tomó las líneas maestras del relato de su madre «The Cave of Fancy» y creó a Mathilda, que había ido a parar a los Campos Elíseos después de suicidarse; Mathilda cuenta al narrador su experiencia de anhelos adolescentes y pasión irracional.

El de Mathilda es un nombre común en la literatura. Se había empleado muy pocos años atrás en las novelas góticas de Horace Walpole (en El castillo de Otranto, [1765]), de la propia Shelley (en Zastrozzi, [1810]), y de Matthew Lewis (en El monje, [1796]), quien también visitó a Byron en el verano de 1816. En El monje, Mathilda es una seductora que resulta ser un diablo pero, antes de que esto se sepa, parece una mujer abandonada cuyo dolor recuerda en cierta medida a la heroína melancólica de Walpole, asesinada accidentalmente por su padre mientras este persigue incestuosamente a su amiga, su deseada hijastra. En la novela de Mary Shelley, la propia heroína menciona a una Mathilda anterior, la de las páginas finales del Purgatorio de Dante que Shelley probablemente estaba traduciendo por aquella época; esta bella mujer, que aparentemente simboliza la justicia y la inocencia originales, guía a Dante a través del Paraíso Terrenal cuando Virgilio deja de hacerlo. Ella lo conduce a las aguas del olvido y el recuerdo y lo ayuda a volverse «puro y digno de subir a las estrellas»; después, lo lleva de la mano al Paraíso junto a la divina Beatriz. Mary Shelley estaba leyendo el Purgatorio en febrero y agosto de 1819, antes y después de la muerte de su hijo; en la novela, Mathilda cita esa obra justo antes de morir, y espera ser transportada a «algún dulce Paraíso» —que recuerda por su liberación del amor carnal al mundo de Mary Wollstonecraft—, donde «no existe el matrimonio, ni se da en matrimonio» al final de Mary, a Fiction.

En sus Cartas desde Suecia la Wollstonecraft había añadido otra Mathilda a esta lista. Esta obra, que el matrimonio Shelley releía con frecuencia, debió inspirar a Mary Shelley el tratamiento romántico de la desolada naturaleza escocesa y sus reminiscencias de desolación psicológica presentes en Mathilda. La trágica historia de la Mathilda de la Wollstonecraft había impresionado a la autora en su viaje escandinavo. A esta Mathilda, hermana de Jorge III, la habían casado a los quince años con el desequilibrado y sádico Christian VII, rey de Dinamarca; la joven inició un romance con el médico del rey, con quien gobernó Dinamarca durante muchos años y ayudó a implantar reformas liberales; después de que su amante fuera decapitado, huyó para morir con apenas veinticuatro años. Con su vida breve y melancólica, sus ideas liberales y su superioridad sobre quienes la rodeaban, Mathilda se convirtió en una especie de alter ego para la depresiva y moralista Wollstonecraft en la atrasada Escandinavia.

En Mathilda las alusiones a Mary Wollstonecraft no se limitan a los nombres, la forma o la fábula; la madre de Mathilda, que murió en el parto, se presenta como un retrato muy idealizado de Mary Wollstonecraft, dado su carácter «amable» y «angelical». También se la dotó de un entendimiento «firme y claro», calificado de «masculino» en «The Fields of Fancy», un epíteto frecuentemente aplicado a la Wollstonecraft. En «The Fields of Fancy», Diotima, la guía hacia la Verdad, nos ofrece otro retrato de su difunta madre: «Una mujer de unos cuarenta años, sus ojos brillan con un intenso fuego y cada línea de su rostro expresa entusiasmo y sabiduría». De manera muy significativa, la Mathilda de Mary Shelley emplea las palabras fatales que la propia Wollstonecraft había utilizado en su relato. Por extraño que parezca, estas palabras resonaron a lo largo de las vidas de tres generaciones de mujeres que intentaron aunar, tanto en la ficción como en la vida real, el sufrimiento y la muerte con la paciencia y la aceptación.

En las Memorias, Godwin escribe que las palabras finales de la

madre de Mary Wollstonecraft fueron: «Un poco de paciencia y todo habrá terminado». Él mismo apunta que «Mary se refirió repetidamente a estas palabras a lo largo de sus obras».[34] En Maria, la madre de la heroína, en el momento de su muerte, emplea casi esa misma expresión: «Un poco más de paciencia y al fin podré descansar», y sus frases siguen resonando «tristemente» en los oídos de su hija.[35] Al final de la vida de la Wollstonecraft, cuando estaba de parto, escribió que la comadrona la había encontrado en perfecto estado, pero añadió «que debía tener un poco de paciencia».[36] Así pues, no son pocas las implicaciones cuando Mathilda, que ofrece un vaso de láudano al poeta con quien pretende consumar un pacto suicida, pronuncia estas palabras subrayadas por la autora: «Un poco de paciencia y todo habrá terminado».

No era la primera vez que Mary Shelley había hecho que un personaje intentase afrontar la muerte con «paciencia», y la otra circunstancia apunta de nuevo a la vida de la familia Godwin-Wollstonecraft. Esa palabra se emplea en Frankenstein, en boca de Justine, una joven buena y agradecida, odiada por su madre, y a la que llevan al hogar de Frankenstein, donde la tratan como hija y criada a partes iguales. Justine es acusada de la muerte del pequeño William, obra del monstruo, y antes de ser ajusticiada le dice a la hija favorita de la familia: «Aprenda de mí, querida señora, a aceptar con paciencia los designios del Cielo». La historia de Justine aparece en el capítulo V de Frankenstein, revisado justo después de que Fanny Imlay se suicidara, y en la acusación injustificada que sufre Justine, a pesar de su bondad, hay algo que recuerda inevitablemente a la acusación que la segunda señora Godwin aparentemente hizo contra Fanny durante la desgracia de Mary y Claire. La suicida Mathilda tiene poco más de veinte años, igual que Mary Shelley cuando escribió su novela y la misma edad de Fanny cuando se suicidó. Dada la clara relación de Fanny tanto con Godwin como con Shelley, no parece descabellado ver algún rastro de su vida y muerte trágicas en la ficción de su hermanastra.

La relación claramente no resuelta de la propia Mary Shelley tanto con su padre aún vivo como con su difunta madre quizá se pueda

ilustrar con un relato del conflicto edípico de Maria Bonaparte, cuya madre también murió al traerla al mundo:

En un sueño, me vi a mí misma descendiendo hacia donde se hallaba mi padre para reunirme con él en la biblioteca. Pero durante el camino, el pequeño esqueleto siempre tiraba de mí por detrás con su mano extendida. Y continué viviendo con mis pesadillas, y al caer la noche (y ahora incluso también durante el día) nunca me atrevía a bajar sola a la biblioteca.

Esta fobia era un compromiso extremadamente irracional entre dos poderosas tendencias de mi inconsciente: ser mi madre y morir como ella, lo cual satisfacía la parte más obvia de mi complejo de Edipo: el amor por mi padre; y ser castigada por mi madre con la muerte, en respuesta a la muerte que a mi vez le había causado, lo cual satisfacía la otra parte de mi complejo edípico, el sentimiento inconsciente de culpabilidad asociado a este hecho.[37]

Al igual que su creadora, la heroína de Mathilda es el resultado del primer deseo mortal de su padre, y el libro se convierte en un mito fundacional aún más autobiográfico que Frankenstein. Como en la novela anterior, hay una cierta transformación y desplazamiento con relación al género. La Wollstonecraft y Godwin habían creído que el bebé que esperaban (Mary) sería un niño al que llamarían William; en Mathilda, la heroína se imagina a sí misma vestida como un chico en busca del padre perdido. Cuando este vuelve, descubre los rasgos de su idealizada esposa reproducidos en su hija, que se convierte entonces en un potencial aunque impropio objeto de deseo.

En el momento en el que se produce esta revelación, Mathilda siente en su corazón un fantasma femenino con colmillos, una suerte de presencia material y maternal; se describe a sí misma «como si me hubiese picado una serpiente», una imagen convencional, pero que quizá cobró cierta significación para Mary Shelley por el uso que hizo Godwin de la serpiente que se renueva como imagen de Mary Wollstonecraft. El resultado del abrazo con el

que el fantasma retiene a Mathilda es el horror, la muerte de su padre y a la vez la suya propia. Como escribió Maria Bonaparte: «Estar muerta, para mí, era identificarse con la madre, morir —una suerte de extraño placer— por obra suya».[38] La reacción de Mathilda ante la muerte de su padre consiste en pretender que ella también ha muerto y consumar entonces esa muerte mediante su inhibición vital. El hecho de no mencionar a la madre en las páginas finales —el cuarteto que ella imagina parece ser el compuesto por ella misma, su padre, el poeta y su amado— sugiere que la muerte de Mathilda es una especie de unión entre el padre y la hija, tras la cual la relación hasta ese momento no-carnal con el padre difunto se convierte en legítima. Al final de su relato Mathilda admite, como la Mary de la Wollstonecraft, que «en verdad estoy enamorada de la muerte».

Aunque puede verse en Mathilda una alusión a la madre y a la hermanastra de Mary Shelley, en realidad es más un diálogo abierto e incluso enfrentado con los hombres de su vida, Godwin y Shelley. Godwin había creído que los males se podían paliar mediante la razón, la educación y un entorno nuevo. Percy Shelley se sentía muy atraído por esta visión utópica, a la que en parte se había adherido Mary Wollstonecraft en su progresista Vindicación de los derechos de la mujer, donde se sugería que se podía mejorar la sociedad a través de la educación universal de las mujeres. No obstante, por la época en que escribió Maria, la Wollstonecraft defendía una visión más compleja de los males sociales y puede que dudase del poder supremo de la razón y la educación. También parece que aceptó las implicaciones pesimistas de la tesis progresista y ambiental: si el entorno constituye la influencia fundamental, entonces algunas personas están dañadas irreparablemente. Ciertamente Maria escoge uno tras otro a hombres casquivanos y desleales, como marcada por tempranos anhelos.

Del mismo modo que Mathilda rechaza el utopismo racional de Godwin, rechaza también el utopismo romántico de Shelley. En Queen Mab, Percy Shelley había insistido en unir esperanza y amor.

En el acto IV del Prometeo liberado insta a la humanidad «A amar y aguantar; a esperar hasta que la esperanza cree de sus propias ruinas aquello que contempla». No obstante, Mathilda llega a una conclusión más pesimista: «No sabía que el sufrimiento pudiera surgir del amor». Ella cree en la impronta de la herencia biológica y de la experiencia, e insiste, como la última Wollstonecraft, en la realidad del dolor.

Insiste también en la realidad de la culpa. En sus momentos de mayor convencimiento, Mary Wollstonecraft despreció el concepto religioso de culpa (como sugiere la historia de Jemima en Maria) y afirmó en Una visión histórica y moral del origen de la Revolución francesa (1794) que no había mucho que aprender de la historia de Edipo. Pero Mary Shelley hace que al comienzo de la historia la heroína de Mathilda remita al relato de Edipo, otra víctima de la idea de incesto cuyo padre-amante se suicida dejando a su hija atormentada por la culpa. Mathilda se atribuye toda la culpa por el acto imaginado de incesto, olvidando que es su padre quien lo desencadena y quien deserta trágicamente: «Me creía manchada por el amor contrario a natura que había inspirado». En un cuento posterior, «The Mourner» (1829), publicado en el anuario de 1830 The Keepsake, Mary Shelley volvió al tema de la culpa filial. La heroína suicida, que se había aferrado a su padre en un barco en llamas, logra salvarse mientras ve cómo él se ahoga. Se convence a sí misma de que es una parricida y se convierte en una suicida como Mathilda, sentada junto a una mesa llena de «bebidas mortales». Y también como Mathilda, su anhelo de enfermedad y muerte le impiden consumar el acto.

Incesto y suicidio

El tema del incesto era común en el Romanticismo, y es probable que el interés del propio Percy Shelley ayudara a inspirar a su mujer. Tanto en las obras de Byron como en las de Shelley, el

incesto entre hermanos quizá represente una escapatoria frente a unas convenciones sociales opresivas. En el Manfred de Byron, que Mary Shelley copió en el verano de 1816, el héroe siente una pasión prohibida por su hermana; esa pasión es condenada, pero eso no le resta estatura heroica al propio Manfred. En la primera versión de La revuelta del Islam, titulada «Laon y Cythna» (1817), Percy Shelley presentó su visión utópica de armonía política representada en una relación sexual e intelectual entre un hermano y una heroica hermana con algunas de las características de Mary Wollstonecraft.

Pero el incesto entre padre e hija aparece como el reverso del que se produce entre hermanos y se describe en la obra teatral Los Cenci, que Percy Shelley acababa de completar, animado por Mary, aproximadamente en la época en que ella escribió Mathilda. Este tipo de incesto es mucho más amenazante y perturbador que el incesto entre hermanos, pues implica una opresión patriarcal a través tanto de la clase como del género en el plano personal y político. Por lo tanto, resulta coherente que el acto sexual en la obra no sea una seducción, sino una violación, como representación de lo que acarrea la desigualdad de poder, y que la muerte del padre no sea un suicidio, sino un asesinato cometido por su hija violada. En Mathilda, las formas parentales y fraternales de incesto se mezclan al estar padre e hija en cierto modo enamorados el uno del otro, pero el padre, como en Los Cenci, ejerce el poder social y familiar.

En septiembre de 1818, mientras escribía Los Cenci, Percy Shelley animó a Mary a traducir fragmentos de Mirra de Alfieri, que bien pudieron haber inspirado una parte de Mathilda. En la obra de Alfieri hay una escena de revelación entre el padre y la hija en la que el padre involuntariamente fuerza a esta a confesar el amor incestuoso que siente por él, igual que Mathilda había hecho con su padre. Tras la confesión, ella se clava un cuchillo. Cuando en Mathilda la heroína menciona esta obra a su padre, provoca una reacción confusa y violenta en el hombre que la desea incestuosamente.

Maria y Mathilda abordan el tema del suicidio, mientras que Mary termina con la heroína anhelando la muerte. Aunque claramente hay mucho de autobiográfico —si tenemos en cuenta un entorno familiar tristemente marcado por intentos fallidos y consumados de suicidio—, lo cierto es que este también fue un tema común de debate público a finales del siglo xviii y principios del xix. De hecho, se consideraba a Inglaterra el país suicida por excelencia; los devotos atribuían esta preeminencia a la incredulidad religiosa, y los impíos, al malestar social, al temperamento melancólico y al clima inglés.

El cristianismo había convertido el suicidio en un pecado llamándolo «asesinato contra uno mismo». El cadáver de un suicida debía ser enterrado en la vía pública, y la tumba se señalaría únicamente con una estaca. Por su parte, el Estado había dado la consideración de crimen a ese acto con la intención de confiscar las propiedades y el dinero del criminal-víctima. En Inglaterra el suicidio continuó siendo a la vez pecado y delito a lo largo del siglo xviii (el enterramiento en la vía pública se abolió en 1823, la confiscación de los bienes del suicida no se derogó hasta 1870), pero las actitudes cambiaron mucho antes. En las últimas décadas del siglo xviii casi nunca se ejecutaron las penas, aun en los casos más claros. La muerte de Fanny Imlay fue obviamente un suicidio, pero se dictó un veredicto que alegaba trastorno mental.

Aunque el suicidio aún suscitaba horror y comportaba el enterramiento en tierra no consagrada, un punto de vista laico iba cobrando fuerza. A lo largo del Támesis y junto al lago Serpentine, grupos humanitarios establecieron bases para rescatar a los suicidas o identificar a los que ya hubieran muerto. Quizá Mary Shelley fue una de las rescatadas por tales grupos, pero Harriet Shelley claramente eludió su ayuda.

Los literatos podían elegir entre dos nuevas actitudes, la racional y la romántica. El filósofo David Hume consideraba el suicidio como una libertad primigenia y preguntaba por qué pensamos que «un

hombre que, cansado de vivir y perseguido por el dolor y la miseria, supera valientemente los terrores naturales ante la muerte… ha incurrido por ello en la indignación de su Creador».[39] Cuando el dolor y la enfermedad, la desgracia y la pobreza, en cualquiera de sus combinaciones, resultan insoportables, cuando una persona ha sopesado los beneficios futuros frente a la miseria presente, entonces tiene derecho a poner fin a su vida sin tener en cuenta a Dios ni a la sociedad, pues no está obligado a hacer un pequeño bien a otros a costa de hacerse un gran daño a sí mismo.

Godwin quería perfeccionar la tesis de Hume. En la primera versión de su obra Investigación acerca de la justicia política negó que el suicidio fuera algo criminal o pecaminoso, pero no compartía los motivos que daba Hume para poner fin a la propia vida —el dolor y la culpa— porque el dolor, afirmaba, era pasajero, y la culpa, algo imaginario. En una edición posterior de esa obra se volvió más utilitarista e insistió en el hecho de que el aspirante a suicida tiene en cuenta el dolor que resulta de su vida y de su muerte, incluyendo en este último caso el sufrimiento de sus familiares. En Mathilda, la actitud del poeta está más cerca del punto de vista utilitarista de Godwin: no beberá el veneno de la heroína, argumentado que el suicidio es impropio cuando una persona aún puede ser útil a la sociedad, y puesto que él es joven y talentoso, debe vivir.

En 1783 un editor añadió al ensayo de Hume sobre el suicidio fragmentos de La nueva Eloísa de Rousseau, en los que el apasionado Saint-Preux, empleando el argumento de Hume, contempla la posibilidad de suicidarse por un amor fallido. Pero pronto lo disuaden de ello los argumentos de Godwin, pues siente una pasión impropia, es joven, está sano y aún es capaz de hacer el bien. No obstante, pese a esta resolución, el anhelo suicida de Rousseau se manifiesta en la novela de manera tan convincente que muchos creyeron que él mismo se había suicidado, y su tumba se convirtió en el escenario de las muertes románticas de otros suicidas. La Maria de la Wollstonecraft también intentó suicidarse, por lo que muy bien pudo haber extraído algo más que anhelos románticos de su lectura en la cárcel del libro de Rousseau.

Sin duda, el más insigne de los suicidas románticos fue Werther, que hizo del suicidio el acto de un alma grandiosa, afirmando que moría por amor y por una indescriptible «furia interior». No tenía ninguna de las justificaciones que había dado Hume (la pobreza y la culpa), ni se paró a pensar en sus familiares, tal como proponía Godwin, cuando se rindió «al alegre pensamiento de enterrar todos mis sufrimientos, todos mis tormentos» en el abismo.[40] Como la Mathilda de Mary Shelley, y como la propia Mary Wollstonecraft en su nota suicida a Imlay, Werther imaginó su cadáver y su tumba siendo contemplados por sus seres queridos. Consciente de que se trataba de un problema nacional, el editor inglés de esta obra escribió un prefacio advirtiendo a los lectores de que no siguieran el ejemplo del héroe. No obstante, Godwin identificó a Mary Wollstonecraft con Werther cuando escribió sobre sus melancólicas cartas de amor a Imlay, y el joven Percy Shelley, reflexionando sobre su acusado anhelo autodestructivo, se vio a sí mismo reflejado en la figura de Werther. En el alboroto que precedió al anuncio de su amor por Mary Godwin, Percy Shelley imitó a la madre de esta y al personaje de Maria cuando agarró una botella de láudano y exclamó: «Nunca me alejaré de esta».[41]

Los estudios sociohistóricos siempre tienen en cuenta el género en la cuestión del suicidio. Mientras que los hombres elegían colgarse o pegarse un tiro, las mujeres en la gran mayoría de los casos escogían morir ahogadas o envenenadas, un método más lento que dejaba el cuerpo intacto. En el siglo xviii, el escritor satírico James Tilson subrayó esta misma dicotomía cuando en un escrito de 1756 en The World afirmó haber entregado pistolas y sogas a los hombres y «una cómoda bañera» a las mujeres desdichadas. Émile Durkheim destaca el menor número de suicidios femeninos, pero en la ficción puede que sean predominantes, de la Dido de las Heroidas de Ovidio a la Madame Bovary de Flaubert. En la nota suicida que dejó a Imlay, la Wollstonecraft se incluye a sí misma en la tradición de grandes suicidios femeninos de la literatura culpando al hombre e imaginando el efecto que su muerte tendría sobre él. En Mathilda toda la historia es una especie de larga nota suicida, dirigida al

poeta ausente que quedará para contemplar su infortunio y su tumba.

Antes de marchar a Francia, la Wollstonecraft parecía haber aceptado que el suicidio era algo malo. En Mary, a Fiction llevó a su heroína sensible y desgraciada a un punto muerto emocional donde espera ser rescatada por una muerte espontánea y descarta la opción del suicidio. Pero hacia la época en que escribió Maria, la Wollstonecraft había modificado sus ideas y había llegado a admirar, si no una fácil rendición ante las dificultades de la vida, sí al menos un noble afrontamiento de la muerte por parte de un espíritu heroico. Tras recuperarse de un intento de suicidio cometido, en palabras de Godwin, «con frialdad y una deliberada firmeza», la Wollstonecraft escribió:

Solo he de lamentar que, una vez pasada la amargura de la muerte, me devolvieran de manera inhumana a la vida y al dolor. Pero una decisión firme no se deja vencer por la decepción, y no permitiré que se considere como un intento desesperado lo que fue uno de los actos racionales más serenos. A este respecto, solo soy responsable de mí misma.[42]

Aunque admitió que no volvería a intentar ahogarse por miedo al dolor, no afirmó que evitaría todas las demás «clases de muerte voluntaria».[43] En Maria, una muchacha abandonada se tira a un lago y muere congelada, mientras que en los fragmentos finales de la novela, Maria intenta suicidarse con láudano, el primer método empleado por su creadora. En Mathilda, el heroico intento de suicidio de Mary Wollstonecraft queda reflejado en la muerte del padre, mientras que la inhibición suicida de la heroína de Mary se repite en la figura de la hija.

Fantasía, ficción y naturaleza

El temor expresado por el editor de Rousseau y Goethe de que los hombres y las mujeres encontrarían estímulos para el suicidio en la lectura de libros depravados y seductores da una idea del poder atribuido a la literatura a finales del siglo xviii y principios del xix. Debido a su presunta superioridad en lo relativo a la sensibilidad y la emotividad —tan denostada por la Wollstonecraft en Vindicación de los derechos de la mujer, pero ejemplificada de manera sobresaliente en Mary—, se suponía que las mujeres eran más susceptibles a la novela y al mundo de fantasía que esta ofrecía. A veces se temía que pudieran vivir en un mundo ficticio y se echaran a perder para la vida real al esperar recibir de un marido en un matrimonio real el mismo trato que habían leído en las novelas románticas. Otras veces el miedo era que la poesía y la ficción refinaran en exceso la sensibilidad de las mujeres hasta el punto de incapacitarlas para vivir. Tanto Mary Wollstonecraft como Mary Shelley sintieron el poder de los mundos poéticos y novelescos y se vieron atraídas hacia ellos; aunque de diferente manera, ambas comprendieron y advirtieron del peligro de sustituir la enriquecedora y reconfortante fantasía por la dolorosa y gris realidad.

En Maria, la heroína escribe a su hija:

Adquiere experiencia —¡ay, adquiérela!— mientras valga la pena tenerla, y obtén la suficiente fortaleza para buscar tu propia felicidad; eso incluye tu provecho, por una vía directa. ¿Qué es demasiado a menudo la sabiduría, sino la lechuza de la diosa, que, abatida, se posa sobre un corazón desdichado?

Parte de esta experiencia pudo haber sido sexual, ya que Maria entrega su cuerpo tras haber dado su corazón. No obstante, su sexualidad verdadera pertenece más al reino de la fantasía y de la imaginación que al de la experiencia; la historia de amor en el

manicomio se vio estimulada por las notas al margen de La nueva Eloísa, y Darnford comienza a interesar a la protagonista por sus anotaciones y su parecido con Saint-Preux. En Mary, la anodina madre de la heroína sustituye su sexualidad por la lectura de novelas románticas simplonas, mientras que su hija, más seria, mantiene el equilibrio entre su adolescencia y su incipiente sexualidad a través de la poesía de sensibilidad masculina. En Mathilda, la sexualidad se expresa primordialmente en el deseo romántico. La joven sueña con el regreso del padre ausente y convierte su primer encuentro en un momento profundamente romántico.

Aunque aparentemente no hay trato carnal entre el padre y la hija en Mathilda (como tampoco lo hay entre el amante-padre y Mary en Mary), la culpa sugiere que la heroína está tan acostumbrada a vivir en un mundo de palabras y símbolos que los considera tan dañinos como los objetos y la experiencia. Es capaz de confundir realidad y fantasía de manera tan vívida que cree haber disfrutado de «placeres contrarios a natura» a través de «los sueños y no de la realidad». Solo en Maria la relación física y sexual se representa claramente y sin mediación artística alguna, y allí resultará básicamente desagradable, como cuando Maria ha de sufrir a su marido borracho y Jemima a un amo violador.

En cada una de estas novelas hay un escrúpulo literario implícito en el giro desde la realidad hacia el exceso y la fantasía. Mary alimenta su aguda y entorpecedora sensibilidad mediante la contemplación de una Naturaleza que siempre inspira una cita literaria, mientras que Maria aprende a olvidar la opresora realidad de su celda en el manicomio a través de una Naturaleza elísea y artificial. Mathilda ve en la Naturaleza un reflejo de su estado de ánimo y su imaginación literaria se proyecta sobre ella. En todos los casos apenas hay contacto con el mundo físico real, que golpea como un martillo cuando toca a la heroína. Esto es especialmente claro en Mathilda, en la que, cerca del final, la heroína siente la lluvia y la hierba húmeda del mundo real y comprende que sus sueños «a menudo han deformado extrañamente la realidad». Si el mundo de la fantasía la predispone a la muerte, la hierba húmeda del mundo

real hace que este se le aparezca.

El ansia y la depresión reflejadas en Mary, Maria y Mathilda están implícitas de manera inevitable en la cultura de la época, asociadas a la condición de las mujeres, aunque esta asociación solo se explicita en la política Maria, la única de estas obras que ofrece alguna salida al estancamiento de las relaciones amorosas, familiares y de subordinación. En Mathilda no se permite que ninguna amiga mitigue el daño que la asfixiante familia causa a la heroína, quien simplemente encarna la idea de que una joven no puede desempeñar otra función que la de hija amada o amante esposa. Mary termina añorando a dos amigos, hombre y mujer, mientras Maria en un fragmento concluye con un trío femenino compuesto por la madre, la hija y una amiga en busca de un futuro juntas.

En Persuasión de Jane Austen, la heroína afirma que las mujeres aman durante más tiempo porque llevan unas vidas aisladas y claustrofóbicas en las que acaban siendo víctimas de sus sentimientos. La Wollstonecraft se opuso claramente al encierro psicológico de las mujeres que resultaba de la ideología de la pasividad femenina e instó a las mujeres a pensar correctamente y actuar de manera firme y racional. Pese a suscribir muchas de las opiniones radicales de su madre, Mary Shelley a veces pudo haber considerado opresivo su legado activista: «Creo que estamos aquí para educarnos a nosotras mismas y que la negación, la decepción y el autocontrol forman parte de nuestra educación…aunque muchas cosas necesiten grandes correcciones (de ningún modo puedo ir tan lejos como mis amigas habrían querido)».[44] Esta diferencia queda bien reflejada en su declaración de objetivos a la hora de escribir: en Maria, la Wollstonecraft afirmó que escribía para poner de manifiesto «el sufrimiento y la opresión, exclusivos de las mujeres, que nacen de unas leyes y unas costumbres sociales partidistas»; Mary Shelley, no obstante, declaró: «Me daré por satisfecha si algo de lo que escribo logra alguna vez enaltecer el ánimo y mitigar la pena».[45]

Norwich, 1991

Janet Todd

1 Cartas escritas durante una corta estancia en Suecia, Noruega y Dinamarca, The Works of Mary Wollstonecraft (Obras completas editadas en siete volúmenes por Janet Todd y Marilyn Butler), Londres, 1989, VI, p. 241. (Esta nota y las siguientes en Mary y Maria son de Janet Todd.)

2 La frase, utilizada por Thomas Holcroft, hace referencia a la boda en 1797 de Godwin y Wollstonecraft. Parece poder aplicarse igualmente a Mary Wollstonecraft y a Mary Shelley.

3 En su correspondencia Mary Shelley se refiere a su obra como «Mathilda» y en el borrador como «Mathilda». Para una información más detallada sobre los problemas textuales de Mathilda ver las notas de Elizabeth Nitchies en su edición de esta obra (Chapel Hill, 1959) y The Bodleian Shelley Manuscript (manuscritos de Shelley conservados en la Biblioteca Bodleian de Oxford), IV, ed. E. B. Murray (Nueva York, 1988). En su correspondencia, Mary Wollstonecraft se refiere a su última novela simplemente como «M.S.»; Godwin fue quien editó la obra con el título Maria: or the Wrongs of Woman.

4 William Godwin, Memoirs of the Author of ‘A Vindication of the Rights of Woman’, ed. Richard Holmes (Harmondsworth, 1987).

5 Memoirs, p. 210.

6 Johann Wolfgang von Goethe, Las penas del joven Werther, ed. Gredos (Madrid, 2002).

7 The Collected Letters of Mary Wollstonecraft, ed. Ralph M. Wardle (Ithaca, 1979), p. 74.

8 The Collected Letters of Mary Wollstonecraft, p. 86.

9 Memoirs, pp. 216-217.

10 Letters from Sweden, pp. 271-272.

11 Memoirs, p. 223.

12 Collected Letters of Mary Wollstonecraft, p. 385; Memoirs, pp. 223-224.

13 A Vindication of the Rights of Woman, The Works of Mary Wollstonecraft, V, 105.

14 Memoirs, p. 234.

15 Jean-Jacques Rousseau, Julia, o la nueva Eloísa (1761).

16 Virginia Woolf, The Common Reader, 2nd Series (Londres, 1932), p. 160; Memoirs, p. 242.

17 Memoirs, p. 242.

18 Memoirs, p. 257.

19 Véase William St. Clair, The Godwins and the Shelleys: the Biography of a Family (Londres, 1989), para una descripción más detallada de la relación.

20 Memoirs, p. 264.

21 Memoirs, p. 258.

22 Richard Polwhele, The Unsex´d Females (Londres, 1798).

23 Charles Kegan Paul, William Godwin: His Friends and Contemporaries (Londres, 1876).

24 Kegan Paul, II, p. 214.

25 Kegan Paul, II, pp. 213-214.

26 Citado en St. Clair, p. 412.

27 Letters of Mary Shelley, ed. Betty Bennett (Baltimore, 1980), I. p. 100.

28 «To Mary Shelley» (1819) y «Epipsychidion» (1821), (trad. al castellano por Rafael Lobarte en la ed. Visor, Madrid, 2008), The poetical Works of Percy Bysshe Shelley, ed. Mary Shelley (Londres, 1839), segunda edición.

29 Letters, I, p. 101.

30 Mathilda, ed. Elizabeth Nitchie (Chapel Hill, 1959), p. 90.

31 Maria Gisborne & Edward E. Williams, Shelley´s Friends, Their Journals and Letters, ed. Frederick L. Jones (Norman, 1951), p. 44.

32 Letters, I, pp. 247 y 336.

33 Works, VI, p. 201.

34 Memoirs, p. 213.

35 Works, VI, p. 201.

36 Collected Letters of Mary Wollstonecraft, p. 411.

37 Revue Française de Psychanalyse 2.3 (1928). Terence Harpol, que la traduce al inglés, llama la atención sobre la relación de esta cita con Mathilda en «Did you get Mathilda from Papa?: Seduction Fantasy and the Circulation of Mary Shelley´s Mathilda», Studies in Romanticism, 28 (primavera, 1989), pp. 49-64.

38 Harpold, p. 57, n.º18.

39 Essays on Suicide, and the Immorality of the Soul, ascribed to the late David Hume, Esq.(Londres, 1783), p. 9 (Sobre el suicidio y otros ensayos, Alianza Editorial, Madrid, 1995).

40 Werther II, pp. 104-105 (Las penas del joven Werther, Ed. Gredos, Madrid, 2002).

41 Para una descripción más detallada del comportamiento suicida de Shelley, véase la carta de la señora Godwin del 20 de agosto de 1814 en The Life of Percy Bysshe Shelley (Londres, 1866), de Edward Dowden. Apéndice A, II, p. 544.

42 Memoirs, p. 251; Collected Letters of Mary Wollstonecraft, p. 317.

43 Memoirs, p. 250.

44 The Journals of Mary Shelley, 1814-1844, ed. Paula R. Feldman y Diana Scott-Kilvert (Londres, 1987), II, pp. 552-553.

45 Letters, I, p. 254.

Mary

(por Mary Wollstonecraft)

Traducción de Íñigo Jáuregui

y Cristina Suárez

ADVERTENCIA

Al perfilar a la heroína de este relato, la autora intenta crear un personaje distinto de los que suelen retratarse. Esta mujer no es ni una Clarisa, ni una lady G*, ni una Sofía.[46] Sería inútil mencionar las muchas versiones de estos modelos, como lo sería advertir lo mucho que los artistas se desvían de la Naturaleza cuando copian los originales de los grandes maestros. Captan las partes más burdas, pero el sutil espíritu se evapora; y al fracasar en la imitación de esos modelos, la afectación resulta fastidiosa, cuando se suponía que la gracia debía deleitarnos.

Esas creaciones solo tienen el poder de hechizarnos y cautivarnos cuando el alma del autor se manifiesta y hace brotar los manantiales ocultos. Esos productos, perdidos en un agradable entusiasmo, viven en las escenas que representan y no intentan caminar por un camino trillado, con cuidado de coger las flores esperadas y formar con ellas una corona según las leyes artísticas prescritas.

Estos pocos y selectos personajes desean hablar por sí mismos y no ser un mero eco (ni siquiera de los más dulces sonidos), ni el reflejo de los destellos más sublimes. Pues si el paraíso † por el que vagan no es de su propia creación, la obra pronto se vuelve insípida, y al no estar renovada por un principio vivificador, languidece y muere.

En un relato genuino, sin peripecias, se muestra la mente de una mujer que tiene la capacidad de pensar. Se ha creído que el cerebro de la mujer era demasiado débil para esta ardua actividad, y la experiencia parece justificar esta aserción. Al margen del debate científico acerca de las capacidades del sexo femenino, un ser así tiene derecho a existir en un relato. Un ser cuya grandeza nace del ejercicio de sus propias facultades, no sujetas a la opinión común, sino tomadas por el individuo de la fuente original.

† Les ofrezco aquí una oportunidad a los críticos para que desplieguen su ingenio sobre el paraíso de los locos, etc.[47]

■

46 Las idealizadas heroínas de Samuel Richardson, Clarisa (1747-1748) y Sir Charles Grandison (1753-1754), y de Rousseau, Emilio o de la educación (1762), respectivamente.

47 El paraíso perdido, III, pp. 448-97, describe «un extenso Limbo, desde entonces / llamado el Paraíso de los Necios» donde vagan «tanto las cosas vanas como aquellas / que en ellas fundan sus alagadoras / esperanzas de gloria, o duradera / fama o felicidad en esta vida / o en la otra» (Trad. de Esteban Pujals, Cátedra, 1998, 3ª ed.).

MARY

48

48 La primera novela de M. Wollstonecraft apareció en una única edición en vida de la autora. Según Godwin (Memoirs of the Author of A Vindication of the Rights of Woman [1789], cap. 4), la escribió en el verano de 1787, durante unas vacaciones que pasó en Bristol con sus patrones, los Kingsborough. En una carta al Rev. Henry Dyson Gabell, el 13 de septiembre de 1787, M. Wollstonecraft la define como «un relato que ilustra mi opinión de que el genio es autodidacta. Lo he tomado de la Naturaleza».

Capítulo I

Mary, la heroína de esta historia, era hija de Edward, que se casó con Eliza, una joven refinada y elegante con una suerte de indolencia en su temperamento que podría calificarse de buen carácter negativo; de hecho, todas sus virtudes tenían esa cualidad. Prestaba mucha atención a las apariencias de las cosas, y sus opiniones, aunque más bien debería llamarlas prejuicios, eran de las que suele aprobar la mayoría. Fue educada con la expectativa de una gran fortuna, lo que la convirtió en un mero objeto: el cortejo de sus pretendientes constituía una parte considerable de sus pueriles pasatiempos y nunca imaginó que tuviera ningún deber que cumplir. De esta forma, mezcló en su mente ideas de su propia invención y empleó sus años de juventud en adquirir algunos talentos superficiales, sin tener ninguna afición por ellos. En su presentación en sociedad bailó con un oficial con el que quería vagamente que la casaran; pero cuando poco después su padre le recomendó otro caballero de mayor rango, ella se sometió obediente a su voluntad y prometió amar, honrar y obedecer (a un estúpido vicioso), como era su obligación.

Mientras residieron en Londres, vivieron según el estilo de vida mundano habitual por entonces, y apenas se veían. No fueron mucho más sociables cuando coquetearon con la felicidad rural durante más de la mitad del año en un paisaje de ensueño, donde la Naturaleza con mano pródiga había esparcido bellezas por doquier; porque el amo, con su mirada burda e inconsciente, no reparaba en ellas y buscaba entretenimiento en los deportes campestres. Cazaba por la mañana y después de comer opíparamente solía quedarse dormido; este razonable descanso le permitía digerir el pesado almuerzo. Después visitaba a algunas de sus bellas arrendatarias, y cuando comparaba su aspecto rubicundo y saludable con el de su mujer, que ni siquiera el colorete podía realzar, no hace falta decir a quién prefería un glotón como él. La vulgar animación de aquellas era infinitamente más agradable a su fantasía que la enfermiza y

mortecina languidez de su mujer. Su voz era apenas la sombra de un susurro y, para rematar su fragilidad, tenía los nervios tan lánguidos que se convirtió poco menos que en nada.

¡Cuántas nulidades como ella hay en el mundo femenino! Aun así, ella tenía buena opinión de sus propios méritos —es cierto que rezaba largas oraciones— y a veces leía su misal:[49] le aterraba ese horrible lugar llamado vulgarmente infierno, el inframundo. Pero si el suyo era un espíritu impresionable es algo que no puedo asegurar, ni qué tipo de planeta habría sido el idóneo para ella cuando abandonara este mundo material: dejemos esa cuestión a los metafísicos, yo no tengo nada que decir a su espíritu desnudo.

Puesto que a veces se veía obligada a estar sola, o con la única compañía de su criada francesa, enviaba a esta a la ciudad para que le trajera todas las nuevas publicaciones y, mientras la peinaba y ella podía apartar los ojos del espejo, se entregaba a los más hermosos sustitutivos de la disipación carnal: las novelas. Y hablo de las almas carnales o animales, porque un alma racional no encontraría en qué emplearse en los círculos elegantes. El brillo de las luces, los estudiados descuidos en el vestir y los cumplidos ofrecidos ante el altar de la falsa belleza están igualmente dirigidos a los sentidos.

Cuando ya no podía satisfacer los caprichos de su fantasía de un modo, probaba otro. Leyó con avidez El matrimonio platónico, Eliza Warwick[50] y otros interesantes relatos. Nada podía ser más natural que el desarrollo de las pasiones, ni más impactante que las visiones del corazón humano. ¡Qué delicadas cuitas, qué raros y preciosos desvelos! Un dibujo hallado en una zarza —la nueva planta de la sensibilidad— o en un árbol que engancha la prenda de un joven enamorado y pone ante sus ojos un retrato. ¡Imagen fatal, pues clavó una espina en un corazón hasta entonces insensible y envió al mundo un nuevo tipo de caballero errante! Pero incluso esto no era nada comparado con la catástrofe y la circunstancia que la

desencadenaba, con el avispón que se posaba en el rostro del amante dormido. ¡Qué accidente tan sobrecogedor! Ella plantó un rosal, a imitación de esas almas sensibles; pero, ¡ay, no había ningún amante que llorara junto a ella cuando lo regaba con sus lágrimas!

Si mis lectoras excusaran los juegos de la fantasía y dieran crédito a mi talento, proseguiría y les contaría historias que harían correr torrentes de dulces lágrimas por sus hermosas mejillas hasta estropearles el maquillaje, etc., etc. No, serían historias tan interesantes que la discreta lectora rogaría al peluquero que le arreglara los rizos y no la interrumpiera.

Tenía además otra distracción, dos hermosos perros que compartían su lecho y pasaban casi todo el día recostados en cojines junto a ella. A estos perros les prodigaba los mejores cuidados y los colmaba de las más tiernas caricias. Este amor por los animales no era esa clase de attendrissement que hace a una persona disfrutar ocupándose del sustento y bienestar de una criatura, sino que nacía de la vanidad y le daba oportunidad de pronunciar las más lindas expresiones francesas de amor y embeleso, con acentos que nunca habían sido afinados por la ternura.

Era extremadamente casta, en la acepción más vulgar de la palabra, es decir, no daba ningún paso en falso; temía al mundo y era indolente, mas para compensar este aparente retraimiento leía todas las novelas sentimentales, se regocijaba en las escenas amorosas y, si hubiera pensado mientras leía, su mente se habría contaminado cuando acompañaba a los amantes a las solitarias pérgolas y caminaba junto a ellos a la clara luz de la luna. Se preguntaba por qué su marido no paraba en casa. Sentía celos, ¿por qué no la amaba, se sentaba a su lado, apretaba su mano y contemplaba aquello que no puede expresarse?; amable lectora, yo te lo diré: ninguno de los dos sentía nada que no pudiera expresar. No pretendo decir con ello que siempre asociaran una idea a una

palabra, sino que no tenían ninguno de esos sentimientos que no son fáciles de analizar.

■

49 «Week preparation» en el original. Libro de oraciones destinado a la preparación de la sagrada comunión.

50 H. Cartwright, El matrimonio platónico (1787); The History of Eliza Warwick (1777).

Capítulo II

A su debido tiempo, dio a luz a un niño, un frágil bebé, y al año siguiente, a una niña. Tras los dolores del parto experimentó muy pocos sentimientos de amor maternal; los hijos se encomendaron a niñeras mientras ella jugaba con sus perros. La falta de ejercicio le impidió recuperar las fuerzas y dos o tres fiebres aftosas le acarrearon un agotamiento al que tendía por naturaleza. Todos sus hijos murieron durante la infancia, excepto los dos primeros, y empezó a sentir predilección por el primogénito, pues era notablemente apuesto. Durante años dividió su tiempo entre el sofá y la mesa de jugar a las cartas. No pensaba en la muerte, aunque estuviese al borde de la tumba, ni se le ocurrió que ninguno de los deberes de su rango fuese necesario; sus hijos se quedaron en el parvulario, y cuando la pequeña y vergonzosa Mary apareció, de buena gana habría devuelto esa cosa engorrosa. Para ser sinceros, era bastante engorrosa, en una casa sin nadie con quien jugar, pues a su hermano lo habían enviado a la escuela y ella apenas sabía cómo distraerse. Deambulaba por el jardín, admiraba las flores y jugaba con los perros. Una vieja ama de llaves le contaba historias, le recitaba cuentos y finalmente le enseñó a leer. Su madre habló de buscar una institutriz cuando su salud se lo permitiera y, entretanto, quiso que su propia criada le enseñase francés. Como había aprendido a leer, la pequeña devoraba cualquier libro que caía en sus manos. Olvidada en todos los sentidos y dejada al arbitrio de sus propias cavilaciones, analizaba cualquier cosa que se sometiese a su examen, y aprendió a pensar. Había oído hablar de un estado diferente y de que los ángeles a veces visitaban esta tierra. Solía sentarse en un grueso tronco del parque y hablaba con ellos, les escribía cancioncillas y se las cantaba con melodías que ella misma componía, y sus primitivas notas[51] de madera eran dulces y conmovedoras.

Su padre siempre criticaba los logros femeninos, y le alegraba que la indolencia y la frágil salud de su mujer le hicieran no

preocuparse por ellos. Ella tenía una razón adicional para ello: no quería que una joven esbelta y hermosa fuera presentada como su hija. Aún esperaba recuperarse y volver a figurar en el mundo elegante. Su marido era tiránico y pasional; se irritaba tan fácilmente cuando bebía que Mary cada vez tenía más miedo de que pudiera atemorizar a su madre hasta llegar a matarla. Su enfermedad suscitó toda la ternura de Mary, y ejercitó su compasión de forma tan continuada que esta se hizo más fuerte que el amor propio, y se convirtió en el criterio rector de su corazón para toda su vida. Era de temperamento airado; pero advertía las faltas de su padre y lloraba cuando se veía obligada a comparar su carácter con el de él. Más aún, elevaba al Cielo ingenuas oraciones en busca de perdón cuando sabía que había errado, y su arrepentimiento era tan extremadamente doloroso que vigilaba cuidadosamente los primeros síntomas de ira o impaciencia a fin de evitar ese cruel remordimiento.

Ideas sublimes llenaban su joven mente, siempre relacionadas con sentimientos piadosos; a menudo se deshacía en efusiones espontáneas de gratitud y en rosarios de alabanzas cuando escuchaba a los pájaros o seguía a un ciervo. Contemplaba la luna y paseaba por el sombrío sendero, observando las diversas formas que adoptaban las nubes, y oía el rumor del mar, que no estaba lejos de allí. Los espíritus errantes, que ella imaginaba habitaban en cualquier parte de la Naturaleza, eran sus fieles amigos y confidentes. Empezó a reflexionar sobre la Causa Primera y elaboró ideas sobre sus atributos, con especial atención a su sabiduría y bondad. Si hubiera podido amar a su padre o a su madre, si ellos le hubieran devuelto su cariño, quizá no habría ido tan pronto en busca de un mundo nuevo.

Su sensibilidad la alentaba a buscar algo a lo que amar; no lo encontraría en la Tierra: su madre a menudo la había decepcionado y el aparente favoritismo que mostraba por su hermano le causaba un delicado sufrimiento, una suerte de perenne melancolía; fomentó su afición a leer historias cortesanas y casi le hizo llegar a comprender la aflicción novelesca.

No tenía idea alguna de la muerte hasta que un polluelo murió a sus pies y su padre hizo ahorcar a un perro en un arrebato de furia. Entonces concluyó que los animales tenían alma, o no habrían estado sujetos a los caprichos del hombre; pero ¿qué era el alma humana o animal? De este modo fueron pasando los años, mientras su madre seguía vegetando.

Una niña que asistía al parvulario cayó enferma. Mary se fijó en ella; en contra de su voluntad, la enviaron a casa de su madre, a quien la necesidad obligaba a dejar solos a sus hijos enfermos mientras ganaba el sustento diario. La pobre infeliz se clavó un cuchillo en un ataque de nervios, y Mary vio su cuerpo sin vida y oyó el trágico relato de este episodio. Este suceso dejó tal huella en su imaginación que todas las noches de su vida se le aparecía el cadáver sangriento cuando empezaba a dormirse. Torturada por esta imagen, terminó por hacer una promesa: si alguna vez formaba una familia, velaría por cada uno de sus miembros. La impresión que le dejó este episodio fue indeleble.

Conforme su madre iba empeorando imperceptiblemente, su padre, que no entendía unos lamentos tan prolongados, creía que su mujer simplemente se estaba volviendo más caprichosa y que pronto recobraría la salud. Generalmente la trataba con indiferencia; pero cuando la enfermedad de ella interfirió por completo en sus diversiones, él protestó de la manera más cruel y hostigó visiblemente a la inválida. En esos momentos Mary se esforzaba por intentar desviar su atención hacia otra cosa, y cuando la hacían salir de la habitación, se quedaba mirando junto a la puerta hasta que pasara la tormenta, pues de otra manera no podía descansar. Otras causas también contribuían a turbar su reposo: el poco entusiasmo con el que su madre cumplía sus deberes religiosos la llenaba de angustia, y cuando observaba los vicios de su padre, no podía reprimir las lágrimas. Se entristecía cuando echaban a los mendigos de su puerta sin darles alguna limosna; si podía hacerlo sin que nadie la viera, les daba su propio desayuno y sentía una

especie de gratificación cuando, a consecuencia de aquello, notaba los pinchazos del hambre.

Una o dos veces le había contado sus pequeños secretos a su madre, que se rio de ellos, y Mary decidió no volver a hacerlo nunca. De esta manera tuvo que reflexionar sola sobre sus propios sentimientos y, al hacerlo, estos cobraron tal fuerza que el carácter de Mary pronto se volvió singular y definido. Su entendimiento era firme y claro, cuando no lo ensombrecían sus pasiones; pero ella era en gran medida una criatura impulsiva y una esclava de la compasión.

■

51 Milton, «L´Allegro», I, 34.

Capítulo III

Cerca de la casa de su padre vivía una pobre viuda, que había crecido en la opulencia pero había caído en la miseria por las extravagancias de su marido; él había arruinado su salud mientras dilapidaba su fortuna, y al morir dejó a su mujer y a cinco hijos pequeños en una situación muy precaria. Durante muchos años la hija mayor fue educada por un pariente lejano, un sacerdote. En esa época, un joven caballero, hijo de un rico propietario de la comarca, se fijó en ella. Ciertamente, él nunca habló de amor, pero cantaban juntos, dibujaban paisajes y, mientras ella trabajaba, él leía en voz alta, cultivaba el gusto de la joven y le iba robando imperceptiblemente el corazón. Justo en ese momento, cuando la esperanza risueña e inconsciente anunciaba una perspectiva dichosa y la alegre expectación brillaba en sus ojos, su benefactor murió. La joven volvió con su madre y su amigo de juventud la olvidó; no volvieron a celebrar esos dulces encuentros. Esta decepción cubrió su expresión de un halo de tristeza, tornándola más interesante. Empezó a amar la soledad, y su carácter recordaba al de Mary, aunque su predisposición natural era muy diferente.

Era siete años mayor que Mary, pero su refinamiento y su gusto llamaron la atención de esta, que deseaba ardientemente ser su amiga; antes de su regreso, había ayudado a su familia, que estaba en una situación casi desesperada, y ahora tenía otro motivo que la impulsaba a hacerlo.

A menudo tenía ocasión de enviar mensajes a Ann, su nueva amiga, pero a veces contenían errores. Ann propuso que en el futuro se comunicasen por escrito, para evitar esta posibilidad y hacer su comunicación más agradable. A casi todos los jóvenes les gusta escribir; Mary había recibido muy poca educación pero, copiando las cartas de su amiga, cuya letra admiraba, pronto alcanzó una

gran destreza; un poco de práctica le hizo escribir con aceptable corrección, y su talento sirvió de refuerzo. Tanto en su conversación como en la escritura, era tierna, conmovedora y persuasiva cuando se emocionaba, y expresaba su desprecio con tanta energía que pocos podían aguantar el fulgor de sus ojos.

Conforme creció su intimidad con Ann, sus modales fueron suavizándose y alcanzó un grado de igualdad en su comportamiento; no obstante, su ánimo era cambiante y sus movimientos atolondrados. Sufría menos por la predilección que su madre mostraba por su hermano, pues ahora anhelaba sentir el placer de ser amada; mas esta esperanza la sumió en nuevas tristezas y, como suele ocurrir, preparó el camino para el desengaño. Ann experimentaba un sentimiento de gratitud; un único ser ocupaba su corazón, y la amistad no podía servir de sustitutivo. Su memoria volvía obstinadamente a escenas del pasado y los vanos deseos le hacían desaprovechar el tiempo.

A Mary a menudo le dolía la involuntaria indiferencia causada por estas circunstancias. Mientras que su amiga constituía todo su mundo, descubrió que ella no era tan necesaria para la felicidad de Ann, y su delicada mente no podía soportar reprimir su afecto o recibir el amor como si fuera una limosna, fruto de la compasión. Muchas veces había corrido en su busca llena de emoción y, al no percibir nada similar en el rostro de Ann, se había contenido; y yendo de un extremo al otro, en lugar del cariñoso saludo que iba a salir de su boca, sus expresiones parecían dictadas por la más fría insensibilidad.

Entonces imaginaba que Ann parecía enferma o infeliz y su ternura volvía como un torrente, desechando cualquier otra reflexión. De esta manera, su sensibilidad se desarrolló y creció por la enfermedad de su madre, los infortunios de su amiga y su propia inseguridad.

Capítulo IV

Cerca de la casa de su padre había una hilera de montañas; algunas de ellas eran, literalmente, prisioneras de las nubes, pues las nubes reposaban constantemente sobre ellas componiendo un panorama grandioso, y por sus numerosos costados descendían pequeñas cascadas burbujeantes hasta desembocar en un hermoso río. El viento silbaba a través de los árboles y arbustos dispersos, y en ellos cantaban los pájaros, especialmente los petirrojos; estos también encontraban refugio en la hiedra de un viejo castillo que, según la leyenda, estaba embrujado. Se hallaba situado en la cima de una de las montañas y desde él se veía el mar. Este castillo había estado habitado por algunos de los antepasados de Mary, y la vieja ama de llaves le había contado muchas cosas sobre los ilustres personajes que habían vivido allí.

Cuando su madre expresaba su disgusto o su amiga se mostraba fría, Mary se escabullía hacia este refugio que pocos humanos habían pisado, contemplaba el mar, observaba los grises nubarrones o escuchaba el viento que luchaba por liberarse del único obstáculo que estorbaba su camino. Cuando se sentía más animada, admiraba las diversas combinaciones de luz y sombra, las hermosas tonalidades que los destellos del sol daban a las lejanas colinas; entonces se regocijaba e imaginaba el futuro.

Uno de los caminos que llevaban de vuelta a casa atravesaba la cavidad de una roca cubierta de una fina capa de tierra, suficiente para alimentar a unos pocos arbustos raquíticos y a unas plantas salvajes que crecían en sus costados y se inclinaban hacia la cumbre. De esta brotaba un claro riachuelo que corría entre los peñascos caídos sobre su cauce. Allí siempre reinaba el crepúsculo, y parecía el templo de la soledad. No obstante, aunque esta afirmación pueda sonar paradójica, el ruido de las pisadas sobre la

roca aterrorizaba al intruso y le inspiraba un sentimiento extraño, como si estuviera invadiendo ese reino soberano. En este lugar retirado leyó Las estaciones de Thomson, los Pensamientos nocturnos de Young y El paraíso perdido.[52]

A poca distancia de allí se encontraban los chamizos de unos pocos y humildes pescadores que mantenían a sus muchos hijos con su precario oficio. A menudo descansaba en estas pequeñas chozas y se negaba a sí misma hasta la más nimia gratificación para poder atender las necesidades de sus habitantes. Su corazón los amaba y bailaba de alegría cuando conseguía poner fin a alguna de sus penurias o los alegraba en algo.

En estas actividades aprendió el lujo de hacer el bien, y las dulces lágrimas de humanitarismo a menudo humedecían sus ojos y les daban un brillo que, siendo resultado de aquello, antes no tenían; por el contrario, eran más bien fríos y nadie hubiera reparado en ellos si su alma no los hubiera animado. En absoluto eran como esos ojos brillantes que parecen diamantes pulidos y resbalan sobre cualquier superficie dando más luz a quienes los contemplan que la que ellos mismos reciben. Pues su benevolencia no conocía límites; el sufrimiento de los demás la enervaba y no descansaba hasta haberlos socorrido o aliviado. El ardor de su compasión a menudo la hacía ser tan diligente que se le ocurrían muchas cosas que hubieran escapado a un observador menos interesado. De esa manera se adentraba con tal intensidad en todo cuanto leía —y las emociones que esa lectura le suscitaba eran tan intensas— que esta pronto empezó a formar parte de su carácter.

En esa época la movían sentimientos piadosos y entusiastas; su Creador casi siempre se le aparecía en cada una de sus obras, pero sobre todo disfrutaba contemplando los solemnes o grandiosos rasgos de la Naturaleza. Se quedaba observando el batir de las olas y pensaba en la voz que podría amansar el mar tempestuoso. Estas propensiones daban un cariz particular a su mente antes de que las

pasiones empezasen a ejercer su tiránico dominio, y entre ellas destacaban especialmente aquellas a las que su temperamento tendía por naturaleza.

Años después, recordando estas mismas escenas, su imaginación volvió atrás para rastrear los primeros y plácidos sentimientos que la habían inspirado, y deseó con todas sus fuerzas recuperar la misma paz y tranquilidad.

Muchas noches se sentaba, si se me permite la expresión, a conversar con el Creador de la Naturaleza, escribir versos y cantar himnos compuestos por ella misma. También reflexionaba e intentaba discernir el fin al que estaban destinadas sus facultades, y entrevió una verdad que más tarde se le desvelaría por completo.

Pensaba que solo un ser infinito podía colmar el alma humana y que cuando se buscaban otros medios para alcanzar la felicidad las falsas ilusiones conducían a la tristeza, que es hija de la decepción. Bajo la influencia de ardientes afectos, ¡cuántas veces olvidaba su condena!; tantas como las que volvía a ella y esta la golpeaba con fuerza redoblada. A menudo experimentaba un placer puro; sus alegrías, sus momentos de éxtasis nacían del genio.

Por entonces contaba quince años y deseaba recibir el santo sacramento; solía pasar sentada la mitad de la noche, su momento favorito para ejercitar la mente, leyendo las Escrituras y reflexionando sobre algunas cuestiones doctrinales que la desconcertaban. También percibía claramente que veía a través de un cristal oscuro,[53] y que los obstáculos destinados a detener nuestras lucubraciones intelectuales constituyen una de las muestras de este periodo de prueba en la Tierra. Pero el espectáculo de la divina Providencia exaltaba sus sentimientos, y deseaba ardientemente conmemorar el amor y la muerte de su gran

benefactor. La noche previa a ese gran día, en el que por fin iba a hacer su voto bautismal, no pudo acostarse. El sol interrumpió sus meditaciones y no la halló agotada por la vigilia.

Las perlas de Oriente se esparcían por doquier; Mary saludó el nuevo día y cantó llena de gozo: «Gloria a Dios en las alturas, a los hombres de buena voluntad». En realidad, se conmovía tanto cuando entonaba la oración por su salvación eterna que apenas podía contener la emoción, y el recuerdo se encargaba de despertar su piedad dormida cuando sus pasiones terrenales le restaban fuerza.

Nadie comentó esos procesos de su mente, ni la cultura aquietó aquellos exuberantes raptos. Los criados y los pobres la adoraban. A fin de obtener la más alta recompensa, vivía en la más rígida austeridad, y tenía tal control sobre sus deseos y apetitos que los dominaba por completo sin gran esfuerzo y, cuando su entendimiento o sus afectos se ocupaban en algo, casi olvidaba que tenía un cuerpo al que debía alimentar. Este hábito de pensar, esta especie de aprendizaje ascético, fortaleció sus pasiones.

Entraremos ahora en el ámbito más activo de la vida.

■

52 James Thomson, Las estaciones (1730); Edward Young, Las noches o Pensamientos nocturnos, muerte e inmortalidad (1742-1745); Milton, El paraíso perdido (1667).

53 Corintios, I, 13,12. «Ahora vemos como en un espejo, confusamente».

Capítulo V

Pocos meses después de cumplir Mary los diecisiete, su hermano cayó víctima de una violenta fiebre y murió antes de que su padre pudiera llegar al colegio. Mary pasó a ser la heredera. Su madre comenzó a pensar en ella como tal y dejó de llamarla la niña. Se contrató a los maestros correspondientes, se le enseñó a bailar y un maestro especial se encargó de perfeccionarla en el más necesario de todos los talentos.

Una parte de las propiedades que debía heredar habían sido objeto de un litigio, y el heredero de la persona que aún mantenía el pleito en la cancillería[54] era solo dos años menor que nuestra heroína. Los padres, a pesar de esta disputa, se veían a menudo y, a fin de resolverla amistosamente, un día, junto a una botella, resolvieron anularla por medio del matrimonio y, uniendo las dos dotes, renunciar a cualquier otra investigación sobre los méritos de sus diferentes alegaciones.

Mientras se acordaba esta importante cuestión, Mary ocupaba su tiempo de otra forma. Los recursos de la madre de Ann eran cada vez más escasos, y el horrible fantasma de la pobreza avanzaba a pasos agigantados para atraparlas en sus garras. Ann no tenía la suficiente fuerza para hacer frente a tanta miseria acumulada, y además algo malsano le carcomía el corazón y minaba su salud. Renunció a cualquier alivio; cosas que no supondrían un sacrificio cuando una persona se encuentra bien son absolutamente necesarias para aliviar el dolor físico y mantener las funciones corporales.

Había muchos pasatiempos elegantes, a los que había sido aficionada, que podrían haber apartado su mente de su tendencia más destructiva, mas su pobreza no le permitía disfrutarlos. Sin otro

remedio para relajarse que tocar las melodías que admiraba su amante y coger el lápiz que él le había enseñado a manejar, no es de extrañar que su imagen flotase en su imaginación, y ese recuerdo reavivó el amor que sentía. La pobreza y todos sus burdos lacayos habían ocupado la casa de su madre, que, aunque era una buena mujer, no estaba preparada para ahuyentar con palabras vanas e insustanciales el delirio que se había apoderado de su hija.

Ese amor infortunado había otorgado una fascinante delicadeza a sus gestos, una finura tan auténticamente femenina que un hombre, cualquiera que fuese su sensibilidad, no podía contemplarla sin desear ahuyentar sus penas. Era tímida y poco resuelta, y más bien amante de la indolencia; solo el sufrimiento tenía el poder de hacerla reflexionar.

En cualquier cosa no era lo importante, sino lo hermoso o lo bello, lo que llamaba su atención. Y en una obra artística, lo pulido del estilo y la armonía de las proporciones le interesaban mucho más que los raptos de genio o las especulaciones abstractas.

A menudo se maravillaba de los libros que elegía Mary, que, aunque poseía una vivaz imaginación, con frecuencia estudiaba a autores cuyas obras iban dirigidas al intelecto. Esta afición le enseñó a ordenar sus pensamientos y a argumentar consigo misma, incluso cuando estaba bajo el influjo de las más violentas pasiones.

Los infortunios de Ann y su frágil salud crearon unos lazos que hicieron que Mary se sintiera fuertemente atada a ella; Mary anhelaba tanto tener un hogar en el que poder acogerla que este anhelo desplazó cualquier otro deseo de su mente, y complaciéndose en los tiernos proyectos dictados por la compasión o la amistad, deseaba fervientemente ponerlos en práctica.

Pese al gran cariño que sentía por su amiga, Mary no olvidó a su madre, cuyo declive era tan imperceptible que advirtieron que su final estaba cerca. No obstante, el médico observó los síntomas más alarmantes e informó al marido del peligro inminente que corría su mujer; y entonces, por primera vez, él le mencionó a ella los planes que tenía respecto a su hija.

Ella los aprobó. Mandaron llamar a Mary, pero no estaba en casa. Había ido a visitar a Ann, a quien había encontrado en un ataque de histeria. El casero de su pequeña granja había enviado a un empleado suyo a cobrar el alquiler, que se le debía desde hacía tiempo, y amenazó con arrebatarles el ganado que aún les quedaba y echarlas si no pagaban pronto los plazos atrasados. Teniendo en cuenta que este hombre había hecho una fortuna hostigando a los arrendatarios a los que representaba como diputado, poco podía esperarse de su paciencia.

Todo esto oyó Mary, y la madre de Ann añadió que tenía muchos más acreedores, que, con toda probabilidad, se alarMarian y les arrebatarían todo lo que habían podido salvar del naufragio.

—Yo puedo soportarlo todo —gimió—, pero ¿qué será de mis hijos? Y esta hija mía —exclamó señalando a Ann, que estaba a punto de desmayarse—, cuya frágil complexión ya está castigada por la desazón y el dolor, ¿dónde irá?

El corazón de Mary dejó de latir al escuchar esta pregunta. Intentó responder, pero las palabras morían antes de salir de su boca. No se había recuperado aún cuando su padre llegó preguntando por ella con la intención de que lo acompañara inmediatamente a casa.

Inmersa en la escena de dolor que había presenciado, caminaba silenciosa junto a su padre cuando este la sacó de su ensoñación diciéndole que, con toda probabilidad, a su madre no le quedaran muchas horas de vida. Antes de que ella pudiera responderle, le informó de que él y su madre habían decidido casarla con Charles, el hijo de su amigo; añadió que la ceremonia debía celebrarse inmediatamente para que su madre pudiese presenciarla, pues ese era el deseo que había expresado con ingenua impaciencia.

Sobrecogida por este relato, Mary volvió los ojos y, con mirada ausente, los fijó en el rostro de su padre. Pero sus ojos ya no eran órganos sensitivos, no transmitían ideas a su cerebro. Muy cerca ya de su casa, recobró su presencia de ánimo; tras esta suspensión de su pensamiento, cientos de ideas se agolpaban en su mente: su madre moribunda, la triste situación de su amiga y un horror extremo a dar, o verse forzada a dar, un paso tan precipitado; pero no sintió la aversión ni el rechazo que nacen de un conocimiento previo. Quería a Ann más que a nadie en el mundo y por librarla de las garras de la destrucción se hubiera enfrentado a un león. Tener a esta amiga por siempre junto a ella, tranquilizarla con respecto a la situación de su familia, ¿no sería acaso la mayor de las dichas?

Entró en la habitación de su madre ocupada en estos pensamientos, que se desvanecieron de repente ante la visión de su madre moribunda. Fue hacia ella y le cogió la mano, que apretó débilmente la de Mary.

—Mi niña —dijo su madre con las pocas fuerzas que le quedaban. Estas palabras le llegaron al corazón, pues muy raramente las había oído pronunciar con acentos que denotaran afecto.

—Mi niña, no siempre te he tratado con cariño, ¡que Dios me perdone! ¿Me perdonas tú también?

Las lágrimas de Mary fluían en un torrente espontáneo, y sobre su pecho caían gruesas gotas que no aliviaban su congoja.

—¡Te perdono! —dijo con tono sobrecogido.

El sacerdote llegó para administrar los últimos sacramentos, y a continuación se celebró la ceremonia nupcial. Mary permaneció como una estatua de la Desesperación y pronunció la horrible promesa sin pensar en ella, después de lo cual corrió a socorrer a su madre, que expiró esa misma noche en sus brazos.

Su marido partió hacia el continente ese mismo día con un tutor, para terminar sus estudios en una universidad extranjera.

Enviaron a Ann para consolarla, no por la marcha de su reciente marido, sino a fin de reconciliarla con su destino. Además, era necesario que tuviera compañía femenina, y no había ninguna tía soltera ni prima de su misma clase en su familia.

54 El tribunal del canciller de Inglaterra fue el principal tribunal de equidad hasta 1873.

Capítulo VI

A Mary se le permitió pagar la renta que le causaba tanto desasosiego, y puso todo su empeño en convencer a su padre para que socorriera a la familia de Ann. Pero lo máximo que pudo obtener fue una pequeña suma, muy insuficiente a ese propósito, que permitiera a la pobre mujer abrir un pequeño negocio cerca de la ciudad.

Su intención de marcharse de aquella región del país pesaba mucho más para él que los argumentos de Mary, inspirados por motivos filantrópicos y de amistad. Pero este era un lenguaje que él no comprendía, un lenguaje que hablaba de cualidades ocultas que nunca imaginó, pues no se podían ver ni tocar.

Tras la muerte de su madre, Ann continuó languideciendo, pese a tener una enfermera cuyo único deseo era entretenerla. De haber recuperado la salud, el tiempo hubiera pasado de manera tranquila y provechosa.

Durante el año de luto vivieron retiradas; la música, el dibujo y la lectura ocuparon su tiempo. El gusto y el criterio de Mary se perfeccionaron al desarrollar el hábito de la observación y dejar que los simples prodigios de la Naturaleza colmasen sus pensamientos. Mary tenía una extraordinaria facilidad para diferenciar conceptos y combinar ideas que a primera vista no parecían próximas. Pero estas variadas disquisiciones no le hicieron olvidar sus preocupaciones ni aquietaron su temperamento melancólico.[55] Antes de disfrutar de la compañía de Ann, imaginaba que eso la habría hecho completamente feliz. Pero se sentía desilusionada y no sabía de qué quejarse.

Como su amiga no podía acompañarla en sus paseos y deseaba estar sola, por una razón muy obvia, Mary volvió a frecuentar sus lugares favoritos, rememoró los placeres con los que soñó en el pasado y pensó en cómo cambian al hacerlos realidad y se antojan tan fútiles. Aún no había encontrado la compañera que buscaba. Ann y ella no eran mentes que congeniasen, ni ella ayudaba a consolarla en el grado que esperaba. La salvó de la pobreza, pero esto solo fue una bendición negativa. Cargar con el lastre de la pobreza era muy doloroso y aún más lo eran las aprensiones, pero, cuando estaba libre de ellas, no se sentía feliz.

Así es la naturaleza humana, y sus leyes no habrían de invertirse para satisfacer a nuestra heroína y detener la evolución de su entendimiento, pues la felicidad únicamente florece en el Paraíso y no podemos saborearla en vida.

Pasó otro año lleno de crecientes temores. Ann contrajo una fiebre héctica[56] y los pronósticos médicos fueron muy desfavorables. En esos momentos Mary se olvidó de todo excepto del miedo a perderla, e incluso imaginó que su recuperación la haría feliz. Su angustia la llevó a estudiar medicina y durante algún tiempo solo leyó libros de esa materia. Y este conocimiento terminó por causarle, literalmente, un sentimiento de vanidad y aflicción,[57] pues le permitía prever lo que no podía evitar.

Conforme expandía sus conocimientos, su matrimonio le parecía una terrible desgracia. A veces algo le recordaba esa pesada carga, ¡y cuán amargo era ese pensamiento! Parecía existir una mutua compasión entre las dos amigas. Mary escribía cartas formales en respuesta a las de su marido; un extremo aborrecimiento se apoderó de su mente, el sonido de su nombre la hacía ponerse enferma. Pero se olvidaba de todo cuando oía toser a Ann y sostenía su lánguida figura. En esos momentos la apretaba contra su pecho con

un ansia convulsa, como si quisiera salvarla de caer en una fosa que se abría a sus pies.

■

55 De acuerdo con la teoría fisiológica sobre los humores, la bilis negra causaba melancolía.

56 «Hectic cough» en el original. Samuel Johnson, A Dictionary of the English Languaje (1775). «Fiebre héctica: propia de las enfermedades consuntivas», RAE.

57 Eclesiastés, 1,4.

Capítulo VII

La Providencia quiso que Mary experimentara casi todas las clases de aflicción. Su padre se cayó del caballo; su sangre presentaba un estado muy inflamatorio, así que cualquier golpe era muy peligroso. Los médicos no confiaban en que fuera posible su recuperación.

Aterrorizada, viéndolo tan cerca de la muerte pero tan poco preparado para afrontarla, su hija se sentó junto a su cama, oprimida por una terrible angustia que su piedad acrecentaba aún más. Su dolor no tenía ni un ápice de egoísmo. Él no era un amigo ni un benefactor, pero era su padre, un pobre infeliz a punto de entrar en la eternidad, depravado e inconsciente. ¿Podía una vida de sensualidad servir de preparación para una muerte en paz? Sumida en estas cavilaciones, Mary pasó la noche junto a su cama hasta que dieron más de las doce.

La enfermera se durmió, y ninguna estruendosa tormenta interrumpió su reposo, aunque eso hizo que la noche le pareciera aún más terrorífica. La respiración desigual de su padre la alarmaba, y cuando oyó un profundo suspiro temió que fuera el último; mientras intentaba detectar el siguiente, un centenar de truenos retumbó en sus oídos. La noche le pareció triste y solemne, y las horas transcurrieron lentamente mientras reflexionaba acerca de la separación del cuerpo y el alma.

En verdad la muerte es el peor de los horrores cuando ataca a un hombre vicioso. El corazón compasivo no encuentra ningún alivio, sino que teme una separación eterna. No cabe esperar el reencuentro con aquellos que, estando aún con vida, hayan culminado también su viaje, sino que todo es oscuridad. Con razón puede decirse que la tumba recibe a los que han partido; ese es el

aguijón de la muerte.

Noche tras noche Mary cuidó de su padre y esa fatiga excesiva menoscabó su propia salud, pero tuvo un efecto aún peor sobre Ann. Aunque esta pasaba casi todo el tiempo en la cama, no lograba descansar. La invadían multitud de pensamientos sombríos, y los miedos que sentía por Mary, a quien quería tanto como le permitía su exhausto corazón, atormentaban su mente. Tras una noche insomne y febril, tuvo un violento ataque de tos y se le reventó un vaso sanguíneo. Mandaron llamar al médico, que se encontraba en la casa y, cuando este dejó a la paciente, Mary, con voz autorizada, insistió en saber su verdadera opinión. El médico se la dio con reticencia; su amiga estaba en estado crítico y él creía que, si pasaba el próximo invierno en Inglaterra, moriría en primavera, una estación fatal para los enfermos de tuberculosis. ¡En primavera! Se esperaba que su marido volviera por entonces. ¡Santo Cielo!, ¿podría soportar todo aquello?

A los pocos días su padre dio su último suspiro. Las horribles sensaciones que provocó su muerte eran demasiado tristes para durar demasiado, y el peligro que corría Ann, y su propia situación, hicieron a Mary reflexionar sobre qué conducta debía adoptar. Temía que este suceso pudiera adelantar el regreso de su marido y le impidiera ejecutar el plan por el que había optado: acompañar a Ann a un clima más saludable.

Capítulo VIII

Anteriormente mencioné que Mary nunca había tenido ningún apego particular que suscitara el fastidio que iba ganando terreno cada día. Su amistad con Ann ocupaba su corazón y recordaba a una pasión. En realidad, había tenido varios flechazos pasajeros, pero no podían considerarse amor. Disfrutaba enormemente de la compañía de hombres de genio, y eso perfeccionó sus capacidades intelectuales. No solía juntarse con gente de su misma clase. Era de una estirpe rara, pues sus favoritos eran hombres que habían pasado el ecuador de la vida y con un aire filosófico.

Escribió al hombre al que había jurado obedecer informándole de que estaba decidida a marcharse al sur de Francia o a Lisboa. Los médicos habían dicho que un cambio de aires era necesario tanto para ella como para su amiga. Mary mencionó esto en su carta y añadió que su consuelo —y casi su vida— dependían de la recuperación de la enferma a la que deseaba atender; y que si se negaba a seguir los consejos que le habían dado los médicos, nunca se lo perdonaría, ni perdonaría a quienes tratasen de impedírselo. Concentrada en su plan, escribía con más libertad de lo habitual y su carta era, como casi todas las suyas, una transcripción de su corazón.

—A esta dulce amiga —exclamaba— la quiero por sus cualidades agradables y por sus virtudes sustanciales. La continua supervisión de su salud y el tierno oficio de enfermera han creado un afecto muy parecido al amor maternal, pues yo soy su único apoyo y ella depende de mí. Cómo podría abandonar al abandonado, romper la caña quebrada…[58] ¡No, antes preferiría morir! Debo partir y partiré.

Mary habría añadido, «quedo muy agradecida por su

consentimiento», pero el corazón se le sublevó e, indecisa, le escribió algo expresándole sus mejores deseos.

—¿Acaso no deseo el bien a todo el mundo? —exclamó mientras firmaba la carta. Pese a estar manchada de tinta, Mary la selló precipitadamente, la envió para apartarla de su vista y se dispuso a preparar el viaje.

Cuando llegó el correo recibió una respuesta; contenía algunos comentarios manidos sobre su romántica amistad y terminaba así: «Pero, puesto que los médicos aconsejan un cambio de aires, no tengo ninguna objeción».

58 Isaías, 42,3. «No romperá la caña quebrada».

Capítulo IX

Ahora no había ninguna razón para retrasar el viaje, y Mary prefirió Lisboa a París por estar más alejada de la única persona a la que no deseaba ver.

Por lo tanto, partieron hacia Falmouth, que se encontraba de camino a aquella ciudad. El viaje le sentó bien a Ann y el ánimo de Mary se alegró al ver sus ojos, que indicaban una clara mejoría. Había sido víctima de la desesperación y ahora daba rienda suelta a la esperanza y se sentía embriagada por ella. Una vez a bordo, Ann siempre permanecía en el camarote, porque la mera visión del agua la aterrorizaba; sin embargo Mary, después de que su amiga se acostara, o cuando dormía durante el día, subía a cubierta, charlaba con los marineros y contemplaba gozosa el ancho mar que se extendía ante ella. Podía dedicarse a mirar el océano y a continuación observaba las criaturas que desafiaban su furia. No podía llamar «valor» a su inconsciencia y temeridad. Su insensato regocijo era propiamente animal y sus sentimientos tan impetuosos e inciertos como el elemento en el que esos animales se zambullían.

Solo llevaban una semana en el mar cuando avistaron Lisboa y, a la mañana siguiente, el barco echó anclas cerca del castillo. Tras realizar las requisas habituales, se les permitió desembarcar en la costa, aproximadamente a tres millas de la ciudad; y mientras un miembro de la tripulación que entendía su idioma fue a buscarles uno de esos feos carruajes que son típicos de aquel país, esperaron en el convento irlandés situado cerca del Tajo.[59]

Varias personas se ofrecieron para llevarlas a la iglesia, donde sonaba una bella música de órgano. Mary las siguió, pero Ann prefirió quedarse con una monja con quien había entablado

conversación.

Una de las monjas, que tenía una dulce voz, estaba cantando. Mary quedó sobrecogida, su corazón se sumó a esa devoción y lágrimas de ternura y gratitud brotaron de sus ojos.

—¡Padre mío, te doy gracias! —exclamó sin darse cuenta, pues las palabras no alcanzaban a expresar lo que sentía.

En silencio, contempló la elevada cúpula, oyó sonidos a los que no estaba acostumbrada y vio rostros extraños a los que, a pesar de todo, no podía saludar con amor fraternal. En una tierra desconocida, pensaba que el Ser que ella adoraba habitaba en la eternidad y estaba omnipresente en un número infinito de mundos.[60] Cuando no tenía cerca a nadie a quien amar, era especialmente sensible a la presencia de su Amigo Todopoderoso.

La llegada del carruaje puso fin a sus especulaciones. Este había de llevarlas al hotel, acondicionado para hospedar a enfermos y convalecientes. Desgraciadamente, antes de que pudieran llegar, cayó una tromba de agua y tuvieron que correr las cortinillas de cuero de la parte delantera del vehículo para protegerse del fuerte viento que se había levantado. Pero fue en vano; la lluvia logró abrirse camino y Ann padeció sus efectos, pues atrapó un resfriado pese a las precauciones de Mary.

Como es habitual, el resto de los enfermos y huéspedes se preocupó por su salud, y tan pronto como Ann salió de su habitación —en la que sus dolores a veces la obligaban a pasar todo el día— fue a expresar su agradecimiento personalmente. Había tres elegantes mujeres y dos caballeros; uno era el hermano de la mayor de las jóvenes y el otro un convaleciente que, como ellas mismas, estaba

allí para beneficiarse del cambio de aires. Entablaron conversación de inmediato.

Las personas que coinciden en un país extraño y residen en la misma casa a menudo entablan amistad sin las formalidades que entrañan las visitas cuando se vive en casas separadas, donde estas personas están rodeadas de sus amigos más cercanos. Ann se mostraba particularmente feliz de disfrutar de una compañía agradable. Una ligera fiebre solía dejarla más débil durante la mañana y más animada por la noche, momento en el que más deseaba tener compañía. Mary, que solo pensaba en su amiga, decidió cultivar la amistad de esos huéspedes, pues sabía que si podía entretener su mente, quizá su cuerpo recobraría las fuerzas.

Todos eran amantes de la música, y propusieron dar pequeños conciertos. Uno de los caballeros tocaba el violín y el otro la flauta barroca. Trajeron los instrumentos, con los nervios que entraña poner en práctica una nueva idea.

Mary no había hablado mucho, pues era tímida. Rara vez participaba en las conversaciones de carácter general, aunque su gran agudeza le permitía adivinar rápidamente el carácter de aquellos con quienes conversaba, y su sensibilidad le hacía querer agradar a cualquier ser humano. Además, si su mente no estaba ocupada por ninguna pena, o por alguna reflexión, se deleitaba con el placer de los otros, y le alegraba ver a los demás disfrutar, aunque sus risas no le interesaran.

Ese día no dejaba de pensar en la mejoría de Ann y albergaba alegres esperanzas que, si bien habían disipado las inquietudes causadas por la melancolía, no obstante la hacían preferir seguir callada. La música, más que las conversaciones, interrumpió sus reflexiones, aunque no al principio. El caballero que tocaba la flauta

barroca era un hombre apuesto, inteligente y educado, y sus observaciones, si no originales, eran cuando menos pertinentes. El otro, que no había hablado mucho, comenzó a tocar el violín e interpretó una pequeña balada escocesa. Logró extraer un sonido tan conmovedor de su instrumento que Mary, observándole con más atención, vio en un rostro no muy agraciado los rasgos marcados del genio.[61] Sus modales eran torpes, con ese tipo de torpeza que a menudo se encuentra en los literatos. Parecía un filósofo y expresaba sus opiniones con un estilo elegante y un tono de voz melodioso.

Cuando terminó el concierto todos se retiraron a sus habitaciones. Mary siempre dormía con Ann, ya que esta era víctima de horribles pesadillas y muchas veces había que calmarla en plena noche para evitar que se ahogara. Charlaron sobre sus nuevas amistades en su habitación y, con respecto a los caballeros, mostraron opiniones diferentes.

■

59 Lisboa se construyó a orillas del estuario del Tajo.

60 Young, Las noches, IV, 710. Fontanelle popularizó la idea de la pluralidad de mundos en su obra Conversaciones acerca de la pluralidad de los mundos, traducida al inglés por Aphra Behn en 1688.

61 Según la teoría fisonómica, descrita por J. C. Lavater en sus Fragmentos fisiognómicos (1775-1780) que Wollstonecraft había empezado a traducir y que utilizó de nuevo en «The Cave of Fancy» (1787).

Capítulo X

Veían a sus nuevas amistades casi todos los días, y la familiaridad condujo a la intimidad. En muchas ocasiones, Mary dejaba a su amiga con ellos mientras se entretenía en descubrir nuevas formas de vida y buscar las causas que las habían producido. Tenía una tendencia metafísica que la llevaba a reflexionar sobre cualquier objeto que pasara cerca de ella, y su mente no era como un espejo, que recibe todas las imágenes fugaces sin retenerlas; no tenía ningún prejuicio, pues analizaba cada opinión antes de adoptarla.

Los ritos católicos captaron su atención y propiciaron algunas conversaciones cuando se reunían. Uno de los caballeros empleaba constantemente conceptos deístas al ridiculizar el boato que tanto les había sorprendido observar. Mary reflexionó sobre ambas cuestiones —los dogmas católicos y las dudas planteadas por los deístas— y, aunque no era escéptica en materia religiosa, creyó conveniente examinar las pruebas en las que se fundaba su fe. Leyó La analogía[62] de Butler y a algunos otros autores. Estas lecturas la convirtieron en una cristiana por convicción, y aprendió a ser comprensiva, en especial con respecto a los sectarios. Vio que se podían esgrimir buenos y sólidos argumentos desde puntos de vista diferentes y le alegró descubrir que aquellos con los que no coincidía tenían su parte de razón.

62 Joseph Butler, La analogía de la religión, natural y revelada, a la constitución y curso de la Naturaleza (1736).

Capítulo XI

Cuando mencioné a las tres damas, dije que eran tres mujeres distinguidas, y ese es todo el elogio que —como historiadora veraz — puedo dedicarles, pues era el único aspecto en el que destacaban. Olvidé mencionar que las tres pertenecían a una misma familia: una madre, su hija y su sobrina. Su hija llegó allí por prescripción médica, para evitar el invierno norteño, y la madre, su sobrina y un sobrino la acompañaron.

Era gente de alto rango, pero desgraciadamente, pese a pertenecer a una familia muy antigua, el título había descendido hasta una rama muy remota —a la que hicieron todo lo posible por arrimarse—, y habían copiado servilmente los aires de la condesa. Sus mentes estaban lastradas por un conjunto de ideas acerca de la propiedad y la forma en que las cosas debían presentarse ante los demás, obligaciones estas que siempre agobian a los débiles. «¿Qué dirán los demás?», era lo primero que pensaban cuando pretendían hacer algo que no habían hecho hasta ese momento. O: «¿Qué haría la condesa en esa situación?». Y cuando respondían a esa pregunta, lo bueno o lo malo se desvelaba sin tener que tomarse la molestia de albergar en sus mentes ninguna idea al respecto. La condesa era un bello planeta y sus satélites danzaban armoniosamente en torno a ella.

Tras este paréntesis no hará falta añadir que sus mentes habían recibido una educación muy limitada. Les habían enseñado francés, italiano y español, y el inglés era su lengua común. ¿Y qué aprendieron? Ya lo dijo Shakespeare, «palabras, palabras».[63] Pero dejadme simplemente mencionar que cantaban a voz en grito canciones italianas a la manera auténticamente popular. Sin que nadie hubiera plantado ninguna semilla en su entendimiento ni hubiera ejercitado los afectos de su corazón, las hicieron salir del

internado o del lugar donde estuvieran recluidas a fin de evitar que sus rostros pareciesen comunes y hacer que fuesen como estrellas rutilantes para seducir a los caballeros.

Eran agraciadas, y el ir de fiesta en fiesta provocó el trastorno que hizo necesario un cambio de aires. La madre, si exceptuamos que era casi veinte años mayor, se comportaba de la misma forma; y esos años de diferencia solo servían para hacer que se aferrase con más fuerza a sus costumbres frívolas y decidiese con estúpida solemnidad sobre algunas irrelevantes cuestiones de protocolo, como si fuesen un asunto de extrema importancia. En esta materia era una experta consumada, al haber vivido en ese sofisticado mundo durante tanto tiempo, ese mundo que el ignorante contempla como se contempla el sol.

Me parece que todos los seres tienen una cierta idea —o más bien afición— de lo sublime. Las riquezas, y el estatus consiguiente, representan lo excelso para las mentes débiles. Estas imágenes colman, o mejor exceden, sus estrechas almas.

Una tarde que se habían comprometido a pasar todos juntos, Ann se puso tan enferma que Mary tuvo que enviar una nota de disculpa por no acudir al salón de té. La nota dejó sin palabras al grupo, y la madre, con una mirada de solemne gravedad, se volvió hacia el caballero enfermo, que se llamaba Henry, y dijo:

—Aunque la gente más distinguida a menudo para en lugares como este y se relaciona con personas a las que no conocen, yo no aprobaría que mi hija, cuya familia es tan respetable, se relacionara con nadie a quien le avergonzaría conocer en cualquier otro lugar. Esa es la única razón por la que no le permito que esté con nadie excepto conmigo —añadió, enderezando la postura, y una sonrisa de autocomplacencia inundó su rostro.

—He hecho algunas averiguaciones sobre estas extranjeras y he descubierto que la que muestra más dignidad en sus modales es realmente una mujer de fortuna.

—¡Por Dios, mamá, si viste como una pordiosera!

Mamá prosiguió:

—Es una criatura romántica, no debes imitarla, pequeña, aunque es la heredera de una gran fortuna en *shire, de lo cual quizá recuerdes haber oído hablar a la condesa la noche en que llevabas puesto el vestido que fue tan admirado; pero está casada.

Entonces les relató toda la historia según se la había contado su criada, que la sabía por una sirvienta de Mary.

—Es una criatura extraña, y esta amiga a la que presta tanta atención —como si fuera una muchacha de buena familia— es una pordiosera.

—¡Vaya, qué extraño! —exclamaron las jóvenes.

—No obstante, es una criatura encantadora —dijo su sobrino. Henry suspiró y cruzó la habitación a grandes pasos una o dos veces. Entonces cogió su violín y tocó la melodía que emocionó a Mary la primera vez; a menudo ella le había pedido que la tocara.

La música era singularmente melodiosa, «Y llegó robando el sentido como el dulce Sur». Estos sonidos familiares llegaron a los oídos de Mary mientras estaba sentada junto a su amiga —los escuchó sin querer— y derramó algunas lágrimas sin casi darse cuenta. Ann no tardó en dormirse, como si hubiese tomado un opiáceo. Mary empezó a reflexionar sobre sus miedos y a imaginar que se había engañado a sí misma. Ann todavía estaba muy enferma; la esperanza había conseguido que muchas horas pesadas pasaran inadvertidas, pero ahora se sentía culpable por acoger y dar la bienvenida a este huésped. Su mente llegó a tal grado de ansiedad que decidió —una vez más— buscar ayuda médica.

Inmediatamente después de tomar esta decisión, Mary bajó con la mirada descompuesta para preguntar a las mujeres a quién podía llamar. Cuando entró en la habitación no era capar de verbalizar sus miedos, pues le parecía que sería como pronunciar la sentencia de muerte de Ann. Su lengua vacilante pronunció algunas torpes palabras, y se quedó en silencio. Las mujeres se preguntaban por qué una persona de su inteligencia podía tener tan poco dominio de sí misma, y empezaron a consolarla con una sarta de tópicos tales como «Debemos aceptar los designios del Cielo» y a animarla con las fórmulas más manidas, a las que Mary no respondió, sino que, agitando la mano con impaciencia, exclamó:

—¡No puedo vivir sin ella! ¡No tengo otra amiga! ¡Si la pierdo, el mundo será un desierto para mí!

—¿Ninguna otra amiga? —repitieron—. ¿No tiene usted marido?

Mary retrocedió, palideció y enrojeció sucesivamente. Un delicado sentido del decoro le impedía contestar y logró dominar sus agitados pensamientos. Mostrando una mayor compostura —como consecuencia de este recuerdo— obtuvo la información que deseaba

y subió a la habitación. Henry la siguió con la mirada mientras las mujeres censuraban con total libertad su extraño comportamiento.

■

63 Hamlet, II, 192.

Capítulo XII

Mandaron llamar al médico. Su prescripción proporcionó a Ann un alivio momentáneo, y de nuevo se incorporaron al círculo de sus conocidos. Desgraciadamente, ocurrió que no dejó de llover durante más de una semana, y eso les obligó a permanecer en casa.

Esos días Ann encontró a las mujeres menos agradables. Cuando pasaban juntas horas enteras, los tópicos terminaban agotándose y, de no ser por las cartas o la música, las largas veladas hubieran transcurrido de la manera más tediosa e indolente.

El mal tiempo había afectado a los dos enfermos, Henry y Ann. Aquel estaba a menudo muy pensativo, o más bien melancólico. Su melancolía hubiera atraído por sí sola la atención de Mary si esta no hubiese considerado su conversación tan infinitamente superior a la del resto. Cuando conversaba con él, se desplegaban todas las facultades de su alma, el genio animaba su expresivo semblante y los gestos más gráciles y naturales daban fuerza a su discurso.

Frecuentemente discutían sobre cuestiones muy profundas, mientras el resto cantaba o jugaba a las cartas, y nadie reparaba en ello, pues Henry, con quien todas se mostraban encantadas, de manera galante les dedicaba más atención que a ella. Además, como no había nada seductor en el vestir o en las maneras de Mary, nunca pensaron que la prefiriese antes que a ellas.

Henry era un hombre instruido. También había estudiado la naturaleza humana y conocía lo intrincado del corazón humano por haber sentido los padecimientos del suyo. Su criterio era justo, pues

tenía un baremo —la Naturaleza— que analizaba con mirada crítica. Mary no podía evitar pensar que en su compañía su mente se expandía y que él siempre iba más allá de las apariencias. Ella aprendió nuevas ideas y perfeccionó su criterio.

Henry también era un hombre devoto. Sus sensatos sentimientos religiosos estaban alentados por su sensibilidad y, salvo en contadas ocasiones, los mantenía en los límites adecuados. Asimismo, estos sentimientos habían conformado su carácter; era amable y bien dispuesto. Las ridículas ceremonias que presenciaban todos los días les llevaron a considerar las denominadas «cuestiones profundas», y le hicieron exponer sus opiniones, de las que no se avergonzaba, aunque no las trajera a colación innecesariamente.

Capítulo XIII

Cuando el cielo empezó a despejarse, Mary a veces salía a pasear sola con la intención de ver las ruinas que aún quedaban tras el terremoto,[64] o caminaba hasta las orillas del Tajo para disfrutar de la vista de ese magnífico río. Otras veces visitaba las iglesias, pues era muy aficionada a la pintura histórica.

Una de esas visitas suscitó el tema de la pintura, y todo el grupo se lanzó a debatirlo; pero, puesto que las damas no lo dominaban, pronto se centraron en los retratos y hablaron de las poses y actitudes en las que les gustaría que las dibujasen. Mary no se decantaba por ninguna, cuando Henry, aparentando más emoción de lo que en él era habitual, dijo:

—Daría el mundo entero por un retrato suyo con la expresión que he visto en su rostro mientras ha estado cuidando a su amiga.

Este delicado cumplido no halagó su vanidad, sino que le llegó al corazón. Entonces recordó que una vez había posado para su retrato. ¿A quién iba destinado? ¡A un muchacho! Sus mejillas enrojecieron de indignación, tal era el desprecio que sentía por el hecho de ser arrojada y entregada con sus propiedades.

A medida que Mary volvía a dar rienda suelta a la esperanza, su mente se liberaba y sus pensamientos se centraban en todo cuanto la rodeaba. Visitó varios conventos y descubrió que la soledad extirpa algunas pasiones solo para fortalecer otras, las más dañinas. Vio que la religión no consiste en las ceremonias y que se pueden recitar muchas oraciones sin que purifiquen el corazón.

Aquellos que imaginen que pueden ser religiosos sin dominar sus pasiones o practicar la caridad en su sentido más amplio deben ciertamente admitir que solo cumplen con sus deberes religiosos por motivos egoístas; ¿cómo pueden llamarse buenos? La medida de cualquier bondad consiste en hacer el bien. Recluidas en sí mismas, las monjas solo pensaban en recompensas menores. Y se producían numerosas intrigas para propiciar ciertas cosas que ambicionaban como, por ejemplo, obtener cargos importantes o de responsabilidad, o perjudicar a aquellas que fuesen obedientes y laboriosas. En definitiva, dado que no podían ser ni esposas ni madres, su objetivo era ser superiores al resto, y se convertían en las criaturas más egoístas del mundo. Los deseos reprimidos reforzaban esos apetitos y las mezquinas pasiones tendentes únicamente a satisfacerlos. ¿Era ese un aislamiento del mundo? ¿Conquistaban sus vanidades o acaso evitaban las vejaciones del mundo?

En estos conventos la infeliz que, impulsada por un agudo sufrimiento, corría hacia ellos en busca de refugio, descubría demasiado tarde que había dado un paso equivocado. El mismo sentimiento que la llevó a tomar esa decisión la hará arrepentirse, y la pena —que es la herrumbre de la mente— nunca podrá borrarse con una conversación amena o descubriendo nuevos afectos en su corazón. Comprenderá que los sentimientos que una vez alumbró y fortaleció mediante la práctica solo se mitigan —y no desaparecen — con el desencanto, y que de una forma u otra la frustración minará su corazón y producirá esos trastornos de la imaginación para los que no se conoce ningún remedio.

A Mary le disgustó la comunidad en su conjunto, pero se compadeció de algunas monjas al enterarse de sus desventuras; y compadecerse y socorrer eran una misma cosa para ella. El ejercicio de sus diversas virtudes robusteció su genio y dignificó su mente. A veces era vehemente y desconsiderada, pero nunca mezquina o maliciosa.

64 El terremoto de Lisboa, que devastó la ciudad en noviembre de 1755.

Capítulo XIV

Los portugueses son ciertamente la nación menos civilizada de Europa. El Dr. Johnson habría dicho: «Tienen el entendimiento más corto».[65] ¿Acaso puede una nación así servir a su Creador con espíritu sincero y de corazón? No, el burdo ritual de las ceremonias católicas es todo cuanto pueden comprender. Pueden hacer penitencia, pero no vencen sus deseos de venganza ni su lujuria. La religión o el amor nunca han ablandado sus corazones. Desean la parte carnal, el culto al cuerpo. Desconocen el gusto artístico; las finuras del gótico y unas decoraciones abigarradas, que llaman ornamentaciones, son frecuentes en sus iglesias y en su forma de vestir. El culto a la excelencia intelectual solo puede darse en una nación avanzada.

¿Acaso la contemplación de un pueblo así podía contentar el corazón de Mary? No; la perspectiva que tenía ante sí le repugnaba, y buscó la compañía de alguien delicado. Henry llevaba algún tiempo sintiéndose indispuesto y desanimado. Mary habría prestado atención a cualquier persona en esa situación, pero especialmente en su caso. Se creía en la obligación de mostrarse agradecida por sus continuos intentos de distraer a Ann e impedir que la mortificara la sombría perspectiva que tenía ante sí, en la que a veces no podía evitar pensar con una especie de muda desesperación.

Encontró alguna excusa para ir con más frecuencia a la habitación donde se reunían y manifestó su deseo de distraerle. Se ofreció a leerle algunos fragmentos e intentó incluirle en algunas conversaciones amenas; y mientras estaba inmersa en estos pequeños planes, lo miraba con una ternura de la que no era consciente. El tener su atención dividida le resultó beneficioso, pues eso evitó que pensara continuamente en Ann, cuyos altibajos a

menudo daban lugar a falsas esperanzas.

Entonces tuvo lugar un acontecimiento que produjo a Mary cierto desasosiego. Su criada, una joven agraciada, había cautivado al empleado de una contaduría vecina. Al tratarse de un matrimonio ventajoso para la muchacha, Mary no pudo poner ninguna objeción, pese a que en esa situación le resultaba muy desagradable tener a un extraño cerca de ella. No obstante, la joven consintió en aplazar la boda, pues sentía afecto por su ama y, además, aguardaba impaciente la muerte de Ann como quien espera la época de cosecha.

La enfermedad de Henry no era alarmante, sino más bien agradable, pues proporcionaba a Mary la excusa para mostrarle lo mucho que se interesaba por él y darle pequeñas e inocentes muestras de cariño que la pureza de su corazón nunca le permitía refrenar. El único cambio visible que se produjo en él no era fácil de advertir para el observador común. Henry solía fijar la mirada en ella y la apartaba con un suspiro entremezclado con la tos; o cuando deambulaba por la habitación y no esperaba verla, aceleraba el paso e iba a su encuentro para preguntarle cualquier nimiedad. Asimismo, intentaba entretenerla cuando no tenía nada que decir, o no decía nada.

Ann no reparó en su comportamiento ni en el de Mary, ni sospechó que él fuera el favorito de su amiga por otro motivo que no fuera el de su aspecto enfermizo y desdichado. La compasión de Mary muy bien se podía confundir con el amor y, de hecho, era una sensación pasajera de ese tipo. Así era, dejemos que otros precisen por qué, pues no puedo argumentar contra los instintos. Suele creerse que cuanto más cultiva un hombre su intelecto, más débil se vuelve, y esto puede haber dado lugar a la expresión: «Lo que el entendimiento logra, con el genio se evapora».

■

65 Véase James Boswell, The Journal of a Tour to the Hebrides, with Samuel Johnson, LL.D. (1785), 15 de agosto, pp. 26-27: «Robertson decía que algunos hombres tenían más juicio, otros más imaginación. Johnson: —No, señor; es simplemente que un hombre tiene más entendimiento que otro».

Capítulo XV

Cierta mañana fueron a visitar el acueducto. Pese a que hacía muy buen día cuando salieron, les cayó un chaparrón antes de llegar. Prolongaron su excursión, las nubes se dispersaron y un sol resplandeciente surgió tras ellas.

Mary habría querido convencer a Ann de que no saliera del carruaje, pero esta estaba entusiasmada, olvidó todas esas objeciones e insistió en caminar, aunque el suelo estaba húmedo. Pero sus fuerzas no estaban a la altura de su entusiasmo y pronto tuvo que regresar al carruaje, tan fatigada que se desmayó y quedó inconsciente durante un buen rato. Henry la hubiera sostenido en sus brazos, pero Mary no se lo permitió. Recordó inmediatamente su estado y temió que el sentarse en la tierra húmeda pudiera resultar muy perjudicial para él. Por esa razón fue categórica, aunque sus acompañantes no adivinaban la causa. En cuanto a ella, no temía el dolor físico y, cuando su mente se alteraba, podía soportar la mayor fatiga sin aparentarlo.

Cuando Ann se recuperó, regresaron lentamente a casa. La acostaron y, a la mañana siguiente, Mary creyó notar un visible empeoramiento. Mandaron llamar al médico, que certificó que Ann corría un peligro inminente. Todos los antiguos temores de Mary volvieron como un torrente llevándose cualquier otro cuidado. A la angustia que sentía en ese momento se sumó el sentimiento de culpa por su despreocupación de los últimos días, que la atormentaba como si hubiese cometido un crimen.

El estado de Ann empeoró rápidamente; no había ninguna esperanza. Consciente de ello, Mary recobró la calma, pero una calma muy diferente. Se levantó para hacer frente a la tormenta que

se avecinaba, sabedora de que solo esta podría abrumarla. No pensaba en Henry, o si sus pensamientos se deslizaban hacia él era solo para culparse por apartar a Ann de su mente. ¡Ann, su amiga del alma! Pronto se la arrebataron, pues murió de repente mientras Mary la ayudaba a caminar por la habitación. Se rompió la principal fibra de su corazón, y esta «lenta muerte súbita»[66] perturbó su facultad de razonar. Parecía aturdida, incapaz de pensar e incluso de apenarse.

Dos noches más tarde se llevaron el cuerpo, y Mary no quiso ver a sus antiguos acompañantes.[67] Deseaba que su criada por fin se casase y le pidió a su futuro marido que la informase cuando saliese del puerto el primer barco mercante, puesto que el carguero acababa de zarpar, y decidió no permanecer en ese odioso lugar ni un minuto más de lo necesario.

Entonces rogó a las damas que fuesen a verla. Deseaba evitar una retahíla de lamentos, sus penas eran solo suyas y no creía que nada pudiera acrecentarlas o atemperarlas. Estaba en lo cierto, la visita de aquellas mujeres no la afectó ni varió el caudal de su amarga pena; la oleada de negra tristeza no alteró su curso, y lo mismo ocurrió cuando miró a su alrededor: todo era oscuridad impenetrable.

66 Young, Las noches, I, 388.

67 Véase Godwin, Memorias: «Las exequias de Fanny, que había que celebrar sigilosamente en la oscuridad…», por su protestantismo.

Capítulo XVI

Poco después de marcharse las damas, recibió un mensaje de Henry rogándole le permitiera hacerle una visita, puesto que había recibido a los demás. Mary accedió, y él entró inmediatamente con paso inseguro. Ella corrió hacia él y vio las lágrimas brillar en sus ojos y su rostro dulcificado por la más tierna compasión. La mano que apretó la suya parecía la de un alma gemela. Rompió a llorar e, incapaz de contener las lágrimas, se tapó el rostro con las manos. Estas lágrimas la aliviaron, pues poco antes le costaba respirar, y se sentó a su lado más serena de lo que se había mostrado desde que Ann murió, aunque su discurso era incoherente.

Se llamó a sí misma «una pobre criatura desconsolada».

—El mío es un dolor egoísta —exclamó—, pero pongo al Cielo por testigo de que no deseo que ella vuelva, ahora que ha alcanzado esa dulce morada donde descansan los afligidos. Su espíritu puro es dichoso, pero yo, ¡cuán desventurada!

Henry olvidó su prudente cautela.

—¿Me permitiría llamarla amiga? —dijo con voz titubeante—. Siento, querida niña, el más tierno interés por todo lo que tenga que ver con usted.

Sus ojos dijeron el resto. Ambos permanecieron callados durante unos momentos, después de lo cual Henry reanudó la conversación.

—¡Yo también sé lo que es el dolor! Lloro la pérdida de una mujer que no merece mi consideración. Déjeme hablarle del hombre que ahora solicita su amistad y que, por motivos de la más pura humanidad, desea consolar su corazón afligido. Yo mismo —dijo amargamente— he dicho adiós a la felicidad y he muerto para el mundo. Espero pacientemente mi final, pero usted, Mary, aún tiene ante sí muchos días luminosos.

—¡Imposible! —respondió ella con tono contrariado, como si la hubiese insultado con esa suposición. Sus sentimientos eran tan acordes a los de él que estaba enamorada del dolor.

Él sonrió ante su impaciencia y prosiguió.

—Mi padre murió antes de nacer yo, y mi madre estaba tan apegada a mi hermano mayor que no se preocupó de prepararme para la profesión a la que estaba destinado y, si me permite contárselo, le diré que dejé a mi familia y recorrí el mundo en situaciones bien distintas. Vi la condición humana en todos sus estados, y para emanciparme hice uso de los talentos que la Naturaleza me había conferido. Este ejercicio perfeccionó mi entendimiento y las miserias de las que fui testigo agudizaron mi sensibilidad. Mi constitución es débil por naturaleza, y quizá fueran dos o tres largas enfermedades en mi juventud las que me hicieron descubrir el hábito de reflexionar y me permitieron lograr un cierto dominio sobre mis pasiones. Al menos —añadió, ahogando un suspiro—, sobre las más virulentas; aunque, me temo, el refinamiento y la reflexión solo hacen que las pasiones más dulces se vuelvan despóticas. Ya le he dicho que estuve enamorado y que fui víctima del desencanto. El objeto de ese amor dejó de existir, ¡que sus faltas descansen con ella!, mas esta pasión se ha apoderado de mi alma y se ha mezclado con todos mis afectos y anhelos. No me deja en paz ni indiferente, y solo a mi violín le cuento las penas

que ahora le confío a usted. La mujer de la que me enamoré no era digna de mi estima pero, fiel al sentimiento, con demasiada frecuencia mi fantasía se ha deleitado creando un ser al que amar y que pudiera proporcionar a mi alma sensaciones que la mayor parte de la humanidad desconoce por completo.

Henry dejó de hablar y Mary parecía perdida en sus pensamientos, mas como aparentaba querer seguir escuchando, él prosiguió con su breve narración.

—Mantuve una correspondencia esporádica con mi madre. La extravagancia y la ingratitud de mi hermano casi le habían roto el corazón y le hacían sentir las punzadas del remordimiento por su comportamiento hacia mí. Acudí presuroso a consolarla, y eso en verdad fue un consuelo para ella. El empeoramiento de mi salud me impedía poner en orden mis asuntos, tal como había planeado, pero me dediqué con afán a la literatura. Quizá mi corazón, no teniendo a nadie a quien amar, me hizo abrazar este sustitutivo con más pasión si cabe. Pero no imagine que he sido siempre un joven lánguido y enamorado. No, he frecuentado los lugares de diversión de los hombres, y el ingenio, el maravilloso ingenio, me ha hecho muchas veces volar libre de mí mismo. Aprecio extraordinariamente las artes refinadas y a las mujeres, a las encantadoras mujeres. Usted me ha cautivado, aunque quizá no sería fácil encontrar una mujer a la que mi razón me permitiera amar de manera constante. Solo me resta decirle que mi madre insistió en que pasara este invierno en un clima más cálido y elegí Lisboa, pues ya había visitado antes el continente.

Entonces miró directamente a Mary a los ojos y con acento sugerente le preguntó si podía contar con su amistad, si ella confiaría en él como si fuese su padre, y le dijo que el padre más tierno no podría interesarse más ardientemente por la suerte de una hija amada de lo que él se interesaba por la suya.

Tantos pensamientos se agolparon de repente en la mente de Mary que no fue capaz de expresar sus sentimientos primordiales. Su corazón deseaba acoger a un nuevo huésped, pues estaba vacío. Acostumbrada a tener alguien a quien amar, se sentía sola y compungida si no la ocupaba ningún afecto particular.

Henry vio su turbación, y para no incrementarla salió de la habitación. Se había esforzado por dar otro cauce a sus pensamientos, y lo había conseguido. Ella pensó en él hasta que empezó a culparse por defraudar a los muertos y, decidida a llorar la pérdida de Ann, meditó sobre los infortunios y la frágil salud de Henry; el interés que había mostrado por su suerte era como un bálsamo para su mente afligida. No reflexionó sobre el asunto, pero comprendió que se sentía atraído por ella. Perdida en este delirio, nunca se preguntó qué tipo de afecto sentía por él, o a qué tendía, ni sabía que el amor y la amistad son cosas muy diferentes. Llena de emoción, pensó que había una persona que sentía algo por ella y que esa persona a la que ella admiraba quería ser su amigo.

La había llamado «querida niña»; quizá estas palabras se le habían escapado accidentalmente, pero no pasaron inadvertidas. ¡Mi niña! ¡Su niña, vaya asociación de ideas! ¡Si hubiera tenido un padre así! No se abandonó a los pensamientos y anhelos que pugnaban en su cabeza. Su mente estaba trastornada y una pasión inesperada invadió su alma. Perdida en estas ensoñaciones, examinó y reconsideró el relato que Henry había hecho de sí mismo hasta que pensó que le gustaría contárselo a Ann, y un amargo recuerdo interrumpió sus cavilaciones; en voz alta rogó a su amiga que la perdonara.

Estos desvelos hicieron que el día transcurriera lentamente y, cuando se acostó, Mary pasó una noche llena de sueños agitados que, si bien no la sosegaron, le ahorraron el esfuerzo de pensar o

refrenar la imaginación. Esta vagaba libre de control, aunque se inspiraba en el cúmulo de pensamientos que la ocupaban durante el día. Tan pronto estaba confortando a su madre moribunda como Ann daba su último suspiro y Henry la consolaba.

La enojosa luz del día deslumbró sus fatigados ojos, pero debo decir que pensó en que vería a Henry, y esta esperanza alegró su espíritu, que no tardó en desanimarse cuando la criada le dijo que le habían hablado de un barco en el que podría acomodarla y en el que habría otra pasajera a bordo, una mujer vulgar. Pero quizá eso le conviniera, pues Mary no quería una compañera.

Puesto que había dado orden de que se le reservara un pasaje en el primer barco que zarpase, ahora no podía retractarse, y debía prepararse para viajar sola, porque el capitán pretendía aprovechar los primeros vientos favorables. Tenía demasiada firmeza de ánimo como para flaquear en su determinación, pero el hecho de tomar esa decisión le encogió el corazón, abrió todas sus antiguas heridas e hizo que sangrasen de nuevo.

«¿Qué haría a continuación? ¿Adónde iría? Si pudiera improvisar una promesa y mentir deliberadamente, prometer amar a un hombre teniendo siempre presente la imagen de otro… —su corazón se rebelaba ante esta idea—. Quizá el mundo me aplaudiría por ese falso heroísmo, pero ¿y yo?, ¿qué pensaría? ¿Qué pensarías tú, Padre mío?»

Hasta la menor interjección posee una solemnidad que por un momento aplaca el torbellino de la pasión. La mente de Mary había perdido su aplomo, su devoción había sido quizá más ferviente en los últimos tiempos, pero menos persistente. Olvidó que no se podía hallar la felicidad en esta tierra, y construyó un paraíso terrenal que no resistiría el envite del primer pensamiento serio. Cuando

razonaba sentía una indescriptible tristeza y para que la vida le resultara tolerable daba rienda suelta a la fantasía. Y en eso consiste la locura.

Al cabo de pocos días debía volver a embarcar. El tiempo era muy tempestuoso, pero qué importaba, la tempestad en su alma hacía que a su lado cualquier otra pareciese insignificante. No eran los elementos desatados lo que temía, sino a sí misma.

Capítulo XVII

A fin de cobrar fuerzas para soportar el esperado encuentro, partió en un carruaje. Hacía un día espléndido, pero ese día la Naturaleza era para Mary algo inexpresivo. No podía disfrutarla ni lamentarse por ello. Pasó junto a los restos de un viejo monasterio en lo alto de una colina. Bajó del carruaje para caminar entre las ruinas; el viento soplaba furioso, pero ella no lo rehuía, sino que, al contrario, lo incitaba a seguir soplando y parecía contenta de luchar y caminar contra él. Agotada, regresó al carruaje y enseguida estuvo de nuevo en casa, en la vieja habitación.

Henry se alarmó al ver su aspecto alterado. La víspera la había encontrado extremadamente pálida, pero ahora sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos animados por una falsa viveza, por un fuego extraño. Él no se encontraba bien, la enfermedad se reflejaba en su rostro y reconoció que no había pegado ojo en toda la noche. Esto despertó la ternura dormida de Mary y ella olvidó que muy pronto habrían de separarse, embebida de la felicidad que sentía al verle y escucharle.

Por una o dos veces intentó decirle que debía partir en el plazo de muy pocos días, pero no pudo. Estaba confusa; «lo haré mañana», «si el viento cambia no podrán zarpar tan deprisa», pensaba, y sin darse cuenta se fue calmando. Las damas la convencieron de que pasara la tarde con ellas, pero se retiró muy pronto a descansar; pasó varias horas sentada en el borde de la cama y entonces se recostó sobre ella y esperó el temido mañana.

Capítulo XVIII

Las damas oyeron que su criada iba a casarse ese mismo día y que Mary se disponía a zarpar en el barco que en ese momento se dirigía al registro de aduanas. Henry lo escuchó, pero no hizo ningún comentario, y Mary hizo acopio de todas sus fuerzas para resistir y poder ocultar ante esas mujeres los sentimientos que pugnaban en su interior. No tuvo valor para aguantar la mirada de Henry cuando comprendió que le habían informado de su intención y, tratando de ocultar su desánimo, habló ininterrumpidamente y sin saber lo que decía. En su discurso se percibían destellos de ingenio, y cuando empezó a reír no pudo parar.

Henry rio ante algunas de sus ocurrencias y la miró con tanta bondad y compasión que le hizo recordar sus pensamientos dispersos. Cuando las mujeres fueron a vestirse para la cena, se quedaron solos y permanecieron en silencio durante unos segundos. Después de la conversación bulliciosa que acababa de producirse, el momento parecía solemne. Henry habló primero:

—Te vas, Mary, y te vas sola. Tu mente no está en un estado como para dejarla gobernarse sola, pero no puedo disuadirte. Si lo hiciera, no merecería el título que tanto deseo alcanzar. Solo pienso en tu felicidad; si obedeciese al primer impulso de mi corazón, te acompañaría a Inglaterra, pero ese paso podría poner en peligro tu paz futura.

En ese momento, Mary, con toda la franqueza que definía su carácter, le explicó la situación y mencionó su terrible yugo con tal indignación que Henry temió por ella.

—¡No puedo verle, no es el hombre que yo he de amar!

Su delicadeza no la hacía refrenarse, pues el rechazo que Mary sentía por su marido había enraizado en su mente mucho antes de conocer a Henry. ¿Acaso no había elegido Lisboa antes que Francia a propósito para evitarlo? Y, si Ann hubiese tenido una salud aceptable, habría huido con ella a algún lugar remoto para escapar de él.

—Mi intención —dijo Henry— es seguirte en el próximo carguero. ¿Dónde podré preguntar por tu salud?

—¡Oh, déjame preguntarte por la tuya! —replicó Mary—. Yo me encuentro bien, muy bien, pero tú estás muy enfermo. Y tu estado de salud es precario —entonces mencionó su intención de visitar a los familiares de Ann—; yo soy su representante, tengo deberes que cumplir en su nombre. Durante el viaje tendré tiempo suficiente para reflexionar, aunque creo que ya me he decidido.

—No te precipites, mi niña —la interrumpió Henry—. En absoluto pretendo convencerte de violentar tus sentimientos, pero piensa que todo tu futuro probablemente dependa de cómo actúes ahora. Nuestros afectos y sentimientos son cambiantes. Quizá dentro de un tiempo no pienses ni sientas como en este momento, y lo que ahora rechazas puede aparecer bajo una luz diferente —tras una pausa, dijo—: Al aconsejarte de esta manera, solo me importa tu felicidad, Mary.

Ella únicamente respondió para protestar:

—Mis afectos son involuntarios, solo se pueden fijar mediante la reflexión, y cuando esto ocurre pasan a formar parte de mi alma, se mezclan con ella, inspiran mis actos y modelan mis gustos; ciertas cualidades están calculadas para despertar mis simpatías y potenciar todas mis capacidades. La pasión rectora deja su impronta en todas las demás —porque soy capaz de amar a uno, tengo esa especie de caridad hacia todos mis semejantes que no brota tan fácilmente. Milton lo ha afirmado: «Ese amor mundano es la escalera por la que ascendemos hacia el amor celestial».

Siguió hablando con excitación:

—Mis opiniones sobre algunas cuestiones son bastante firmes. Mi búsqueda a lo largo de la vida siempre ha sido la misma, en soledad, donde cobraron forma mis sentimientos. Estos son indelebles y nada puede borrarlos excepto la muerte. No, ni la propia muerte puede: para ello tendría que nacer de nuevo. Aunque ha pasado poco tiempo desde que me arrebataron a Ann, no puedo vivir sin la esperanza de volver a verla, no puedo soportar la idea de que el tiempo podría borrar un cariño fundado en algo imperecedero. Quizá también intentes convencerme de que mi alma es materia y que sus sentimientos nacen de ciertas modificaciones que se producen en ella.

—Mi querida y apasionada criatura —susurró Henry—, ¡cómo me robas el corazón!

Pero ella prosiguió:

—La misma ocurrencia que me lleva a adorar al Autor de Toda Perfección y me lleva a concluir que solo Él puede llenar mi alma me obliga a admirar esta frágil imagen, las sombras de sus atributos

en este mundo, y mi imaginación las golpea con más fuerza si cabe. Sé que hasta cierto punto estoy bajo la influencia de una falsa ilusión, pero ¿acaso no prueba esta poderosa ilusión que yo misma soy «de una naturaleza más sutil que la de quienes se limitan a ir por el camino trillado»?[68] Estos vuelos de la imaginación apuntan hacia el futuro, no puedo evitarlos. Toda causa produce un efecto en la Naturaleza y, ¿soy yo una excepción a esta regla? ¿Acaso hay deseos implantados en mí solo para hacerme desdichada? ¿Nunca se verán satisfechos? ¿Nunca seré feliz? Mis sentimientos no coinciden con la idea de felicidad solitaria. En un estado ideal, será el conjunto de nuestros seres queridos, sin la amargura que las miserias mundanas mezclan con nuestros mejores afectos, lo que constituirá la parte principal de nuestra felicidad. ¿Acaso con estas ideas puedo ajustarme a las máximas de la sabiduría mundana? ¿Acaso puedo escuchar los fríos dictados de la prudencia humana y pedir a mis tumultuosas pasiones que cesen de perturbarme, quedarme quieta, contentarme con buscar la aprobación y el aplauso de la multitud ignorante, cuando es a uno solo a quien quiero complacer, uno que podría serlo todo para mí? No discutamos, estoy atada por lazos mundanales, pero ¿acaso mi espíritu prometió alguna vez amar o pude reflexionar cuando tuve que aceptar mi yugo y hacer un juramento del que habré de rendir cuentas el día del Juicio Final? Mi conciencia no me atormenta y ese Ser más importante que mi propia moral quizá apruebe lo que el mundo condena. Atenta como estoy a Él, ¿acaso podría afrontar su presencia o vivir en soledad con la esperanza de encontrar la paz si actuase en contra de mis convicciones, aunque el mundo aplaudiese mi conducta? ¿Qué podría ofrecerme el mundo que compensara mi propia estima? ¡Siempre se muestra hostil y en armas contra un corazón sensible! Me aguardan riquezas y honores, y los fríos moralistas me invitan a sentarme y disfrutarlos, pero no puedo dominar mis sentimientos, y hasta que así sea, ¿qué son esas fruslerías para mí? Me dirás que persigo un bien pasajero, un fuego fatuo, pero esta búsqueda, estos desvelos, me preparan para la eternidad. Cuando ya no vea las cosas a través de un cristal oscuro, no reflexionaré acerca de en qué consiste la felicidad, sino que la experimentaré.

Henry no había tratado de interrumpirla. Vio que estaba decidida y que esos sentimientos no eran una efusión momentánea, sino algo muy meditado, el resultado de fuertes afectos, de un alto sentido del honor y del respeto por la fuente de toda verdad y virtud. Estaba impresionado, si no enteramente convencido, por sus argumentos, pues en verdad su voz y sus gestos eran extraordinariamente persuasivos.

Alguien entró en la habitación mientras Henry buscaba una respuesta a sus palabras. Eso lo salvó, pues habría dicho lo que en un momento de más calma había decidido ocultar. Pero ¿acaso las palabras eran necesarias para desvelarlo? No quería influir en su conducta, vana precaución; ella se sabía amada, y, ¿podría olvidar que un hombre así la amaba, o contentarse con cualquier otra satisfacción menor? Cuando la pasión invade por primera vez el corazón, solo deseamos que nos correspondan y se borra cualquier otro recuerdo o anhelo.

■

68 Young, Las noches, I, 100.

Capítulo XIX

Transcurrieron dos días más sin ninguna otra conversación particular. Henry, intentando ser indiferente, o aparentarlo, la visitaba con más frecuencia que nunca. El conflicto era demasiado intenso para su estado de salud; su espíritu estaba dispuesto a ello, pero su cuerpo sufría. Perdió el apetito y su aspecto empeoró. Tenía el ánimo decaído y le parecía que el mundo se desvanecía. ¡Qué significaba el mundo para él si Mary no lo habitaba! Ella no vivía para él.

Se equivocaba. El amor de él era su único consuelo. Sin este dulce apoyo ella se habría hundido en la tumba de su querida y difunta amiga, sus cuidados la libraron de caer en la desesperación. ¡Los designios del Cielo son inescrutables!

Al tercer día Mary recibió el aviso para disponerse a partir, pues, si el viento continuaba así, zarparían a la noche siguiente. Intentó prepararse mentalmente, y sus esfuerzos no fueron en vano. Parecía menos alterada de lo que se podría haber esperado y habló de su viaje con serenidad. En los trances difíciles solía estar tranquila y serena, la determinación calmaba sus nervios alterados, pero esa victoria no desembocaba en un triunfo. Se sumía en un estado de negra melancolía y se sentía diez veces más desdichada cuando pasaba ese heroico entusiasmo.

La mañana del día fijado para su partida estuvo a solas con Henry tan solo unos momentos, y una especie de torpe formalidad hizo que se despidieran sin haberse dicho gran cosa. Henry temía revelar su pasión o dar a su afecto cualquier otro nombre que no fuera el de «amistad». No obstante, su angustiosa preocupación por el bienestar de Mary afloraba continuamente, mientras ella expresaba una y otra

vez sus temores por el empeoramiento de su salud.

—Nos veremos pronto —dijo él con una frágil sonrisa.

Mary también sonrió. Notó la expresión marchita, más débil aún al verse reflejada y, sin saber qué deseaba hacer en realidad, se levantó y salió de la habitación. Una vez sola, lamentó haberse despedido de él tan precipitadamente. «Los pocos momentos preciosos que he desperdiciado así quizá no vuelvan nunca», pensó, y esta reflexión le produjo una enorme tristeza.

Esperó, o mejor dicho, casi deseó que llegase la orden de partir. No pudo evitar pasar el tiempo de espera con las damas y con Henry, y las conversaciones insustanciales en las que se vio obligada a participar la incomodaron más de lo que pueda imaginarse.

Llegó la orden de partir y el grupo al completo la acompañó hasta el barco. Durante unos momentos, el recuerdo de Ann le hizo olvidar sus remordimientos por alejarse de Henry, si bien su pálida figura atraía su mirada. Aunque suene paradójico, lo sentía más presente después de zarpar, y en ese momento todas sus lágrimas fueron para él.

—¡Mi pobre Ann! —pensó Mary—. Juntas recorrimos este camino y cerca de este lugar me llamaste tu ángel guardián. ¡Y ahora te dejo aquí!; ¡pero no, no es cierto, tu espíritu no está confinado en su fosa terrenal! ¡Dime, oh tú, alma de la amiga que amé!, ¿adónde huiste?

Mary estuvo ocupada en estos pensamientos hasta que llegaron al barco. El ancla estaba echada. Nada puede ser tan enojoso como

esperar para despedirse. Como el día estaba sereno, la acompañaron durante un trecho, y llegó el momento de subir a bordo. Henry iba en último lugar; él apretó su mano; parecía carente de vida. Ella se reclinó sobre la barandilla sin mirar el barco hasta que estuvo lo suficientemente alejado como para que no se pudieran ver los rostros de los pasajeros. La neblina se extendió impidiéndole ver; deseaba intercambiar una mirada, intentaba retener la última. ¡El universo no contenía otro ser que Henry! La angustia de separarse de él había borrado todas las demás. Sus ojos siguieron la quilla del barco, y cuando ya no pudo distinguir sus rasgos, miró al ancho mar que se extendía a su alrededor y pensó acerca de los preciosos momentos que habían robado a los despojos del tiempo malgastado.

Entonces bajó al camarote, indiferente a los prodigios de la Naturaleza que la rodeaban, y se tiró en la cama en el pequeño cubículo al que calificaban de «primera clase». Quería olvidar su existencia. Permaneció dos días acostada, escuchando el batir de las olas, incapaz de cerrar los ojos. Una pequeña candela le permitía ver en la oscuridad[69] y la tercera noche aprovechó su tenue luz para escribir el siguiente fragmento:

Qué pobre, solitaria e infeliz me siento. Aquí sola escucho el sonido del viento y el batir de las olas. No tengo el consuelo de ningún amigo; antes de perder la esperanza, me agradaba la compañía de esos seres burdos, pero ahora ya no los considero mis semejantes, ningún lazo social me ata a ellos. ¡Qué largo y espantoso ha sido este día!; con todo, casi deseo que no acabe, porque lo que traiga el mañana, y el día siguiente, y el otro,[70] únicamente estará marcado por el carácter invariable de la desdicha. No obstante, probablemente no esté sola.

Elevó los húmedos ojos hacia el cielo. Una multitud de pensamientos invadió su mente y, apretándose la frente, como para sostener el peso de sus ideas, intentó en vano ordenarlas. «Padre misericordioso, sosiega este espíritu atormentado. Pero ¿en verdad

es eso lo que quiero, olvidar a mi Henry?» El mi fue tachado en un rapto de agonía.

■

69 El paraíso perdido, I, 63.

70 Macbeth, V, 19.

Capítulo XX

El oficial de cubierta, que había oído sus lamentos, acudió para ofrecerle algún refresco y ella, que anteriormente recibía gustosa cualquier muestra de bondad o amabilidad, retrocedió contrariada. Enojada, deseaba que no la importunase, pero apenas podía articular las palabras cuando el corazón latía tan alocadamente. El hombre volvió a llamar y ella pidió algo de beber. Después de refrescarse, fatigada por los trabajos de su mente, cayó en un sueño parecido a la muerte que duró varias horas, aunque no fue en absoluto reparador. Al contrario, se despertó débil y como atontada.

Seguía soplando un viento en contra. Una semana, una semana funesta, llevaba luchando contra su desdicha, y esta lucha desembocó en un acceso de fiebre que a veces la hacía delirar. Los vientos se volvieron tempestuosos, el mar estaba agitado y todos los pasajeros aterrorizados. Mary se levantó y subió a cubierta para contemplar las airadas fuerzas de la Naturaleza. La escena se correspondía con su estado de ánimo. Pensaba: «Dentro de pocas horas quizá llegue a casa. La prisionera será libre». El barco remontó una ola y descendió hacia una enorme bahía. Con el mismo ímpetu, su alma exaltada regresó a la tierra, porque, ¡ay!, su tesoro y su corazón estaban allí. Los vientos borrascosos golpeaban las velas, que fueron arriadas inmediatamente. En ese momento, el viento iba amainando y las olas furiosas se estrellaban contra los costados del barco con gran estrépito. En un barquito en medio de una tormenta así, ella no había desfallecido, se sentía independiente.

Justo entonces, un miembro de la tripulación percibió algo extraño. Con ayuda de un catalejo pudo descubrir un pequeño barco sin mástil que vagaba sin rumbo, pues una violenta tormenta había destrozado el timón. Mary hubo de dirigir todos sus pensamientos a

esa tripulación que estaba al borde de la destrucción. Rápidamente pusieron rumbo al maltrecho navío, lo alcanzaron y llamaron a gritos a los temblorosos náufragos. Al oír voces amigas, sus gritos de desbordante alegría se mezclaron con el rugir de las olas, y con alborozo indescriptible saltaron de su viejo y maltrecho barco, pusieron rumbo a la nave salvadora y dieron gracias a la misericordia de los mares. Escondida entre dos barriles y apoyada en una vela, Mary observaba el barco y cuando una ola lo apartaba de su vista, se quedaba sin aliento, o más bien, lo retenía hasta que podía verlo de nuevo.

Finalmente el barco pudo llegar junto al navío y Mary oyó a los pobres y temblorosos náufragos mientras subían a bordo. Se unió a ellos en sus oraciones de agradecimiento al Ser supremo que, si bien no había creído conveniente apaciguar la furia del mar, les había concedido una ayuda inesperada.

Entre esta marchita tripulación había una pobre mujer que se desmayó cuando la subieron a bordo. Mary la desvistió y, cuando se hubo recuperado, la tranquilizó y le dejó recuperar las fuerzas que el miedo había agotado. Entonces volvió a contemplar el mar airado y, observando su tempestuosidad, pensó en el Ser que cabalga en las alas del viento y acalla el estruendo del mar y la locura de los humanos. ¡Solo Él podía sosegar su espíritu atormentado! Se fue calmando, el último suceso le había permitido sentirse útil y la había hecho olvidarse de sí misma.

Por casualidad oyó decir a uno de los marineros «que creía que el mundo llegaba a su fin». Este comentario la condujo a una nueva serie de pensamientos: recordó alguna de las sublimes composiciones de Händel y las cantó acompañándose de la prodigiosa tormenta. ¡Dios todopoderoso reinaba y reinaría por los siglos de los siglos![71] ¿Por qué, entonces, temía las desdichas que ocurrían en el mundo, cuando sabía que Él curaría a los afligidos y acogería a los que hubieran sufrido una gran tribulación? Se retiró a

su camarote y escribió en el pequeño cuaderno que por entonces era su único confidente. Era medianoche pasada.

En esta hora solemne el Día del Juicio Final ocupa mi pensamiento el día del castigo por los pecados cometidos, cuando los secretos de todos los corazones serán revelados, cuando todas las distinciones mundanas desaparecerán para no volver. No tengo palabras para expresar las sublimes imágenes que la mera contemplación de este horrible día suscita en mi mente. Entonces, Dios omnipotente reinará y enjugará las lágrimas de los tristes y confortará el corazón de los afligidos. Pero, durante un tiempo, Él esconderá su rostro y las negras sombras del dolor y las densas nubes de la locura nos separarán de nuestro Creador. Mas cuando llegue el gozoso amanecer de un día eterno, conoceremos como Él nos conoce a nosotros.[72] En este mundo nos guiamos por la fe, no por la vista, y podemos elegir entre disfrutar de los placeres de la vida, que son pasajeros, o desear una recompensa más elevada y, con la fortaleza y la sabiduría que nos llega de lo alto, intentar soportar las cargas de la vida. Sabemos que muchos emprenden ese camino, pero solo aquel que persevera es coronado con la victoria. ¡Nuestro camino es arduo! ¡Cuántos son traicionados por pasiones que anidan en sus propios pechos, pasiones que llevan el disfraz de la Virtud y tienen su misma apariencia! Esperamos que eso alguna vez los lleve a la locura y los haga caer imperceptiblemente en el vicio. Seguramente la locura sea algo parecido a la felicidad ¿Podrán los que están a prueba en cualquier época creer que han conquistado el premio de la inmortalidad antes de morir? Nadie sabe, cuando llegue el gran día al que me refiero, si de nuevo se abrirá el camino. ¡Adiós, falsas ilusiones, alegres engaños, adiós! Y, no obstante, no puedo borraros para siempre, aún mi alma agitada avanza y vive en el futuro, en las profundas sombras donde reina la oscuridad. Intento desterrar la melancolía y encontrar un lugar donde descansar y en el que pueda saciar mi sed de conocimiento y mis ardientes afectos encuentren alguien a quien amar. Todo lo material ha de cambiar; la felicidad y este principio de cambio no son compatibles. La eternidad, lo inmaterial y la felicidad, ¿qué sois? ¿Cómo podré percibir las poderosas y huidizas concepciones que creáis?

Tras escribir estas líneas, Mary puso serenamente su alma en manos del Padre de Todos los Espíritus y durmió en paz.

■

71 Händel, El Mesías, letra de Charles Jennens (1742), II, Aleluya, coro: «Aleluya, porque el Señor, nuestro Dios todopoderoso reina, aleluya, los reinos del mundo han venido a ser el reino de nuestro Señor y de su Cristo, y Él reinará por los siglos de los siglos».

72 Corintios, I, 13,12.

Capítulo XXI

Mary se despertó temprano después de dormir apaciblemente y fue a visitar a la pobre mujer, a quien encontró muy mejorada. Al preguntar, le dijeron que acababa de enterrar a su marido, un marinero raso, y que, la víspera, el único hijo que le quedaba vivo había caído por la borda. Absorta en el peligro que ella misma corría, apenas pensó en su hijo hasta que fue demasiado tarde, y entonces estalló en los más desgarradores[73] lamentos.

Al principio Mary trató de calmarla mostrándole su compasión, e intentó señalarle la única fuente sólida de consuelo, pero en este intento se topó con muchas dificultades. Se dio cuenta de que la mujer era profundamente ignorante, pero no desesperó y, puesto que no podía consolar a la pobre criatura con sus reflexiones, hizo lo posible por aligerar las horas que el dolor hacía tan pesadas adaptando su conversación a la capacidad de la pobre infeliz.

Muchas mentes solo captan impresiones a través de los sentidos, y a estos se dirigió Mary. Le hizo algunos regalos y prometió socorrerla cuando llegasen a Inglaterra. Esta ocupación la sacó de su reciente letargo y reactivó las facultades de su alma, hizo que su entendimiento e imaginación pugnaran entre sí y su corazón no latiera tan irregularmente durante esta disputa. ¡Cuán poco duró la calma! Cuando avistaron la costa inglesa sus desdichas volvieron con fuerzas renovadas. Mary debía visitar y consolar a la madre de su amiga ausente, y entonces, ¿dónde se alojaría? Estos pensamientos interrumpieron sus cavilaciones, las reflexiones abstractas fueron sustituidas por trémulas aprensiones y la ternura pudo con la fortaleza.

■

73 «Boisterous emotions» en el original. Johnson, Dictionary: «Boisterous: enfurecido, desgarrador».

Capítulo XXII

La desventurada viajera llegó por fin a Inglaterra. Miró a su alrededor durante unos segundos: sus afectos no sentían la llamada de ninguna región de la isla. No conocía a ninguno de los habitantes de la gran ciudad a la que se dirigía. Las grandes moles de edificios le parecían un cuerpo enorme sin un alma que les infundiese vida. Mientras recorría las calles en un coche de punto, el horror y el rechazo iban alternándose en su mente. Se cruzó con algunas mujeres borrachas y los gestos de las que abordaron a los marineros le hicieron encerrarse en sí misma y preguntarse: «¿Son estos mis semejantes?».

Detenida por una serie de carros cerca del mar, pues había remontado el río en el barco al no tener ningún motivo para apresurarse a desembarcar, vio la vulgaridad, la suciedad y el vicio, y su alma sintió repugnancia. Era la primera vez que una miseria tan compleja se desplegaba ante sus ojos. Olvidó sus antiguas penas y derramó una lágrima merecida por el mundo;[74] lloraba por un mundo en ruinas. En ese momento comprendió que gran parte de su consuelo provenía de contemplar el rostro sonriente de la Naturaleza y nacía de la observación de inocentes placeres. Le gustaba ver a los animales jugar y no podía soportar ver a su propia especie caer por debajo de aquellos.

En una casita de uno de los pueblos cercanos a Londres vivía la madre de Ann. Dos de sus hijos vivían aún con ella, pero no se parecían a su amiga. Mary dio orden al cochero de dirigirse allí e informó a su desventurada madre de la pérdida de Ann. La pobre mujer, sobrecogida por esta desgracia y por otros muchos cuidados, tras un caudal de lágrimas, empezó a enumerar sus infortunios pasados y sus cuitas presentes. Este trágico relato se prolongó hasta la medianoche, y la impresión que causó en Mary fue tan fuerte que

le impidió dormir hasta casi el amanecer. La fatiga hace que el carácter desee olvidar y que el alma deje de darle vueltas a todo.

Mandó buscar a la pobre mujer que habían rescatado en el mar, le proporcionó un alojamiento y la socorrió en sus necesidades más inmediatas. Transcurrieron unos cuantos días en una especie de languidez, tras los cuales la madre de Ann empezó a preguntarle cuándo pensaba volver a casa. Hasta entonces la había tratado con el máximo respeto y disimuló su asombro cuando Mary eligió una remota habitación de la casa cerca del jardín y ordenó que se hicieran algunos cambios, como si tuviera la intención de vivir allí.

Mary decidió no explicar nada. Si Ann hubiese vivido, es probable que ella nunca hubiera amado tan tiernamente a Henry, pero aunque lo hubiera hecho, no habría hablado a nadie de su pasión. Reflexionó y finalmente informó a la familia de que tenía una razón para no vivir con su marido, razón que debía mantenerse en secreto durante un tiempo. La miraron asombrados. ¡No vivir con él! ¿Cómo viviría entonces?; esa era una pregunta que no podía contestar. Solo le quedaban ocho libras del dinero que llevó a Lisboa. Cuando se agotasen, ¿dónde podría conseguir más?

—¡Trabajaré —exclamó—, haré lo que sea antes que ser una esclava!

74 Young, Las noches, I, 304, «Ten, ¡oh, mundo! / tu merecida lágrima».

Capítulo XXIII

Infeliz, vagaba por el pueblo y socorría a los pobres. Esa era la única actividad que calmaba su dolorido corazón. Empezó a conocer más de cerca la miseria derivada de la pobreza y la falta de educación. Estaba en los alrededores de una gran ciudad; los pobres y disolutos que viven allí o en las cercanías siempre suscitan compasión en un espíritu humanitario y contemplativo.

Cierta tarde, un hombre que lloraba en un pequeño callejón cerca de la casa donde vivía Mary captó su atención. Le preguntó qué le ocurría y, de manera un tanto confusa, él le contó que su mujer se estaba muriendo y sus hijos lloraban por el pan que él no podía ganar. Mary quiso que la condujese a su casa. No estaba muy lejos de allí; era el último piso de una vieja mansión que alguna vez fue lujosa. Aún se conservaban algunos jirones de ricos tapices, cubiertos de mugre y telarañas. Rodeando el techo, por el que se filtraba la lluvia, había una bonita cornisa decrépita y una galería espaciosa había quedado a oscuras al haberse tapado las ventanas rotas. El viento se colaba a través de las rendijas dejando oír sus aullidos, y resonaba a lo largo de lo que en un tiempo fue escenario de celebraciones.

Esta mansión decrépita estaba habitada por muchos inquilinos: algunos gritaban, otros blasfemaban o cantaban canciones obscenas. ¡Qué espectáculo para Mary! Se le heló la sangre, pero tuvo la suficiente determinación como para subir al último piso. En el suelo, en el rincón de una minúscula habitación, yacía la figura escuálida de una mujer. Encima de ella, una ventana apenas dejaba pasar ninguna luz, pues los cristales rotos habían sido sustituidos por andrajos mugrientos. Cerca de ella estaban sus cinco hijos, todos pequeños y llenos de roña. Sus mejillas cetrinas y sus ojos lánguidos no mostraban ninguno de los encantos de la infancia.

Algunos se peleaban y otros pedían comida. Sus gritos se mezclaban con los quejidos de su madre y con el viento que entraba por el pasillo. Mary estaba petrificada, pero enseguida hizo acopio de valor, se acercó al lecho y, sin importarle la inmundicia que la rodeaba, se arrodilló junto a la pobre infeliz y respiró el aire más ponzoñoso; pues la desventurada criatura estaba muriéndose de una fiebre causada por la putrefacción y la carestía.

El estado de toda la familia no requería de mucha explicación. Mary envió al marido a por una vecina pobre, a quien contrató para que atendiese a la mujer y cuidase de los pequeños, y ella misma fue a comprarles algunos productos básicos en una tienda que no estaba lejos de allí. Sus conocimientos de medicina le habían permitido prescribir qué medicinas necesitaba la mujer, y abandonó la casa con una mezcla de horror y satisfacción.

Iba a verlos cada día y los aliviaba. Contrariamente a lo esperado, la mujer empezó a recuperarse. La higiene y una alimentación sana tuvieron un efecto extraordinariamente beneficioso, y Mary vio su mejoría como una resurrección. Inconsciente del peligro que corría, no pensó en ello hasta que se dio cuenta de que había contraído la fiebre. La enfermedad avanzó de manera tan alarmante que la convencieron para que mandase llamar a un médico, pero el mal era tan agresivo que durante algunos días el doctor no supo qué hacer. Mary no era consciente del peligro, pues deliraba. Pasada la crisis, los síntomas fueron más favorables y mejoró lentamente, aunque sin recuperar demasiado el ánimo que, de hecho, permanecía extremadamente apagado. Anhelaba una enfermera dulce y compasiva.

Durante un tiempo había observado que la familia no la trataba con el mismo respeto que antes. Se olvidaron de sus favores cuando dejaron de esperarlos. Esta ingratitud le dolió, como ya le ocurriera con la mujer que había escapado del naufragio. Mary la había socorrido hasta entonces pero, como su capital estaba menguado

ostensiblemente, le insinuó que debería intentar ganarse el sustento. A cambio, la mujer la había cubierto de injurias.

Transcurrieron dos meses. No había visto a Henry ni había tenido noticias suyas. Estaría enfermo o, más probablemente, la habría olvidado. El mundo entero era un lugar sombrío y todas las personas desagradecidas. Cayó en la apatía y, en su esfuerzo por escapar de ella, escribió en su cuaderno otro fragmento:

¡Seguramente la vida sea un sueño, un sueño espantoso! Y después de que estas imágenes burdas e inconexas se desvanezcan, ¿volverá alguna vez a irrumpir la luz? ¿Volveré a sentirme dichosa? ¿Acaso todos sufren como yo, o es que me hicieron particularmente susceptible al dolor? Es cierto, he experimentado las emociones más intensas —¡oh, placer fugaz, etéreo destello que solo sirve para mostrar mi desdicha presente! Mas busca sosiego, triste corazón mío, o estalla de una vez. Y tú, pensamiento mío, ¿por qué giras a tal velocidad? ¿Por qué las ideas desbordan mi mente dejando una huella tan profunda cuando desaparecen? Casi envidio la felicidad del loco y que una imaginación desatada me haga perder la conciencia del dolor.

¡Oh, razón, que te jactas de ser nuestra guía!, ¿por qué, como el mundo, me abandonas cuando más te necesito? ¿Acaso no puedes calmar esta tormenta interior y alejar la mortífera tristeza que me hiere tan profundamente, una tristeza ciertamente muy próxima a la desesperación? Ahora soy víctima de la apatía; ¡casi añoro las tormentas del pasado, pues un rayo de luz iluminaba a veces el camino! Perseguía un ideal, pero ahora ese ideal no visita mi desolada morada.[75] Demasiado he amado a mis semejantes, y me ha dolido su ingratitud. Todos ellos esconden un colmillo de serpiente.

Cuando me abrumaba el dolor, solo he hallado ingratitud. Buscaba a alguien que se compadeciera de mí, mas no encontré a nadie. Me negaron el bálsamo de la compasión. Lloré, sola y desdichada, y las ardientes lágrimas inundaron mis mejillas. No tengo el remedio para la vida, la dulce quimera que tanto he buscado, un amigo.

Espectro de mi querida Ann, ¿visitas alguna vez a tu pobre Mary? Tu refinado espíritu lloraría, si los ángeles pudiesen llorar, al verla luchar con pasiones que no puede dominar y con sentimientos que destruyen su pequeño reducto de sosiego.

No pudo seguir escribiendo, soñaba con apartarse de cualquier compañía humana. Una honda melancolía inundó su espíritu, pero no le hizo olvidarse de esos seres de los que quería escapar. Mandó llamar a la pobre mujer que había encontrado en la buhardilla, le dio dinero para que ella y sus hijos pudieran vestirse y comprar algún mueble para una pequeña cabaña en un amplio jardín cuyo dueño había accedido a contratar a su marido, que de pequeño había trabajado como jardinero. Mary prometió visitar a la familia y ver su nuevo hogar tan pronto como le fuera posible.

■

75 Véase Charlotte Smith, Elegiac Sonnets and Other Essays (1784), «Esperar», II, 1-2: «¡Oh, Esperanza! Tú que alivias dulcemente las aflicciones humanas, ¿cómo te llevaré hasta mi desolada morada?».

Capítulo XXIV

Mary aún se encontraba débil y abatida pese a que era primavera y la Naturaleza al completo empezaba a ofrecer un aspecto radiante. El sol lucía con más intensidad de lo habitual y un pequeño petirrojo al que había cuidado durante el invierno cantaba una de sus más bellas melodías. La familia estaba especialmente solícita esa hermosa mañana e intentaron convencerla de que saliera a pasear. Cualquier cosa parecida a la amabilidad la emocionaba, y accedió.

Emociones más delicadas sustituyeron a su melancolía y dirigió sus pasos hacia la casa que había convertido en un lugar agradable. Al abandonar esa habitación deprimente, la Naturaleza le pareció esplendorosa. La última vez que había salido, la nieve cubría el suelo y un viento desapacible se le colaba hasta los huesos. Ahora los setos estaban verdes, las flores adornaban los árboles y los pájaros cantaban. Llegó a la casa sin fatigarse excesivamente y, mientras descansaba, observó a los niños jugando en la hierba y vio que tenían un aspecto mucho más saludable. La madre, entre lágrimas, dio gracias a su salvadora y alabó sus cuidados. Las lágrimas de Mary no solo provenían de la compasión, sino de una mezcla de sentimientos y recuerdos. Los afectos que la ataban a sus semejantes empezaron de nuevo a actuar y vivificaron su ánimo. Percibió el cambio que se había producido en su interior, intentó explicarlo y con su lápiz escribió una rapsodia sobre la sensibilidad.

La sensibilidad es la emoción más delicada a la que el alma humana es susceptible. Cuando nos invade, nos sentimos felices y, si pudiese durar inalterada, podríamos imaginar la dicha de aquel tiempo paradisíaco en el que las dóciles pasiones estaban bajo el dominio de la razón y los impulsos del corazón no necesitaban corregirse.

Es esta inmediatez, esta delicadeza del sentir lo que nos permite

apreciar los destellos sublimes del poeta y del pintor. Es esto, que expande el alma, lo que nos transmite una jubilosa grandeza, mezclada con ternura, cuando contemplamos los magníficos elementos de la Naturaleza, o cuando oímos hablar de alguna buena obra. Sentimos lo mismo en primavera, cuando de nuevo damos la bienvenida al sol y al consiguiente renacer de la Naturaleza; cuando las flores reviven y desprenden sus dulces aromas y la tierra deja oír su sonido melodioso. Ablandada por la ternura, el alma se dispone a ser virtuosa. ¿Acaso hay alguna recompensa sensual que pueda compararse a sentir humedecerse nuestros ojos tras haber socorrido a los desamparados?

La sensibilidad es el fundamento de toda nuestra felicidad; pero esta dicha es desconocida para el sensualista depravado, al que únicamente mueve lo que excita sus burdos sentidos. Los delicados adornos de la Naturaleza le pasan inadvertidos, al igual que los sentimientos profundos y sinceros. La sensibilidad únicamente puede sentirse, escapa a toda discusión.

Mary volvió a casa y comió con la familia, comida que resultó más entretenida por la presencia de un hombre que había pasado el ecuador de la vida, de modales refinados e ingenio deslumbrante. Intentó hacer hablar a Mary, y lo consiguió. Ella entró en la conversación y algunas de sus sutiles e ingeniosas observaciones lo dejaron sorprendido y admirado. Comprendió que tenía una mente brillante y que su entendimiento era tan profundo como vivaz su imaginación. Ella examinaba todo lo que hay entre Cielo y Tierra y captaba la luz de la verdad. Su expresivo rostro reflejaba lo que le pasaba por la mente y su lengua era siempre el más fiel intérprete de su corazón. La falsedad nunca ensombrecía sus palabras o acciones. Mary pensó que era un hombre cultivado, y el ejercitar su entendimiento a menudo la hacía olvidarse de sus penas, cuando nada más podía conseguirlo, excepto la caridad.

Este hombre había conocido a la señora de la casa en su juventud. Su bondad natural le inducía a visitarla, pero al ver a Mary halló otro incentivo. Su aspecto y, sobre todo, su ingenio y su mente cultivada incitaron su curiosidad, pero sus modales serenos le habían causado tal efecto que se vio obligado a reprimir su interés.

Él conocía a muchos hombres, así como infinidad de libros. Su conversación era amena y provechosa, pero en compañía de Mary dudaba si el Cielo estaría habitado por espíritus masculinos y casi olvidó que había llamado al sexo femenino «esos bellos objetos que hacen la vida más tolerable».

Había sido un esclavo de la belleza, un prisionero de los sentidos, pero nunca había estado enamorado. Su mente nunca se interesó por esa dulce cadena, ni su pureza hizo que el cuerpo pareciera encantador ante sus ojos. Era humano, despreciaba la mezquindad y, aunque presumía de sus habilidades, de ningún modo era un miembro útil para la sociedad. A menudo hablaba de la belleza de la virtud, pero no teniendo ningún fundamento sólido sobre el que cimentar su práctica, era tan solo un personaje brillante o ingenioso; y aunque su fortuna le permitía disfrutar del placer, estaba insatisfecho.

Mary observó su carácter y anotó una serie de reflexiones surgidas a raíz de esa observación. Esas reflexiones se vieron influidas por su estado mental, que no era otro que esa especie de dolorosa quietud que nace de la razón nublada por el disgusto. Todavía no había aprendido a resignarse; vagas esperanzas la agitaban.

Hay cuestiones tan ocultas por las nubes que cuando apartas una, hay otra que la vuelve a cubrir. De este tipo son nuestros razonamientos sobre la felicidad, hasta que nos vemos obligados a gritar con el Apóstol, que ninguna mente humana ha concebido en qué consiste o cómo se puede evitar la insatisfacción.[76] El hombre parece estar hecho para la acción, aunque pocas veces sabe dominar sus pasiones: o son demasiado débiles para espolearle, o tan violentas que desbordan todas las barreras.

Cualquier individuo tiene sus tribulaciones. La angustia, de una forma u otra, visita todos los corazones. La sensibilidad produce algunas muestras de virtud extraordinarias, pero, sin el freno de la

razón, podría caer en el vicio, aunque habláramos o pensáramos en la virtud.

El cristianismo solo puede admitir principios justos para gobernar los caprichosos sentimientos e impulsos del corazón. Cualquier disposición, por buena que sea, se descontrola si no se lleva a este terreno, mas, ¡qué difícil es gobernar diligentemente el corazón, aunque se esté convencido de que las cuestiones fundamentales de la vida dependen de ello!

Es muy difícil disciplinar la mente de un filósofo, o hacerla compatible con la debilidad e inconsistencia de su entendimiento; y aún le cuesta más dominar sus pasiones y aprender a buscar la satisfacción en vez de la felicidad. Las buenas intenciones y las propensiones virtuosas, sin la luz del Evangelio, producen caracteres excéntricos. Parecidos a los cometas, siempre tienden a los extremos, mientras que la revelación recuerda a las leyes de la atracción y da como resultado la uniformidad. Pero con excesiva frecuencia la atracción es demasiado débil y la luz queda tan oscurecida por la pasión que el alma confundida se ve forzada a lanzarse al vacío y vagar en medio de la confusión.

■

76 Corintios, I, 2,9, «Como está escrito, ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman».

Capítulo XXV

Pocos días después, mientras Mary estaba sentada reflexionando, perseguida por miedos y pensamientos acuciantes, llegó una carta para ella: el criado aguardaba una respuesta. Su corazón palpitaba: era de Henry. La sostuvo un rato en la mano y a continuación rasgó el sobre. La carta no era larga y únicamente hablaba de su recaída, que le impidió embarcarse en el primer carguero, como era su intención. Se incluían también algunas tiernas preguntas por su salud y su estado de ánimo, aunque expresadas en un tono más bien formal. Eso enojó a Mary y, sobre todo, interrumpió la corriente afectuosa que el relato de su llegada y su enfermedad habían suscitado en su corazón. Este dejó de latir por un momento; volvió a leer el fragmento, pero no pudo decir por qué se sentía dolida, únicamente que no respondía a las expectativas de sus sentimientos. Escribió una nota lacónica e incoherente en respuesta, dándole permiso para que la visitara al día siguiente, pues él lo había solicitado al final de su carta.

Su mente estaba dolorosamente activa. No podía leer ni caminar. Intentó distraerse, olvidar las largas horas que aún debían transcurrir hasta que llegara el día siguiente. No sabía a qué hora se presentaría Henry, seguramente por la mañana, pensó. Así que deseó ardientemente que llegase ese momento, y ese deseo y esa larga espera le hicieron lanzar numerosos suspiros, sofocados por el miedo y los vanos lamentos.

Para distraer esas horas tediosas, cantó las canciones favoritas de Henry, volvió a hojear los libros que leían juntos y leyó la breve carta al menos cien veces. Cualquiera que la hubiese visto habría pensado que intentaba descifrar caracteres chinos.

Después de pasar la noche en blanco, saludó al esperado día, contempló el sol naciente, atenta a cualquier pisada y sobresaltándose si oía abrirse la puerta de entrada. Henry llegó al fin y ella, que había estado contando las horas y había dudado de que la Tierra siguiese girando, de buen grado habría eludido la inminente entrevista.

Fue a su encuentro con paso inseguro y vacilante pero, cuando vio su rostro demacrado, volvió a sentir toda la ternura que el tono formal de su carta había enfriado, y un triste presentimiento apaciguó el conflicto en su interior. Cogió su mano y, mirándole con melancolía, exclamó:

—¡En verdad no te encuentras bien!

—Estoy muy lejos de encontrarme bien, pero no importa —añadió él con una sonrisa de resignación—; el aire de mi país hará maravillas. Además, mi madre es una dulce enfermera y podré verte de vez en cuando.

Mary sintió envidia por primera vez en su vida. Sin querer, deseaba que todo el alivio que recibiese viniera de ella. Le preguntó por los síntomas de su enfermedad y se enteró de que había estado muy enfermo. Rápidamente reprimió las lágrimas producidas por previas experiencias que tan caras le habían costado, y una y otra vez le repitió que estaba segura de que se recuperaría pronto. Entonces le miró a los ojos para ver si asentía y hacerle más preguntas en ese sentido. Evitó hablar de sí misma y Henry se marchó con la promesa de visitarla al día siguiente.

Su mente se hallaba ahora invadida por un temor, pero no se permitió pensar que la asustaba un hecho que no podía nombrar.

Aún veía su pálido rostro, el sonido de su voz aún vibraba en sus oídos. Intentó retenerlo, escuchó, miró a su alrededor, lloró desconsoladamente y se puso a rezar.

Henry había iluminado esa desoladora escena. ¿Acaso ese encanto debía desvanecerse como una vana ilusión[77] sin dejar nada detrás? Esos pensamientos perturbaron su razón y Mary sacudió la cabeza como queriendo ahuyentarlos. Sentía un gran peso en el corazón, había algo que no iba bien.

Muy pronto otra preocupación vino a sacarla de su ensoñación, pues recibió una carta de su marido. La carta había llegado a Lisboa después de su marcha. Henry se la había reenviado. Había decidido no entregársela en persona por una razón muy obvia; eso habría dado pie a una conversación que quería evitar por algún tiempo, y esta precaución nacía tanto de la compasión como del amor.

Mary no pudo reunir el suficiente valor para romper el sello. Sus temores eran infundados, pues el contenido de la carta la tranquilizó. Su marido le comunicaba su intención de prolongar su viaje, ya que ahora era su propio dueño; quería permanecer durante algún tiempo en el continente y en particular visitar Italia sin ninguna restricción. No obstante, sus razones para hacerlo parecían infantiles: no lo hacía para perfeccionar su gusto artístico ni pisar la tierra de los clásicos, el lugar donde los poetas y filósofos forjaron sus tradiciones, sino para participar en las mascaradas y en otras diversiones burlescas.

Estos ejemplos de insensatez aliviaron a Mary y en cierto sentido la reconciliaron consigo misma, avivaron la llama que la devoraba por dentro y aplacaron una especie de remordimiento que la razón y la conciencia le hacían sentir cuando reflexionaba. Es tarea de la religión hacernos aceptar los designios aparentemente inflexibles de

la Providencia y que ninguna inclinación, por fuerte que sea, nos haga desertar del puesto que tenemos asignado u olvidar que la virtud debería ser un principio activo; y que la posición más deseable es aquella que ejercita nuestras facultades, perfecciona nuestros afectos y nos hace ser útiles.

Una reflexión turbaba continuamente su reposo. No temía la pobreza. Tenía pocas necesidades, pero renunciando a una fortuna renunciaba al poder de socorrer a los desventurados y hacer que los corazones afligidos cantasen de alegría. El Cielo la había dotado de una humanidad fuera de lo común para hacer de ella una de sus representantes más caritativas, una mensajera de paz. ¿Acaso debía atender a sus propias inclinaciones?

Estas reflexiones, aunque no podían refrenar una pasión desatada, aumentaban su desazón. Tan pronto era una heroína, casi decidida a soportar cualquier carga que le deparase el destino, como, inmediatamente después, su mente retrocedía ante esta idea y la ternura conquistaba su alma. Recordó algunos ejemplos del amor de Henry, de su genio y su valía, y el mundo se convirtió en un valle de lágrimas porque él no permanecería a su lado.

■

77 La tempestad, IV, 151, 155.

Capítulo XXVI

Henry volvió al día siguiente, y una o dos veces más en el transcurso de esa semana, pero Mary aún mantuvo una ligera formalidad; cierto pensamiento la cohibía y Henry no quiso abordar la cuestión al comprender que ella deseaba evitarla. No obstante, en el transcurso de su conversación, ella le mencionó que deseaba fervientemente obtener una plaza en la administración para el hermano de Ann, pues su familia empezaba a estar de nuevo en una situación difícil.

Henry la escuchó, le hizo algunas preguntas y dejó pasar el tema, pero a la semana siguiente ella lo oyó entrar con una precipitación poco habitual. Quería decirle que una persona de cierta importancia, a quien había ayudado en un asunto muy engorroso en cierto país extranjero, tenía una deuda con él, y que esa persona le había conseguido un puesto para su amigo, que inevitablemente le conduciría a algo mejor si se comportaba debidamente. Mary fue incapaz de expresar su agradecimiento con palabras. Sentimientos de amor y gratitud inundaban su rostro, su sonrojo hablaba de manera elocuente. Le emocionaba recibir favores de sus semejantes, pero recibirlos de Henry era para ella un placer incomparable.

Conforme avanzaba el verano, Henry se iba encontrando peor. La atmósfera cerrada de la ciudad le afectaba a los pulmones y su madre insistió en que se trasladara a algún lugar en el campo donde ella pudiera acompañarle. Él no podía pensar en irse muy lejos, así que eligió un pueblecito a orillas del Támesis, cerca de donde vivía Mary. Poco después, se la presentó a su madre.

En aquella época solían bajar juntos por el río en una barca. Henry cogía su violín y Mary cantaba o les leía algo en voz alta. Ella era

del agrado de la madre de Henry, y a él lo tenía cautivado. Era una ventaja para Mary el que la amistad fuese lo primero que conquistara su corazón, pues lo abrió a los sentimientos más delicados propios de la compasión; y cuando este sentimiento fue desbancado, surgió otro similar, con el añadido de un afecto todavía más profundo.

La última tarde que salieron a pasear en barca, las nubes se oscurecieron de repente y rompió a llover con fuerza, lo cual interrumpió la serena quietud que había reinado hasta entonces. Los truenos retumbaban y los remos, golpeando rápidamente contra el agua para alcanzar la orilla, producían un sonido desagradable. Mary se apretó contra Henry; deseaba morir ahogada junto a él, escapar al horror de sobrevivirle. Habló, pero Henry vio y comprendió las tribulaciones que pasaban por su mente. Pasó el brazo alrededor de su cintura y juntos disfrutaron el placer de la desdicha. Cuando alcanzaron la orilla, Mary se dio cuenta de que Henry se había mojado y, llena de angustia, gritó:

—¿Qué voy a hacer? ¡Este día te traerá la muerte, y yo no moriré contigo!

Este accidente puso fin a sus agradables excursiones. Había afectado a la salud de Henry y le había hecho escupir sangre, aunque quizá el catarro que atrapó no fuera la causa. Mary intentó dormir, pero fue en vano: su destino la perseguía. Henry empeoraba cada día.

Capítulo XXVII

Mortificada por sus temores premonitorios, su dolorida mente sufrió nuevas demostraciones de ingratitud; disgustada con la familia, cuyos infortunios a menudo habían perturbado su reposo, y sumida en un dolor anticipado, deambuló sin saber por dónde iba. Al doblar por un sendero umbroso, descubrió que sus pies habían tomado el camino que más les gustaba recorrer. Vio a Henry sentado solo en el jardín; él le abrió rápidamente la verja y ella se sentó a su lado.

—No esperaba verte esta mañana, mi querida Mary —dijo—, pero estaba pensando en ti. El Cielo te ha dotado de una singular fortaleza para sostener uno de los corazones más apasionados del mundo. Este no es momento para disimulos: sé que me quieres y mi sentimiento por ti está enraizado en cada fibra de mi corazón. Te quiero desde que te conocí, eres el ser que mi imaginación se ha complacido en crear y que imaginaba existía solo en ella. Dentro de poco las sombras de la muerte me rodearán; este amor imposible quizá agravó mi enfermedad y allanó el escarpado sendero. Intenta, amor mío, culminar el camino que te ha sido destinado, trata de añadir a tus otras virtudes la de la paciencia. Podría haber deseado, por tu bien, que muriésemos juntos o poder vivir para defenderte de los ataques de un mundo insensible. Podría haberte ofrecido refugio en estos brazos, un pecho fiel en el que podrías calmar todas tus penas.

La apretó contra sí; ella respondió de la misma manera y él sintió su corazón palpitar. A esto le siguió un triste silencio, tras el cual Henry habló de nuevo:

—Me gustaría prepararte para el duro golpe, ¡siento con toda

certeza que no tardará en llegar! La pasión que he alimentado es tan pura que la muerte no puede eliminarla ni borrar la impresión que tus virtudes han dejado en mi alma. Gustoso te consolaría.

—No hables de consuelo —le interrumpió Mary—, ¡eso será en el Cielo junto a ti y a Ann, mientras que en esta tierra yo seré la más desdichada!

Ella apretó su mano.

—¡Allí nos reuniremos, amor mío, Mary mía, en la casa de nuestro Padre!

Se quedó sin voz, no pudo terminar la frase, casi se ahogaba. Ambos lloraron amargamente y sus lágrimas les aliviaron. Anduvieron lentamente hacia la verja del jardín, pues Mary no solía entrar en la casa. No fueron capaces de despedirse cuando la alcanzaron, y Mary echó a correr sendero abajo para evitar a Henry el dolor de ver sus emociones.

Cuando perdió de vista la casa, se sentó en el suelo hasta que se hizo tarde, pensando en todo lo que había pasado. Absorta en estas meditaciones, caminó lentamente y, sin importarle la lluvia, elevó la mirada al cielo y la volvió con furia hacia el paisaje que la rodeaba, sin reparar en él. Solo sintió que la escena coincidía con su estado de ánimo. Era la última luz del crepúsculo y había luna llena, delante de la cual las nubes no paraban de desfilar.

«¿Por Dónde estoy vagando, Dios misericordioso? —pensó, refiriéndose a las cavilaciones de su mente—. ¡En qué laberinto

estoy perdida! ¡Qué desventuras me he encontrado ya y cuántas tengo aún por delante!»

Sus pensamientos volaron rápidamente hacia una idea.

«Podría ser feliz escuchándole, mitigando sus pesares. ¿Acaso no me sonreiría? ¿No me llamaría “Mary mía”? ¡No soy suya! —dijo con rabia—; ¡soy una desdichada! —y lanzó un suspiro que casi le rompió el corazón, mientras grandes lágrimas corrían por sus ardientes mejillas.»

Con todo, su mente, acostumbrada a pensar, empezó a elaborar reflexiones, aunque la barrera de la razón casi desapareció y todas sus facultades, libres de esta, se movían en la confusión.

«¿Por qué me han hecho así? Vanos son mis esfuerzos, no puedo vivir sin amar, y el amor lleva a la locura. ¡Pero no lloraré! —y sus ojos estaban fijos, secos e inmóviles por la desesperación, aunque inmediatamente empezaron a girar en lo que parecía una mirada ausente.»

Mary buscó alguna esperanza, mas no encontró ninguna; todo eran aguas turbulentas. En ningún lugar podría descansar.

«He recorrido la Tierra de un lugar a otro; no es mi morada definitiva. ¿No puedo ir yo también a mi verdadero hogar? ¡Oh, no! ¿Es esto cumplir los deseos de mi amado Henry?, ¿podría un espíritu libre esperar reunirse con él?»

Dulces lágrimas descendían por su rostro sereno y su corazón, más sosegado, latía más acompasadamente. Sintió que empezaba a llover y regresó a su solitario hogar. Fatigada por las tumultuosas emociones que había experimentado, nada más entrar en la casa corrió a su habitación, se acostó y el cansancio pronto le hizo cerrar los ojos. Pero su activa imaginación aún estaba despierta y mil pesadillas interrumpieron su sueño.

Lánguida y febril, abrió los ojos y sintió cómo los inoportunos rayos del sol se colaban por una ventana, pues había olvidado correr las cortinas. El rocío cubría los árboles más cercanos, haciéndolos brillar. El pequeño petirrojo se puso a cantar y otros pájaros se unieron a él más a lo lejos. Mary contempló esta escena. Su rostro aún estaba ausente y su sensibilidad absorbida por un único objeto.

«¿Alguna vez pude admirar el sol naciente?», pensó distraída, apartándose de la ventana y cerrando los ojos. Recordó la escena de la noche anterior. La voz temblorosa de Henry, su paso inseguro y su mirada dulce y afligida habían quedado grabados en su corazón, al igual que estas palabras: «Ojalá estos brazos pudieran librarte del dolor, ofrecerte un refugio del insensible mundo». Sintió la misma opresión en su pecho. Por un momento fue feliz, pero toda sensación placentera se desvaneció en un prolongado suspiro.

«¡Pronto, sí, muy pronto, la tumba volverá a acoger todo cuanto amo! Y los días que me quedan…» No pudo continuar.

¿Acaso habría un futuro después de aquello?

Capítulo XXVIII

Justo cuando iba a salir de la habitación para ir a ver a Henry, se presentó su madre.

—Mi hijo se encuentra peor hoy —dijo—. Vengo para pedirle que pase conmigo no solo este día, sino una o dos semanas más. ¿Por qué habría de ocultarle nada? Anoche mi hijo usó a su madre como confidente y, con el corazón lleno de angustia, me pidió que fuera su amiga cuando él muera. No intentaré describirle lo que sentí cuando me habló así. Si he de perder el báculo de mi vejez y volver a enviudar, ¿podré llamarla hija mía como es deseo de Henry?

Mary se sintió desbordada por este nuevo ejemplo del amor desinteresado de Henry y, al intentar controlar sus complejas emociones y consolar a la desventurada mujer, casi se desmayó cuando esta pobre infeliz le arrancó lágrimas diciendo:

—¡Merezco este golpe!; mi predilección por su hermano me hizo desatenderle cuando más anhelaba los cuidados de una madre. Quizá esta negligencia fue lo que primero menoscabó su salud. ¡El justo Cielo ha hecho que mi pecado lleve aparejado su castigo y ahora que vuelvo a ser de verdad una madre habré de perder a mi hijo, mi único hijo!

Tras serenarse un poco corrieron a ver al enfermo, pero durante el corto trayecto la madre contó algunos ejemplos del buen corazón de Henry. Las lágrimas de Mary no provenían exclusivamente de la angustia, pues el relato de sus virtudes le había proporcionado un placer inconmensurable. No obstante, prevaleció su naturaleza

humana y tembló al pensar que esas virtudes se desplegarían en un lugar más excelso.

Capítulo XXIX

Encontró a Henry muy enfermo. El médico había dicho varias semanas antes que nunca había visto a nadie que hubiese recuperado el pulso como él. Henry estaba seguro de que no viviría por mucho tiempo; el resto se lo procurarían los opiáceos. Mary disfrutaba del melancólico placer de cuidarle y mitigó con su ternura los dolores que no podía eliminar. Ahogaba cualquier suspiro, enjugaba cada una de sus lágrimas cuando él podía verla o escucharla. Presumía de su resignación, pero se aferraba desesperadamente al menor rayo de esperanza. Mientras él dormía ella le sujetaba la almohada y reposaba la cabeza donde pudiera sentir su respiración. Le quería más que a sí misma, pero no podía rezar por su recuperación, tan solo podía decir: «Hágase la voluntad del Cielo».

Mientras se encontraba en este estado, trató de ser fuerte. Pero una tierna mirada de él lo desbarataba todo. Mary trataba de hacerle creer que estaba resignada, antes que de estarlo realmente. Deseaba recibir el sacramento junto a él, como un vínculo que se extendería más allá de la tumba. Así lo hizo, y eso la consoló y le permitió superar su dolor.

El fin de Henry estaba cada vez más cerca. Mary se sentó en un lado de la cama. Los ojos de él parecían fijos, no agitados por la pasión. Solo sentía que morir era algo terrorífico. El alma se retiraba a la ciudadela, pero ya no estaba únicamente colmada por la imagen de aquella que con triste desesperación lo acompañaría hasta su último suspiro. Serena, una calma aterradora sosegaba cualquier emoción turbulenta.

El dolor de la madre era más audible. Durante algún tiempo, Henry

solo había prestado atención a Mary. Esta se compadeció de aquella, cuyos remordimientos aumentaban su pena, y susurró a Henry:

—Tu madre está llorando, apenas reparas en ella. ¡Confórtala, te lo pido!

—¡Madre mía, tu hijo te da su bendición!

Consternada, la madre salió de la habitación y Mary esperó para verle morir.

Ella apretó sus labios resecos con angustia temblorosa. Él volvió a abrir los ojos, el velo que los cubría se retiró y el amor los iluminó de nuevo. Henry la miró de un modo que ella nunca olvidaría.

—Mary mía, ¿estarás bien?

—¡Sí, sí! —exclamó ella con voz firme—, ¡tú parte para ser feliz, yo no soy una completa desdichada! —las palabras casi la ahogaban.

Él permaneció un buen rato en silencio; el opio le producía una especie de sopor. Al final de su agonía, gritó:

—¡Está oscuro, no puedo veros! ¡Levantadme! ¿Dónde está Mary? ¿No decía que cuidarme la hacía feliz? ¡Dejadme morir en sus brazos!

Ella abrió los brazos para recibirlo, y no había en ellos ningún temblor. De nuevo se vio obligado a tumbarse, descansando sobre ella. Conforme los dolores aumentaban él se acercó más a ella; su alma parecía volar hacia Mary, como si escapase de su prisión. Henry dejó de respirar. Ella escuchó con toda claridad el último suspiro y, elevando la mirada al Cielo, exclamó serena:

—¡Padre, acoge su alma!

Los criados acudieron al instante. Ella no se movía, no oía el griterío. La mano de Henry parecía apretar la suya, todavía estaba caliente. Un rayo de luz que entraba por una ventana abierta iluminaba su pálido rostro. Ella salió de la habitación y se retiró a una muy cercana. Se sentó en el suelo y fijó sus ojos en la puerta del cuarto donde reposaba el cuerpo. Todos los acontecimientos de su vida pasaban por su mente con sorprendente rapidez. Aunque todo estaba sereno, el destino había asestado su golpe final. Permaneció sentada hasta la medianoche. Entonces, presa de un frenesí, se levantó, entró en la habitación y quiso que todos los que velaban el cadáver se retirasen.

Se arrodilló junto al borde la cama; una devoción entusiasta superaba los dictados de la desesperación. Rezó más fervientemente en busca de consuelo y se dirigió al Ser en cuyas manos había dejado al espíritu que más adoraba. Una y otra vez rezó fervorosa y ardientemente, mas cuando intentó tocar la mano inerte de él, se le nubló la mente y se derrumbó.

Capítulo XXX

Tres meses después, su única amiga, la madre de Henry, empezó a alarmarse al observar su aspecto desmejorado, y tomó su propia salud como pretexto para viajar. Estas quejas sacaron a Mary de su letargo, e imaginó que un nuevo deber la obligaba a actuar, un deber que el amor convertía en sagrado.

Fueron a Bath, y de allí a Bristol, pero abandonaron rápidamente esta última ciudad. Ninguna de las dos pudo soportar la visión de los enfermos que iban allí para intentar reponerse. De Bristol partieron hacia Southampton. El trayecto era agradable, pero Mary cerró los ojos, o, si los abría, verdes prados y campos comunales se sucedían rápidamente sin dejar rastro, como olas del mar.

Algún tiempo después se establecieron en Southampton, donde se encontraron con el hombre que tanto había reparado en Mary al poco de su vuelta a Inglaterra. Retomaron el contacto; él mostró mucho interés por su futuro, pues había escuchado su singular historia. Además, conocía a su marido y sabía que era un hombre bueno y pusilánime. Lo vio poco después de regresar a su patria y calmó su urgencia por preguntar sobre los motivos del extraño comportamiento de su mujer. Le aconsejó que no se precipitara demasiado si quería poseer alguna vez un tesoro de un valor incalculable. Su marido se dejó guiar por él, y le permitió seguir a Mary hasta Southampton y hablar primero con su amiga.

Esta decidió confiar en su fuerza mental innata y la puso al tanto de la situación. Pero sobrevaloraba su entereza: durante los días posteriores a la noticia, Mary no fue capaz de decidir la manera en que debía actuar. Pero finalmente consiguió controlar su rechazo y escribió a su marido un relato de lo que había pasado desde que ella

había dejado de atender a su correspondencia.

Él vino en persona como respuesta a la carta. Mary se desmayó cuando se acercó a ella de manera inesperada. El rechazo volvía con más intensidad, pese a sus razonamientos previos, cada vez que él aparecía. No obstante, la convencieron de que viviera con él si le permitía pasar un año viajando de un lugar a otro; su marido no la acompañaría.

El tiempo transcurría demasiado rápido y ella le dio su mano. Su lucha interna era casi más de lo que podía soportar. Intentaba aparentar serenidad, el tiempo suavizó su dolor y mitigó sus tormentos, pero cuando su marido la tomaba de la mano o mencionaba algo similar al amor, inmediatamente sentía rechazo y desfallecimiento en su corazón, e involuntariamente deseaba que la tierra se abriese y la tragase.

Capítulo XXXI

Mary viajó al continente e intentó recuperar la salud en diferentes climas, pero sus nervios no mejoraron hasta alcanzar su estado anterior. Entonces se retiró a su casa de campo, fundó pequeñas fábricas de manufacturas, dividió sus tierras en pequeñas granjas y se consagró a estas tareas para disipar el dolor y borrar la vana desazón. Visitaba a los enfermos, socorría a los ancianos y educaba a los jóvenes.

Estas ocupaciones distraían su mente, pero había horas en que todos sus antiguos desvelos volvían para atormentarla. Siempre que hacía o decía algo que en su opinión habría contado con la aprobación de Henry, no podía evitar pensar angustiada en cómo aquello colmaba su corazón, un corazón en el que ahora había un vacío que ni siquiera la humanidad y la religión podían llenar. Esta le enseñó a luchar contra la resignación y aquella le hizo la vida más soportable. Su delicado estado de salud no le presagiaba una larga vida. En momentos de soledad y tristeza, un destello de alegría cruzaba por su mente. Pensaba que se precipitaba hacia el mundo donde no existe el matrimonio, ni el dar en matrimonio.[78]

78 San Mateo, 22,30. «En la resurrección las personas no se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en el Cielo.» También en San Marcos 12,25 y en San Lucas 20,35.

Maria

(por Mary Wollstonecraft)

Traducción de Íñigo Jáuregui

y Cristina Suárez

PREFACIO

Aquí se presenta al público la última obra de una autora cuya fama ha gozado de una extraordinaria difusión y cuyo talento probablemente ha sido uno de los más admirados por aquellos que determinan el mérito literario con la mayor precisión y discernimiento. Hay unos pocos, a quienes sus obras podrían complacer en todo caso, que habrían deseado se hubiese suprimido este relato por estar inacabado. Hay un sentimiento, muy apreciado por las mentes dotadas de gusto e imaginación, que encuentra un placer melancólico en la contemplación de estas producciones inacabadas del genio humano, estos bosquejos que, si se hubiesen culminado de acuerdo con la idea original de la autora, quizá habrían dado un nuevo impulso a las costumbres sociales.

El propósito y la estructura del siguiente relato fueron durante mucho tiempo uno de los temas favoritos de reflexión para la autora, que los consideró capaces de producir un efecto notable. La composición de esta obra abarcó un periodo de doce meses. La autora deseaba ser fiel a su concepción original y recomenzó y revisó el manuscrito en diferentes ocasiones. Estaba lejos de considerar acabado lo que ahora se ofrece al público y, en una carta escrita a un amigo específicamente sobre este asunto, dice: «Soy perfectamente consciente de que algunos de los episodios se deberían cambiar o realzar con algunos matices más armoniosos, y desearía que las críticas me sirvieran para encajar mis hechos en una historia cuyas líneas maestras ya había perfilado en mi mente».* Los únicos amigos a quienes la autora enseñó el manuscrito fueron el señor Dyson,[79] traductor de The Sorcerer, y el presente editor, y es imposible que el escritor más inexperto mostrara un deseo mayor de aprovechar las críticas y opiniones que se le pudieran sugerir.†

Al revisar estas hojas para la imprenta, el editor, en algunos pasajes,

no tuvo más remedio que unir las partes más inacabadas con las páginas de un manuscrito anterior, y el hecho de añadir una o dos líneas se antojó a veces un requisito necesario para lograr ese objetivo. En los pasajes en los que nos hemos tomado esa libertad, las frases añadidas aparecen entre corchetes, pues el editor ha pretendido en todo momento no inmiscuirse en el relato, sino ofrecer al público las palabras, así como las ideas, de su autora real.

Lo que viene a continuación no es el prefacio definitivo de la autora, sino un mero borrador que, aunque nunca se culminó tal y como ella pretendía, parece conveniente mantener.

W. Godwin

* En el prefacio del autor se adjunta un extracto mayor de esta carta.

† La parte referida comprende los primeros catorce capítulos.

79 George Dyson († 1822), londinense de ideas radicales, escritor y traductor, a quien iba dirigida la carta del prefacio de la autora. Fue el traductor de The Sorcerer (El brujo) (1795), de Veit Weber.

PREFACIO DE LA AUTORA

Los males de la mujer, como los de los sectores oprimidos de la humanidad, se han de considerar necesarios por parte de sus opresores, pero seguramente hay mujeres que se atreverán a adelantarse a su tiempo y a certificar que mis bosquejos no son el engendro de una mente trastornada ni los trazos enérgicos de un corazón herido.

Al escribir esta novela he preferido retratar pasiones antes que costumbres. En muchos casos, podría haber dado a las escenas un carácter más dramático si hubiera sacrificado mi objetivo principal: el deseo de mostrar el sufrimiento y la opresión, exclusivos de las mujeres, que se derivan de unas leyes y costumbres sociales partidistas. En la invención de esta historia, esta idea puso freno a mi fantasía y por ello este relato debería considerarse como la historia de la mujer, más que la de un individuo concreto. He tratado de que los sentimientos se encarnasen.

En muchas obras de este tipo, al héroe se le permite comportarse como un ser mortal y convertirse en sabio, feliz y virtuoso a través de una serie de acontecimientos y circunstancias. Las heroínas, por el contrario, han de nacer inmaculadas y actuar como diosas de la sabiduría, impecables minervas nacidas de la cabeza de Júpiter.[80]

[Lo que sigue es un extracto de una carta de la autora a un amigo a quien enseñó su manuscrito.]

Por mi parte, no puedo imaginar una situación más angustiosa que la que supone, para una mujer con inteligencia y sensibilidad, estar

atada de por vida a un hombre como el que he descrito, obligada a renunciar a todos los tiernos afectos y a cultivar el intelecto, no fuera que al percibir la belleza y el refinamiento de los sentimientos se agudizara su desencanto hasta hacerlo intolerable. El amor, que la imaginación adereza con sus tonos embriagadores, se ha de vivificar mediante la delicadeza. Debería despreciar —o definirla como vulgar— a aquella mujer que pudiera soportar a un marido como el que he retratado.

En mi opinión, estos —es decir, la tiranía del matrimonio en lo que respecta a los sentimientos y a las conductas— son los males propios de la mujer, porque degradan su espíritu. Los llamados «grandes infortunios» quizá causen una impresión más fuerte en la mente de los lectores comunes, pues contienen más de esos efectos que suelen llamarse «teatrales», pero lo que constituye, en mi opinión, el mayor mérito de nuestras mejores novelas es el bosquejo de sensaciones más sutiles. Esto es lo que me propongo, así como mostrar los males de diferentes clases de mujeres que están, sin embargo, igualmente oprimidas, a pesar de las diferencias de educación inevitables.

■

80 Las divinidades romanas Minerva y Júpiter, que se corresponden con las griegas Atenea y Zeus, respectivamente. Según la mitología griega, Zeus devoró a Metis (Prudencia), su primera esposa, cuando esta le anunció que estaba embarazada y que su descendencia sería más poderosa que él. De la cabeza de Zeus brotó Atenea, diosa de la sabiduría y de la guerra, armada y con cuerpo de mujer.

Maria

[81]

81 Esta novela apareció por primera vez en los volúmenes I y II de la obra Posthumous Works of the Author of A Vindication of the Rights of Woman (1798), recopilada y editada por William Godwin. En el capítulo 9 de Memoirs of the Author of A Vindication of the Rights of Woman (1798), Godwin dice que M. Wollstonecraft la comenzó más de un año antes de su muerte. Los corchetes del texto indican sus interpolaciones (ver el prefacio de Godwin).

Capítulo I

Con frecuencia se han descrito casas del terror y castillos llenos de espectros y quimeras, conjurados por las mágicas palabras del genio artístico para atormentar el alma y cautivar la mente fantasiosa. Pero, formados como están los sueños de un material así,[82] ¿qué eran esas descripciones comparadas con la mansión de la desesperación, en uno de cuyos rincones estaba sentada Maria, intentando reunir sus pensamientos dispersos?

La sorpresa, la estupefacción, rayanas en la locura, parecían haber suspendido sus sentidos hasta que, despertándose en ella una aguda sensación de angustia, un torrente de rabia e indignación reavivó su pulso mortecino. Los recuerdos empezaron a sucederse uno tras otro a velocidad vertiginosa, amenazando con incendiar su cerebro y convertirla en digna compañera de los terroríficos habitantes de ese lugar, cuyos gritos y gemidos no eran los sonidos inofensivos del viento cuando aúlla ni de pájaros sobresaltados, modulados por una fantasía romántica, que divierten a la vez que asustan, sino esos tonos lastimeros que suscitan en el corazón una certeza terrible. ¡Qué efecto debieron de producir en alguien como Maria, compasiva y torturada por los temores maternales!

La imagen de su pequeña se le aparecía constantemente, y recordaba su primera sonrisa pícara como solo una madre —una madre desdichada— puede imaginar. Oía sus tiernos balbuceos y sentía sus deditos sobre su pecho henchido, un pecho que rebosaba de ese alimento por el que su pequeño tesoro quizá ahora estuviese suspirando en vano. Su pequeña podía recibir la leche materna de una extraña (a Maria le entristecía pensarlo) pero ¿quién la cuidaría con la ternura y abnegación de una madre?

Las sombras ocultas de antiguos pesares regresaron de golpe en lúgubre sucesión, y parecían dibujarse en las paredes de su prisión, magnificadas por el ánimo con el que eran percibidas. Aún lloraba por su hija, lamentaba que fuese una niña y anticipaba los graves infortunios en la vida que su sexo hacía casi inevitables, a la que vez que temía hubiese dejado de existir. Pensar que había muerto era para ella una agonía. No obstante, cuando su imaginación se obstinaba en desbordarse, el pensamiento de su pequeña abandonada en un mar desconocido era igualmente descorazonador.

Tras pasar dos días dominada por emociones impetuosas y variadas, Maria comenzó a reflexionar con más calma sobre su situación actual, pues el descubrimiento del acto tan atroz del que había sido víctima la había dejado incapaz de cualquier reflexión serena. No podía haber imaginado que, siquiera en la putrefacción de una sociedad depravada, un plan semejante pudiera ocurrírsele a una mente humana. Había quedado aturdida por un golpe inesperado, pero no debía renunciar indolentemente a la vida, por triste que fuera, ni sufrir los infortunios sin hacerles frente, o considerar la paciencia como una virtud. Hasta entonces no había meditado sino para afilar el dardo de la angustia y había borrado de su corazón los latidos de indignación mediante el simple desprecio. Ahora intentaba prepararse para ser fuerte y plantearse en qué habría de emplear su tiempo en esa lúgubre celda. ¿Acaso no debía intentar escapar, huir para socorrer a su hija y desbaratar las egoístas maquinaciones de su tirano, que no era otro que su marido?

Estos pensamientos despertaron su adormecido espíritu y le hicieron recuperar el control de sí misma, que parecía haberla abandonado en la infernal soledad a la que había sido arrojada. Las primeras emociones de irrefrenable impaciencia comenzaron a remitir y el resentimiento dio paso a la ternura y a una reflexión más calmada, aunque una vez más la cólera interrumpió el curso de esas tranquilas meditaciones cuando intentó mover los brazos esposados. Pero este era un ultraje que solo podía provocarle sentimientos momentáneos de desdén, que se desvanecieron en una

leve sonrisa, pues Maria estaba lejos de considerar que una ofensa personal fuera lo más difícil de sobrellevar con magnánima indiferencia.

Se aproximó a la pequeña ventana enrejada de su aposento y durante un tiempo que no sabría precisar se limitó a observar el cielo azul, aunque desde allí se veía un desolado jardín y parte de una enorme mole de edificios que, tras haber sufrido durante medio siglo numerosos derrumbes a causa del abandono, habían sido objeto de algunas torpes reparaciones con el único fin de hacerlos habitables. Se había arrancado la hiedra de los torreones, y las piedras no utilizadas para cerrar las brechas abiertas por el tiempo o evitar el azote de los elementos se habían apilado en montones por todo el desordenado patio. Maria contempló este escenario durante un buen rato, o, más bien, mantuvo la mirada fija en esos muros mientras meditaba acerca de su situación. Dirigiéndose al amo de esta prisión, la más horrible de cuantas puedan imaginarse, al poco de ingresar allí, había despotricado contra la injusticia, en un tono que habría justificado el trato que se le dispensaba si una sonrisa maligna, cuando ella apeló a su buen juicio, no hubiese sofocado con espantosa convicción sus quejas y reconvenciones. Por la fuerza o abiertamente, ¿qué podía hacerse? Sin duda, algún recurso podría ocurrírsele a una mente activa, consagrada a ese único objetivo y con el suficiente convencimiento como para medir en una balanza el riesgo de perder la vida y la posibilidad de alcanzar la libertad.

En medio de estas cavilaciones entró una mujer con paso firme y decidido. Tenía rasgos muy marcados y unos grandes ojos negros que clavó fijamente en los de Maria, como si se propusiera intimidarla, mientras decía:

—Más vale que os sentéis y comáis la cena, en lugar de mirar las nubes.

—No tengo apetito —respondió Maria, quien previamente había decidido hablar sosegadamente—. ¿Por qué, pues, debería comer?

—No obstante, debéis comer algo y así lo haréis. He tenido bajo mi custodia a muchas damas resueltas a dejarse morir de hambre, pero tarde o temprano recuperaron el juicio y desistieron de su propósito.

—¿De veras me consideráis loca? —preguntó Maria, haciendo frente a su penetrante mirada.

—No en este preciso momento, pero ¿qué prueba eso? Solo que se os debe vigilar con más cuidado, al parecer a veces tan razonable. No habéis probado bocado desde que entrasteis en la casa —Maria suspiró ostensiblemente—. ¿Qué otra cosa sino la locura podría producir semejante aversión a la comida?

—La aflicción; no lo preguntaríais si supierais lo que es —la celadora sacudió la cabeza; una estremecedora sonrisa de desesperada firmeza sirvió de respuesta y obligó a Maria a hacer una pausa, antes de añadir:

—No obstante, comeré algo. No tengo intención de morir, no. Conservaré el juicio y os convenceré incluso a vos, antes de que os deis cuenta, de que siempre he estado en pleno uso de mis facultades, aunque alguna droga infernal pueda haberlas tenido en suspenso.

La duda se dibujaba más claramente aún en la frente de su guardiana mientras trataba de sorprenderla en alguna falta.

—¡Tened paciencia! —exclamó Maria con una solemnidad que inspiraba temor reverencial—. Dios mío, ¡cuán instruida he sido en esta práctica!

Su voz ahogada delataba las agónicas emociones que intentaba dominar. Conteniendo una náusea, se esforzó por comer lo suficiente como para demostrar su docilidad, al tiempo que se volvía continuamente hacia la recelosa mujer, cuya atención intentó atraer mientras hacía la cama y arreglaba la estancia.

—¡Venid a menudo! —dijo Maria con tono persuasivo, como consecuencia de un plan un tanto difuso aún que había ideado precipitadamente cuando, tras estudiar el aspecto y los rasgos de aquella mujer, sintió que poseía un entendimiento por encima de lo común—, y tenedme por loca hasta que os veáis obligada a reconocer lo contrario.

La mujer no era estúpida, sino superior a las de su clase, y la desdicha no había logrado borrar en ella la fuerza de la compasión, a la que la reflexión sobre nuestras propias desgracias solo había dado un carácter más ordenado. El gesto de Maria, más que sus palabras, despertó una ligera sospecha en su mente, acompañada de la correspondiente piedad, que otras ocupaciones pendientes, así como el hábito de desterrar la compunción, le impedían por el momento examinar con más detenimiento. Pero cuando se le dijo que no había de permitirse a persona alguna, excepto al médico designado por la familia, ver a la dama del final de la galería, abrió aún más sus perspicaces ojos y carraspeó antes de preguntar por qué. Se le explicó brevemente que la enfermedad era hereditaria y que, al no producirse los accesos de locura sino a intervalos muy

espaciados e irregulares, debía ser vigilada muy de cerca, pues la duración de estos periodos de lucidez no había hecho sino volverla más astuta cuando cualquier disgusto o capricho le provocaban uno de tales arrebatos.

Si su amo hubiese confiado en ella, probablemente ni la piedad ni la curiosidad la habrían hecho desviarse de su cometido, pues había sufrido demasiado en su relación con el género humano como para no tomar la determinación de buscar apoyo, más por complacer las pasiones de la gente que por buscar su aprobación mediante la integridad de su conducta. Una terrible desgracia la había golpeado en el umbral mismo de su existencia, y la muerte de su madre fue como una pesada carga que colgaba de su cuello inocente para arrastrarla a la perdición. No podía tomar la heroica determinación de socorrer a una desventurada, pero, ofendida por la mera suposición de que se la pudiese engañar con la misma facilidad que a una celadora común, dejó de reprimir su curiosidad. Aunque nunca profundizaba seriamente en sus propias intenciones, se sentaría, cuando nadie la observara, a escuchar la historia que Maria ansiaba relatarle con toda la convincente elocuencia de su dolor.

Resulta tan esperanzador ver un rostro humano, aun cuando apenas quede en él rastro alguno de la divina virtud, que Maria esperaba ansiosa el regreso de la guardiana como el de un destello de luz que rompiese esa oscura quietud. Percibía que la pena consentida debe de embotar o agudizar las facultades en sentidos opuestos: o bien produciendo estupidez, la resignada melancolía de la indolencia, o bien dando lugar a la actividad frenética de una imaginación perturbada. Maria se sumía en uno de estos estados tras salir exhausta del otro, hasta que el deseo de ocuparse en algo se hizo más doloroso aún que la propia angustia o el miedo a sufrir. El encierro que la tenía recluida en un oscuro rincón, con un porvenir invariable ante ella, se convirtió en el más insoportable de los castigos. La antorcha de la vida parecía consumirse para tratar de despejar los vapores de una mazmorra que ningún conjuro podía disipar. ¿Y con qué fin reunía toda su energía? ¿No era el mundo

una vasta prisión y las mujeres esclavas por nacimiento?

Pese a fracasar en su reciente intento por suscitar una viva sensación de injusticia en la mente de su guardiana, pues esta había sido entrenada para la misantropía, no obstante logró tocar su corazón. Jemima, quien no tenía derecho más que a un nombre, pero a ningún privilegio cristiano, pudo, con falsos pretextos, enterarse de los detalles del encierro de Maria. Había sentido la mano aplastante del poder, se había endurecido por la práctica de la injusticia y había dejado de maravillarse ante las perversiones de la inteligencia que justifican la opresión. Mas cuando le dijeron que su pequeña, de tan solo cuatro meses de edad, le había sido arrebatada a Maria, aun cuando esta le prodigaba los más tiernos cuidados maternales, se despertaron de nuevo en ella sentimientos femeninos que había desterrado de su pecho durante largo tiempo, y Jemima se resolvió a aliviar hasta donde pudiera, sin arriesgarse a perder su puesto, los sufrimientos de una madre desdichada, aparentemente herida y sin duda infeliz. Un sentido del bien parece desprenderse del acto racional más simple y presidir las facultades de la mente, como criterio que gobierna el sentimiento, para corregir a las demás; pero —pues la comparación puede llevarse aún más lejos— ¡cuán a menudo la exquisita sensibilidad de ambos resulta debilitada o destruida por las ocupaciones vulgares y los placeres burdos de la vida!

El mantener su situación era ciertamente un objetivo importante para Jemima, a quien habían perseguido de agujero en agujero como si de una alimaña se tratara o estuviese infectada por alguna plaga moral. El salario que percibía, la mayor parte del cual guardaba como su única posibilidad de independizarse, era considerablemente más alto del que podía esperar obtener en cualquier otra parte, aun en el caso de que le permitiesen —a ella, una marginada de la sociedad— ganarse el sustento en una familia respetable. Al oír a Maria quejarse constantemente de su apatía y de no ser capaz de distraer su aflicción reanudando sus acostumbrados quehaceres, se dejó persuadir fácilmente, por compasión y por ese involuntario respeto por el talento, que aquellos que lo poseen

nunca pueden erradicar, para traerle algunos libros y utensilios de escritura. La conversación de Maria la había entretenido e interesado, y la consecuencia lógica fue un deseo, del que apenas era consciente, de obtener la estima de una persona a la que admiraba. El recuerdo de días mejores se hizo más vívido y los sentimientos adquirieron un aspecto menos romántico del que tuvieron durante mucho tiempo. Un destello de esperanza animó su mente hacia una actividad nueva.

¡Cuán agradecida era su atención a Maria! Oprimida por el peso de la existencia o víctima del corrosivo gusano del descontento, ¡con cuánto afán se esforzaba por acortar los largos días que no dejaban huella alguna! Parecía navegar en el vasto océano de la vida, sin distinguir ninguna señal reconocible que indicase el transcurrir del tiempo. Así pues, encontrar algo en qué emplearse era encontrar la variedad, el principio vivificador de la Naturaleza.

82 Véase La tempestad, IV, 156-157: «Estamos hechos / de la misma materia que los sueños» (Trad. de Jenaro Talens y Manuel Ángel Conejero, ed. Cátedra, Madrid, 2007).

Capítulo II

Aunque Maria se esforzaba con el mayor empeño en mitigar mediante la lectura la angustia de su mente afligida, sus pensamientos a menudo se desviaban del tema que esa lectura le planteaba y los argumentos de esa página quedaban oscurecidos por lágrimas de ternura maternal. Reflexionaba amargamente sobre «los males de los que la carne es heredera» siempre que el relato de un infortunio que guardara alguna semejanza con el suyo le hiciera revivir el recuerdo de su niña. Su imaginación se empleaba continuamente en conjurar y dar forma a los diversos fantasmas de la aflicción que la locura y el vicio han dejado sueltos por el mundo. La pérdida de su pequeña era su punto vulnerable, e intentaba defender su pecho de otros pensamientos dolorosos; incluso un rayo de esperanza en medio de su lúgubre ensoñación brillaba a veces en el oscuro horizonte futuro, mientras se convencía a sí misma de que debía dejar de albergar esperanzas, pues en ningún lugar hallaría la felicidad. Pero no podía pensar en su pequeña, debilitada por la congoja que había invadido a su madre antes de su nacimiento, sin revolverse por la impaciencia.

—¡Yo sola, con mi solícita ternura —exclamó—, pude haber salvado de un temprano infortunio a esta dulce flor y, al cuidarla, aún tendría alguien a quien amar!

En la misma medida en que otras esperanzas le habían sido arrebatadas, esta dulce ilusión se había aferrado y cosido a su corazón. Los libros que había obtenido pronto fueron devorados por alguien que no tenía otro medio para escapar de la tristeza y de los febriles sueños de la desdicha o la felicidad ideales, que debilitan por igual la sensibilidad intoxicada. Así pues, escribir era la única alternativa, y escribió algunos poemas que describían su estado de ánimo. Mas, al pesar sobre ella los acontecimientos de su pasado,

decidió relatarlos de forma detallada, con los sentimientos que le sugería la experiencia y un entendimiento más maduro. Tal vez estos podrían educar a su hija y protegerla del sufrimiento y la tiranía que su madre no había sabido evitar.

Este pensamiento dio vida a su discurso. Su alma fluía en él y pronto descubrió que la tarea de recordar impresiones casi olvidadas era muy estimulante. Revivió las emociones de juventud y olvidó su situación presente al rememorar los infortunios que habían adquirido un carácter inalterable. No obstante, aunque esta ocupación aligeraba el paso de las horas, Maria, sin perder nunca de vista su objetivo principal, no dejaba escapar una sola oportunidad de ganarse el afecto de Jemima, pues descubrió en ella una fortaleza mental que le hizo ganarse su estima, nublada hasta entonces por la misantropía y la desesperación.

Aislada desde la desgracia de su nacimiento, despreciaba y vivía a costa de la sociedad que la había oprimido. No amaba a sus semejantes, pues nunca nadie la había amado. Jamás ninguna madre la había acariciado, ningún padre ni hermano la habían protegido de la indignidad, y el hombre que la había sumido en la infamia y la había abandonado cuando más apoyo necesitaba no se dignó siquiera a suavizar con la bondad el camino a la perdición. Vejada, se encontró sola en el mundo, y la virtud, nunca alimentada por el afecto, adoptó el severo aspecto de la más egoísta independencia.

Maria reconstruyó esta visión general de la vida de Jemima a partir de sus exclamaciones y sus escuetos comentarios. Esta mostraba, en efecto, una extraña mezcla de interés y recelo, pues la escuchaba muy atentamente y acto seguido interrumpía la conversación, como si temiese renunciar, por el mero hecho de ceder a la compasión, a su concepción del mundo, por la que había pagado un precio tan alto.

Maria aludió a la posibilidad de una huida y mencionó una recompensa; mas la forma en que su propuesta fue rechazada la indujo a ser cauta y no retomar el tema hasta saber más sobre el carácter al que debía intentar persuadir. El semblante y las leves insinuaciones de Jemima parecían decir: «Sois una mujer extraordinaria, mas permitidme pensar que pueda tratarse únicamente de uno de vuestros intervalos de lucidez». Es más, la energía del carácter de Maria le hacía sospechar que la extraordinaria animación que percibía pudiera ser efecto de la locura. Pues, si su marido confirmaba su acusación y se apoderaba de sus bienes, ¿de dónde provendría la renta anual que Maria le había prometido, o alguna protección más deseada? Además, ¿no podría una mujer ansiosa por huir ocultar algunas de las circunstancias que iban en su contra? ¿Acaso cabía esperar la verdad de alguien que había sido capturado en una trampa y raptado de la manera más fraudulenta?

Jemima siguió reflexionando sobre todo esto después de que la compasión y el respeto pareciesen desviarla de su forma de pensar. No obstante, resolvió no dejarse manipular para hacer algo más que suavizar el rigor del encierro hasta poder pisar sobre suelo más firme.

A Maria no se le permitía pasear por el jardín, pero algunas veces, desde su ventana, apartaba los ojos de las lóbregas paredes en las que su vida languidecía para posarlos en los pobres infelices que vagaban por las alamedas, y contemplaba la más terrorífica de las ruinas: la de un alma humana. ¿Qué es la visión de una columna derrumbada o un arco decrépito de la más exquisita factura, comparada con este testimonio viviente de la fragilidad y la inestabilidad de la razón y la salvaje exuberancia de las bajas pasiones? El entusiasmo se libra de sus ataduras y, como un arroyo caudaloso que rebasa sus orillas, avanza impetuoso con velocidad destructiva e inspira un sublime aluvión de pensamientos. Así pensaba Maria. Esos son los estragos sobre los que la humanidad

debe meditar con profunda tristeza, sin que el mármol roto ni el latón herrumbroso, indignos de la confianza que inspira la fama monumental, incrementen su angustia. No volcamos nuestra congoja sobre los decadentes productos de nuestra mente, adornados con el arte más gozoso. La visión de lo que ha hecho el hombre produce un melancólico pero enaltecedor sentimiento de lo que aún queda por alcanzar al intelecto humano. Mas una convulsión mental que, como la devastación causada por un terremoto, llena de confusión todos los productos del pensamiento y la imaginación, hace que la contemplación se vuelva borrosa y nos preguntemos temerosos qué suelo pisamos.

La melancolía y la imbecilidad se marcaban en los rasgos de los desgraciados a quienes se permitía respirar un poco de aire, pues los lunáticos, aquellos que en su desvarío habían perdido la conciencia de su aflicción, estaban celosamente encerrados. Las juguetonas travesuras y las maliciosas estratagemas de su perturbada fantasía, que estallaban de modo inesperado, no podían evitarse cuando se les daba un poco de libertad. Tan activa era su imaginación que cualquier objeto que excitase accidentalmente sus sentidos despertaba hasta el delirio sus agitadas pasiones, tal como Maria aprendió de la acometida de esos incesantes desvaríos.

En ocasiones, al caer la tarde, bajo la orden estricta de guardar silencio, Jemima permitía a Maria recorrer agarrada a su brazo los estrechos pasillos que separaban esos aposentos similares a mazmorras. ¡Qué cambio de escenario! Maria deseaba franquear el umbral de la prisión, pero cuando por casualidad se sentía fulminada por una mirada iracunda, aunque infiel a su deber, retrocedía con un horror y espanto mayores que si hubiese tropezado con un cadáver mutilado. Su ajetreada fantasía imaginaba la pena de un corazón afectuoso que velaba a una amiga apartada de su lado, ausente, aunque presente, en la figura de una pobre infeliz ajena a la razón y a los placeres sociales de la existencia y que, en su delirio, había perdido por completo la conciencia de su desdicha. ¡Qué tarea, la de observar cómo la luz de la razón vacila en la mirada, o captar con angustiosa expectación el

destello de un recuerdo! ¡Atormentada por la esperanza, mas únicamente para caer en una desesperación más profunda al distinguir un rostro o una voz amados que se han recordado de pronto o se han invocado ardientemente solo para ser olvidados al instante o contemplados con indiferencia o aborrecimiento! Un suspiro melancólico y desgarrador inundaba su alma, y cuando se retiraba a descansar, las pétreas figuras que había encontrado, las únicas formas humanas que estaba condenada a observar, atormentaban sus sueños con historias de agravios misteriosos y le hacían desear dormirse para no soñar más.

Los días se iban sucediendo y, pese a lo tediosa que resultaba su situación, transcurrían con tal monotonía que Maria se sorprendió al descubrir que llevaba ya seis semanas enterrada en vida y que, sin embargo, tenía tan pocas esperanzas de consumar su huida. Aunque antes había buscado desesperadamente alguna ocupación, ahora se sentía enojada consigo misma por haberse entretenido escribiendo su relato, y le apenaba imaginar que por un momento hubiese pensado en otra cosa que no fuese escapar.

Resultaba evidente que Jemima disfrutaba de su compañía. Sin embargo, aunque a veces se despedía de ella con un destello de bondad, volvía con el mismo aire de frialdad; cuando su corazón parecía a punto de abrirse, algo en su mente la obligaba a cerrarlo antes de que pudiese manifestar la confianza que la conversación de Maria le inspiraba. Desalentada por tales cambios, Maria había caído de nuevo en el abatimiento, pero le alegró la prontitud con que Jemima le trajo un nuevo paquete de libros, asegurándole que le había costado algún trabajo obtenerlos de uno de los vigilantes de cierto caballero encerrado en la esquina opuesta de la galería.

Maria cogió los libros con emoción.

—Tal vez —se dijo— provengan de un infeliz, condenado, como yo, a discurrir sobre la naturaleza de la locura al tener constantemente ante sí tantas mentes trastornadas y casi a desear él mismo enloquecer, como yo lo deseo, para escapar a esa contemplación.

Esta idea hizo que su corazón latiera apresuradamente y pasara las hojas con temor reverencial, como si el hecho de que hubiesen pasado por las manos de un ser desventurado, oprimido por un hado similar, las hubiese vuelto sagradas.

Las Fábulas de Dryden, El paraíso perdido de Milton,[83] junto con varias obras modernas, componían la colección. Era una mina de tesoros. Unas notas al margen en las Fábulas de Dryden captaron su atención: estaban escritas con brío y finura, y en uno de los panfletos modernos, que contenía diversas observaciones sobre el estado actual de la sociedad y el gobierno, con un estudio comparativo de la política de Europa y América, faltaba un fragmento. Estos comentarios estaban escritos con cierto grado de generosa efusividad cuando aludían a la opresión que sufría la masa trabajadora, en perfecta consonancia con las ideas de Maria.

Ella leyó esos comentarios una y otra vez, y la fantasía, la traicionera fantasía, comenzó a imaginar un carácter compatible con el suyo a partir de esas vagas pinceladas. ¿Acaso estaba loco? Releyó con atención las notas al margen y le parecieron escritas por una imaginación vivaz, pero no perturbada. Sin otra opción que la de especular, cada vez que las releía quedaba impresionada por alguna refinada descripción de sus sentimientos o por cierta agudeza de ingenio que le asombraba no haber captado antes.

¡Cuánto poder creativo tiene un corazón afectuoso! Hay seres que no pueden vivir sin amar como aman los poetas y sienten el chispazo del genio allí donde este hace surgir el sentimiento o la

gracia. Maria a menudo había pensado, al disciplinar su corazón rebelde, que el encanto equivalía a la virtud. «Quienes me hacen desear aparecer ante ellos como la más afable y virtuosa —afirmaba — han de poseer los dones y virtudes que suscitan en los demás.»

Cogió un libro sobre los poderes de la mente humana, pero el sentimiento que la embargaba no le permitía mantener la atención en los fríos argumentos sobre la naturaleza de sus propios sentimientos, y abandonó esos razonamientos teóricos para leer el «Guiscardo y Segismunda» de Dryden.[84]

Al día siguiente, Maria devolvió algunos de los libros con la esperanza de conseguir otros con más notas al margen. De este modo, excluida de las relaciones sociales y reducida a no ver sino la prisión de los espíritus afligidos, el hecho de encontrar a un infeliz en su misma situación le ofrecía grandes probabilidades de encontrar un amigo, como cuando descubrimos a un compatriota en una tierra extraña donde la voz humana no da ninguna información al oído impaciente.

—¿Habéis visto alguna vez al desdichado ser a quien pertenecen estos libros? —preguntó Maria cuando Jemima le trajo la cena.

—Sí. Algunas veces sale a pasear, entre las cinco y las seis, antes de que se revuelva la parroquia, por la mañana, acompañado de dos vigilantes; pero incluso entonces lleva las manos atadas.

—¿Qué? ¿Tan ingobernable es? —preguntó Maria con tono decepcionado.

—No, hasta donde yo puedo ver —replicó Jemima—, pero tiene una mirada indómita, una vehemencia en los ojos que infunde temor. De no estar atado, se diría por su aspecto que sería capaz de reducir fácilmente a sus dos guardianes. No obstante, parece tranquilo.

—Si es tan fuerte, debe de ser joven —observó Maria.

—Treinta y tres o treinta y cuatro, supongo. Mas no hay ninguna forma de juzgar a una persona en su situación.

—¿Estáis segura de que es un demente? —la interrumpió ansiosamente Maria. Jemima salió de la estancia sin contestar.

—¡No, no, está claro que no lo es! —exclamó Maria respondiéndose a sí misma—. El hombre que fue capaz de escribir esos comentarios no tiene ningún trastorno.

Sentada, meditaba mientras contemplaba la luna que parecía deslizarse bajo las nubes. Después, mientras se disponía a acostarse, pensó: «¿De qué podría servirle yo, o él a mí, si es cierto que está encerrado injustamente? ¿Acaso podría ayudarme a huir si a él mismo lo vigilan tan de cerca? Aun así, me gustaría verle».

Se fue a la cama y soñó con su pequeña, pero se despertó cuando daban las cinco y media. Se incorporó bruscamente, se cubrió apenas con una bata y corrió hacia la ventana. La mañana era fría, septiembre tocaba a su fin; a pesar de ello, no se retiró para entrar de nuevo en calor y pensar en acostarse hasta que el sonido de los criados moviéndose por la casa la convenció de que el desconocido

no pasearía por el jardín aquella mañana. Se avergonzó por sentirse desilusionada y comenzó a reflexionar, para excusarse a sí misma, sobre los pequeños objetos que atraen la atención cuando no existe nada que distraiga la mente, y en cuán difícil resultaba a las mujeres sin una ocupación o deber activos el evitar volverse románticas.

A la hora del desayuno, Jemima le preguntó si comprendía el francés, pues de lo contrario la provisión de libros del desconocido se había agotado. Maria respondió afirmativamente, pero se abstuvo de formular ninguna pregunta más con respecto a la persona a la que pertenecían. Y Jemima le ofreció un nuevo tema de reflexión, al describirle a una encantadora maníaca a quien acababan de ingresar en una celda contigua. Estaba cantando la triste balada del viejo Robin Gray[85] con pausas y cadencias que derretirían el más duro de los corazones. Jemima había entreabierto la puerta para distinguir su voz y Maria se acercó a ella, conteniendo la respiración por miedo a perderse una sola nota, tan exquisitamente dulce, tan apasionadamente salvaje. Empezaba a representarse en su mente a otra víctima que había suscitado su compasión, cuando la encantadora curruca voló, por así decirlo, de la ramita, y un torrente de exclamaciones y preguntas inconexas salieron de su boca, interrumpidas por ataques de risa tan horribles que Maria cerró la puerta y, volviendo los ojos al cielo, exclamó:

—¡Dios mío!

Transcurrieron varios minutos hasta que Maria pudo preguntar sobre el rumor que recorría la casa, pues era obvio que no habían recluido a esta pobre infeliz sin una causa. Jemima solo pudo contarle que, según decían, «había sido desposada contra su voluntad con un anciano rico y extremadamente celoso —lo cual no era de extrañar, pues era una criatura encantadora— y que, a consecuencia del trato que él le dispensaba o de algo que dependía de su propia mente, había perdido el juicio durante su primer

parto».

Qué tema de meditación… incluso en los confines mismos de la locura. «¡La mujer, una frágil flor! ¿Por qué se nos permitió adornar un mundo expuesto a las incursiones de tan tempestuosos elementos?» —pensó Maria mientras la crisis nerviosa de la pobre maníaca aún resonaba en sus oídos y se hundía hasta el fondo de su alma.

Hacia el anochecer, Jemima le trajo la Eloísa de Rousseau[86] y se sentó a leer con los ojos y el corazón hasta que su guardiana retornó para apagar la luz. Una muestra de su bondad era el permitirle tener una vela encendida hasta que ella misma se retiraba a descansar. Había leído esta obra mucho tiempo atrás, pero ahora parecía abrirle un mundo nuevo, el único digno de ser habitado. No conseguía conciliar el sueño; lejos de hallarse fatigada por la incesante sucesión de pensamientos, se levantó y abrió una ventana justo en el momento en el que las finas nubes cargadas de agua del crepúsculo resaltaban las largas y silenciosas sombras. El aire resbalaba por su rostro con un frescor voluptuoso que estremecía su corazón y despertaba emociones que no podría describir. Únicamente el sonido de una rama al mecerse o el gorjeo de algún pájaro sobresaltado rompían la quietud de la Naturaleza en reposo. Absorta por la sublime sensibilidad que convierte en felicidad la conciencia de existir, Maria era dichosa, hasta que un aroma otoñal, traído por la brisa de la alborada desde las hojas caídas de un bosque cercano, le hizo recordar que la estación había cambiado desde que la encerraron. Aun así, la vida no ofrecía ninguna variedad para entretener un corazón afligido. Regresó abatida a su diván y pensó de nuevo en su pequeña hasta que la radiante luz del día la atrajo de nuevo hacia la ventana. No buscaba al desconocido, mas ¡cuán grande fue su desconsuelo al percibir la espalda de un hombre —él, sin duda— con sus dos acompañantes, mientras giraba hacia un sendero lateral que conducía a la casa! Un recuerdo confuso de haber visto a alguien que se le asemejaba se le vino enseguida a la mente para atormentarla e intrigarla con infinitas conjeturas. Cinco minutos antes habría visto su rostro y despejado

todas sus dudas, ¿acaso podía tener peor suerte? Su paso firme y enérgico y el aire general que transmitía su persona, rotundo como el de una nube, le agradaron y proporcionaron unas pinceladas a su imaginación para esbozar al individuo al que deseaba reconocer.

Sintiéndose más decepcionada de lo que estaba dispuesta a admitir, corrió hacia el libro de Rousseau como único refugio ante la idea de ese hombre, que podría resultar un amigo si ella pudiera encontrar la manera de hacer que se interesase por su destino. No obstante, la personificación de Saint-Preux, o la de un amante ideal muy superior, se escondía tras este modelo imperfecto, al que apenas había echado un rápido vistazo, hasta en sus detalles más insignificantes, como el abrigo y el sombrero. Pero si atribuía a Saint-Preux o al semidiós de su fantasía la forma de aquel extraño, a este lo resarcía ampliamente revistiéndole de todas las pasiones y sentimientos de Saint-Preux, elegidos para satisfacer los suyos, de los que él pareció hacerse acreedor cuando Maria leyó, en el margen de una carta apasionada escrita por la mano que tan bien conocía: «Solo Rousseau, el verdadero Prometeo del sentimiento,[87] poseía el fuego y el genio necesarios para retratar la pasión cuya verdad va tan directa al corazón».

Al día siguiente Maria fue de nuevo puntual al paseo acostumbrado; ya había terminado el libro de Rousseau y comenzó a transcribir algunos pasajes seleccionados, incapaz de dejar ni a su autor ni la ventana antes de haber vislumbrado el rostro que diariamente anhelaba contemplar. Cuando por fin lo consiguió, no se hizo una idea clara de dónde lo había visto con anterioridad. Debía de tratarse de algún conocido ocasional, pero ese descubrimiento ya era de por sí afortunado si pudiese lograr captar su atención y suscitar su compasión. Cada ojeada le permitía colorear la imagen que dibujaba en su corazón y, en una ocasión en que la ventana se hallaba entreabierta, pudo oír el sonido de su voz. De repente se confirmaron sus presentimientos; sin ninguna duda, había escuchado en algún trance doloroso esos mismos acentos, varoniles y propios de una mente noble. Más aún, eran incluso dulces, o eso le pareció a su oído atento.

Retrocedió temblorosa, alarmada ante la emoción que la extraña coincidencia de una serie de circunstancias había suscitado y cuestionándose por qué pensaba tanto en un extraño, agradecida como estaba a su oportuna intervención (pues iba recordando, poco a poco, todos los pormenores de su anterior encuentro). No obstante, descubrió que no podía pensar en nada más, o que si pensaba en su hija era para desear que tuviese un padre al que su madre pudiese respetar y amar.

■

83 John Dryden, Fables Ancient and Modern (1700); Milton, El paraíso perdido (1667).

84 Dryden, Fables, p. 123, extraído del Decamerón de Boccaccio, 4.º día, 1.ª historia.

85 «La balada de Robin Gray» (Auld Robin Gray) es el título de una balada escocesa escrita por la poetisa lady Anne Lindsay en 1772. El título procede del nombre del héroe, un anciano que se casa con una joven a cuyo amante se cree muerto, pero que al cabo de un mes aparece para reclamarla.

86 Jean-Jacques Rousseau, Julia o la nueva Eloísa (1761). Julia y su tutor, Saint-Preux, se enamoran, pero su pertenencia a diferentes clases sociales hace imposible el matrimonio. Julia, tras casarse con Wolmar, el hombre que su padre había elegido para ella, se consagra a su familia, pero tanto su marido como ella conservan una estrecha amistad con Saint-Preux, por quien confiesa su verdadero amor en su lecho de muerte.

87 Según la mitología griega, Prometeo crea a los hombres a partir del barro, les proporciona el fuego y les enseña las artes.

Capítulo III

Tras leer atentamente la primera remesa de libros, Maria había escrito con un lápiz en uno de ellos unas pocas frases, expresiones de compasión y solidaridad, que apenas recordaba hasta que, al pasar las páginas de uno de los volúmenes que le habían traído recientemente, se desprendió de este un papelito que Jemima se apresuró a recoger.

—Dejadme verlo —le rogó Maria con impaciencia—. Estoy segura de que no teméis confiarme las efusiones de un demente.

—Debo considerarlo —respondió Jemima, y se alejó con el papel en la mano.

En una vida de tal reclusión, las pasiones adquieren una fuerza desmedida. Por ello, Maria sintió un gran resentimiento y una aflicción que no tuvo tiempo de dominar antes de que Jemima regresara y le entregara el papel.

Quienquiera que seáis vos, que compartís mi suerte, aceptad mi sincera conmiseración; habría preferido decir protección, pero me niegan el privilegio de cualquier hombre. Mi propia situación despierta en mi mente una terrible sospecha. Quizá no me consuma eterna e inútilmente el anhelo de libertad. Decid quién sois. Yo no puedo preguntároslo. No obstante, os recordaré cuando mi memoria pueda ser de alguna utilidad. Preguntaré por qué estáis recluida de un modo tan misterioso y obtendré una respuesta.

Henry Darnford

Mediante las más ardientes súplicas, Maria convenció a Jemima de que le permitiese responder a esa nota. Otros mensajes fueron sucediéndose, en los que no se permitían explicaciones relativas a su situación presente, pero Maria, de manera lo suficientemente explícita, aludió a un compromiso anterior, y sin darse cuenta iniciaron un intercambio de sentimientos sobre las más profundas cuestiones. Maria empleaba el día en escribir estas cartas, y el recibirlas era para ella como un amanecer. Por algún medio, Darnford había descubierto cuál era la ventana de Maria y en la siguiente ocasión en que ella se asomó, hizo una profunda reverencia de respeto y reconocimiento por detrás de sus vigilantes.

De este modo trascurrieron dos o tres semanas; durante este periodo Jemima —a quien Maria había dado la suficiente información respecto a su familia— había obtenido ciertos datos que aumentaron su deseo de complacer a la reclusa, aunque todavía no podía resolverse a liberarla. Maria aprovechó este cambio favorable sin indagar excesivamente su causa. Tal era su ansia por conversar con otro ser humano y ver a su antiguo protector —aún un desconocido para ella— que pedía incesantemente a su guardiana que satisficiera algo más que su curiosidad.

Cuando escribía a Darnford, se olvidaba de los tristes seres que tenía delante y a menudo se volvía insensible a los horribles ruidos que la rodeaban y que anteriormente habían invadido una y otra vez su febril fantasía. Consideraba egoísta el hecho de explayarse en sus propios sufrimientos cuando se hallaba entre infelices que no solo habían perdido todo cuanto hace la vida agradable, sino también la conciencia de sí mismos. Su imaginación se dedicaba, con melancólica ansiedad, a recorrer los laberintos de desdicha que tantos desventurados debían de haber atravesado para pasar desde esta lóbrega posada de almas trastornadas a la grandiosa fuente de la corrupción humana. A menudo la despertaban a medianoche los tétricos aullidos de rabia demoníaca o desesperación extrema, proferidos en tonos de un salvajismo y una angustia tan indescriptibles que evidenciaban una ausencia total de razón y suscitaban horribles fantasmas en su mente, mucho más terroríficos

que los que haya podido concebir jamás la imaginación supersticiosa. Además, con frecuencia había algo tan inconcebiblemente pintoresco en esas variadas expresiones de pasión desenfrenada, algo tan irresistiblemente cómico en sus delirios, o de un patetismo tan sobrecogedor en las cancioncillas que cantaban —a menudo en un arrebato que seguía a un lúgubre silencio—, que captaban la atención y entretenían la fantasía al tiempo que torturaban el alma. Maria se veía obligada a contemplar ese pandemónium de pasiones y a distinguir el lúcido destello de la razón, como una llama temblorosa en el candil o como el relámpago que divide las amenazadoras nubes del cielo airado únicamente para exhibir los horrores que la oscuridad velaba.

Jemima se afanaba por aligerar las tediosas tardes describiendo el carácter y costumbres de esos seres desdichados cuyas figuras o voces despertaban una compasiva aflicción en el corazón de Maria. Las historias que relataba eran tanto más interesantes por cuanto siempre dejaban un espacio para imaginar algo extraordinario. No obstante Maria, acostumbrada a dar un carácter general a sus observaciones, terminó deduciendo de todo lo que oía que era un error común suponer que las personas con talento eran las más proclives a perder la razón. Pensaba, por el contrario, que de la mayoría de casos que había podido analizar se desprendía que las pasiones solo parecían violentas y desproporcionadas porque el entendimiento era débil y apenas se había ejercitado, y que adquirían más fuerza por el deterioro de la razón, igual que las sombras se vuelven más alargadas conforme el sol va declinando.

Maria se mostraba impaciente por ver a su compañero de fatigas, pero Darnford estaba aún más ansioso por lograr entrevistarse con ella. Acostumbrado a rendirse a cualquier impulso pasional y al no haber sido nunca educado, como las mujeres, para refrenar los deseos más naturales y adquirir, en lugar de la encantadora espontaneidad de la Naturaleza, un decoro artificial, cualquier deseo se convertía en un torrente que derribaba cualquier obstáculo.

Le habían enviado su baúl de viaje, que contenía los libros prestados a Maria, y con una parte de lo que en él había sobornó a su principal vigilante quien, tras recibir la promesa más solemne de que regresaría a su aposento sin intentar explorar ninguna dependencia de la casa, lo condujo al anochecer a la habitación de Maria. Jemima había puesto al corriente de la visita a la reclusa y esta, con temblorosa impaciencia, inspirada por una vaga esperanza de que él se confirmase de nuevo como su salvador, esperaba ver al hombre que anteriormente la había librado de la opresión.[88] Él entró con rostro animado, modelado para cautivar a una apasionada, y rápidamente apartó sus ojos de ella para dirigirlos a la habitación, que examinó con muestras aparentes de piadosa indignación. La compasión iluminó su mirada y, cogiendo su mano, hizo una respetuosa reverencia mientras exclamaba:

—¡Esto es extraordinario! ¡Encontraros de nuevo y en semejantes circunstancias!

No obstante, aunque la coincidencia que los había vuelto a reunir era extraordinaria, no dejaron desbordarse sus henchidos corazones.

[Y aunque tras esta primera visita se les permitió con frecuencia repetir sus entrevistas, pasaron un tiempo ocupados en] conversaciones privadas que todo el mundo podría haber escuchado; salvo que, al discutir algún tema literario, destellos de un sentimiento, reforzado por sus gestos relajados, parecían recordarles que sus mentes ya se conocían.

[Poco a poco Darnford le contó los pormenores de su historia.] Brevemente le informó de que había sido un joven inconsciente y extravagante. No obstante, según iba describiendo sus faltas, estas

aparecían como la pletórica exuberancia de una mente noble. Nada parecido a la mezquindad empañaba el brillo de su juventud, ni la larva del egoísmo había anidado en su interior, aunque había sufrido engaños. Sin embargo, poco a poco fue adquiriendo la experiencia necesaria para evitar futuros enojos.

—Os estaré aburriendo con tanto hablaros de mí —prosiguió—, y, si poderosas emociones no me atrajesen hacia vos —sus ojos brillaban mientras hablaba y un temblor pareció recorrer su cuerpo varonil—, no malgastaría estos preciosos momentos hablando de mi persona. Mi padre y mi madre eran personas distinguidas que se casaron por decisión de sus respectivos padres. Él era aficionado a las carreras de caballos; ella a jugar a las cartas. Y a mí y a otros dos o tres hijos que murieron prematuramente nos encerraban en casa hasta que nos volvíamos insoportables. Mi padre y mi madre sentían un evidente rechazo el uno por el otro, y así lo manifestaban continuamente. Los criados eran del tipo depravado que suele hallarse en las casas de gente acaudalada. Al morir mis padres y todos mis hermanos, me dejaron al cuidado de tutores y me enviaron a Eton. Nunca conocí las bondades del amor familiar, pero sufrí la falta de indulgencia y la huera obediencia en la escuela. Os ahorraré la relación de mis pecados de juventud, que la delicadeza femenina apenas puede comprender. Me enseñó a amar alguien a quien me avergüenza nombrar, y las otras mujeres con las que intimé después pertenecían a una clase de la que no podéis tener conocimiento. Las encontraba en los teatros y, cuando la vivacidad brillaba en sus ojos, no me disgustaba fácilmente por las vulgaridades que salían de sus labios. Tras haber gastado, pocos años después de alcanzar la mayoría de edad, [la totalidad de] un patrimonio considerable, salvo unos pocos cientos de libras, no me quedó otro recurso que comprar un grado en un regimiento reclutado recientemente y destinado a someter a los norteamericanos. La pena que me daba renunciar a una vida licenciosa se compensaba por la curiosidad que sentía por conocer América o, más bien, por viajar. [No concurrieron en mi juventud ninguna de esas circunstancias que podrían haberse planeado para vincularme a mi país.] No os fatigaré con los detalles de la vida militar. Logré seguir con vida hasta que, cerca del final de la

contienda, fui herido y hecho prisionero.

Obligado a permanecer en cama o en una silla durante la larga convalecencia, mi único refugio de la tormentosa actividad de mi mente eran los libros, que leía con gran avidez, al tiempo que aprendía de la conversación de mi anfitrión, un hombre de entendimiento preclaro. Mis convicciones políticas experimentaron entonces un cambio radical y, deslumbrado por la hospitalidad de los americanos, decidí establecerme allí con plena libertad. Así pues, con mi acostumbrada impetuosidad, vendí mi rango en el ejército y viajé por el interior del país con el fin de emplear mi dinero de un modo más provechoso. Añádase a esto el hecho de que no me agradaban demasiado las costumbres puritanas de las grandes ciudades. En ellas la desigualdad social era extremadamente irritante. El único placer que proporcionaba la riqueza era el de hacer ostentación de ella, pues el cultivo de las bellas artes o la literatura no había dotado a las clases privilegiadas de ese refinamiento en las costumbres que en Europa hace que el rico sea tan sustancialmente superior al pobre. Además, la Revolución había abierto la puerta a toda una serie de vicios, y los más rígidos principios de la religión se habían visto sacudidos de raíz antes de que el entendimiento pudiera emanciparse gradualmente de los prejuicios que indujeron a sus antepasados a buscar intrépidamente un clima inhóspito y una tierra virgen. La determinación que, para independizarse, los llevó a embarcarse en ríos que más parecían mares, buscar costas desconocidas y dormir bajo las nieblas que cubrían los bosques interminables cuyas lóbregas humedades castigaban sus miembros, ahora se había transformado en pura especulación comercial, hasta el punto de que el carácter nacional americano exhibía un curioso fenómeno en la historia de la mente humana: un cerebro entusiasta y emprendedor y un corazón frío y egoísta.

En cuanto a la mujer, la encantadora mujer… En todas partes nos seducen, pero hay una mojigatería y una falta de gusto y naturalidad en las maneras de las mujeres americanas que las hace, a pesar de sus rosas y lirios, muy inferiores a nuestras encantadoras

mujeres europeas. En el campo a menudo presentan una cautivadora simplicidad de carácter, pero en las ciudades tienen los aires y la ignorancia de las damas que dan tono a los círculos elegantes de las grandes ciudades comerciales inglesas. Les gustan sus adornos solo porque son buenos y no porque las embellezcan. Sienten más satisfacción en inspirar envidia a las otras mujeres por estos lujos superficiales que enamorando a los hombres. Toda la frivolidad que a menudo (disculpadme, señora) hace tan estúpidas a las mujeres recatadas en Inglaterra, allí parecía restringir aún más sus encantos. Sin ser un maestro en el arte de la seducción, descubrí que únicamente podía tolerar su compañía haciéndoles abiertamente la corte.

Para no abusar de vuestra paciencia, os diré que me retiré a la parcela de tierra que había comprado en el campo y que mis días transcurrían plácidamente mientras talaba árboles, construía mi casa y sembraba diferentes cultivos. Pero llegó el invierno y la ociosidad, y yo suspiraba por una compañía más sofisticada, por enterarme de qué pasaba en el mundo y hacer algo mejor que vegetar con los animales que constituían una parte sustancial de mi hogar. En consecuencia, tomé la decisión de viajar. El viaje era un sustitutivo de cosas varias, y atravesando las vastas superficies rurales agoté mis ardorosos deseos sin adquirir una gran experiencia. En todas partes había visto que la industria es la precursora del lujo y no su consecuencia, pero ese país, al ser todo a gran escala, no ofrecía esas vistas pintorescas que un cierto grado de cultivo necesariamente produce de forma gradual. La mirada erraba sin un objeto en el que posarse sobre llanuras y lagos inconmensurables que parecían regados por el océano, mientras bosques infinitos de pequeños y abigarrados árboles impedían que el aire circulara y dificultaban el camino sin alegrar la vista. Ni una sola casa campestre que adornara la llanura, ningún viajero que nos saludara para infundir algo de vida a la silenciosa Naturaleza. Si por ventura veíamos una huella en nuestro camino, resultaba ser una pavorosa advertencia para que nos alejáramos de allí, y entonces la cabeza nos dolía como si nos hubiesen intentado arrancar la cabellera con un cuchillo. Los indios que acechaban sobre las faldas de los asentamientos europeos no habían aprendido de sus vecinos

más que a saquear, y les robaban las armas para hacerlo de forma más segura.

De los bosques y poblados más lejanos regresé a las ciudades y aprendí a comer y beber sin el menor comedimiento, pero descubrí que sin empezar a comerciar —yo, que odiaba el comercio— no podría vivir allí. Cada vez más hastiado de la tierra de la libertad y de la aristocracia vulgar, fundada en sus sacas de dólares, decidí una vez más regresar a Europa. Escribí a un pariente lejano de Inglaterra, con quien me había educado, mencionándole el barco en el que pretendía zarpar. Al llegar a Londres, me sentí completamente extasiado. Recorrí cada calle, cada teatro, y las mujeres de esa ciudad —de nuevo debo pediros perdón por mi habitual franqueza— me parecieron ángeles.

En esta inconsciencia había transcurrido una semana cuando, una noche en que volvía muy tarde al hotel en el que me había alojado desde mi llegada, me derribaron en un callejón apartado, me llevaron rápidamente a un coche que me trajo hasta aquí y recuperé el sentido solo para que me tratasen como a alguien que lo ha perdido. Mis guardianes son sordos a mis quejas y preguntas, aunque me aseguran que mi encierro no durará mucho. Sin embargo, pese a agotarme en infinitas conjeturas, no puedo adivinar por qué estoy encerrado o en qué parte de Inglaterra está situada esta mansión. A veces imagino que oigo el rugido del mar, y deseaba estar de nuevo en el Atlántico hasta que os vislumbré.

Maria solo dispuso de unos instantes para comentar esta narración, después de lo cual Darnford la dejó a solas con sus propios pensamientos, con la tarea «que se emprende una y otra vez y nunca acaba» de sopesar sus palabras, recordar su voz y sentirla resonar en su corazón.

■

88 Parece que la autora decidió presentar a Darnford posteriormente como el salvador de Maria en una ocasión anterior. De ahí la omisión de cualquier alusión a ninguna circunstancia concreta en el procedimiento narrativo. (Nota de Godwin.)

Capítulo IV

La piedad, así como la desamparada y grave adversidad, han sido consideradas estados favorables para el amor, mientras que los escritores satíricos han atribuido esta propensión a los efectos relajantes de la ociosidad. Así pues, ¿qué posibilidad tenía Maria de escapar cuando la piedad, la aflicción y la soledad conspiraban para suavizar su mente y alimentar deseos y, como consecuencia lógica, esperanzas románticas?

Maria tenía veintiséis años. Pero su constitución era tan fuerte que el tiempo solo había hecho que en su rostro se reflejase el carácter de su mente. Su tendencia a dar vueltas a un mismo tema y los afectos que había desarrollado habían borrado algunas de las alegres bondades de la inocencia, y habían producido de manera inconsciente esa irregularidad en sus rasgos que los esfuerzos del entendimiento por rastrear o gobernar los fuertes impulsos del corazón suelen imprimir en la complaciente multitud. La aflicción y el cuidado habían suavizado, sin ensombrecerlos, los brillantes destellos de juventud, y la gravedad que se reflejaba en su frente no rebajaba la femenina delicadeza de sus rasgos. Es más, la sensibilidad que a menudo la recubría era tal, que con frecuencia Maria parecía, como gran parte de las de su sexo, haber nacido únicamente para sentir. Los movimientos de su bien proporcionada e incluso casi voluptuosa figura sugerían la idea de una gran fortaleza mental, más que corporal. En ocasiones había una sencillez en su porte, rayana en la ingenuidad infantil, que inducía a la gente común a subestimar sus cualidades y sonreír ante los vuelos de su imaginación. Pero quienes no podían comprender la delicadeza de sus sentimientos quedaban prendados de su compasión inagotable, por lo que era muy querida por personas de los más diversos caracteres. No obstante, estaba demasiado influida por su ardiente imaginación como para observar las reglas comunes.

Hay faltas que a los veinticinco años son pruebas de fortaleza mental y que diez o quince años después demostrarían la debilidad e incapacidad de la mente para forjar un entendimiento sano. Los jóvenes que se contentan con los placeres corrientes de la vida y no persiguen fantasmas ideales de amor o amistad no alcanzarán nunca una gran madurez intelectual. Mas si se albergan tales sueños, como ocurre con demasiada frecuencia en el caso de las mujeres —cuando la experiencia debería haberles enseñado en qué consiste la felicidad humana—, aquellos se vuelven tan inútiles como estas desdichadas. Además, sus sufrimientos y placeres dependen tanto de circunstancias externas, de los objetos en los que vierten sus afectos, que rara vez actúan impulsadas por una mente resuelta, capaz de elegir su propio camino.

Al haber tenido que luchar incesantemente contra los vicios humanos, la imaginación de Maria hallaba sosiego en describir las virtudes que el mundo podía contener. Pigmalión dio forma a una joven de marfil y anheló que un alma le infundiese vida.[89] Por el contrario, ella combinó todas las cualidades de la mente de un héroe y el destino le procuró una estatua en la que podía guardarlas como una reliquia.

No es nuestra intención seguir la evolución de esta pasión ni contar cuán a menudo Darnford y Maria se vieron obligados a separarse en medio de una interesante conversación. Jemima siempre vigilaba de puntillas por miedo a que los descubriesen y frecuentemente los separaba tras una falsa alarma cuando hubieran dado cualquier cosa por permanecer un poco más de tiempo juntos.

Ahora parecía haber una lámpara mágica colgada en la prisión de Maria, y por las lóbregas paredes, tan lisas hasta entonces, pasaban, raudos, paisajes feéricos. Escapando de los abismos de desesperación sobre las seráficas alas de la esperanza, se sentía dichosa. Era amada y cualquier emoción resultaba embriagadora.

No le había mostrado a Darnford un cariño decidido. El miedo a exceder el suyo, lo cual era una prueba inequívoca de amor, la hacía adoptar a menudo una frialdad e indiferencia ajenas a su carácter; y cuando daba paso a las emociones, a las gozosas emociones de un corazón recién liberado de las gélidas cadenas de la aflicción, había una delicadeza en la manera de expresar su sensibilidad que a él le hacía dudar de que aquello fuese consecuencia del amor.

Una tarde, cuando Jemima los dejó para escuchar el sonido de unos pasos lejanos que parecían aproximarse cautelosamente, él tomó su mano y ella no la retiró. Hablaron seriamente de la situación en que se hallaban y durante la conversación él la atrajo suavemente hacia sí en una o dos ocasiones. Él sintió la fragancia de su aliento y deseó, aun temiéndolo, tocar los labios de los que provenía. Espíritus puros parecían vigilarlos, mientras todas las encantadoras lindezas del amor jugueteaban en las mejillas y languidecían en los ojos de Maria.

Al entrar Jemima, él reflexionó sobre su timidez con profundo pesar y, cuando la guardiana fue a comprobar otra falsa alarma, Darnford se atrevió, mientras Maria permanecía de pie cerca de su silla, a aproximarse a sus labios con una declaración de amor. Ella retrocedió con firmeza y él agachó la cabeza avergonzado, pero, cuando alzó tímidamente los ojos, se encontró con los de ella. Ella había decidido y permitido, durante ese instante, que sus ardientes miradas se cruzasen. Él, más tranquilo y con más apasionamiento si cabe, le robó un beso mitad consentido, mitad reticente, aunque la reticencia provenía únicamente del recato. Había algo sagrado en la dignidad con la que ella reclinó su encendido rostro sobre su hombro que a él le impresionó profundamente. El deseo se perdió en emociones más inefables, y protegerla de la ofensa y el sufrimiento y hacerla feliz no solo le pareció el deseo más ferviente de su corazón, sino el deber más noble de su vida. Una confianza tan angelical requería ser fiel a su honor, mas, ¿acaso él podría,

sintiéndola como la sentía en cada latido, alguna vez cambiar y convertirse en un villano? La emoción con la que ella le permitió apretarla por un momento contra su pecho, las lágrimas de ardiente compasión, mezcladas con un sentimiento levemente melancólico de desilusión revivida, decían más acerca de la verdad y la fidelidad de lo que la lengua podría haber explicado durante horas. Permanecieron callados y, aún así, cuán elocuente fue su diálogo hasta que Maria acercó su silla hacia la de él y, con voz dulce y serena y una expresión afable y relajada, dijo:

—Debo abriros todo mi corazón. Debéis saber quién soy, por qué estoy aquí y por qué, si os digo que estoy casada, no me avergüenzo de esto —su rubor dijo el resto.

Jemima se hallaba nuevamente a su lado y su presencia no evitó una conversación animada en la que el amor, ese astuto pilluelo, seguía espiando.

Disfrutaban tanto del Cielo que el Paraíso florecía a su alrededor, o un poderoso hechizo los había transportado al jardín de Armida.[90] El amor, el gran hechicero, «los arrastró al Elíseo» y todos sus sentidos armonizaban con el gozo y el éxtasis compartido. En verdad, tan animadas eran sus expresiones de ternura al discutir lo que en otras circunstancias hubiesen sido lugares comunes que Jemima se sorprendió al sentir una lágrima de alegría bajando por sus duras mejillas. Se la enjugó, medio avergonzada, y cuando Maria le preguntó discretamente la causa, con la ansiosa solicitud de una criatura dichosa que desea transmitir a toda la Naturaleza su desbordante felicidad, Jemima le confesó que era la primera lágrima que la dicha compartida le había arrancado jamás. Ciertamente parecía respirar con mayor libertad. La nube de recelo se disipó de su frente; por una vez en su vida se sentía tratada como una igual.

¡Imaginación!, ¿quién puede pintar tu poder o reflejar los evanescentes tonos de esperanza que alientas con tu mano? Una desoladora penumbra había oscurecido durante mucho tiempo el horizonte de Maria, pero ahora el sol surgía esplendoroso, aparecía el arcoíris y todas las perspectivas eran prometedoras. El horror seguía reinando en las celdas oscuras, el recelo acechaba en los pasadizos y susurraba por las paredes. Los alaridos de esos hombres alienados a veces les obligaban a hacer una pausa y maravillarse de sentirse tan dichosos en una tumba de muertos vivientes. Incluso se reprendían a sí mismos por esa aparente insensibilidad. No obstante, en el mundo no había tres seres más felices, y Jemima, tras hacer otra ronda por el pasadizo, se sintió tan confortada por el aire de confianza que respiraba a su alrededor que de forma voluntaria comenzó a relatar su historia.

■

89 Según la mitología griega, Pigmalión, un escultor, creó una estatua de tal belleza que se enamoró de ella. Al principio, el frío marfil no respondía a sus besos, pero Afrodita sintió lástima por él e infundió vida a la estatua; así su amor fue correspondido.

90 Torquato Tasso, La Jerusalén libertada (1581), IV, V; la maga Armida atrae a un grupo de caballeros cristianos a sus jardines donde se apodera de ellos la indolencia.

Capítulo V

—Mi padre —dijo Jemima— sedujo a mi madre, una hermosa muchacha con quien vivía, pues ambos servían en la misma casa. En el mismo momento en que ella percibió la natural y temida consecuencia de esa seducción, la terrible convicción de que aquello significaba su ruina relampagueó en su mente. La honestidad y el cuidado de su reputación habían sido los únicos principios que su madre le había inculcado, y se le habían grabado con tal fuerza que temía más la vergüenza que la pobreza a la que todo aquello conduciría. Sus constantes ruegos para convencer a mi padre de que la librase del oprobio casándose con ella, tal y como él le había prometido en el fragor de la seducción, lo importunaron tanto que mi madre comenzó a resultarle enojosa y él empezó a odiarme y despreciarme antes incluso de nacer.

Mi madre, herida en el alma por ese trato cruel y displicente, decidió dejarse morir de hambre y su salud se resintió por ese intento, aunque no tuvo la suficiente fuerza como para culminar su propósito ni para renunciar enteramente a él. La muerte no acudió a su llamada. No obstante, el desconsuelo y los métodos que empleó para ocultar su estado mientras seguía haciendo su trabajo de criada, afectaron de tal modo a su salud que murió en el mísero desván donde su virtuosa ama la había obligado a refugiarse cuando ya sentía los dolores previos al parto; mientras que a mi padre, tras una ligera reprimenda, se le permitió continuar en su puesto. Esa autorización provenía de la madre de seis hijos que, tras no permitir apenas que se oyera una pisada durante el mes de indulgencia que le concedió a mi madre, no sintió compasión alguna por la pobre infeliz y le negó todos los cuidados que su situación requería.

El día en que murió mi madre, el noveno después de mi nacimiento, se me dejó al cuidado de la nodriza más barata que mi padre pudo

encontrar, la cual amamantaba a su criatura al tiempo que alojaba a tantas como podía en dos habitaciones que parecían celdas. La pobreza y el hábito de ver a bebés morir en sus brazos habían endurecido de tal modo su corazón que el hacer de madre no despertaba en ella la ternura propia de toda mujer, de modo que nunca recibí las caricias femeninas que parecen formar parte de la crianza de un bebé. El polluelo tiene un ala bajo la que cobijarse, pero yo no tuve ningún pecho en el que acurrucarme, ni calor humano para poder salir adelante. Abandonada entre la suciedad, lloraba de frío y hambre hasta quedar exhausta, y dormía sin que me indujeran al sueño con algún ejercicio ni me arrullaran tiernamente para hacerme descansar. ¿Acaso podía esperarse que me convirtiese en algo distinto a una criatura débil y raquítica? No obstante, pese a la falta de cuidados, pude sobrevivir, aprendiendo a maldecir la existencia, [su expresión iba volviéndose más fiera conforme hablaba], y el trato que me hizo desdichada pareció aguzar mi ingenio. Encerrada en un húmedo tugurio y obligada a mecer la cuna de los niños que llegaron después de mí, mi aspecto se asemejaba al de una viejecita o al de una bruja que fuera consumiéndose hasta extinguirse. Las arrugas provocadas por la reflexión y la responsabilidad contrajeron mi juvenil mejilla y dieron una suerte de fiereza sobrenatural a la mirada siempre alerta. Durante este periodo, mi padre se había casado con otra criada que trabajaba con él, quien lo amaba menos y supo manejarlo mejor que mi madre. Cuando comprobó que estaba encinta, ambos decidieron abrir una tienda, pues mi madrastra —si es que puedo llamarla así, siendo como soy hija ilegítima— había obtenido cierta suma de dinero de un pariente rico para ese propósito.

Poco después de dar a luz, convenció a mi padre para que me llevara a casa con el fin de ahorrarse los gastos de mi manutención y no tener que contratar a una muchacha para ayudarla con el bebé. Yo era joven, es cierto, pero parecía avispada y quizá podría resultar de cierta utilidad. Así pues, me llevaron a su casa, a la que no puedo llamar hogar, pues nunca conocí tal cosa. Mi madrastra sentía hacia esa criatura, una niña, un cariño desmesurado, y parte de mi cometido consistía en ayudar a malcriarla satisfaciendo todos

sus antojos y tolerando todos sus caprichos. Sabedora de su poder, antes siquiera de empezar a hablar, había aprendido el arte de atormentarme y, si alguna vez osaba resistirme, me daban golpes sin ningún miramiento o me mandaban a la cama sin comer ni cenar. Dije antes que parte de mi trabajo diario consistía en atender a esta niña con el servilismo de una esclava, y a fe que es cierto. Me enviaban fuera de la casa en cualquier estación del año y de un sitio a otro a cargar pesos que excedían ampliamente mis fuerzas, sin que se me permitiese arrimarme a la chimenea ni recibir ninguna palabra amable o alentadora. Así pues, no es de extrañar que, tratada como si perteneciese a otra especie, comenzase a envidiar y, a la larga, a odiar al tesoro de la casa. No obstante, recuerdo perfectamente que fueron las caricias y las tiernas expresiones de mi madrastra las que primero avivaron mi celoso descontento. En cierta ocasión (que no he podido olvidar) en que ella llamaba inútilmente a su caprichosa hija para que le diera un beso, corrí hacia ella diciendo: «¡Yo os besaré, señora!», y ¡cómo se me partió el corazón, que casi se me salía por la boca, cuál fue la humillación de mi alma al ser rechazada con un: «No es a ti a quien quiero, impertinente»! Otro día, en que un traje nuevo la había puesto de un humor excelente y pronunció el consiguiente «querida», pero dirigido inesperadamente a mí, pensé que nunca podría hacer lo suficiente por complacerla. Yo era la eficiencia personificada y la estima que de mí misma tenía creció proporcionalmente.

Conforme su hija iba creciendo, la premiaban con pasteles y fruta, mientras que a mí me daban de comer literalmente las sobras de la mesa y lo que ella dejaba. La afición a los dulces[91] es, creo yo, algo común a los niños, y yo solía robar cualquier golosina que pudiese alcanzar con el fin de esconderla. Cuando me pillaba, mi madrastra no se contentaba con castigarme en el momento, sino que, cuando mi padre llegaba por la noche (pues era tendero), se dedicaba a hacer el recuento de mis faltas y atribuirlas a la maldad innata con la que había nacido, heredada de mi madre. Él nunca olvidaba castigarme para dejar en mi cuerpo las marcas de su rencor, y después se consolaba jugando con mi hermana; en esos momentos yo hubiese querido matarla. Para eludir esos castigos despiadados, recurrí a la falsedad y a mentiras que mantenía obstinadamente y

que se aportaban como pruebas para sustentar la inhumana acusación de mi tirana sobre mi propensión al vicio. Al ver que me trataban con desprecio, y puesto que siempre la alimentaban y vestían mejor que a mí, mi hermana se creó una opinión igualmente despectiva que terminó siendo un obstáculo para cualquier tipo de afecto. Mi padre, al oír hablar una y otra vez de mis faltas, empezó a considerarme una maldición por sus pecados, de forma que a mi madrastra no le costó convencerle para colocarme de aprendiza con una de sus amigas, que tenía una tienda de ropa[92] en Wapping. Me pintó tal como yo era (esas fueron sus palabras), aunque ella «garantizaba», dijo chasqueando los dedos, «que conseguiría domarme». Mi madrastra respondió gimoteando que si alguien podía enderezarme, esa era una mujer tan lista como aquella, aunque ella, por su parte, lo había intentado en vano, pues su pecado «era ser demasiado buena».

Me estremezco horrorizada cuando recuerdo el trato que nunca debí sufrir. No solo estaba bajo el látigo de mi ama, sino que también era la esclava de la criada, los aprendices y los niños, y nunca recibí una muestra de bondad que suavizase los rigores de un trabajo inacabable. Me habían presentado ante esa familia como algo aborrecible, un ser con el que mi madrastra, pese a haber tenido la generosidad de permitirme vivir en su casa y junto a su propia hija, no había podido hacer nada. Me describió como una infeliz, alguien a quien se debía hacer trabajar muy duramente. Y eso allí se hacía cumplir con mano de hierro. Parecía que quienes me rodeaban tenían, en función de su naturaleza superior, el privilegio de patearme como al perro o al gato. Si me mostraba atenta, me acusaban de servil; si me veían reacia, decían que era más tozuda que una mula, y como una mula debía cargar su censura sobre mis espaldas. A menudo mi ama, por cualquier descuido, me arrojaba de un lado a otro de la cocina, me golpeaba la cabeza contra la pared o me escupía en la cara, con unos procedimientos tan bárbaros, variados y sofisticados que me abstendré de enumerarlos, aunque la criada los ejecutaba una y otra vez con insultos adicionales —a los que solía añadirse el de «bastarda»—, burlas e improperios. Pero no intentaré daros una idea aproximada de mi situación por miedo a que vos, que probablemente nunca os hayáis

visto tan salpicada por la inmundicia de la miseria humana, pudieseis pensar que exagero.

En esa época robaba pan por absoluta necesidad, pero cualquier otra cosa que hubiese desaparecido, y que yo no podía haber cogido, me era atribuida. Yo era el gato ladrón, el perro famélico, la bestia estúpida que debía soportarlo todo, pues si me esforzaba por exculparme, me mandaban callar, sin preguntarme siquiera, con un: «¡Cállate, tú nunca dices la verdad!». Hasta el aire mismo que respiraba estaba viciado por el desprecio, pues me enviaban a las tiendas del vecindario con las palabras «glotona», «mentirosa» o «ladrona» escritas en la frente. Este era al principio el castigo más amargo, pero un orgullo arisco o una especie de estúpida desesperación me hicieron a la larga casi insensible al desprecio, que tantas lágrimas solitarias me había arrancado en los pocos momentos en que se me permitía descansar.

De este modo fui blanco de la crueldad de cuantos me rodeaban hasta los dieciséis años, y a partir de entonces únicamente puedo señalar otro tipo de sufrimientos, durante un periodo que nunca supe precisar. Permitidme, primero, hacer una observación. Al volver la vista atrás, no puedo evitar atribuir la mayor parte de mi desdicha al hecho de haber sido arrojada al mundo sin el mayor sustento en esta vida: el cariño de una madre. No tenía a nadie que me quisiera, ni que me hiciera respetar o me enseñase a ganarme el respeto de los demás. Era como un huevo abandonado sobre la arena, una indigente por naturaleza, perseguida de familia en familia, que no pertenecía a nadie y que a nadie le importaba. Me despreciaron desde mi nacimiento y se me negó la posibilidad de obtener un puesto en la sociedad. Sí, ni siquiera tuve la oportunidad de ser considerada un ser humano, aunque todas las personas con las que viví, pese a estar embrutecidas por la vil astucia del comercio y las mañas despreciables de la pobreza, no carecían por completo de corazón,[93] aun cuando no suspirasen por mí. De hecho, yo nací esclava, encadenada a la esclavitud por la infamia perpetua, sin compañeros que la aliviasen con su compasión ni que me enseñasen a superarla mediante su ejemplo. Pero, retomando el hilo

de mi historia, a los dieciséis años di un estirón, y algo parecido a la hermosura afloró cierto domingo en que tuve tiempo de lavarme la cara y ponerme ropa limpia. Mi amo me había agarrado en el pasillo en una o dos ocasiones, pero yo evitaba instintivamente sus repugnantes caricias. No obstante, cierto día en que la familia se hallaba en una reunión metodista, se las ingenió para quedarse a solas conmigo en la casa y mediante golpes, ¡sí, golpes y amenazas!, me forzó a someterme a su brutal deseo. Para evitar la ira de mi ama, en adelante me vi obligada a acceder y esperar en silencio en mi buhardilla cuando él me lo ordenaba, a pesar del asco creciente que aquello me causaba.

La angustia acumulada en ese momento en mi pecho pareció abrirme un mundo nuevo. Comencé a expandir mis pensamientos más allá de mí misma y a llorar por el sufrimiento humano, hasta que descubrí con horror —¡ay, y cuánto!— que estaba embarazada. No sé por qué sentí una mezcla de desesperación y ternura, quizá porque, al haberme llamado siempre los demás «bastarda», un bastardo me parecía algo digno de la mayor compasión en este mundo.

Le dije a mi amo que estaba encinta, y esta noticia lo alarmó casi tanto como a mí, pues temía a su mujer y la censura pública en las reuniones sociales. Después de algunas semanas pensando qué hacer, en las que viví con el continuo temor de que advirtiesen mi cambiada silueta, mi amo me dio una medicina en un frasco para que me la tomase, y me dijo sin rodeos qué efectos produciría. Rompí a llorar, pensando que era para acabar con mi vida —aunque, después de todo, ¿acaso mi vida merecía preservarse?—. Él me llamó estúpida y me abandonó a mis propias reflexiones. No fui capaz de decidirme a tomar esa poción infernal, sino que la envolví en un viejo vestido y la escondí en un rincón de mi baúl.

Nadie sospechó de mí, acostumbrados como estaban a considerarme un ser de otra especie. Pero la amenazadora tormenta acabó

estallando sobre mi cabeza. Nunca lo olvidaré. Una tarde de domingo en que me dejaron como de costumbre al cuidado de la casa, mi amo llegó ebrio y yo me convertí en víctima de su brutal apetito. Su extrema embriaguez le hizo olvidar su acostumbrada cautela, y mi ama entró y nos encontró en una situación que no pudo ser más odiosa para ella que para mí. Su marido estaba envalentonado por el alcohol, no la temía en esos momentos, ni tenía demasiados motivos para hacerlo, pues ella desvió al instante toda la fuerza de su ira en otra dirección. Me arrancó la cofia, me arañó, pateó y abofeteó hasta que no le quedaron fuerzas y, mientras dejaba descansar su brazo, afirmó que yo había engatusado a su marido para intentar arrebatárselo. ¿Qué otra cosa podía esperar de una desgraciada a quien había acogido en su casa por pura caridad? No sabría decir cuántos insultos salieron de su boca hasta que, casi sin aliento, concluyó diciendo «que yo había nacido ramera, lo llevaba en la sangre y nada bueno podía ocurrirles a quienes me diesen cobijo».

Mi embarazo, por supuesto, terminó descubriéndose y ella afirmó que yo no debería pasar ni una sola noche más bajo el mismo techo con una familia decente. Por consiguiente, me expulsaron de la casa y me arrojaron mis pocas pertenencias tras examinarlas de paso con desprecio, por si había robado algo.

¡Heme, pues, en la calle, completamente desamparada! ¿Adónde podía arrastrarme en busca de refugio? No tenía derecho a pedírselo a mi padre, perseguida como estaba por la deshonra. Temía como a la muerte los crueles reproches de mi madrastra y las imprecaciones de mi padre. No podría soportar oírle maldecir el día en que nací, aunque la vida había sido una maldición para mí. Pensaba en la muerte, pero con un confuso sentimiento de terror, mientras permanecía de pie con la cabeza apoyada en un poste y me sobresaltaba ante cualquier ruido de pisadas por miedo a que mi ama viniera a arrancarme el corazón. Uno de los muchachos de la tienda que pasaba por allí escuchó mi historia y al instante acudió a su amo para describirle mi situación, y con ello pulsó la tecla adecuada: el escándalo que todo esto suscitaría si se me permitía

repetir mi historia a cualquier curioso. Mi alegato le hizo recuperar la razón, de nuevo sobria por la ira de su mujer, cuya cólera había caído sobre él cuando estuve fuera de su alcance. Me envió a un muchacho con media guinea y la orden expresa de llevarme a una casa donde dormían los mendigos y otros infelices, los deshechos de la sociedad.

Aquella noche transcurrió en un estado de estupefacción y desconsuelo. Odiaba al género humano y me aborrecía a mí misma. Por la mañana me aventuré a salir e ir al encuentro de mi amo a la hora en que solía marchar al trabajo. Me aproximé a él y él me llamó «p——», dijo que «había perturbado la paz de su familia y que le había jurado a su mujer no volver a tener nunca ningún contacto conmigo». Se marchó, pero regresó al instante para decirme que hablaría con un párroco amigo con el fin de encontrar un ama de cría para el mocoso que yo le pariese, y me aconsejó que, si quería evitar el correccional, no le pusiera su nombre.

Volví rápidamente a mi cubil y, cuando la rabia dio paso a la desesperación, busqué el brebaje que había de provocar el aborto y me lo bebí de un trago deseando que pudiese liquidarme e interrumpiese las sensaciones de esa vida recién nacida, que yo experimentaba con indescriptible emoción. La cabeza me daba vueltas, el corazón empezó a dolerme y en medio de una sensación de horror por la inminente destrucción desapareció mi angustia. El efecto de la medicina fue violento y hube de guardar cama durante varios días, pero, al prevalecer mi juventud y mi constitución robusta, una vez más salí arrastrándome y haciéndome la cruel pregunta: «¿Adónde ir?». Solo me quedaban dos peniques en el bolsillo, el resto lo había gastado una pobre mujer que dormía en la misma habitación para pagar mi alojamiento y comprar los alimentos indispensables que ambas compartíamos.

Con esta infeliz me fui a las calles del vecindario a mendigar, y mi aspecto desconsolado sonsacaba a los ociosos unos pocos peniques,

lo cual me permitía seguir disponiendo de una cama hasta que, tras recuperarme de mi enfermedad y aprender a vestirme con andrajos para obtener más limosnas, fui abordada con otras intenciones y hube de someterme a los deseos de los brutos que me encontré con la misma repulsión que había sentido por mi amo, aún más bruto que ellos. Desde entonces, he leído en las novelas acerca de las galanterías de la seducción, pero yo no tuve siquiera el placer de que me indujeran a caer en el vicio.

No expondré —dijo Jemima— ante vuestra imaginación todas las escenas de infortunio y depravación que tuve que presenciar, ni señalaré las diferentes fases de mi degradante miseria. El destino me arrastró por las cloacas mismas de la sociedad; seguía siendo una esclava, una bastarda, un bien común. Llegué a familiarizarme con el vicio (pues no quiero ocultaros nada), y robaba de los bolsillos de los borrachos que abusaban de mí. Mi conducta parecía demostrar que merecía los epítetos que me atribuían incluso en los momentos en los que esa desconfianza no estaba justificada.

Detestaba mi ocupación nocturna, aunque valoraba, si puedo usar esa palabra, mi independencia, que únicamente consistía en elegir la calle por la que pasearía y el techo en que escondería la cabeza cuando tuviese dinero, así que me llevó algún tiempo convencerme para aceptar una plaza en una casa de mala reputación que una muchacha con la que había hablado por casualidad en la calle me había recomendado. Los serenos del barrio de la ciudad que frecuentaba me habían perseguido hasta la extenuación. Uno de ellos, al que yo había ofendido sin darme cuenta, dio la orden al resto. Vos apenas podéis concebir la tiranía que ejercían esos desgraciados: creyéndose los instrumentos de las mismas leyes que violan, el pretexto que insensibiliza su conciencia endurece también su corazón. No contentos con recibir de nosotras, proscritas de la sociedad, una gratificación brutal y gratuita (lo que otras mujeres llaman favores) como privilegio de su cargo, cobraban un diezmo por la prostitución y hostigaban con amenazas a las pobres criaturas cuya ocupación no rentaba lo suficiente para silenciar sus gruñidos de avaricia. Para escapar de esta persecución, entré de nuevo a

servir.

Una vida de relativa seguridad me hizo recuperar la salud y (no os sorprendáis) mis modales mejoraron, en un contexto en el que el vicio procuraba resultar atractivo y el gusto se cultivaba para adornar a las personas, si no para refinar la mente. Además, la común cortesía en el hablar, comparada con la burda vulgaridad a la que había estado acostumbrada, me parecía el colmo de la sofisticación. No me excluían del trato con otros seres humanos. No obstante, me disgustaba el yugo del servicio y mi ama, que a menudo sufría violentos arrebatos de ira, me hacía temer un despido repentino que, como pronto comprendí, era lo más habitual. Por consiguiente, no fue difícil convencerme, aunque sentía horror por los hombres, de aceptar el ofrecimiento de cierto caballero, más bien en el ocaso de la edad, para atender su casa, situada en un agradable pueblecito cerca de Hampstead.

Era un hombre de gran talento y brillante ingenio, pero, al ser un devoto (ya muy ajado) de la voluptuosidad, sus deseos se volvieron fastidiosos conforme se fueron debilitando y una imaginación viciada socavó la ternura innata de su corazón. Una insensata carrera de libertinaje y diversiones sociales había dañado su salud hasta tal punto que, cualquiera que fuese el placer que me deparase su conversación (y no faltaban pruebas que me demostraban la generosa humanidad de su carácter), me hacía pagar un precio muy alto por ser su amante. Con una percepción tan aguda de las delicadezas sentimentales, con una imaginación tan avivada por la expresión del genio, ¿cómo podía un hombre así hundirse en la más grosera sensualidad?

Pero, para pasar por alto un asunto que recuerdo con dolor, debo deciros en respuesta a la pregunta que tan a menudo repetís de por qué mis sentimientos y mi lenguaje son superiores a los propios de mi condición, que fue entonces cuando comencé a leer para distraer el tedio y la soledad y satisfacer mi mente curiosa y activa. En mi

niñez, a menudo había seguido a un cantor de romances para escuchar la continuación de una triste historia, a pesar de que sabía que me castigarían severamente por volver tarde con lo que me hubiesen mandado comprar. Apenas sabía el alfabeto ni juntar una frase, y escuchaba las diversas discusiones, a menudo mezcladas con alguna obscenidad, que tenían lugar en la mesa que me permitían presidir, pues con frecuencia uno o dos literatos amigos venían a casa con mi amo para cenar y quedarse a dormir. Cuando olvidaban el respeto debido a mi sexo, mi presencia, en vez de refrenarles, parecía soltarles la lengua. Con todo, tuve la ventaja de oír discusiones de las que las mujeres están excluidas en la vida corriente.

Podéis fácilmente imaginar que solo de manera gradual pude comprender algunos de los temas que trataban y extraer de su razonamiento lo que podría llamarse un sentido moral. Pero, al aumentar mi afición por la lectura y recluirse mi amo de vez en cuando en este retiro durante semanas enteras para escribir, tuve muchas oportunidades para progresar. Al principio, considerando el dinero (¡y bien que acertaba! —exclamó Jemima, alterando su tono de voz—) como el único medio, tras perder mi reputación, de ganarme el respeto e incluso la tolerancia de la humanidad, no tuve el menor escrúpulo en esconder una parte de las sumas que me eran confiadas y evitar que me descubrieran mediante toda una red de mentiras. Pero había adquirido nuevos principios, así que comencé a albergar la ambición de volver al sector respetable de la sociedad y fui lo suficientemente ingenua como para creerlo posible. La atención de mi humilde preceptor que, sin ignorar sus cualidades, poseía una gran sencillez de modales, reforzaba esa ilusión. Al captar a veces destellos de ingenio en mis comentarios en absoluto instruidos, a menudo me invitaba a discutir el tema que estaba tratando y me leía sus obras antes de publicarlas con el deseo de aprovechar la crítica de un temperamento poco sofisticado. El propósito de sus escritos era llegar a los sencillos veneros del corazón, pues despreciaba a los que se creían oráculos, a los autoproclamados filósofos, que desechaban la imaginación al tiempo que desgranaban cada pensamiento para demostrar que la lentitud en la comprensión equivale a la sabiduría.

Debería haber distinguido este momento como una época luminosa, un periodo feliz de mi vida, si la aversión que me inspiraba el repugnante libertinaje de mi amo no se me hiciera cada día más fastidiosa. De hecho, así lo recordé con dolor cuando su muerte repentina (pues había recurrido a los brebajes más excitantes para mantener su efusividad) me arrojó de nuevo al desierto de la sociedad humana. Si mi amo hubiese dispuesto de algún tiempo para pensarlo, estoy segura de que me habría legado los pocos bienes que poseía, pero, cuando tuvo el ataque fatal de apoplejía en la ciudad, su heredero, un hombre de moral estricta, llegó con su mujer para tomar posesión de la casa y todos sus enseres antes de que yo supiese de su muerte, «para impedir —como ella se encargó de decirme de manera indirecta— que un ser como sospechaba que yo era robase algo en caso de haberme avisado a tiempo».

El dolor que sentí por la conmoción que me produjo esa noticia, que en un principio no contenía ni la más leve sombra de egoísmo, fue visto con desprecio, y se me ordenó empaquetar mi ropa. Me despojaron de algunas baratijas y libros que el generoso difunto me había regalado, mientras el matrimonio rogaba piadosamente, sacudiendo la cabeza en actitud reprobatoria, «¡Que Dios tuviese misericordia de su alma pecadora!». No sin dificultad, obtuve los atrasos de mi salario, pero cuando pedí (tal es la consecuencia demoledora de la pobreza y la infamia) una carta de recomendación —que bien sabe Dios merecía— dando fe de mi honestidad y carácter ahorrador, esa mujer (¿acaso debo llamarla así?) me dijo «que iba en contra de su conciencia el recomendar a una mantenida». De mis ojos brotaron lágrimas, lágrimas que quemaban, pues hay situaciones en las que un infeliz es humillado por un desprecio que es consciente de no merecer.

Volví a la ciudad, pero la soledad en un mísero hospedaje resultaba inconcebiblemente triste después de la compañía de la que había disfrutado. Privada del placer de la conversación, ahora que había aprendido a paladearlo, vagaba como un fantasma entre los vivos.

Además, para agravar la dureza de mi destino, veía que mi escasa renta no tardaría en esfumarse. Intenté trabajar como costurera pero, no habiéndome enseñado nadie durante mi niñez y estando mis manos encallecidas por el duro trabajo, no destacaba lo suficiente para que me contratasen en las sastrerías cuando había tantas aspirantes mejor cualificadas. La falta de una carta de recomendación me impedía conseguir algún puesto, pues, pese a lo fastidiosa que me había resultado la servidumbre, hubiera hecho otro intento, de haber sido factible. No me disgustaba el trabajo, sino la desigualdad a la que debía someterme. Había adquirido el gusto por la literatura durante los cinco años que había pasado con un escritor, y había conversado de vez en cuando con algunos de los hombres más preclaros de la época. Es fácil imaginar la infelicidad que me supondría descender ahora a la más ramplona vulgaridad. Ciertamente, no había disfrutado de los encantos del amor, pero me había familiarizado con las gracias de la humanidad.

Uno de los caballeros en cuya compañía había cenado con frecuencia cuando se me trataba como a una igual, me encontró en la calle y se interesó por mi salud. Aproveché la ocasión y comencé a describirle mi situación, pero él llevaba prisa, pues había quedado para cenar con un selecto grupo de espíritus elegidos; así que, sin quedarse a escuchar mi relato, puso una guinea en mi mano con impaciencia mientras decía que «era una lástima que una mujer tan inteligente se hallara en apuros, y que me deseaba lo mejor desde el fondo de su alma».

A otro de ellos le escribí exponiéndole mi caso y pidiéndole consejo. Era un defensor de la más franca sinceridad, y a menudo en mi presencia había disertado largamente sobre los males que surgen en la sociedad por el despotismo económico y de clase. En respuesta, recibí una larga disertación sobre el poder de la mente humana, con constantes alusiones a su propia fuerza de carácter. Añadió que la mujer que era capaz de escribir una carta como la que yo le había enviado nunca podría estar en una situación de necesidad si mirase en su interior y pusiera en práctica sus facultades. La miseria era resultado de la indolencia y, en cuanto al hecho de hallarme

excluida de la sociedad, era el destino del hombre el someterse a ciertas privaciones.

¿Cuántas veces —dijo Jemima interrumpiendo su relato— he oído en una conversación o leído en un libro que cualquier persona dispuesta a trabajar puede encontrar un empleo? Creo que es una afirmación un tanto equivocada cuando se refiere a los hombres, pero, en lo que respecta a las mujeres, estoy convencida de su falsedad, a menos que acepten los empleos más ínfimos, y aún así la posibilidad de que las contraten para los trabajos más duros está fuera del alcance de muchas, cuya reputación ha quedado manchada por su mala fortuna o su inconsciencia. Cómo los escritores, que dicen ser amantes de la libertad y del progreso moral, pueden afirmar que la pobreza no es un mal es algo que no me puedo explicar.

—Ni yo —interrumpió Maria—. Aún así, se puede disertar largamente sobre la peculiar felicidad de la indigencia, aunque, en qué pueda consistir esta cuando un hombre apenas puede ganar lo justo para subsistir, si no es en el descanso que se concede a las bestias de carga, es algo que no puedo imaginar. La mente se encuentra necesariamente aprisionada en su pequeño y particular habitáculo y, ocupada enteramente en mantenerlo en buenas condiciones, no tiene tiempo de buscar fuera los incentivos para mejorar. Se esgrime el libro de la sabiduría contra aquellos que deben elegir entre cumplir su tarea diaria de duro trabajo o morir, y la curiosidad, rara vez avivada por el pensamiento o la información, casi nunca se agita en las ciénagas de la ignorancia.

—Hasta donde he podido observar —respondió Jemima—, los pobres mantienen con gran obstinación los prejuicios que se adquieren de modo casual, hasta el punto de excluir cualquier mejora. No tienen tiempo de razonar ni reflexionar sobre ningún aspecto, ni sus mentes han sido lo suficientemente ejercitadas como para comprender los principios que han de regir sus actos y que

quizá constituyen la única base para la felicidad de cualquier estado social.*

—Y la independencia —dijo Darnford— es algo a lo que son necesariamente ajenos, incluso a la independencia de despreciar a sus enemigos. Si los pobres son felices, o pueden serlo, las cosas están bien como están, y no puedo concebir sobre qué principio discuten (para propiciar un cambio de sistema) los escritores que sostienen tal opinión. Los autores que ven la cuestión desde el otro lado y dan la infelicidad por sentado son mucho más coherentes. No obstante, al insistir en que el destino de la mayoría es ser oprimidos en esta vida, prometen otra existencia para rectificar las desigualdades de esta, como el único medio de justificar los designios de la Providencia. No tengo —prosiguió Darnford— una opinión más firmemente asentada en mi mente por la observación que la siguiente: aunque a veces las riquezas pueden no dar la felicidad, la pobreza la excluye en la mayoría de los casos, pues cierra las puertas a cualquier progreso.

—Y en cuanto a los sentimientos —añadió Maria con un suspiro—, ¡cuán groseros e incluso mortificantes se vuelven si no están regulados por una mente que los eduque! En mi opinión, la sabiduría del corazón siempre avanza a la par que la de la mente. Pero —dijo, dirigiéndose a Jemima— os ruego prosigáis, aunque vuestro relato suscita las más dolorosas reflexiones sobre el estado actual de la sociedad.

—Para no importunaros —prosiguió aquella— con una descripción detallada de todos los sentimientos dolorosos que resultaron de mis inútiles esfuerzos, solo os diré que finalmente logré una recomendación para lavar en casa de unas pocas familias que me hicieron el favor de admitirme en su hogar sin el más estricto de los interrogatorios. Trabajaba desde la una de la mañana a las ocho de la tarde por dieciocho o veinte peniques al día. No hará falta comentar nada sobre la felicidad que puede alcanzarse sobre un

balde de lavado. No obstante, me permitiréis señalar que esa situación tan penosa es exclusiva de mi sexo. Un hombre con la mitad de mi diligencia y —puedo decirlo— de mis aptitudes podía haberse procurado un sustento digno desempeñando algunas de las tareas que permiten integrarse en la comunidad, mientras que yo, que había adquirido el gusto por los placeres intelectuales, más aún —permitidme afirmarlo con sincero orgullo—, por los placeres virtuosos de la vida, era relegada junto a la escoria de la sociedad. Condenada a faenar como una máquina, únicamente para ganarme el pan, y aun eso a duras penas, me invadieron la melancolía y la desesperación.

Debo mencionaros ahora una circunstancia que me llena de remordimiento y que temo me privará por entero de vuestra estima. A menudo me visitaba un tendero que me había tomado afecto. Terminé teniendo tanto poder sobre él que me ofreció llevarme a su casa. Considerad, querida señora, que estaba famélica, ¡no es de extrañar que me convirtiese en una loba! La única razón para no llevarme a su casa de inmediato era por tener allí a una chica embarazada de él, y yo le aconsejé —¡sí, lo hice, ojalá pudiera olvidarlo!— que la echase. Una noche tomó la decisión de seguir mi consejo. ¡Pobre infeliz! Cayó al suelo de rodillas, le recordó que le había prometido matrimonio, que sus padres eran honestos. ¿De qué sirvió? Fue arrojada a la calle.

Se acercó a la casa de su padre, en las afueras de Londres, se puso a escuchar tras la ventana, pero no llamó a la puerta. Un sereno la había visto ir y volver varias veces. ¡Pobre infeliz! [El remordimiento del que había hablado Jemima parecía clavársele en el alma mientras proseguía.] Se marchó de allí y, acercándose a un pilón donde abrevaban a los caballos, se sentó dentro y, con desesperada determinación, permaneció así hasta que esta ya no le hizo falta.

Dio la casualidad de que aquella mañana yo salía a trabajar,

imaginando el día en que me libraría de esa labor tan penosa. Pasaba por allí justo en el momento en que algunos hombres, de camino al trabajo, sacaban el rígido y frío cadáver. ¡Permitidme que no recuerde ese horrible momento! Reconocí su pálido rostro, escuché el relato de los testigos, y no se me desgarró el corazón. Pensaba en mi propia situación, y me pregunté cómo podía ser tan pérfida. Trabajé duro y, de regreso a casa, me atacó la fiebre. Sufría tanto mi cuerpo como mi mente. Decidí no vivir con aquel desdichado, pero él no preguntó por qué. Abandonó el vecindario y yo volví a la pila de lavado.

Pero esta situación, aun siendo tan penosa, aún podía empeorar. Cierto día, al levantar una pesada carga, un balde me golpeó la espinilla causándome un gran dolor. No le di mucha importancia hasta que se convirtió en una lesión importante, estando como estaba obligada a trabajar o morir de hambre. Pero cuando no pude tenerme en pie por más tiempo, pensé en acudir a un hospital. Parecería que los hospitales (pues son inhóspitas moradas para los enfermos) se crearon expresamente para atender a los desamparados; sin embargo, yo, que en razón de ese mismo argumento tenía derecho a recibir asistencia, carecía de la recomendación de los ricos y respetables, y pasé varias semanas luchando por ser admitida. Pedían dinero por ingresar y, lo que era aún menos razonable, una señal por mi entierro, al no incluirse ese gasto en el reglamento de la sociedad benéfica. Una guinea era la cantidad estipulada —aunque lo mismo me daría haber reunido un millón—, y temía solicitarle a la parroquia una orden, no fuera que me enviaran Dios sabe dónde.[94] La pobre mujer en cuya casa me alojaba se compadeció de mi situación y me ingresó en el hospital. La familia en cuya casa sufrí el accidente me envió cinco chelines, de los que tuve que entregar tres con seis en el momento de mi admisión, no sé bien para qué.

Mi pierna mejoró rápidamente, pero me echaron antes de completar mi cura, pues no podía permitirme pagar para que me lavasen la ropa a fin de, como dijo una malvada enfermera, ofrecer un aspecto decente cuando viniesen los caballeros (los cirujanos). No puedo

haceros un retrato aproximado de cuán mísero es un hospital: todo se deja en manos de gente cuya única preocupación es obtener ganancias. Las enfermeras parecen haber perdido todo sentimiento de compasión en el apresurado desempeño de su cargo. La muerte les es tan familiar que no sienten afán alguno por evitarla. Todo parecía dirigido a satisfacer las necesidades de los médicos y de sus alumnos, que venían a experimentar con los pobres para beneficio de los ricos. Uno de los médicos, no debo olvidar mencionarlo, me dio media corona y me mandó a por vino cuando yo estaba en el punto de mayor decaimiento. Pensé contarle mi caso a la jefa de enfermeras —tan señorita ella—, pero su severa expresión me contuvo. Esta se dignaba ver a los pacientes y hacerles preguntas generales dos o tres veces por semana, pero las enfermeras sabían la hora a la que daba comienzo la visita de rigor, y todo estaba como debía estar.

Después de que me echasen, estaba más desesperada por encontrar un modo de subsistencia que nunca y, para no fatigaros con una repetición de las mismas tentativas infructuosas, incapaz ya de mantenerme de pie junto a la pila de lavar, empecé a considerar a ricos y pobres como enemigos naturales y me convertí en una ladrona por principios. No podía dejar de razonar, pero odiaba a la humanidad. Me despreciaba a mí misma y, no obstante, justificaba mi conducta. Me cogieron, juzgaron y condenaron a seis meses de internamiento en un correccional. Mi alma retrocede horrorizada ante el recuerdo de los insultos que tuve que soportar hasta que, estigmatizada por la vergüenza, me soltaron en la calle sin un solo penique. Vagué de calle en calle hasta que, exhausta por el hambre y la fatiga, me desmayé ante una puerta donde en vano había pedido un bocado de pan. El hombre que allí vivía me envió al asilo de pobres al que antes me había mandado ir con brusquedad, diciendo que «pagaba lo suficiente en conciencia a los pobres», cuando, con la lengua seca, imploré su caridad. Si las personas bienintencionadas que imprecan a los mendigos conociesen el trato que reciben los pobres en muchos de estos horribles asilos, no reprimirían con tanta facilidad la espontánea compasión diciéndoles que tienen parroquias adonde ir, ni se extrañarían de que a los pobres les horrorice franquear esos lóbregos muros. ¿Qué son por lo

general los asilos sino prisiones en las que muchos ancianos respetables, consumidos por el trabajo inhumano, se hunden tristemente en la tumba, adonde los llevan como a perros?

Alarmada por algún ruido, Jemima se levantó rápidamente para escuchar y Maria, volviéndose hacia Darnford, dijo:

—Ciertamente no podría expresar la impresión que me causó toparme con el funeral de un indigente. Un ataúd llevado a hombros por tres o cuatro desdichados de aspecto enfermizo, a los que la imaginación podría fácilmente convertir en una banda de asesinos apresurándose a esconder el cadáver y a disputarse el botín en el camino. Sé que no tiene demasiada importancia el modo en que nos entierran, pero no puedo evitar compadecerme de esta brutal insensibilidad, que ni siquiera se da en los animales de la creación, y advertir el modo lamentable y desamparado en que morían esos infelices.

—Cierto —respondió Darnford—, pues los ricos nunca podrán hacer alardes de caridad hasta que quieran donar algo más que una parte de su riqueza, hasta que den su tiempo y su atención a las necesidades de los afligidos. Que abran sus corazones, y no sus carteras, y empleen sus mentes en ayudar a los pobres si verdaderamente los mueve la humanidad, o las instituciones benéficas serán siempre víctimas de bribones de la peor calaña.[95]

Una vez de vuelta, Jemima parecía tener prisa por terminar su relato.

—El capataz arrendaba a los pobres de distintas parroquias, y de las entrañas de la pobreza sacó el dinero con el que compró esta mansión para convertirla en un manicomio. Él había trabajado de

guardián en un asilo de las mismas características y pensó que podía ganar dinero con mucha más facilidad en su antigua ocupación. Es un (¿habré de decirlo?) astuto bellaco. Vio cierta resolución en mi carácter y me propuso llevarme con él y enseñarme cómo tratar a las mentes perturbadas que pretendía dejar a mi cuidado. La oferta de cuarenta libras al año y salir del hospicio no era como para despreciarla, aunque a ella se añadiera la condición de cerrar los ojos y endurecer el corazón.

Accedí a acompañarlo, y durante cuatro años he sido la cuidadora de muchos infelices y —dijo en voz más baja— testigo de muchas barbaridades. En soledad, mi mente parecía recobrar fuerzas, y muchos de los sentimientos que experimenté en el único periodo soportable de mi vida regresaban con toda intensidad. Aun así, ¿qué me inducía a ser la salvadora de los afligidos? ¿Quién arriesgó nunca nada por mí? ¿Quién me trató alguna vez como a una igual?

Maria cogió su mano y Jemima, más abrumada por la bondad de lo que nunca lo había estado por la crueldad, salió apresuradamente de la habitación para ocultar su emoción.

Darnford oyó poco después su llamada y, despidiéndose de él, Maria le prometió satisfacer su curiosidad con respecto a ella a la primera oportunidad.

■

91 «Liquorish tooth» en el original, «ser goloso».

92 «Slop-shop» en el original, «tienda de confecciones baratas».

93 «Bowels» en el original; Johnson, Dictionary, «ternura, compasión».

94 El auxilio a los pobres se prestaba únicamente en la parroquia en la que hubieran estado legalmente inscritos por última vez, y allí eran enviados cuando solicitaban ser atendidos en cualquier otro sitio.

95 Los guardianes de los pobres arrendaban a los pacientes de los hospicios como mano de obra, quedándose con parte del dinero que recibían.

Capítulo VI

Vivo como estaba el amor en el corazón de Maria, la historia que acababa de oír hizo que sus pensamientos fueran más allá. Los brotes de esperanza se cerraron, como si hubiesen florecido antes de tiempo, y el día más feliz de su vida quedó ensombrecido por las más melancólicas reflexiones. Los pensamientos sobre el destino de Jemima y sobre el suyo propio la llevaron a considerar la opresión que sufrían las mujeres y a lamentar haber dado a luz a una hija. El sueño se borraba de sus párpados mientras discurría sobre el drama de la infancia desprotegida, hasta que la compasión por Jemima se trasformó en angustia cuando pensó que su pequeña probablemente se hallase en la misma situación que ella había descrito de forma tan descarnada.

Maria no podía dejar de pensar en esto. El frío hielo que Jemima hubo de soportar al entrar en esta vida había entumecido, más que congelado, su humanidad. Por lo tanto, un llamamiento a sus sentimientos sobre este punto tan delicado seguramente no sería infructuoso. Maria comenzó a imaginar la alegría que le supondría obtener alguna información sobre su pequeña. Este plan constituía ahora el único tema de preocupación, y esperó impaciente el amanecer con esa firme determinación que generalmente garantiza el éxito.

A la hora habitual, Jemima le trajo el desayuno y una afectuosa nota de Darnford. Sus ojos acudieron presurosos a leerla, y guardó en su corazón la emoción que la certeza de un nuevo amor, como el que ella deseaba inspirar, le producía, sin distraerla ni por un momento de sus planes. Mientras Jemima esperaba para retirar el desayuno, Maria aludió a los pensamientos que la habían atormentado durante toda la noche hasta el punto de impedirle conciliar el sueño. Habló con pasión de los sufrimientos inmerecidos

de Jemima y de la suerte de tantas mujeres abandonadas y forzadas a caer en un torbellino del que después era imposible escapar. Percibiendo el efecto que sus palabras produjeron en el rostro de su guardiana, cogió del brazo a Jemima con esa irresistible calidez que vence cualquier rechazo, mientras exclamaba:

—Con vuestro corazón y una experiencia tan terrible, ¿cómo podéis contribuir a privar a mi niña del cuidado y el amor de una madre? ¡En nombre de Dios, ayudadme a salvarla de la destrucción! ¡Dejadme tan solo procurarle una educación, dejadme preparar su cuerpo y su mente para afrontar los males que aguardan a las de su sexo y le enseñaré a consideraros como su segunda madre y a convertirse en el báculo de vuestra vejez! Sí, Jemima, ¡miradme, observadme de cerca y leed en mi alma! Vos merecéis una suerte mejor —Maria tendió su mano con un firme gesto de convencimiento—, y yo os la procuraré en prueba de mi estima y gratitud.

Jemima no tuvo fuerzas para resistir este aluvión de sinceridad y, mientras confesó a Maria que la casa en la que estaba recluida se encontraba a orillas del Támesis —tan solo a unas pocas millas de Londres y no en la costa, como había supuesto Darnford—, prometió inventar alguna excusa para ausentarse y enterarse de la situación y el estado de salud de esa hija abandonada. En su gesto se adivinaba la intención de hacer algo más, pero no parecía dispuesta a comunicar su plan. Maria, contenta de haber logrado su objetivo principal, pensó que lo mejor sería dejarla con sus propias cavilaciones, convencida de poder interesarla aún más por ella misma y por su hija mediante un simple relato de los hechos.

Al atardecer, Jemima informó a la impaciente madre de que al día siguiente saldría a toda prisa hacia la ciudad antes de que nadie se levantase y obtendría toda la información necesaria y útil para su investigación. El «buenas noches» que susurró Maria fue particularmente sincero y afectuoso. En su mirada centelleaba una

alegre expectación y por primera vez desde su detención pronunció el nombre de su pequeña con deleitoso cariño. Con la locuacidad de una nodriza, describió su primera sonrisa cuando reconoció a su madre. Al recordar su situación, un «adiós» más cariñoso aún, junto con un «Dios os bendiga» que parecía incluir una bendición maternal, despidieron a Jemima.

La monótona soledad del día siguiente, que se hizo más largo por las impacientes cábalas en torno a la misma idea, fue insoportablemente fatigosa. Escuchaba el tic-tac de un reloj que ciertas ráfagas de viento le permitían distinguir con claridad, se fijaba en las sombras que avanzaban sobre la pared y, cuando el crepúsculo iba haciéndose más denso hasta convertirse en noche cerrada, parecía faltarle el aliento mientras, ansiosa, contaba las nueve campanadas. La última fue como un golpe para su corazón desdichado, pues a cada momento esperaba, al no ver a Jemima, que la brutal mujer que la sustituía apagase la luz. Incluso se vio obligada, a pesar de su desvelo, a disponerse a dormir por no desobedecer a su nueva vigilante. Se le había advertido que no le hablase con demasiada libertad, mas la advertencia era innecesaria, pues su expresión habría bastado para acobardarla. Tal era la ferocidad de su gesto, patente en cada palabra y ademán de aquella bruja, que Maria no se atrevió a preguntar por qué Jemima, que había prometido ir a verla antes de que cerrasen su puerta por la noche, no había venido. Cuando la llave giró en la cerradura, sintió un grado de angustia que las circunstancias apenas justificaban.

En permanente estado de alerta, el sonido de una puerta al cerrarse o de una pisada la hacían sobresaltarse y temblar de miedo, algo semejante a lo que sintió al entrar en la casa cuando, mientras la arrastraban por la galería, comenzó a dudar si no estaría rodeada de demonios.

Exhausta por una interminable sucesión de pensamientos y bruscos sobresaltos, parecía un espectro cuando Jemima entró por la

mañana, especialmente cuando sus ojos desencajados intentaron leer en el rostro de su guardiana, casi tan pálido como el suyo, la información que no se atrevía a preguntar. Jemima dejó la bandeja con el té y fingió estar muy ocupada arreglando la mesa. Maria levantó una taza con mano temblorosa, reunió fuerzas y, conteniendo las convulsiones en los músculos de su cara, dijo:

—Ahorraos el esfuerzo de prepararme para oír lo que habéis averiguado, os lo suplico. ¡Mi niña ha muerto!

—Sí —respondió Jemima con gravedad, y su mirada expresaba rabia y compasión.

—¡Dejadme! —añadió Maria, haciendo un nuevo esfuerzo por dominar sus sentimientos y escondiendo el rostro en su pañuelo para ocultar su angustia—. ¡Es suficiente, sé que mi pequeña ha dejado de existir! Escucharé los pormenores cuando me encuentre… —pero no alcanzó a decir «más calmada». Jemima, sin importunarla con vanos intentos por consolarla, salió de la habitación.

Sumida en la más profunda melancolía, no admitía visitas de Darnford. Tal es la fuerza de los prejuicios, aun en las mentes más firmes, que durante un tiempo cayó en la superstición de pensar que había sido justamente castigada con la muerte de su hija por haber dejado por un momento de lamentar su ausencia. Dos o tres cartas de Darnford, llenas de una ternura varonil y confortadora, solo consiguieron intensificar esos sentimientos de culpabilidad. No obstante, el estilo apasionado en el que expresaba lo que llamaba «el primer y más ferviente deseo de su corazón» —que su afecto pudiese enmendar en algo la crueldad e injusticia que había padecido— inspiró a Maria un sentimiento de gratitud. Sus ojos se llenaron de dulces lágrimas cuando, al final de su carta, él, con el deseo de suplir el lugar de sus indignos familiares, cuya falta de

principios le parecía execrable, le aseguraba, llamándola su «querida niña», «que en lo sucesivo su objetivo principal en la vida sería hacerla feliz».

En una nota enviada a la mañana siguiente, le rogaba le permitiese verla cuando su presencia no supusiera una intrusión en su dolor. Con tanto afán insistió en que le dejase visitarla, según su promesa, para aliviar los tediosos momentos de ausencia reflexionando sobre su vida pasada, que ella le envió las memorias que había escrito para su hija, al tiempo que prometió a Jemima que se las dejaría leer en cuanto él las devolviese.

Capítulo VII

«Al dedicarte estas memorias, mi niña, sin saber si alguna vez tendré la oportunidad de educarte, de mi corazón saldrán muchas observaciones que solo una madre —una madre acostumbrada al dolor— podría hacer.

»La ternura de un padre conocedor del mundo quizá fuese grande, pero ¿podría igualar a la de una madre, una madre que sufre parte de la condena que la constitución social parece haber impuesto a todo su género? Solo una madre así, mi niña, mi queridísima hija, se atreverá a romper cualquier restricción para permitirte alcanzar la felicidad y se enfrentará voluntariamente a la censura para alejar el dolor de tu corazón. De mi relato, querida niña, quizá obtengas la instrucción, el consejo, pensado más para ejercitar tu mente que para influir sobre ella. Puede que la muerte me aparte de ti antes de que puedas sopesar mis advertencias o analizar mis razonamientos. Yo te guiaría entonces con amoroso desvelo para que muy pronto en la vida te forjaras el criterio básico que rigiese tus actos: el criterio que te librase de lamentarte en vano si, víctima de la indecisión, dejaras pasar la marea de la vida sin mejorarla ni disfrutarla. Adquiere experiencia —¡ay, adquiérela!— mientras valga la pena tenerla, y obtén la suficiente fortaleza para buscar tu propia felicidad; eso incluye tu provecho, por una vía directa. ¿Qué es demasiado a menudo la sabiduría, sino la lechuza de la diosa,[96] que, abatida, se posa sobre un corazón desdichado? Ella chilla a mi alrededor, pero yo invitaría a todas las vistosas currucas de la primavera a anidar en tu pecho floreciente. Si, cuando dejé de dudar sobre cómo debería haber actuado, no hubiera desperdiciado años enteros cavilando, puede que ahora fuese útil y feliz. Por mi bien —y advertida por mi ejemplo— muéstrate siempre como eres y no pasarás por la vida sin disfrutar de sus auténticas bendiciones: el amor y el respeto.

»Nacida en una de las regiones más románticas de Inglaterra, un amor apasionado por los diversos encantos de la Naturaleza es el primer sentimiento que recuerdo o, más bien, la primera idea placentera que ocupó y forjó mi imaginación. Mi padre había sido capitán de un buque de guerra, pero, descontento con el ejército por el ascenso de hombres cuyo mérito principal eran sus contactos familiares o sus intereses en el municipio,[97] se retiró al campo. Sin saber qué hacer con su vida, contrajo matrimonio. En su familia, para recuperar su preeminencia perdida, decidió mantener la misma pasiva obediencia que en los barcos que había comandado.

»Sus órdenes no podían discutirse y todos en la casa debíamos volar raudos a la voz de mando, como si se tratase de cuidar de los obenques o subirse a la arboladura en una lucha elemental a vida o muerte. Debía ser obedecido al instante, especialmente por mi madre, con la que se casó por amor, pero a la que no olvidaba de recordar sus obligaciones cuando ella osaba cuestionar en lo más mínimo su autoridad absoluta. Ciertamente, a mi hermano mayor, según iba creciendo, mi padre lo trataba con más respeto, y aquel se convirtió, como era de esperar, en el segundo tirano de la casa. Al ser el representante de mi padre y un ser privilegiado por la Naturaleza —un chico, y el favorito de mi madre—, no dejó de actuar como el único heredero. En efecto, tal era la extravagante predilección de mi madre que, por comparación, se diría que no quería al resto de sus hijos. A pesar de lo cual, ninguno de ellos parecía sentir tan poco afecto por ella como él. La extrema indulgencia de mi madre le había vuelto tan egoísta que solo pensaba en sí mismo, y pasó de martirizar a animales e insectos a convertirse en un déspota con sus hermanos, y más aún con sus hermanas.

»Tal vez resulte difícil describirte las insignificantes preocupaciones que ensombrecieron mi infancia: restricciones continuas en los asuntos más nimios, obediencia incondicional a órdenes que, no siendo más que una niña, pronto descubrí eran irracionales, por incoherentes y contradictorias. Ese es nuestro destino: sentir un poso de amargura al recordar nuestros placeres más inocentes.

»Las circunstancias que concurrieron durante mi niñez para forjar mi mente fueron variadas. No obstante, dado que probablemente me proporcionaría más placer revivir el débil recuerdo de mi alegría infantil del que a ti te supondría leerlo, no te pediré que te pierdas conmigo en la verde pradera para buscar las flores que las esperanzas juveniles esparcen en cada sendero; aunque, mientras escribo, casi puedo oler el verde frescor de la primavera, ¡de aquella primavera que no regresa jamás!

»Tenía dos hermanas y un hermano menores que yo. Mi hermano Robert era dos años mayor, y se le podría calificar como el ídolo de mis padres y el tormento del resto de la familia. Tal es, en efecto, la fuerza del prejuicio, que lo que en él se consideraba brío e ingenio, en mí lo amonestaban como descaro. Mi madre tenía un carácter indolente que le impedía prestar mucha atención a nuestra educación. Pero la saludable brisa de un brezal cercano en el que brincábamos a placer disipaba los humores que pudiese producir cualquier comilona. Disfrutar del aire libre y de la libertad era el paraíso, después de las restricciones tan antinaturales de nuestro hogar, donde a menudo nos obligaban a permanecer sentados durante tres o cuatro horas junto a la chimenea, sin osar pronunciar palabra, cuando mi padre no estaba de buen humor, por falta de trabajo o de una diversión bulliciosa y variada. Sin embargo, yo contaba con una ventaja: un preceptor, el hermano de mi padre, que, destinado a entrar en la Iglesia, había recibido en consecuencia una educación liberal. Pero, al enamorarse de una joven de gran belleza y fortuna, entrar en contacto con el mundo y escuchar algunas opiniones que no estaban en consonancia con la profesión a la que iba encaminado, aceptó, con las mejores expectativas de éxito, la oferta de un noble para acompañarlo a la India en calidad de secretario personal.

»Mantuvo una correspondencia regular con su enamorada; las complejidades de los negocios, particularmente fatigosas para un hombre de temperamento romántico, contribuyeron, junto con la

forzosa ausencia, a incrementar su amor. Cualquier otra pasión se diluía en la principal, y solo servía para aumentar su caudal. Soñaba que los familiares de ella, que lo habían despreciado, apoyarían uno por uno su alianza, y los cumplidos más refinados embellecerían el triunfo del amor. Mientras él se deleitaba en el cálido resplandor del amor, la amistad prometía asimismo esparcir su frescor de rocío, pues el amigo a quien más quería, casi tanto como a su amada, era el confidente que recibía las cartas de uno y otra y se las reenviaba para eludir la vigilancia de familiares entrometidos. Un falso amigo en circunstancias semejantes es, mi queridísima niña, una historia bien conocida. No obstante, no dejes que este ejemplo ni la fría cautela de los moralistas insensibles te hagan intentar sofocar las esperanzas que son como esos brotes que se abren espontáneamente en la primavera de la vida. Mientras tu corazón sea sincero, espera siempre encontrar otro henchido de los mismos sentimientos, pues huir del placer no implica evitar el dolor.

»Mi tío reunió, gracias a la buena suerte más que a su habilidad, una fortuna considerable y, al regresar a Inglaterra montado en las alas del amor, sumido en la más encantadora ensoñación para compartirla con su amada y su amigo, descubrió que estaban juntos. Ciertas circunstancias, que no es preciso referir, agravaban la culpa del amigo más allá de lo imaginable, y la traición, que se había consumado hasta el último momento, fue tan vil que afectó gravemente la salud y el ánimo de mi tío. Su patria, ¡el mundo!, que poco antes había sido un jardín de florecientes primores, marchitos ahora por la traición, parecía haberse convertido en un árido desierto donde moraban pérfidas serpientes. La desilusión soliviantó su corazón y, mientras rumiaba sus males, fue atacado por una violenta fiebre, seguida de una depresión que no hizo sino dar paso a una permanente melancolía cuando recuperó algo las fuerzas.

»Puesto que había declarado su intención de no contraer matrimonio jamás, tenía a sus parientes constantemente a su alrededor, los cuales adulaban de la manera más burda a un hombre que, disgustado con la humanidad, los recibía con desprecio o con ácidos sarcasmos. Algo en mi rostro le agradó cuando comencé a

balbucear. Desde su regreso, parecía haber renunciado al afecto, pero yo, mostrándole mi cariño inocente, pronto me convertí en su preferida. Yo intentaba ensanchar y fortalecer mi mente, y él me quería más a medida que empezaba a compartir sus sentimientos. Tenía una forma de hablar rotunda, acentuada por cierta impresionante fiereza en el gesto y la mirada, calculada para captar la atención de una mente joven y ardiente. Por lo tanto no es de extrañar que enseguida yo adoptase sus opiniones y lo reverenciase como a un ser superior. Él me inculcó con gran cariño el respeto a uno mismo y una justa conciencia de actuar correctamente, con independencia de la censura o el aplauso del mundo. Más aún, me enseñó casi a desafiar e incluso desdeñar las críticas de la sociedad cuando estuviese convencida de la rectitud de mis intenciones.

»En su afán por demostrarme que no existía en el mundo nada que mereciese llamarse “amor” o “amistad”, hacía unos retratos tan vivos de sus sentimientos —a los que la desilusión había vuelto permanentes— que los grabó con fuerza en mi corazón e hizo que animaran mi imaginación. Estas observaciones son necesarias para aclarar algunas particularidades de mi carácter que el mundo califica vagamente de “románticas”.

»El creciente afecto de mi tío le llevaba a visitarme a menudo. Sin embargo, incapaz de quedarse en lugar alguno, no permanecía en el campo lo suficiente como para suavizar la tiranía que sufría en mi casa. Me compraba libros, por los que yo sentía auténtica pasión, y estos, sumados a su conversación, me hicieron forjarme una imagen ideal de la vida. Omitiré la tiranía de mi padre, por más que me hiciese padecer, pero he de decir que minó la salud de mi madre, cuyo temperamento, crispado constantemente por disputas domésticas, se volvió insoportablemente desabrido.

»Mi hermano mayor trabajaba de aprendiz para un abogado de la vecindad, el hombre más astuto y, debo añadir, más falto de principios de esa región del país. Puesto que mi hermano solía venir

a casa todos los sábados para impresionar a mi madre con la exhibición de sus logros, poco a poco fue adquiriendo el derecho a gobernar sobre toda la familia, incluido mi padre. Parecía hallar un placer especial en el hecho de atormentarme y humillarme y, si alguna vez osaba quejarme de su trato a mi padre o a mi madre, ellos me desairaban con brusquedad por atreverme a juzgar la conducta de mi hermano mayor.

»Por esta época vino a establecerse en nuestro vecindario la familia de un comerciante. Habían estado acondicionando durante toda la primavera una casa solariega en el pueblo, recientemente adquirida, y la visión del suntuoso mobiliario, traído de Londres, había suscitado la envidia de mi madre y despertado el orgullo de mi padre. Mis sensaciones eran muy distintas, y todas placenteras. Anhelaba ver a personajes nuevos, romper la tediosa monotonía de mi vida y encontrar una amiga como la que había representado en mi fantasía. Así pues, no puedo describir la emoción que sentí el domingo en que esa familia hizo su aparición en la iglesia. Tenía la mirada fija en la columna cerca de la cual esperaba vislumbrarlos por primera vez, y la desplacé rápidamente para ver a un criado que precedía presuroso a un grupo de damas, cuyos blancos ropajes y ondeantes plumas parecían flotar por la lóbrega nave lateral, esparciendo la luz que me permitía contemplar sus figuras.

»Les hicimos una visita formal y rápidamente elegí a la hermana mayor como mi amiga. El hijo segundo, George, me prestaba especial atención y, al descubrir que sus conocimientos y modales superaban a los de los jóvenes del lugar, comencé a imaginármelo superior al resto de la humanidad. Si mi ambiente familiar hubiese sido más distendido, o de haber tenido más amigos, probablemente no habría estado tan ansiosa por abrir mi corazón a nuevos afectos.

»El señor Venables, el comerciante, había amasado una gran fortuna gracias a su infatigable dedicación a los negocios, pero, cuando su salud empezó a empeorar rápidamente, se vio obligado a jubilarse

antes de que su hijo, George, hubiese adquirido la suficiente experiencia como para poder dirigir los negocios familiares con la misma cautela con la que su padre había actuado invariablemente. De hecho, había luchado por deshacerse de su autoridad despreciando sus planes estrictos y sus prudentes especulaciones. Al hermano mayor no lograron convencerle para entrar a formar parte de la empresa y, por complacer a su mujer y tener la casa en paz, el señor Venables le había comprado un rango en la guardia militar.

»Estoy hablando de circunstancias que llegaron a mi conocimiento mucho tiempo después, pero es preciso, mi querida niña, que conozcas el carácter de tu padre para no despreciar a tu madre, la única dispuesta a cumplir con su deber parental. En Londres, George había adquirido hábitos libertinos que se cuidaba de ocultar a sus padres y a sus contactos comerciales. La máscara que portaba cubría de tal forma su verdadero rostro que las alabanzas que su padre prodigaba sobre su conducta y —¡pobre inocente!— sobre sus principios, comparándolos con los de su hermano, hacían que el interés que mostraba por mí resultase especialmente halagador. Sin ningún propósito determinado —ahora estoy convencida de ello—, continuaba eligiéndome en el baile, me apretaba la mano al despedirse y murmuraba expresiones de vaga pasión, que yo llenaba de un significado inspirado espontáneamente por la naturaleza romántica de mis pensamientos. Su estancia en el campo fue corta y sus modales no acabaron de complacerme, pero cuando nos dejó, los colores de la imagen que me hice de él se volvieron más vívidos. ¿Adónde no me dejaría llevar por la imaginación? En fin, me creí enamorada, enamorada del desinterés, fortaleza, generosidad, dignidad y benevolencia de los que había revestido al héroe al que había nombrado caballero. Un hecho que aconteció poco después hizo patentes todas estas virtudes. [Este incidente quizá merece ser contado por más razones, así que lo describiré con la mayor claridad]:

»Yo sentía un gran afecto por mi niñera, la vieja Mary, a la que solía ayudar para que no se le cansase la vista. Mary tenía una hermana menor, casada con un marinero, en la época en que me

amamantaba (pues mi madre dio el pecho únicamente a mi hermano mayor, lo cual podría ser la causa de la extremada predilección que sentía por él). Peggy, la hermana de Mary, vivió con ella hasta que su marido, al convertirse en oficial de un mercante de las Antillas, consiguió un pequeño anticipo. Tras su viaje más exitoso, escribió a su mujer desde el primer puerto del Canal pidiéndole que fuese a Londres para reunirse con él. Deseaba incluso que ella se decidiese a vivir allí en el futuro para ahorrarse la molestia de ir a buscarle cada vez que desembarcara; además, Peggy podía ganarse un dinero regentando un puesto de verduras. A su marido le resultaba demasiado fatigoso emprender un viaje justo después de haber terminado una travesía, y cincuenta millas por tierra eran peores que mil leguas por mar.

»Peggy empaquetó todas sus pertenencias y se fue a Londres, pero no se reunió con el honrado Daniel. Una desgracia común se lo impidió, y los pobres están obligados a sufrir por el bien de su país: obligaron a embarcar a su marido, y nunca llegó a la costa.[98] Peggy era infeliz en Londres, pues —como ella decía— no «era capaz de reconocer a nadie». Además, venía de imaginarse el mes o mes y medio de felicidad que pasaría junto a su marido. Daniel tenía previsto ir con ella a las fuentes de Sadler, a la Abadía de Westminster y a otros muchos lugares del país de los que sabía que ella nunca había oído hablar. Peggy también era muy austera, mas, ¿cómo podría arreglárselas sola para poner en práctica ese plan? Daniel tenía amigos, pero ella no sabía sus nombres ni dónde vivían. Las cartas de él consistían en "¿Cómo estás?" y "Que Dios te bendiga", pues se reservaba la información para el momento del encuentro.

»Ella también guardaba sus secretos muy cerca del corazón. Molly y Jacky iban convirtiéndose en unas criaturas tan encantadoras que a Peggy casi le enojaba que su padre no viese sus travesuras. No disfrutaba de sus balbuceos ni la mitad de lo que lo hubiera hecho si por las noches pudiese haber contado a su marido los tiernos chapurreos de sus hijas. Sin embargo, le reservaba algunas historias. Jacky podía decir "papá" con una voz tan dulce que a él le hubiese

emocionado. Mas cuando llegaba y no encontraba a ningún Daniel que la recibiese y Jacky llamaba a su papá, Peggy lloraba, diciendo: "¡Dios bendiga su inocente alma, que no conoce el dolor!". Pero un dolor aún mayor aguardaba a Peggy, inocente como era. Mataron a Daniel en el primer combate y entonces ese papá se convirtió en una agonía que resonaba constantemente en su corazón.

»Ella había vivido modestamente del salario de Daniel mientras hubo alguna esperanza de que regresara, pero, cuando esta se esfumó, volvió con el corazón roto al campo, a una pequeña ciudad mercantil situada a unas tres millas de nuestro pueblo. No le agradaba la idea de ponerse a servir y sentirse constantemente desairada, después de haber sido su propia ama. Dejar a sus hijas con una niñera era imposible —¿cuánto le cobrarían por eso?— y enviarlas a la región de su marido, que estaba lejos de allí, significaba perderlo por segunda vez.

»Todo esto lo supe por Mary, e hice que mi tío proporcionase a su hermana una casita que le permitiese vender —tan sagrado era el consejo del pobre Daniel, ahora que estaba muerto y ausente— un poco de fruta, juguetes y pasteles. El ocuparse de la tienda no requería todo su tiempo, ni siquiera cuidando, además, de sus hijas, así que aceptó trabajar de lavandera y con ello pudo ganar el pan de sus pequeñas, mientras aún lloraba cuando las miradas cómplices de Jacky le hacían pensar en las de su padre. Le agradaba trabajar por sus hijas. "Sí, desde la mañana hasta la noche, ¡si tan solo pudiese tener un beso de su padre! ¡Dios lo acoja en su seno!" Sí, si la Providencia hubiese querido dejarle volver sin un brazo o una pierna, a ella no le hubiese importado, no lo amaba porque las mantuviese, no. Para eso ella contaba con sus propias manos.

»La gente del campo era honrada, y Peggy tendía la ropa fuera muy tarde, así que supuso que fue un pelotón de reclutamiento que pasaba por allí el que robó una gran colada que le desapareció por completo, incluyendo lo poco que pertenecía a ella y a sus hijas.

Fue un golpe muy duro: dos docenas de camisas, medias y pañuelos. Dio el dinero que había guardado para el arriendo de medio año, prometió pagar dos chelines por semana hasta acabar de saldar la deuda y así no perdió su empleo. Esos dos chelines semanales y la compra de lo indispensable para las niñas la dejaron en una situación tan desesperada que no tenía un penique con el que pagar su arriendo, cuando debía la renta de un año.

»En ese momento, Peggy se encontraba con Mary; acababa de contarle su historia, y, a continuación, Mary me la repitió a mí, pues a mí iba destinada. Muchas de las casas de esta ciudad que proporcionaban ventajas en el municipio[99] estaban incluidas en las propiedades adquiridas por el señor Venables, y el abogado con quien vivía mi hermano fue nombrado su representante para cobrar y recaudar los arriendos. Así pues, le reclamó el suyo a Peggy y, a pesar de sus súplicas, sus humildes bienes fueron embargados y vendidos, de modo que no tenía (y, lo que era peor, sus hijas tampoco, pues ella ya había pasado muchas miserias), una cama en la que dormir. Sabía que yo era de natural bondadoso y caritativo; no obstante, no gustándole pedir más de lo que las necesidades imponen, se negó a hacerlo mientras se pudiera hacer esperar de algún modo a los acreedores. Pero ahora, si la echaban a la calle, perdería a todos sus clientes y se vería obligada a mendigar o morir de hambre. ¿Qué sería de sus hijas? “Si no hubieran reclutado a Daniel (aunque Dios sabe lo que mejor conviene), nada de esto habría sucedido.”

»Yo tenía dos colchones en mi cama; ¿para qué quería tantos, cuando alguien tan valioso debía dormir en el suelo? Mi madre se enfadaría, pero yo podría ocultarlo hasta que bajase mi tío y entonces le contaría toda la verdad. Si él me perdonaba, el Cielo también lo haría. Rogué a la criada que me acompañase al piso de arriba (los criados siempre se compadecen de las desgracias de los pobres, y lo mismo harían los ricos si supieran lo que son). Me ayudó a atar el colchón, y en ese momento descubrí que con una sola manta me arreglaría hasta el invierno si podía convencer a mi hermana, que dormía conmigo, de que me guardara el secreto. Al

entrar ella justo cuando estábamos empaquetando, le di unas cuantas plumas nuevas para hacerla callar. Bajamos el colchón por la escalera de atrás sin que nadie se diera cuenta. Ayudé a Peggy a cargarlo, llevando conmigo todo el dinero que tenía y el que pude tomar prestado de mi hermana.

»Cuando llegué a la casita, Peggy dijo que no aceptaría lo que había traído en secreto, pero, cuando, con la apremiante elocuencia inspirada por un fin justo, le agarré la mano con lágrimas en los ojos asegurándole que mi tío me libraría de cualquier culpa cuando regresara, y le describí lo mucho que sufriría al separarse de sus hijas tras impedir durante tanto tiempo que fueran enviadas a un hospicio, acabó consintiendo.

»Mi proyecto de hacer algo provechoso no terminó aquí. Decidí hablar con el abogado. Él solía hacerme cumplidos. Su carácter no me intimidaba, pero, imaginando que Peggy debía de estar equivocada y que ningún hombre podía hacer oídos sordos a una historia tan compleja y desgraciada, decidí bajar a la ciudad con Mary al día siguiente, rogarle que esperase a recibir el arriendo y guardase el secreto hasta que volviese mi tío.

»Dormí plácidamente, me desperté con la primera luz del día y me encaminé llena de alegría a casa de Mary. ¡Qué encanto no esparcirá sobre la Naturaleza un corazón radiante! Cada pájaro que trinaba en un arbusto, cada flor que adornaba el seto parecían estar allí para despertar en mí una especie de éxtasis, sí, de éxtasis. El momento estaba repleto de dicha y no dediqué ni un pensamiento al futuro, excepto al de anticipar mi éxito con el abogado.

»Este hombre de mundo, de rostro rosado y rasgos afectados, me recibió cortés, o más aún, amablemente. Escuchó con suficiencia mis protestas, aunque apenas prestó atención a las lágrimas de

Mary. Yo no sospechaba entonces que mi elocuencia residiese en mi figura —el rubor de los diecisiete años— ni que, en un mundo donde el trato humano a las mujeres es lo que caracteriza a las civilizaciones avanzadas, la belleza de una muchacha resultase mucho más interesante que el infortunio de una mujer mayor. Mientras me apretaba la mano, me prometió dejar que Peggy permaneciera en la casa tanto tiempo como yo desease. Yo le respondí apretando la suya con más fuerza si cabe, tan agradecida y feliz me sentía. Envalentonado por mi inocente entusiasmo, me besó, y no retrocedí, pues lo tomé por un beso de caridad.

»Más contenta que unas pascuas, fui a cenar a casa del señor Venables. Había obtenido previamente de mi padre cinco chelines para comprar ropa nueva a los niños pobres a quienes cuidaba, y convencí a mi madre para que me dejase llevar a una de las niñas a casa, a la que decidí enseñar a leer y trabajar.

»Tras la cena, cuando los comensales más jóvenes se retiraron a la sala de música, relaté apasionadamente mi historia, es decir, hablé de la desgracia de Peggy sin mencionar los pasos que había dado para socorrerla. La señora Venables me dio media corona y el heredero cinco chelines, pero George permaneció sentado sin moverse. Esta cruel decepción me dolió tan profundamente que apenas pude permanecer en mi silla. De haber podido salir de la habitación, habría vuelto corriendo a casa, como huyendo de mí misma. Tras varios intentos en vano por levantarme, apoyé la cabeza contra la repisa de mármol de la chimenea y, con la mirada fija en las plantas que adornaban el salón, reflexioné sobre la vanidad de las esperanzas humanas sin preocuparme de mis acompañantes. Me apartó de esta reflexión un ligero toque en el hombro desde detrás de la silla de Charlotte. Volví la cabeza, y George deslizó en el interior de mi mano una guinea mientras se llevaba el dedo a los labios para ordenarme silencio.

»¡Qué revolución se produjo, no solo en mis reflexiones, sino

también en mis sentimientos! Me estremecí de emoción. En ese momento sentí que estaba enamorada. ¡Y qué delicadeza la suya, que aumentaba aún más su caridad! Me palpaba el bolsillo cada cinco minutos, no más que para sentir la guinea, y ese mágico contacto invistió a mi héroe de algo más que belleza mundana. Mi imaginación había encontrado un pilar sobre el que erigir su modelo de perfección, y rápidamente se puso a trabajar con la alegre credulidad de la juventud para deducir que ese corazón, que solo había seguido un impulso virtuoso, estaba consagrado a la virtud. La amarga experiencia que me enseñó cuán distintos son los principios de la virtud respecto a los sentimientos casuales que los originan aún estaba por llegar.

■

96 En la mitología griega, la lechuza es el símbolo de Atenea, diosa de la sabiduría.

97 Los cargos, como las viviendas, se utilizaban a menudo como soborno en las elecciones.

98 La leva de hombres fornidos, contra su voluntad, en la marina tuvo lugar en Inglaterra hasta el final de las Guerras Napoleónicas, en 1815. Se reclutaba sobre todo a los pobres, que oponían menos resistencia.

99 El tener propiedades inmobiliarias permitía a la persona votar los cargos municipales y a los miembros del Parlamento.

Capítulo VIII

»Tal vez me haya detenido demasiado en una circunstancia que solo es importante por cuanto supone el inicio de una decepción que ha resultado fatal para mi sosiego. Dicha circunstancia tiene que ver con una pobre muchacha a la que, intentando ayudar, llevé a la ruina. Sin embargo es probable que yo no fuese del todo víctima del error y que tu padre, cada vez más versado en el mundo, no se convirtiese enseguida en eso que no me atrevo a llamarle por respeto a mi hija. Pero, para pasar rápidamente a las escenas más turbulentas de mi vida, te diré que el señor Venables y mi madre murieron el mismo verano, y tan pendiente estaba yo de cuidarla, que apenas pensaba en otra cosa. El desinterés de su hijo predilecto, mi hermano Robert, afectó gravemente a su debilitada mente, pues, aunque puede que a los chicos se les considere los pilares de una casa sin puertas, las muchachas son a menudo los únicos consuelos que hay dentro. Las hijas arruinan con frecuencia su salud y su humor cuidando de un padre moribundo que las deja en una relativa pobreza. Tras cerrar con piedad filial los ojos de su padre, se las echa de la casa paterna con el fin de dejar sitio al primogénito, quien debe perpetuar el apellido familiar. Aunque, ocupado en sus propios placeres, el hijo mayor rara vez intenta saldar, en el ocaso de la vida de sus padres, la deuda contraída en su niñez. La conducta de mi madre me llevó a hacer estas reflexiones. Pese a la gran fatiga que soportaba y al cariño que traslucía mi incesante solicitud, de los cuales mi madre parecía plenamente consciente, cuando mi hermano —a quien yo apenas podía convencer para que permaneciese un cuarto de hora en la habitación de nuestra madre— se quedó a solas con ella, poco antes de su muerte, ella le dio un pequeño cofre con dinero que había ido ahorrando durante años.

»Durante la enfermedad de mi madre me vi obligada a lidiar con el mal humor de mi padre que, por el carácter prolongado de la dolencia de su mujer, empezó a imaginar que era un producto de su

fantasía. Por esta época, una astuta criada de más rango atrajo la atención de mi padre, y los vecinos comenzaron a hablar de las joyas y ropas, obtenidas de modo no muy honesto, que aquella exhibía en el servicio de noche. Pero yo estaba demasiado ocupada con mi madre para observar cualquier cambio en su forma de vestir o comportarse, o escuchar las murmuraciones que hablaban de un escándalo.

»No me explayaré en la escena de mi madre en su lecho de muerte, aun cuando su recuerdo siga tan vivo, ni en la emoción que me produjo su fría mano cuando me apretó por última vez. Al bendecirme, añadió: "¡Un poco de paciencia y todo habrá acabado!". ¡Ay, mi niña!, cuántas veces esas palabras han resonado tristemente en mis oídos y he exclamado: "¡Un poco de paciencia, y yo también descansaré!".

»Mi padre quedó muy afectado por su muerte, recordó los momentos en que no había sido bueno con ella y lloró como un niño.

»Mi madre había recomendado solemnemente que mis hermanas quedasen a mi cuidado y me mandó ser una madre para ellas. Mi amor por mis hermanas aumentó a medida que crecía su desamparo, pues durante la enfermedad de mi madre descubrí que mi padre estaba arruinado y que solo había logrado salvar las apariencias gracias al dinero que le pedía prestado a mi tío. El dolor de mi padre disminuyó rápidamente (así como la consiguiente ternura hacia sus hijos), con lo que la casa se hizo aún más lóbrega y caótica. Yo me refugiaba del desconsuelo en casa del señor Venables, donde el joven abogado había ocupado el lugar de su padre y dejaba a su hermana, por el momento, presidir la mesa. George, aunque insatisfecho con su parte de la fortuna, que hasta hacía poco se había invertido íntegramente en el comercio, visitaba a la familia como de costumbre. Su mente estaba llena de especulaciones comerciales, y la preocupación empezó a

ensombrecer su frente. Su interés por mí parecía haber disminuido cuando la presencia de mi tío produjo un nuevo cambio en su comportamiento. Yo era demasiado confiada, demasiado desinteresada, para intentar averiguar el origen de esos cambios.

»Mi casa se me hacía más y más desagradable cada día. Mi libertad se restringió innecesariamente y me quitaron mis libros con el pretexto de que me hacían indolente. La amante de mi padre quedó embarazada y él, que la idolatraba, toleraba o hacía la vista gorda a su burda manera de tiranizarnos. Yo me indignaba, especialmente cuando percibí sus intentos de atraer —¿o debería decir seducir?— a mi hermano menor. La sociedad convierte a las mujeres en monstruos, al no permitirles más que una única vía de ascenso (incitar el libertinaje de los hombres), y entonces sus vicios innobles se presentan como prueba de su inferioridad intelectual.

»Apenas puede describirse la situación tan penosa en la que me encontraba. Aunque mi vida no había transcurrido en la mejor sintonía con mi madre, era el paraíso en comparación con la que estaba destinada a soportar con la amante de mi padre, celosa de su ilegítima autoridad. La anterior ternura ocasional de mi padre, pese a su fuerte temperamento, había sido un consuelo para mí, pero ahora solo me dirigía reproches o miradas de desaprobación. El ama de llaves, como se la llamó a partir de entonces, era la vulgar déspota de la familia y, asumiendo el nuevo rol de dama elegante, nunca pudo perdonar el desprecio que a veces se reflejaba en mi rostro cuando pronunciaba de manera rimbombante en su mal inglés o cuando fingía estar bien educada.

»Me atreví a abrirle mi corazón a mi tío que, con su acostumbrada generosidad, empezó a pensar de qué manera podría sacarme de mi triste situación. A pesar de su decepción, o más probablemente, movido por los sentimientos que habían quedado petrificados, mas no enfriados, en todo su ímpetu, como un torrente de ardiente lava precipitándose hacia el mar, pensó en un matrimonio de mutuo

consentimiento —si los envidiosos astros lo permitían— como la única oportunidad de ser feliz en este mundo aciago. George Venables tenía reputación de prestar mucha atención a sus negocios, y el ejemplo de mi padre hacía que esta circunstancia tuviera una gran importancia, pues imaginaba que los hábitos de orden en los negocios se extenderían a la regulación de los sentimientos en la vida doméstica. George rara vez hablaba en presencia de mi tío, excepto para hacer alguna pregunta breve y juiciosa o alguna observación pertinente, con la deferencia debida a un entendimiento superior. De modo que mi tío pocas veces se marchaba sin comentar que aquel joven albergaba más cosas de las que la gente suponía.

»No era el único que pensaba así. No obstante, créeme —y en esto no me ciega el resentimiento—, esas intervenciones tan ponderadas, esa silenciosa deferencia, cuando el ánimo impetuoso de otros jóvenes parecía estar en ebullición, no eran resultado de la inteligencia ni de la humildad, sino pura aridez mental y falta de imaginación. Un potro de temperamento ambicioso se encabritará y demostrará sus aptitudes. Sí, mi querida niña, esos jóvenes carecen del fuego necesario para desarrollar sus aptitudes, y se los considera sabios únicamente porque no son estúpidos. Es cierto que yo de ningún modo sentía tanta predilección por George como durante el primer año de conocernos. Sin embargo, comoquiera que a menudo nuestras opiniones coincidían y sus sentimientos me recordaban en cierto modo a los míos, escuché complacida la propuesta de mi tío, aunque pensaba más en alcanzar mi libertad que en mi enamorado. Cuando George, aparentemente deseoso de hacerme feliz, me apremió para abandonar mi dolorosa situación, mi corazón se colmó de gratitud. Yo ignoraba que mi tío le había prometido cinco mil libras.

»Si este hombre verdaderamente generoso me hubiese mencionado su intención, yo habría insistido en que se asignasen mil libras a cada una de mis hermanas. George lo habría impugnado, yo me hubiera dado cuenta de su alma egoísta y, ¡Dios misericordioso!, me habría ahorrado el dolor de descubrir demasiado tarde que estaba

atada a un miserable sin corazón ni principios. Todos mis planes de ser útil a los demás no se habrían malogrado. La ternura de mi corazón no habría excitado mi fantasía con visiones de la inefable dicha de un amor feliz, ni se habría truncado tan cruelmente el dulce deber de una madre. Mas no he de permitir que el vano remordimiento socave la fuerza que tanto me ha costado adquirir. Antes de pasar a describirte las turbias aguas en las que tuve que adentrarme, permíteme proclamar exultante que todo aquello pasó y que mi alma ya no le guarda ningún afecto. Él cortó el nudo gordiano que mis principios —unos principios equivocados— respetaban. Él disolvió el lazo, o mejor, las cadenas, que me roían las entrañas, y eso debería alegrarme, consciente como soy de que mi mente es de nuevo libre, aunque esté encerrada en el mismo infierno, único lugar que la fantasía puede imaginar más espantoso que mi morada actual.

»Estas emociones tan cambiantes no me dejarán proseguir. Lanzo suspiro tras suspiro y, pese a ello, mi corazón sigue sufriendo. ¿Qué me tiene reservado el destino? ¿Por qué no nací hombre, o, simplemente, por qué nací?

Capítulo IX

»Retomo la pluma para escapar de mis pensamientos. Me casé, y al poco nos trasladamos a Londres. Yo me había propuesto llevarme conmigo a una de mis hermanas, pues uno de los principales motivos para contraer matrimonio era el deseo de tener un hogar en el que poder acogerlas, ahora que el suyo se había vuelto tan incómodo que no merecía ese apelativo tan gozoso. George hizo una objeción —que parecía sincera— a que una de ellas me acompañase y, contra mi voluntad, accedí. Sin embargo, era libre de llevarme conmigo a Molly, la hija de la pobre Peggy. Londres y el ascenso social son ideas que por lo general van asociadas en el campo, y Molly, más radiante que un sol, se despidió de su madre con lágrimas en los ojos. Yo ni siquiera me sentí herida porque no se me permitiese llevar a mi hermana hasta que, al enterarme de lo que mi tío había hecho por mí, cometí la ingenuidad de pedir a mi marido, mientras le hacía un relato apasionado de cuál era la situación de mis hermanas, que les diese mil libras a cada una, lo cual me parecía simplemente de justicia. Él, dándome un beso, me preguntó si había perdido el juicio. Retrocedí como si hubiese encontrado una avispa en un rosal. Protesté, él hizo un gesto de desprecio y el demonio de la discordia entró en nuestro paraíso para envenenar con su pestífero aliento cualquier incipiente alegría.

»En ocasiones había observado defectos en la inteligencia de mi marido, pero, confundida por la opinión imperante de que una buena predisposición es crucial en la vida conyugal, a medida que yo percibía las limitaciones de su entendimiento, mi fantasía ensanchaba los márgenes de su corazón. ¡Error fatal! ¡Cuán rápidamente la tan elogiada transparencia de carácter se torna hiel al entrar en contacto con el mundo, si no hay fluidos más generosos que sustenten la fuente de donde brota la virtud!

»Uno de los rasgos de mi carácter era una extrema credulidad, pero, una vez abrí los ojos, vi con toda claridad lo que antes había pasado por alto. Mi marido había perdido de repente gran parte de mi estima, aunque hay sentimientos en la juventud que salvan el abismo entre el amor y la amistad. Además, hubo de transcurrir algún tiempo hasta que pude ver su carácter bajo una luz diferente, o hasta que este se reveló ante mis ojos. Si las circunstancias desarrollaron mis facultades y perfeccionaron mi gusto, el comercio y los placeres más burdos cerraron los suyos a cualquier eventual progreso, hasta el punto de que, al borrarse cualquier destello de virtud en su interior, comenzó a imaginar que esta no existía en ninguna parte.

»No me dejes inducirte a error, mi niña, no pretendo afirmar que cualquier ser humano es totalmente incapaz de sentir las emociones generosas que son el fundamento de cualquier principio auténtico de virtud. Pero mucho me temo que con frecuencia son tan débiles que, como la cualidad inflamable que en mayor o menor grado anida en todos los cuerpos, a menudo permanecen por siempre latentes cuando no se dan las circunstancias necesarias para su materialización. No obstante, descubrí por casualidad que, como resultado de ciertas pérdidas comerciales (consecuencia lógica de su deseo especulador por acaparar rápidamente riquezas), las cinco mil libras que me dio mi tío habían llegado en un momento muy oportuno. Este descubrimiento, por extraño que parezca, me complació. Los apuros de mi marido me hicieron ser más comprensiva. Me alegraba encontrar una excusa para su comportamiento hacia mis hermanas, y mi mente se calmó un tanto.

»Mi tío me introdujo en algunos círculos literarios, y los teatros constituían para mí una fuente inagotable de entretenimiento. Fascinada, mi mirada seguía a la señora Siddons[100] cuando, con solemne delicadeza, interpretaba a Calista,[101] y mi boca repetía sin querer, en el mismo tono y con un interminable suspiro: “Corazones como los nuestros se emparejaron… juntos, pero no unidos”.[102]

»Al principio eran emociones espontáneas, aunque, al conocer a hombres de ingenio y modales refinados, a veces no podía evitar arrepentirme de haberme casado demasiado pronto y, en mi urgencia por escapar de una dependencia definitiva y extender unas alas que por fin me permitían volar en un cielo desconocido, haber caído en una trampa y quedar encerrada de por vida. No obstante, la novedad de Londres y las atenciones de mi marido, pues él me tenía una cierta estima, hicieron que transcurriesen varios meses sin darme cuenta. A pesar de ello, no olvidaba la situación de mis hermanas, muy jóvenes aún, y convencí a mi tío para que asignase mil libras a cada una y les encontrase acomodo en una escuela próxima a la ciudad, donde podía visitarlas con frecuencia u hospedarlas en mi casa.

»Por entonces trataba de perfeccionar el gusto de mi marido, pero teníamos pocos temas en común. En efecto, pronto empezó a encontrar poca satisfacción en mi compañía, excepto cuando me insinuaba el uso que podía hacer de la riqueza de mi tío. Cuando estábamos con gente, me disgustaba su ostentación de riquezas, y a menudo me iba de la habitación para no escuchar sus descabelladas historias sobre dinero obtenido en golpes de suerte.

»Pese a mi atención y afectuoso interés, sentía que no podría convertirme en su amiga o confidente. Todo lo que sabía sobre sus asuntos lo averiguaba por accidente, y en vano intentaba iniciar, junto al fuego de nuestro hogar, esa conversación puramente social que a menudo hace que dos personas de caracteres diferentes lleguen a quererse. Al volver del teatro, o de cualquier fiesta entretenida, con frecuencia comenzaba a contarle lo que había visto y lo que me había gustado más, pero él, arisco y taciturno, pronto me ordenaba callar. Así pues, sentía que en su compañía iba perdiendo gradualmente el alma y las energías de lo que poco antes había estado activo. De hecho, tanto me afectaba su actitud fría y reservada que, cuando pasaba algunos días a solas con él, me veía a mí misma como el ser más estúpido del mundo, hasta que el ingenio

de algún visitante ocasional me convencía de poseer cierta vivacidad latente y sentimientos que estaban por encima del lodo en el que había estado arrastrándome. Hasta el rostro de mi marido cambió: su tez se volvió cetrina y todos los encantos juveniles se desvanecieron junto con su viveza.

»Te describo un breve panorama de la situación, pero estos procesos y cambios comprendieron un periodo de cinco años, durante el cual yo había sonsacado a mi tío, contra mi voluntad, varias sumas de dinero para salvar a mi marido —empleando sus propias palabras— de la destrucción. Al principio fue para evitar que las cuentas se hiciesen públicas y arruinasen su reputación; después, para pagar su fianza, y, posteriormente, para impedir que nos embargasen la casa. Por fin comenzaba a darme cuenta de que él se habría esforzado más por salir de esa situación de no haber dependido de mí (tan cruel era la tarea que me impuso), y tomé la firme determinación de no buscar más pretextos.

»Desde el momento en que le comuniqué mi decisión, su indiferencia se convirtió en brusquedad, o en algo peor. Ahora rara vez cenaba en casa, y casi siempre volvía a casa a altas horas de la noche, completamente ebrio. Me cambié de habitación. Me alegré, lo confieso, de huir de la suya, pues la intimidad sin amor me parecía la situación más degradante y dolorosa en la que puede encontrarse una mujer de cualquier condición, por no hablar de lo especialmente delicada que resulta para una sensibilidad acentuada. Pero la afición de mi marido por las mujeres era del tipo más grosero, y la imaginación quedaba tan absolutamente excluida de esta cuestión que sus licencias en este aspecto se convirtieron en algo enteramente promiscuo y de una naturaleza extremadamente brutal. Mi salud se resentía antes de que el conocimiento de esas prácticas repugnantes lo alejase por completo de mi corazón. ¿De qué otra forma podría haber vuelto entonces a sus brazos corrompidos, sino como la víctima de los prejuicios de la humanidad, que ha hecho que las mujeres sean propiedad de sus maridos? Incluso llegué a oírle decir, cuando estaba ebrio, que sus favoritas eran fulanas de la más baja condición, quienes, con sus

risotadas vulgares e indecentes —que él llamaba “espontáneas”— podían despertar su ánimo embotado. Se requerían adornos y ademanes postizos para atraer su atención. Rara vez miraba dos veces a una mujer recatada y permanecía callado en su presencia. Los encantos de la juventud y la belleza no tenían el menor efecto sobre sus sentidos, a menos que sus poseedoras estuvieran iniciadas en el vicio. Sus relaciones con mujeres libertinas y su manera de pensar lo llevaban a despreciar las cualidades femeninas. Solía repetir, cuando el vino le soltaba la lengua, la mayoría de los manidos sarcasmos dedicados a las mujeres por hombres que no se permiten pensar, pues eso constituiría un impedimento para la más burda diversión. Los hombres que son inferiores a sus congéneres siempre están ansiosos por demostrar su superioridad sobre las mujeres. Pero ¿adónde me llevan estas reflexiones?

»A las mujeres que han perdido el cariño de su marido se las reprende justamente por descuidarse y no poner el mismo empeño en mantener ese amor que en conquistarlo. Pero ¿quién piensa en dar ese mismo consejo a los hombres, aunque las mujeres son continuamente estigmatizadas por su afición a los petimetres y, por la propia naturaleza de su educación, tienen más propensión a sentir rechazo? No obstante, no puedo entender por qué debería esperarse que una mujer soportase a alguien desaliñado con más paciencia que un hombre y se gobernase con magnanimidad, a menos que se considere arrogante el hecho de exigir respeto además de sustento. No es fácil ser complacidas, porque, tras prometer amar en diferentes circunstancias, se nos dice que ese es nuestro deber. Yo no puedo, lo sé —aunque al cuidar a enfermos nunca he sentido asco—, olvidar mis propios sentimientos cuando me he levantado llena de salud y buen ánimo y, tras respirar el frescor de la mañana, me he puesto a desayunar con mi marido. La actividad que había desplegado en las tareas domésticas, que solían estar listas antes de que él se levantara, o un paseo daban un rubor a mi rostro que contrastaba con su aspecto desagradable. Sus náuseas, provocadas por los excesos de la noche anterior —que no se esforzaba en ocultar— me quitaban el apetito. Me parece estar viéndole repantigado en un sillón, con un sucio guardapolvo,[103] un pijama mugriento, las medias sin ligas y el pelo enmarañado, bostezando y

desperezándose. Si no se le traía en la bandeja del té, reclamaba inmediatamente el periódico, del que apenas alzaba los ojos excepto para pedir algo de brandy o decir que no podía comer. Como respuesta a cualquier pregunta, con su mejor humor, se limitaba a repetir lentamente: "¿Qué dices, niña?", mas cuando le pedía dinero para los gastos domésticos, cosa que posponía hasta el último momento, su respuesta habitual era: "¿Cree la señora que el dinero me sale por las orejas?". El carnicero, el panadero debían esperar y, lo que era peor, a menudo me veía obligada a presenciar cómo despedía con cajas destempladas a comerciantes que necesitaban el dinero que se les debía y a quienes yo a veces pagaba con los regalos que me hacía mi tío.

»A todo esto, la amante de mi padre le convenció de que se casaran, haciéndole temer por su conciencia. Él ya se había hecho metodista y mi hermano, que ejercía por su cuenta, había descubierto un fallo en el acuerdo legal sobre los hijos de mi madre que lo invalidaba, y le concedió a mi padre, cuya angustia le hacía conformarse con cualquier cosa, un décimo de su, o mejor dicho, de nuestra fortuna.

»Mis hermanas habían dejado la escuela, pero eran incapaces de soportar la vida en esa casa, que la mujer de mi padre hacía tan desagradable como le era posible, a fin de librarse de unas niñas a las que consideraba espías de sus actos. Estaban muy capacitadas, pero apenas puedes imaginar —¡ojalá nunca te veas reducida a ese estado de indigencia!— lo que me costó encontrarles acomodo como institutrices, el único puesto en el que una mujer bien educada y con más aptitudes que las ordinarias puede luchar por ganarse un sustento, e incluso este es un trabajo considerado casi de ínfima categoría. ¿Es, pues, de extrañar que tantas mujeres desamparadas, con pasiones y sentimientos humanos, se refugien en la infamia? Solas en vastas mansiones —y digo solas, porque no tenían a nadie con quien conversar de igual a igual, o de quien poder esperar expresiones de afecto— se iban marchitando, y el sonido de la alegría las entristecía. La más joven, al ser de constitución más delicada, se iba debilitando. Solo con gran dificultad pude, —yo, que ahora casi mantenía la casa gracias a

préstamos de mi tío— convencer a su amo de que le dejase un cuarto en el que morir. Velé su lecho de enferma durante algunos meses y después cerré sus ojos, ¡dulce criatura!, para siempre. Era muy bonita, tenía un carácter adorable, pero nunca había tenido la oportunidad de casarse, excepto con un hombre muy mayor. Tenía dotes suficientes para haber brillado en cualquier profesión, si hubiera habido alguna permitida a las mujeres, aunque retrocedía ante el nombre de sombrerera o costurera por considerarlos degradantes para una dama. No calificaría este sentimiento de falso orgullo ante nadie que no fueras tú, mi niña, a quien espero fervientemente ver —¡sí, me permitiré un instante de esperanza!— con esa fuerza de carácter que confiere dignidad a cualquier condición y con ese espíritu firme y sereno que te permitirá elegir un estado por ti misma, o conformarte con ser incluida en el más bajo, si es el único en el que puedes ser dueña de tus actos.

»Poco después de la muerte de mi hermana se produjo un incidente que me demostró que el corazón de un libertino es refractario al amor espontáneo y que aquel que parecía tan tierno, cuando se trataba de satisfacer una pasión egoísta, es tan insensible con el fruto inocente de esta como con el ser en el que sacia su lujuria. Había reparado por casualidad en una anciana de aspecto avieso que visitaba a mi marido cada dos o tres meses para recibir algo de dinero. Un día, al entrar en el pasillo de la pequeña contaduría mientras ella salía, le oí decir:

—La niña está muy débil, no puede durar demasiado, pronto desaparecerá de vuestro camino, así que no tenéis por qué darle ninguna medicina si no queréis.

—Tanto mejor —respondió él—, y le ruego que se ocupe de sus propios asuntos, buena mujer.

»Quedé fuertemente impresionada por su tono insensible e inhumano y retrocedí, decidida, cuando la mujer volviese, a tratar de hablar con ella, no por curiosidad —había oído lo suficiente—, sino con la esperanza de ayudar a una pobre niña desfavorecida.

»Transcurrieron uno o dos meses hasta que volví a ver a esa mujer; llevaba de la mano a una niña que caminaba tambaleándose, incapaz de sostener su propio peso. Se marchaban para regresar a la hora en que se esperaba al señor Venables, pues entonces no estaba en casa. Le pedí a la mujer que entrase al recibidor. Ella vaciló, pero terminó accediendo. Le aseguré que no mencionaría a mi marido —la palabra parecía dificultar mi respiración— que la había visto, ni tampoco a la niña. La mujer me miró asombrada y volví mis ojos hacia la desagradable criatura [que la acompañaba]. Apenas podía tenerse en pie, tenía la tez cetrina y los ojos inflamados, con una indescriptible mirada maliciosa, mezclada con las arrugas producidas por la contrariedad y el dolor.

—¡Pobre criatura! —exclamé.

—¡Ay, bien podéis llamarla así! —respondió la mujer—. La traje aquí para ver si él tenía el suficiente corazón para mirarla, y no para recibir consejos. No sé qué merecen quienes la criaron. Se le doblaban las piernas como un arco cuando vino a mí y no se ha recuperado desde entonces. Aunque si a aquellos les pagaba como a mí, no es de extrañar, desde luego.

»Tras seguir inquiriendo, se me informó de que esa mísera criatura era hija de una criada, una muchacha de campo que llamó la atención del señor Venables y a la que este sedujo. Cuando él se casó, la envió lejos, pues su embarazo era demasiado evidente. Tras dar a luz, se vio sola en la ciudad y murió en un hospital un año después. Se mandó al bebé con un ama de cría de la parroquia y

después con esta mujer, que no parecía mucho mejor; pero ¿qué habría de esperarse de un acuerdo tan mísero? Solo se le pagaba tres chelines a la semana para dar de comer y lavar a la niña.

»La mujer me suplicó que le diese algo de ropa vieja para la niña, mientras me aseguraba que tenía miedo de pedir dinero al amo para comprar siquiera un par de zapatos. Me entró una enorme desazón. Y, con miedo de que el señor Venables pudiese entrar y obligarme a expresarle mi indignación, me apresuré a preguntarle dónde vivía, prometí pagarle dos chelines más a la semana y visitarla al cabo de uno o dos días, mientras ponía algo de dinero en su mano como prueba de mi buena intención. Si el estado de esa pequeña me afectó, ¿cuáles no fueron mis sentimientos ante lo que descubrí sobre Peggy?*

*Falta información en esta parte del manuscrito. Parece haber un episodio previsto que no llegó a plasmarse en el papel.

■

100 Sarah Siddons (de soltera Kemble) (1755-1830).

101 La heroína de Nicolas Rowe, The Fair Penitent (1703); la señora Siddons representó este papel en numerosas ocasiones.

102 Rowe, The Fair Penitent, II, 99-100: «Corazones como los nuestros no se emparejaron nunca en las alturas; pues no están hechos el uno para el otro; juntos, no unidos».

103 Prenda que se llevaba sobre la ropa ordinaria para protegerla

mientras uno se empolvaba el cabello.

Capítulo X

»La situación de mi padre era ahora tan penosa que convencí a mi tío para que me acompañase a visitarlo y me ayudase a para impedir que todos los bienes de mi familia fuesen objeto de la rapacidad de mi hermano, pues, con tal de escapar de sus dificultades actuales, a mi padre el futuro le era totalmente indiferente. Llevé algunos regalos para mi madrastra; no me suponía un esfuerzo tratarla con educación y olvidar el pasado.

»Era la primera vez que visitaba mi pueblo desde que me casé, mas ¡con qué emociones tan distintas regresaba del ajetreado mundo de la ciudad —con una pesada carga de experiencia lastrando mi imaginación— a escenarios que evocaban con la mayor elocuencia recuerdos de alegría y esperanza a mi corazón! Del brezal provenía el primer aroma de las flores silvestres que inundó mi cuerpo y despertó mis sentidos al gozo. La helada mano de la desesperación parecía liberar mi pecho y, olvidando a mi marido, las visiones alimentadas por una mente romántica —que afloraban en mi interior con su fuerza y pujanza originales— eran de nuevo aclamadas como dulces realidades. Con igual facilidad olvidé que alguna vez me sentí afligida o cuitada en el campo, mientras un fugaz arcoíris atravesaba el nublado cielo del desaliento. Con la gozosa alegría de la vivacidad infantil, reconocí la forma pintoresca de algunos de mis árboles favoritos, así como los soportales de toscos caseríos, con sus setos sonrientes. Podía besar a las gallinas que picoteaban en el ejido y deseaba acariciar a las vacas y retozar con los perros que jugueteaban por allí. Contemplé con deleite el molino y pensé que era una suerte que estuviese funcionando justo cuando yo pasaba. Al entrar en el camino verde que llevaba directamente al pueblo, el sonido de la conocida bandada de grajos dio a las diversas sensaciones de mi alma despierta ese matiz sentimental que solo servía para intensificar el brillo de aquel exuberante paisaje. Pero, cuando atisbé, según avanzaba, el chapitel que asomaba por encima de las secas copas de los viejos olmos que

albergaban la bandada de grajos, mis pensamientos volaron inmediatamente al cementerio, y lágrimas de afecto —tal era el efecto de la imaginación— regaron la sepultura de mi madre. La tristeza dio paso a sentimientos de devoción. Deambulé por la iglesia con la imaginación, tal como solía hacer algunas tardes de sábado. Recordaba con cuánto fervor me dirigía a Dios en mi juventud y una vez más miré más allá de mis penalidades, con extático amor, al Padre de la Naturaleza. Hago una pausa, al sentir con fuerza todas las emociones que describo; y, mientras recuerdo, al constatar mis pesares, la sublime calma que había sentido cuando en alguna terrible soledad mi alma se apoyaba en sí misma y parecía llenar el universo, sin darme cuenta respiro sosegadamente, acallando cualquier emoción rebelde, como si temiese manchar con un suspiro un contento tan gozoso.

»Después de arreglar los asuntos de mi padre y, gracias a mis esfuerzos en su favor, tras haber convertido a mi hermano en mi implacable enemigo, regresé a Londres. La conducta de mi marido había cambiado. Durante mi ausencia, había recibido varias cartas suyas llenas de amor y arrepentimiento y a mi vuelta parecía querer demostrar su sinceridad con su comportamiento. No podía imaginar entonces por qué actuaba así y, cuando invadió mi corazón la sospecha de que aquello pudiera deberse a que él hubiese observado mi creciente influencia sobre mi tío, casi me desprecié a mí misma por concebir que pudiese existir tal grado de mezquino egoísmo.

»De manera inexplicable se volvió dulce y atento. Atacando mi flanco más débil, hizo una confesión de sus locuras y lamentó los problemas en los que yo, que merecía una suerte bien distinta, me hubiera podido ver envuelta. Me suplicó que lo ayudara con mis consejos, alabó mi comprensión y apeló a la dulzura de mi corazón. Pero esta conducta solo me inspiró compasión. Deseaba ser su amiga, pero el amor había extendido sus rosadas alas y había volado lejos, muy lejos. Y lo había hecho sin dejar detrás —como algunos exquisitos perfumes, cuya sutil esencia se mezcla con el aire — una fragancia que indicase dónde había sacudido sus alas. Las caricias renovadas de mi marido entonces me resultaron odiosas. Su

brutalidad era tolerable comparada con esta repugnante devoción. No obstante, la compasión y el miedo a ofender sus fingidos sentimientos por mi falta de humanidad me hicieron fingir y vencer mi delicadeza. ¡Cuán ardua tarea!

»Aquellos que apoyan un sistema de lo que denomino "falso refinamiento" y no quieren permitir que gran parte del amor que anida en el pecho de mujeres y hombres brote en ciertos aspectos de forma espontánea no admitirán que los encantos son tan necesarios para alimentar la pasión como lo son las virtudes para aficionar al espíritu maduro a la amistad. A quienes piensan así no tengo nada que decirles, ni tampoco a los moralistas, quienes insisten en que las mujeres deben y pueden amar a sus maridos porque es su deber. Para ti, mi niña, añadiría, con el corazón tembloroso por tu comportamiento futuro, algunas observaciones dictadas por mis sentimientos actuales al revisar con calma este periodo de mi vida. Cuando los moralistas y novelistas ensalzan como una virtud la frialdad en el carácter de la mujer y la falta de pasión, y la hacen ceder al ardor de su amante por pura compasión o por favorecer un frío plan de comodidad futura, siento repugnancia. Puede que sean buenas mujeres, en el sentido habitual de la expresión, y que no causen ningún mal, pero me parece que no tienen esos "nervios sutilmente delicados" que convierten los sentidos en algo delicioso. Puede que posean ternura, pero carecen de ese fuego en la imaginación que produce una sensibilidad activa y una virtud positiva. ¿Cómo ha de caracterizarse a la mujer que se casa con un hombre y que consagra su corazón e imaginación a otro? ¿No es acaso objeto de piedad o desprecio cuando viola sacrílegamente la pureza de sus propios sentimientos? Más aún, es igualmente indecoroso cuando todo ello le es indiferente, a menos que sea insensible por naturaleza. Se trata entonces de una mera cuestión de trueque y yo no tengo nada que ver con los secretos del comercio. Sí, ansiosa como estoy por que tengas la rectitud mental y la pureza de corazón apropiadas, debo insistir en que una conducta insensible es contraria a la virtud. La verdad es el único fundamento de la virtud y no podemos, sin envilecer nuestras mentes, tratar de complacer a un amante o marido sino en la misma proporción en que él nos complace a nosotras. Los hombres, para

esclavizarnos de forma más efectiva, nos inculcan esta moral tendenciosa y pierden de vista la virtud dividiéndola en los deberes correspondientes a diferentes clases sociales, ¡pero permítasenos no avergonzarnos de nuestra condición cuando no hay motivo!

»Tras estas observaciones, me avergüenza admitir que estaba embarazada. El mayor sacrificio de mis principios en toda mi vida fue permitir que mi marido volviese a acercarse a mí, aunque a este acto de abnegación, en el que deseé que la tierra se abriese y me tragase, le debes tú el haber nacido y yo el placer indescriptible de ser tu madre. Había una cierta delicadeza en las atenciones nupciales de mi marido, pero ahora su corrompido aliento, su cara surcada de granos y sus ojos sanguinolentos no eran más repugnantes para mis sentidos de lo que lo eran para mi gusto sus modales groseros y su intimidad carente de amor.

»De un hombre únicamente se espera que sustente a una familia; sí, mi marido únicamente mantener a una mujer aborrecida por la constante embriaguez. Pero ¿quién esperaría de él, o creería posible, que la amara? A menos que "la juventud y los años dichosos hubiesen volado", se habría juzgado igualmente poco razonable insistir, [a riesgo de] perder casi todo lo considerado valioso en esta vida, en que no debería amar a otra; mientras que a la mujer, de razón frágil y poca voluntad, se le pide moralidad, que enfríe sus sentimientos hasta convertirlos en piedra y languidezca de añoranza, mientras trata de reformar a su embrutecido marido. Incluso puede que él dilapide el patrimonio de su mujer en vicios y borracheras —esas borracheras que lo vuelven tan odioso— y, al recortarle sus gastos, le impida mitigar en la vida social una vida tediosa y sombría. Puesto que ella no tiene poder sobre su fortuna compartida, todo ha de pasar por las manos de su marido. Si esa mujer es madre —y en la situación actual de las mujeres es una gran desgracia que a alguien se le impida cumplir las tareas y cultivar los afectos maternales—, ¿qué no soportará? Mas he dejado que la ternura de una madre me llevase a reflexiones que no pretendía hacer por no interrumpir mi relato, aunque el corazón se me desboca.

»Los aprietos del señor Venables ya no me hacían quererle. No obstante, ansiosa por ofrecerle mi amistad, traté de convencerle de que recortase gastos, pero siempre tenía alguna excusa convincente para justificarse por no seguir mis consejos. La humanidad, la compasión y el interés nacidos de la convivencia me hacían intentar socorrerlo y compadecerlo. Pero, cuando recordaba que estaba obligada a vivir con un ser así para siempre, mi corazón desfallecía; mi deseo de mejorar se tornaba lánguido y doloroso y una corrosiva melancolía se apoderaba de mi alma. El matrimonio me había encerrado de por vida. Descubrí en mí una capacidad para disfrutar de los diversos placeres que ofrecía la vida, pero, obstaculizada por las leyes tendenciosas de la sociedad, la Tierra era para mí un gran espacio en blanco.[104]

»Cuando exhortaba a mi marido a economizar, me refería a él mismo. Yo me veía obligada a ahorrar hasta el último céntimo o a contraer deudas que, mucho me temía, nunca se saldarían. Despreciaba este insignificante privilegio de estar casada, que no puede ser útil más que para la mujer viciosa o desconsiderada, y decidí no incrementar aún más el torbellino que lo estaba arrastrando. Por entonces ignoraba el alcance de las operaciones fraudulentas de aquel al que yo debía honrar y obedecer.

»Una mujer desatendida por su marido, o cuyos modales contrastan fuertemente con los de él, siempre tendrá hombres esperando para aliviarla y consolarla. Además, el desamparo de una mujer desatendida y no desprovista de encantos resulta especialmente atractivo y suscita esa especie de piedad tan parecida al amor que acaba transformándose en este. Un hombre apasionado no piensa en seducir, él mismo es seducido por las más nobles emociones de su alma. Se imagina todos los sacrificios que ha de hacer una mujer con sensibilidad y cualquier situación en la que su imaginación la sitúa le emociona y enciende su pasión. Deseando abrazar al pobre cordero trasquilado y hacer revivir los marchitos brotes de la esperanza, la benevolencia se torna pasión. Si descubre entonces

que es correspondido, el honor lo ata rápidamente, aunque adivine que más tarde pueda verse obligado a pagar graves perjuicios al hombre que jamás pareció valorar la compañía de su mujer hasta que vio la posibilidad de que pudieran indemnizarlo por perderla.

»Esas son las leyes tendenciosas promulgadas por los hombres, pues, si nos centramos en la dependencia femenina en la cuestión fundamental de la tranquilidad que nace de la posesión de propiedades, la mujer resulta [incluso en este apartado] mucho más perjudicada por perder el amor del marido que cuando se da la situación inversa. A pesar de ello, ¿dónde habrá de buscar, condenada a la soledad del hogar desierto, obtendrá una compensación de la mujer que seduce a su marido apartándolo de su lado? No puede echar a un esposo de su propia casa, ni separarse de él o llevarse a sus hijos, por muy culpable que sea. Este, dueño aún de su propio destino, disfruta de los parabienes de un mundo que marcaría a su mujer con la infamia si, buscando consuelo, se atreviese a tomar represalias.

»Estas observaciones no vienen dictadas por la experiencia, sino por la compasión que siento por muchas buenas mujeres: las proscritas de la sociedad. En mi caso, sin dar pie a ninguno de los requerimientos amorosos que se me hacían, mis pretendientes iban sucediéndose cual prematuros brotes de primavera. Ni siquiera flirteaba con ellos, pues al observarme a mí misma descubrí que no podía coquetear con un hombre sin amarlo un poco. Comprendí que no sería capaz de detenerme en la línea de las llamadas “libertades inocentes”, llegado el caso. Así pues, mi reserva era consecuencia de la fragilidad. La libertad de comportamiento ha emancipado las mentes de numerosas mujeres, pero mi conducta se ha regido de modo inflexible por mis principios, hasta que el progreso de mi entendimiento me ha permitido discernir la falacia de los prejuicios que contradicen la Naturaleza y la razón.

»Poco después del cambio que he mencionado en la conducta de mi

marido, el empeoramiento en la salud de mi tío le obligó a buscar remedio en un clima más templado, y embarcó hacia Lisboa. Dejó su testamento en manos de un amigo, un eminente notario. Previamente me había preguntado acerca de mi situación y mi estado de ánimo, y afirmó con toda libertad que no podía depositar ninguna confianza en la estabilidad de los negocios de mi marido. Se había engañado en cuanto a su carácter y ahora pensaba que se hallaba inmerso en una serie de acciones que conducirían inevitablemente a la ruina y la deshonra. La noche anterior a su partida dimos un paseo los dos solos. Esa noche me estrechó contra su corazón mientras susurraba cariñosamente “mi niña”. ¡Él, que fue más que un padre para mí! ¿Por qué no se me permitió cumplir los deberes de una hija y velar su lecho de muerte? Por su aspecto parecía convencido de no volver a verme. No obstante, me rogó encarecidamente que me fuese con él en caso de que tuviera que abandonar a mi marido. Anteriormente había expresado su tristeza al enterarse de mi embarazo, pues había decidido convencerme de que lo acompañase hasta que le informé de mi estado. Se mostró verdaderamente apenado de que un nuevo lazo me atase a un hombre al que consideraba incapaz de apreciar mi valor. Tal era el generoso lenguaje del afecto.

»Debo repetir sus propias palabras, que causaron en mi mente una impresión indeleble:

El matrimonio ciertamente es el estado en el que las mujeres, hablando de manera general, pueden resultar más útiles. Pero estoy lejos de pensar que una mujer, una vez casada, deba considerar ese compromiso como algo indisoluble —especialmente si no hay hijos que la compensen por sacrificar sus sentimientos— si el marido no es digno de su amor ni de su estima. A menudo la estima ocupa el lugar que deja el amor, y evita que una mujer sea desgraciada, aunque quizá no la haga feliz. La magnitud de un sacrificio siempre debería guardar cierta proporción con el provecho que se pretende obtener. Vivir con un hombre por el que no puede sentir amor ni respeto y al que no puede ser de ninguna utilidad —excepto como ama de llaves— es, para una mujer, una situación abyecta; ninguna

circunstancia puede nunca convertir aquello en un deber ante Dios o ante los hombres justos. Si la mujer se somete a ello solo para mantenerse ociosa, entonces no tendrá ninguna legitimidad para quejarse amargamente de su suerte ni para actuar, como haría una persona con carácter e independiente, como si tuviese derecho a ignorar las reglas generales. Pero la desgracia consiste en que muchas mujeres solo se someten en apariencia y pierden el respeto por sí mismas para asegurarse su reputación en el mundo. La situación de una mujer separada de su marido es indudablemente muy diferente de la de un hombre que ha dejado a su mujer. Para él es como sacudirse un zueco con displicencia señorial, y el hecho de proveerle de ropa y alimento se considera suficiente para asegurarle una reputación libre de toda mancha. Si ella hubiese sido desconsiderada, él sería elogiado por su paciencia y generosidad. ¡Tal es el respeto que se rinde a la llave maestra de la propiedad! Por el contrario, una mujer que renuncia al que se denomina su "protector natural" —aun cuando nunca lo fuere, excepto en el nombre— es despreciada y ninguneada por afirmar la independencia mental característica de un ser racional y por rechazar la esclavitud.

»Durante el resto de la velada, la ternura de mi tío le hizo volver con frecuencia sobre este asunto y expresar con creciente efusión sentimientos que iban en la misma dirección. Finalmente hubo que despedirse y nos separamos, ¡ay Dios!, para no vernos más.

■

104 Véase El paraíso perdido, III, 48: «…del libro de la bella sapiencia, un / universal vacío de las obras / de la Naturaleza borradas y / tachadas» (Trad. de Esteban Pujals, ed. Cátedra, Madrid, 1998, 3ª ed.).

Capítulo XI

»Un caballero de gran fortuna y modales refinados había frecuentado nuestra casa recientemente y me trataba si cabe con más respeto del que el señor Venables le profesaba. Aún no se me notaba el embarazo. Su compañía era un gran consuelo para mí, pues, a fin de reducir gastos, había pasado mucho tiempo encerrada en casa. Siempre me negué a ocultar las cosas cuando no había motivo —tal vez incluso cuando era prudente hacerlo—, por lo que a mi marido no le resultó en absoluto difícil descubrir el dinero que mi tío me había dejado como regalo de despedida. Una copia de una orden judicial fue el vulgar pretexto para arrebatármelo, y pronto tuve motivos para creer que había sido elaborada a tal fin. Reconozco mi insensatez por dejarme avasallar continuamente de esa manera. Me había mantenido firme en mi propósito y no había vuelto a pedir nada a mi tío de parte de mi marido. No obstante, cuando hube recibido una suma suficiente para cubrir mis necesidades y permitirme seguir un plan que había ideado para conseguirle a mi hermano un empleo respetable, me dejé embaucar por los burdos engaños y las hipócritas maniobras del señor Venables.

»Así me saqueó a mí y a mi familia, y así frustró todos mis proyectos de ayudar a los demás. Con todo, ese era el hombre al que debía estimar y respetar: ¡como si la estima y el respeto dependiesen de la voluntad y el arbitrio de uno mismo! Pero la mujer, siendo tan propiedad del hombre como su caballo o su asno,[105] no tiene nada que pueda llamar suyo. Él puede emplear cualquier medio para obtener lo que la ley considera como suyo en el momento en que su mujer tome posesión de ello, incluso hasta el punto de forzar una cerradura, como hizo el señor Venables para buscar cartas en mi escritorio. Todo ello se hace con una apariencia de equidad, porque ciertamente él tiene la responsabilidad de mantener a su mujer.

»La dulce madre no puede arrebatar lícitamente de las garras del jugador manirroto, del despilfarrador o del repugnante borracho que desatiende a sus hijos la fortuna que le cae en suerte, ni —¡tan flagrante es la injusticia!— lo que gana gracias a su propio esfuerzo. No, él puede robarle con impunidad, incluso para derrochar ese dinero públicamente con una cortesana. Las leyes de su país —si es que las mujeres tienen país— no le ofrecen protección ni recurso legal alguno contra su opresor, a menos que declare ante la justicia que teme por su integridad física. Aun así, ¿cuántas maneras, igual de inhumanas aunque no tan mezquinas, hay para torturar el alma hasta casi la locura?[106] Cuando esas leyes se formularon, ¿no hubiese sido mejor que juristas imparciales hubiesen decretado en primer lugar —al estilo de una gran asamblea que reconociese la existencia de un être suprême—[107] autorizar la creencia nacional según la cual el marido siempre debería ser más sabio y virtuoso que su mujer, a fin de permitirle, bajo un falsa apariencia de justicia, tener a esta ignorante y perpetua menor de edad esclavizada para siempre? Pero debo concluir con este asunto, pues siempre me dejo llevar por la indignación.

»La compañía del caballero a quien he mencionado antes, que tenía conocimientos generales de literatura y otras artes, me resultaba muy grata. El rostro se me iluminaba cuando él se acercaba y yo expresaba con toda naturalidad el placer que sentía. El entretenimiento que me proporcionaba su conversación me hacía más fácil acceder a la petición de mi marido de procurar hacerle nuestra casa más agradable. Sus atenciones se hicieron más evidentes, mas, no siendo yo de esas mujeres cuya virtud, como suele denominarse, se alarma a la mínima señal, intenté, más con bromas que mediante protestas, dar un giro distinto a su conversación. Él adoptó una nueva táctica y por un instante me dejé engañar por su fingida amistad.

»En broma, yo había alardeado de mi conquista y le había repetido esos cumplidos de enamorado a mi marido. Pero este me suplicó

que, por el amor de Dios, no ofendiese a su amigo, o frustraría todos sus proyectos y lo arruinaría. Si hubiese sentido más amor por mi marido, habría expresado el desprecio que me producía esa cortesía de conveniencia. En esos momentos solo creía sentir lástima. No obstante, incluso a un casuista le hubiese costado señalar en qué consistía exactamente la diferencia.

»Entonces ese amigo comenzó a confiarme el estado real de los negocios de mi marido. “La necesidad —dijo el señor S* (¿por qué habría de revelar su nombre, pues él fingía reprimir los comportamientos que no podía evitar?)— le ha llevado a dar esos pasos, mediante pagarés de favor[108] o comprando bienes a crédito, para venderlos por dinero en efectivo y otras transacciones similares que le harían perder toda reputación en el mundo de los negocios. En la Bolsa —añadió, bajando la voz— se le consideraba un estafador.”

»En ese momento sentí la primera punzada de instinto maternal. Consciente de los males a los que mi sexo ha de enfrentarse, no obstante seguía deseando ser madre de una hija y no podía soportar la idea de que los pecados de la deshonra causada por su padre se añadiesen a los infortunios de los que la mujer siempre es heredera.

»Esas demostraciones de amistad me embaucaron de tal forma —es más, creía, según su interpretación, que el señor S* era realmente mi amigo— que empecé a consultarle cuál sería la mejor manera de salvar la reputación de mi marido: solo el buen nombre de una mujer se mancilla para no restablecerse jamás. Yo ignoraba que mi marido había sido arrastrado a un torbellino del que no tenía fuerzas para salir. Parecía, en efecto, incapaz de emplear sus facultades en cualquier empresa normal. Sus principios a la hora de actuar eran tan laxos y su mente tan poco cultivada que cualquier cosa semejante al orden le parecía una restricción. Como los hombres en estado salvaje, precisaba del fuerte estímulo del miedo o la esperanza —producido por especulaciones descabelladas en las

que los intereses ajenos de nada servían— a fin de mantener su espíritu despierto. En cierta ocasión se declaró patriota, pero no sabía lo que era sentir una indignación sincera. Pretendía ser un defensor de la libertad cuando, sintiendo como sentía tan poco amor por la raza humana como por los individuos, no pensaba sino en su propia recompensa. Era igual como ciudadano que como padre. Las sumas de dinero que obtenía hábilmente violando las leyes de su país, así como las de la humanidad, dejaba que las derrochase una amante, aunque esta, al igual que sus hijos, era arrojada con la misma sangre fría a la pobreza cuando encontraba a otra más atractiva.

»Con diversos pretextos su amigo siguió visitándome y, reparando en mi precaria economía, trató de convencerme para aceptar algo de dinero. Rechacé tajantemente su oferta, aunque la hizo con tal delicadeza que no pudo disgustarme.

»Cierto día vino —pensé que de manera casual— a cenar. Mi marido estaba muy ocupado en sus negocios y abandonó la habitación poco después de retirarse el mantel. Charlamos como de costumbre, hasta que los consejos confidenciales condujeron de nuevo a la cuestión amorosa. Yo me sentía extraordinariamente avergonzada. Le profesaba un afecto sincero y esperaba que él sintiese lo mismo por mí. Así pues, comencé a reconvenirle dulcemente. Él tomó esa amabilidad por un tímido coqueteo y no se desvió del tema. Al darme cuenta de su error, le pregunté gravemente cómo, hablándome así, podía declararse amigo de mi marido. Una sonrisa sarcástica y reveladora avivó mi curiosidad y él, imaginando que ese era mi único escrúpulo, extrajo pausadamente una carta del bolsillo, diciendo:

—El honor de vuestro marido no es inflexible. ¿Cómo vos, con vuestro discernimiento, pudisteis creerlo? Si antes se marchó de esta habitación, fue para darme la oportunidad de declararme; me creía demasiado tímido, demasiado lento.

»Le arrebaté la carta con indescriptible turbación. Su propósito era invitarlo a cenar y ridiculizar su caballeroso respeto hacia mí. Le aseguraba que “toda mujer tiene un precio” y, con grosera indecencia, insinuaba que “le alegraría que lo liberasen de sus deberes de esposo”. A esto lo llamaba “sentimientos liberales”. Le aconsejaba no violentar mis ideas románticas, sino atacar mi crédula generosidad y frágil compasión. Concluía pidiéndole que “le prestase quinientas libras por un mes o por seis semanas”. Leí la carta dos veces más y el firme propósito que la inspiraba calmó el creciente tumulto en mi alma. Me levanté pausadamente, pedí al señor S* que esperase un momento, e, irrumpiendo al instante en la oficina, solicité al señor Venables que volviese conmigo al comedor.

»Él dejó su pluma y entró conmigo sin percibir ningún cambio en mi rostro. Cerré la puerta y, entregándole la carta, le pregunté simplemente si la había escrito él o se trataba de una falsificación. No podría describir su confusión. La mirada de su amigo se encontró con la suya y él farfulló algo acerca de una broma, pero le interrumpí:

—Es suficiente. Nos separamos para siempre —y proseguí, con solemnidad—. He sido indulgente con vuestra tiranía e infidelidades. Me abstendré de enumerar todo lo que he tolerado. Os creía falto de principios, pero no tan decididamente vicioso. Sellé un vínculo sagrado ante el Cielo y lo he mantenido, incluso cuando hombres más conformes a mi gusto me han hecho sentir —desprecio todo subterfugio— que aún podía amar. Desairada por vos, he sofocado resueltamente esas tentadoras emociones y respetado la confianza que nos habíamos prometido y que vos ultrajasteis. ¡Y ahora os atrevéis a insultarme vendiéndome como a una prostituta! ¡Sí, carente por igual de principios y delicadeza, osasteis comerciar sacrílegamente con el honor de la madre de vuestro hijo!

»Entonces, volviéndome al señor S*, añadí:

—Os convido, señor, a ser testigo —y alcé las manos y la mirada al cielo— de que, con la misma solemnidad con la que tomé su nombre, ahora abjuro de él —me quité el anillo y lo puse sobre la mesa—, y de que pretendo abandonar inmediatamente su casa y no volver a ella jamás. Me mantendré a mí y a mi hijo. Lo dejo tan libre como me propongo serlo yo, pues no habrá de responder por ninguna deuda mía.

»La estupefacción dejó sin habla al señor Venables hasta que, empujando suavemente a su amigo fuera de la habitación con una forzada sonrisa, recobró la compostura por un momento y, con su expresión habitual, se volvió hacia mí lleno de ira. Mas no había terror en su rostro, excepto si lo comparamos con la maligna sonrisa que lo precedió. Me ordenó abandonar la casa por mi cuenta y riesgo, dijo que "despreciaba mis amenazas", que yo no disponía de recursos, que no podría declararle la guerra ni temía por mi vida, que él nunca me había puesto la mano encima. Arrojó al fuego la carta que yo había dejado imprudentemente en sus manos y, cuando abandonó la habitación, cerró con llave.

»Una vez sola, transcurrieron unos segundos hasta que pude reponerme. Aquellas escenas se habían sucedido con tal rapidez que casi dudaba de estar reflexionando sobre un hecho real. "¿Era aquello posible? ¿Era, en verdad, libre?" Sí, libre me creí cuando comprendí la actitud que debía adoptar. ¡Cuánto había suspirado por esa libertad! Por ella habría pagado cualquier precio, excepto el de mi propia estima.

Me levanté para desentumecerme. Abrí la ventana y me pareció que el aire nunca había traído un perfume tan delicioso. La faz del cielo se tornaba más hermosa cuanto más la miraba y las nubes parecían disiparse atendiendo a mis deseos para dejar espacio a mi espíritu. Yo era toda alma y, por disparatado que pueda parecer, sentía como

si pudiese disolverme en el suave y cálido vendaval que acariciaba mis mejillas o deslizarme bajo el horizonte sobre los brillantes rayos que caían desde lo alto. Una seráfica satisfacción animó mi espíritu sin agitarlo y mi imaginación reunió, en visiones grandiosamente sublimes o apaciguadoramente bellas, una inmensa variedad de las infinitas imágenes —que la Naturaleza brinda y la imaginación combina— de lo grandioso y lo justo. El fulgor de esas imágenes brillantes y pintorescas fue apagándose con la puesta de sol, pero yo seguía sintiendo el apacible deleite que habían esparcido en mi corazón.

»Puede que algunos defensores de la obediencia conyugal, distinguiendo entre el deber de una esposa y el de un ser humano, critiquen mi comportamiento. No escribo para ellos, ni serán ellos quienes juzguen mis sentimientos. ¡Ojalá, hija mía, la dolorosa experiencia nunca te haga averiguar lo que tu madre sintió antes de liberar su mente!

»Había empezado a escribir una carta a mi padre, tras concluir otra para mi tío, no para pedir consejo, sino para comunicarle mi decisión, cuando el señor Venables irrumpió en la habitación. Su actitud había cambiado. Sus expectativas sobre la fortuna de mi tío le hacían mostrarse reacio a que yo abandonase la casa. De otro modo —estoy convencida de ello— le habría alegrado librarse de la menor de las restricciones que le imponía mi presencia: la de mostrarme algo de respeto. Lejos de sentir amor por mí, me odiaba, pues estaba convencido de que yo debía de despreciarlo. Me dijo que, puesto que había tenido tiempo para calmarme y reflexionar, no dudaba de que mi prudencia y gran sentido del decoro me llevarían a olvidar lo sucedido. Yo respondí que “la reflexión no había hecho sino confirmar mi propósito y que ningún poder sobre la Tierra podría desviarme de él”.

»Al tiempo que se esforzaba por adoptar un tono de voz y una mirada dulces —cuando de buena gana me hubiese torturado para

hacerme sentir su poder—, en su rostro se dibujó una expresión infernal cuando me pidió que no me pusiese en evidencia ante los criados y le obligase a encerrarme en mi habitación. Si le daba mi palabra de no abandonar la casa precipitadamente, sería libre y… Le interrumpí diciéndole que no prometería nada. No tenía ninguna obligación de mantener las apariencias. Estaba decidida y no me plegaría a sus subterfugios.

»Él murmuró que pronto me arrepentiría "de esos aires ridículos" y, tras pedir que trajesen el té a mi pequeño estudio, que comunicaba con mi dormitorio, volvió a cerrar la puerta con llave y me dejó sumida en mis propias meditaciones. Le había seguido sin oponer resistencia al piso de arriba, pues no deseaba fatigarme con esfuerzos inútiles.

»Nada calma tanto la mente como un propósito fijo. Sentía como si me hubiese quitado un gran peso del corazón. Todo parecía iluminarse y, si abominaba de las instituciones sociales que permiten a los hombres tiranizar así a las mujeres, se trataba casi de un sentimiento desinteresado. Pasaba por alto los inconvenientes de aquel momento, ahora que mi mente había dejado de luchar contra sí misma y la razón y el instinto se habían dado la mano y estaban en paz. Ya no tenía ante mí esas crueles palabras, con la perspectiva interminable, ¡ay!, durante el tedioso futuro de toda una vida, de luchar por vencer mi repugnancia y sofocar los deseos y esperanzas de una imaginación impetuosa. Había vislumbrado la muerte como mi única posibilidad de salvación, pero, mientras la existencia aún tenía tantos encantos y la vida prometía felicidad, me asustaba caer en los gélidos brazos de un tirano desconocido, aun siendo estos mucho más tentadores que los del hombre al que me creía atada sin otra alternativa. Me conformaba con seguir así durante un poco más de tiempo y esperar no sabía muy bien qué, en lugar de abandonar los "cálidos contornos del alegre día"[109] y todo el estéril amor de mi naturaleza.

»Mi situación en aquel momento dio un nuevo giro a mis reflexiones y me pregunté —ahora que se había retirado el velo que me impedía ver con claridad— cómo pude haber creído, antes de ese último y definitivo ultraje, que estaba atada para siempre al vicio y la insensatez. ¿Acaso un genio maligno había lanzado un conjuro el día de mi nacimiento? ¿Acaso desde la oscuridad había irrumpido un demonio rabioso para confundir mi entendimiento y encadenar mi voluntad con falsos prejuicios? Estos razonamientos me hacían salir de mí misma para meditar sobre las desdichas propias de mi sexo. "¿Acaso —pensaba— no están por siempre estigmatizados los déspotas que, por la pura gratuidad de su poder, ordenaban encadenar incluso a los más pérfidos criminales a cuerpos sin vida?" Aunque sin duda son mucho más inhumanas las leyes que forjan grilletes de diamantes para encadenar dos mentes que en ningún caso pueden llevar una vida en común. ¿Qué puede igualar, pues, la miseria de ese estado en el que no existe más alternativa que la de sofocar los sentimientos o enfrentarse a la infamia?

■

105 Véase Éxodo, 20,17: «No codiciarás la casa de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo».

106 Ver William Blackstone, Commentaries on the Laws of England (1765-1769), I, 15, pp. 430, 432-433; II, 29, p. 433.

107 El siete de mayo de 1794, Robespierre convenció a la Asamblea Nacional para que decretase que los franceses reconocían la existencia de un Ser Superior, así como la inmortalidad del alma.

108 Cuenta para incrementar el dinero a crédito.

109 Thomas Gray, An Elegy Written in a Country Churchyard (1751), I, 87.

Capítulo XII

»Hacia medianoche el señor Venables entró en mi habitación y, mientras yo me disponía a acostarme, me ordenó que me apresurase, pues aquel era “el mejor lugar para que marido y mujer pusieran fin a sus diferencias”. Había estado bebiendo abundantemente para cobrar ánimos.

»Al principio no me digné a responder, pero, cuando advertí que él aparentaba tomar mi silencio por consentimiento, le dije que si no se iba a otra cama y me dejaba acostarme me quedaría sentada en mi estudio durante toda la noche. Intentó empujarme hacia el dormitorio, medio en broma, pero yo me resistí y, puesto que había decidido no darme ningún motivo para poder acusarle de emplear la violencia, después de algunos intentos más se retiró maldiciendo mi obstinación.

»Me senté a reflexionar durante un rato más, después de lo cual me envolví en mi capa y me dispuse a dormir en el sofá. Tan afortunada me pareció mi liberación, tan sagrado el placer de estar así arropada, que dormí profundamente y desperté con la mente dispuesta a enfrentarme a los desafíos de aquel día. El señor Venables no se despertó hasta algunas horas más tarde, y entonces vino hacia mí a medio vestir, bostezando y desperezándose, con ojos cansados, como si apenas recordase lo sucedido la noche anterior. Me miró fijamente por un momento y, llamándome tonta, preguntó que hasta cuándo pretendía continuar con aquella farsa. Él, por su parte, estaba endemoniadamente harto de ella, pero esa era la plaga de mujeres casadas que creían saber algo.

»En respuesta a su arenga, me limité a decir que debería alegrarle librarse de una mujer tan indigna de ser su compañera y que

cualquier cambio en mi conducta sería disimular de manera mezquina, pues una reflexión más pausada no había hecho sino otorgar el sagrado sello de la razón a mi primera resolución. Él parecía a punto de dar patadas de impaciencia al verse obligado a contener su ira, pero, controlando su rabia —pues las personas débiles cuyas pasiones parecen ingobernables las refrenan con más facilidad cuando tienen un motivo suficiente—, exclamó:

—¡Muy bonito, por mi vida, muy bonito! ¡Florituras teatrales! ¡Reza, bella Roxana,[110] baja de las alturas y recuerda que estás representando un papel en la vida real! —pronunció estas palabras con aire de suficiencia y se fue a vestirse escaleras abajo.

»Al cabo de una hora aproximadamente se acercó de nuevo a mí y, en el mismo tono, dijo que venía como mi ujier para llevarme de la mano a desayunar.

—¿Sois acaso de la orden del bastón negro?[111] —pregunté.

»Esta pregunta, así como el tono en que la formulé, le desconcertó un poco. A decir verdad, en ese momento ya no sentía resentimiento ninguno. Mi firme resolución de liberarme de mi innoble esclavitud había absorbido las diversas emociones que durante seis años habían atormentado mi alma. El deber que marcaban mis principios parecía claro y ningún sentimiento de ternura se interponía para apartarme del camino. Mi marido me había inspirado un fuerte rechazo, pero eso solo me llevaba a desear evitarlo y a dejarlo salir de mi memoria. No hay ningún sufrimiento, ninguna tortura que no hubiese elegido voluntariamente antes que renovar mi contrato de servidumbre.

»Durante el desayuno trató de razonar conmigo sobre la locura de

los sentimientos románticos, pues ese era el epíteto que aplicaba indiscriminadamente a cualquier forma de pensar o actuar superior a la suya. Afirmó que "todo el mundo se rige por su propio interés". Quienes pretendían actuar por motivos diferentes no eran sino canallas más astutos, o locos trastornados por los libros que tomaban por el Evangelio todos esos disparates rodomontescos[112] escritos por hombres que no sabían nada del mundo. Él, por su parte, daba gracias a Dios por no ser un hipócrita y, si a veces hacía alguna excepción, era siempre con intención de pagar a cada hombre lo suyo. Entonces insinuó astutamente que todos los días esperaba la llegada de un barco, un negocio exitoso que le facilitaría las cosas por el momento, y que tenía varios proyectos más que dependían de aquello, los cuales no podían fallar. No tenía ninguna duda de que al cabo de pocos años sería rico, aunque algunas aventuras desafortunadas lo habían devuelto al punto de partida. Le respondí sin acritud que deseaba que no se implicase aún más en esos turbios negocios.

»Él no se daba cuenta de que yo me regía por una decisión racional que no tenía nada que ver con una mera explosión de resentimiento. Ignoraba lo que era sentir indignación por el vicio, y a menudo se jactaba de su temperamento indulgente y su prontitud a la hora de perdonar ofensas. Cierto, pues solo consideraba el ser engañado como una habilidad contra la que no se había precavido. A continuación, aparentando inocencia, dijo que no sabía cómo habría actuado él en esas circunstancias. Puesto que su corazón nunca daba paso a la amistad, jamás sufría decepción alguna. Afirmaba, ciertamente, que cualquiera al que acabara de conocer era "el tipo más inteligente del mundo", y lo creía de veras: hasta que lo novedoso de su conversación o carácter dejaba de surtir ningún efecto en su ánimo flemático. Su respeto por la posición social o la fortuna era más constante, aunque no tuviera ningún plan para aprovecharse de la influencia de una u otra para impulsar sus proyectos.

»Tras algunos preámbulos —la sangre, que yo creía más calmada, ruborizaba mis mejillas a medida que él hablaba—, aludió a mi

situación. Me pidió que reflexionara y "actuase como una mujer prudente", como la mejor demostración de mi gran entendimiento. Puesto que él reconocía mi inteligencia, debía demostrarla. Yo no carecía de pasiones, añadió, subrayando sus palabras, y un marido es un útil pretexto. Él era de mentalidad liberal y, ¿por qué no podíamos, como otros matrimonios que están por encima de prejuicios vulgares, consentir tácitamente en dejar que el otro siguiera sus propias inclinaciones? No se refería a otra cosa en la carta que convertí en motivo de disputa. El placer que yo parecía sentir en compañía del señor S* le llevó a la conclusión de que este no me desagradaba.

»Un empleado trajo el correo y, como hacía a menudo mientras mi marido discutía temas de negocios, me dirigí al piano y comencé a tocar una de mis melodías favoritas para recomponerme —como de hecho ocurrió—, y alejar de mi alma los ruines sentimientos que recién me había visto obligada a escuchar. Estos habían suscitado en mí sensaciones similares a las experimentadas ante la visión de los sórdidos habitantes de algunos de los callejones de los barrios bajos de la ciudad, avergonzada por tener que considerarlos mis semejantes, como si un mono me hubiese exigido que lo considerase mi igual; o como cuando, rodeada por una niebla mefítica,[113] he deseado que disparasen un cañón para despejar la atmósfera cargada y poder tener espacio para moverme y respirar.

»Mi ánimo se había rebelado, e interpreté una especie de improvisado preludio. El tono era probablemente violento y apasionado mientras, perdida en mis pensamientos, convertía las notas en una suerte de eco de mis razonamientos. Cuando hice una pausa, me encontré con la mirada del señor Venables. Me observaba con un aire de engreída satisfacción, como queriendo decir: "Mi última insinuación ha funcionado, ahora ella comienza a saber lo que le interesa". Entonces, cogiendo el correo, dijo que esperaba no oír más tonterías románticas, propias de una muchachita recién salida del internado, y se fue como de costumbre a la contaduría. Yo continué tocando y opté por una partitura más enérgica, que ejecuté con inusual viveza. Oí pasos aproximándose a la puerta y

pronto me convencí de que el señor Venables estaba escuchando. Este convencimiento no hizo sino dar más ligereza a mis dedos. Bajó a la cocina, y la cocinera, probablemente por orden suya, acudió para preguntarme qué quería de cena. El señor Venables entró de nuevo en el salón con aparente indiferencia. Comprendí que aquel hombre tan astuto se estaba viendo desbordado, di mis instrucciones como de costumbre y salí de la habitación.

»Mientras me retocaba el vestido, el señor Venables se asomó y, excusándose por la interrupción, desapareció. Saqué la labor[114] —pues no podía leer— y me trajeron dos o tres mensajes, probablemente sin otro propósito que el de permitir al señor Venables averiguar qué estaba haciendo. Yo me paraba a escuchar cada vez que oía abrirse la puerta de la calle, y al fin me pareció distinguir las pisadas del señor Venables saliendo. Dejé la labor, el corazón me palpitaba. No obstante, temía apresurarme a indagar, así que esperé una interminable media hora hasta que me atreví a preguntar al mozo si su amo estaba en la oficina.

»Cuando me respondió que no, le mandé llamar a un carruaje y, tras reunir apresuradamente unas pocas cosas indispensables junto con un pequeño paquete de cartas y papeles que había cogido la noche anterior, me introduje en él a toda prisa y ordené al cochero que me llevase a una parte alejada de la ciudad. Casi temí que el carruaje se averiase antes de dejar mi calle, pero —al doblar la esquina— me pareció respirar un aire más libre. Imaginaba que me elevaba por encima de la densa atmósfera de la Tierra y me sentía como deben de sentirse las almas fatigadas al entrar en otra dimensión.

»Me detuve en una o dos paradas de carruajes para evitar que me persiguieran, y recorrí los arrabales de la ciudad en busca de algún oscuro alojamiento en el que ocultarme hasta poder valerme de la protección de mi tío. Había resuelto emplear mi apellido de soltera y mostrar abiertamente mi decisión, sin ninguna reclamación

formal, en cuanto encontrase un hogar donde poder descansar sin el temor de esperar cada día la llegada del señor Venables. Miré algunos alojamientos, mas cuando descubrí que no me admitirían en ninguna pensión decente sin la referencia de algún conocido que podría informar a mi tirano —los hombres no tienen estos problemas—, me acordé de una mujer a quien había ayudado a montar una pequeña mercería y que sabía disponía de una primera planta para alquilarme.

»Acudí a ella y, aunque no pude convencerla de que el señor Venables y yo nunca haríamos las paces, accedió a ocultarme por el momento, mientras, sacudiendo la cabeza, me aseguraba no obstante que la mujer, una vez casada, debía soportarlo todo. Su pálido rostro, en el que se dibujaban mil profundos surcos y arrugas producidos por lo que significativamente llaman "desgaste", confirmaba sus palabras, y más tarde tuve ocasión de observar el trato que debía soportar y las canas[115] que daban fe de su paciencia. Trabajaba desde la mañana a la noche, a pesar de lo cual su marido robaba dinero de la caja y se llevaba parte de la suma reservada para pagar facturas. Cuando volvía a casa borracho, golpeaba a su mujer si esta se atrevía a ofenderle, sin importarle que llevase un niño en su vientre. Estas escenas me despertaban por la noche, y por la mañana la oía hablar como si nada con su querido Johnny. Él era, ciertamente, su amo; ningún esclavo de las Antillas tendría uno más despótico, pero por suerte ella pertenecía a la estirpe de las auténticas esposas rusas.[116]

»Durante los días previos mi mente parecía separada de mi cuerpo, pero ahora que la lucha entre ambos había terminado, sentía con fuerza los efectos que la inquietud produce en una mujer en mi situación. El miedo a sufrir un aborto prematuro me obligó a recluirme en mi habitación durante cerca de quince días, pero escribí a un amigo de mi tío pidiéndole dinero y prometiéndole que iría a verle y le explicaría mi situación en cuanto me encontrase con fuerzas suficientes como para salir. Entretanto le rogaba que no le revelase a nadie mi paradero, pues temía que mi marido —puesto que así lo consideraba la ley— pudiese perturbar la mente que no

pudo conquistar. Le mencioné mi intención de partir hacia Lisboa y pedir protección a mi tío tan pronto mi salud me lo permitiese.

»No obstante, la tranquilidad que había ido recuperando pronto se vio interrumpida. Mi casera vino un día, con los ojos hinchados por el llanto e incapaz de pronunciar lo que le habían ordenado decirme. Afirmó que nunca en su vida se había sentido tan desdichada, que debía de parecerme un monstruo ingrato y que de buena gana me suplicaría de rodillas que la perdonase, como había hecho con su marido para que la dispensase de esa horrible misión. Los sollozos le impedían proseguir o responder a mis impacientes preguntas por saber qué quería decirme. Cuando se hubo sosegado un poco, sacó un periódico del bolsillo mientras afirmaba que le dolía en el alma, pero, ¿qué podía hacer?, debía obedecer a su marido. Le arrebaté el periódico. En seguida mis ojos tropezaron con un anuncio en el que se leía: “Maria Venables, sin causa aparente, ha huido de su esposo y cualquier persona que la hospedase será castigada con la mayor severidad por la ley”.

»Tan familiarizada estaba con la vileza moral del señor Venables, que este paso no me sorprendió y apenas suscitó mi desprecio. El resentimiento nunca ha sobrevivido al amor en mi alma. Con tono afable rogué a la pobre mujer que enjugase sus lágrimas y le dijese a su marido que viniese y me hablase en persona. Mi actitud lo atemorizó. Respetaba a una dama (que no a una mujer), y comenzó a balbucir una disculpa.

»El señor Venables era un caballero rico. Él deseaba complacerme, pero ya había padecido bastante por causa de la ley como para temblar ante la sola idea de sufrir de nuevo su castigo. Además, no cabía duda de que deberíamos reconciliarnos, de manera que ni siquiera debía agradecerle el ser cómplice en nuestra separación. “Marido y mujer son, bien lo sabe Dios, uno solo y todo volverá a su cauce”. Carraspeó torpemente y, con mirada maliciosa, añadió que el amo podía haber hecho algunas pequeñas travesuras, pero, “bien

lo sabe Dios, los hombres serán hombres hasta que el mundo deje de existir".

»Comprendí que sería inútil discutir con ese ser privilegiado desde el nacimiento con el uso de la razón, así que únicamente le pedí que me dejara permanecer un día más en su casa mientras buscaba alojamiento y que no informase al señor Venables de que me había refugiado allí. Él accedió, pues no tuvo el suficiente valor como para rechazar a una persona por quien habitualmente sentía respeto, pero oí cómo la cólera reprimida estallaba en forma de maldiciones al encontrarse con su mujer, que esperaba impaciente al pie de la escalera para saber qué efecto tendrían mis protestas sobre él. Sin perder tiempo en mostrarme indulgente con esa vejación, salí una vez más en busca de un lugar en el que poder esconderme durante unas pocas semanas.

»Solo consintiendo en pagar un precio exorbitante logré alquilar una habitación sin tener que dar referencias sobre mi identidad. El modo en que miraban mi silueta parecía querer decirme que los motivos para ocultarme eran suficientemente obvios. Así pues, me veía obligada a resguardarme de la infamia.

»Para evitar cualquier riesgo de que me localizaran —empleo un término adecuado, hija mía, pues me perseguían como a un criminal— decidí tomar posesión de mi nuevo alojamiento esa misma noche. No informé a mi patrona de adónde iba. Sabía que ella me profesaba un afecto sincero y que de buena gana habría corrido cualquier riesgo para demostrarme su gratitud. Con todo, estaba plenamente convencida de que unas pocas palabras amables de Johnny habrían tocado su ser más femenino y habría sacrificado a su querida benefactora, como ella me llamaba entre lágrimas de agonía, con tal de recompensar a su tirano por dignarse a tratarla como a una igual. Él podía ser bondadoso, según decía ella, cuando quería. Este relajamiento de su dureza, comparado con su brutalidad habitual, a ella le bastaba, y se podía comprar a un

precio no demasiado elevado.

»La lectura del anuncio en el periódico me hizo desear refugiarme junto a mi tío, sin importarme las consecuencias, y me dirigí en un coche de punto —temiendo que, de ir a pie, pudiese encontrarme con algún conocido—. Este me recibió muy educadamente —mi tío ya le había predispuesto en mi favor— y escuchó con interés mi explicación de los motivos que me habían inducido a huir de casa y ocultarme en la oscuridad, con el miedo e inseguridad que únicamente deberían ir asociados a la culpa. Lamentó —con más galantería, pensé, de lo que correspondía a mi situación— que una mujer así fuese arrojada a los brazos de un hombre insensible a los encantos de su belleza y elegancia. Parecía no saber qué aconsejarme para eludir la búsqueda de mi marido sin acudir apresuradamente a mi tío, a quien, dijo titubeando, quizá no encontrase con vida. Dijo esto visiblemente apenado, y finalmente me rogó que aguardase el siguiente barco.[117] Me ofreció todo el dinero que necesitase y prometió visitarme.

»Mantuvo su palabra. A todo esto, no llegaba carta alguna que pusiese fin a mi dolorosa incertidumbre. Me hice con algunos libros y partituras para entretener esos tediosos y solitarios días.

“Ven, Libertad eternamente sonriente,

y trae contigo a tu alegre séquito”,[118]

cantaba una y otra vez hasta que, deprimida por el esfuerzo de mantener la alegría, lamentaba amargamente la suerte que me privaba de cualquier placer compartido. Había conquistado una relativa libertad, ¡mas el alegre séquito parecía haberse quedado muy atrás!

■

110 La asesina en la tragedia de Nathaniel Lee, The Rival Queens, or the Death of Alexander the Great (1677).

111 Oficial de la Cámara de los Lores, entre cuyas ocupaciones se encontraba la de llevar a los acusados al juicio.

112 Extremadamente jactancioso; en alusión a Rodomonte, el violento guerrero de los poemas de Ariosto.

113 Fétido, vapor pestilente que proviene de la tierra.

114 Labores de aguja.

115 «Grizzled» en el original; «canoso».

116 Las esposas rusas eran conocidas por su sumisión a las brutales palizas de sus maridos.

117 Correo por barco.

118 Händel, Judas Macabeo, letra de Thomas Morel (1746), primera parte.

Capítulo XIII

»Vigilando a mi único visitante —el amigo de mi tío—, o por algún otro medio, el señor Venables descubrió mi paradero y vino a preguntar por mí. La criada le aseguró que en la casa no había nadie que concordase con su descripción. A esto le siguió un alboroto que me alarmó; me puse a escuchar y al distinguir su voz cerré con llave inmediatamente. De repente las voces se fueron calmando y esperé casi un cuarto de hora hasta que le oí abrir la puerta del salón y subir las escaleras con la casera, que afirmó servilmente no saber nada de mí.

»Al descubrir que mi puerta estaba cerrada con llave, ella me pidió que la abriera y me dispusiera a volver a casa con mi marido, aquel "pobre caballero" a quien había causado ya suficiente disgusto. No respondí. Entonces, el señor Venables, adoptando un tono de voz suave y fingido, me rogó que considerase lo mucho que sufría, así como mi propia reputación, y venciese ese resentimiento infantil. Siguió por ese camino, fingiendo dirigirse a mí pero adaptando de forma evidente su discurso a la capacidad de la patrona, quien a cada pausa murmuraba una exclamación de lástima o bien asentía: "Sí, no cabe duda. Muy cierto, señor".

»Harta de aquella farsa y comprendiendo que no podría evitar la odiosa entrevista, abrí la puerta y mi marido entró. Mientras avanzaba con pausado aplomo para estrechar mi mano, yo retrocedí al sentir el contacto con involuntario sobresalto, como habría hecho ante un asqueroso reptil, con más repugnancia que terror. La mujer que lo había guiado hasta allí se retiraba para darnos, según dijo, la oportunidad de arreglar las cosas. Pero le dije que o entraba ella o saldría yo, y la curiosidad la impulsó a obedecerme.

»El señor Venables comenzó a quejarse y aquella mujer, orgullosa de la confianza que él parecía otorgarle, lo secundó. Pero, calmadamente, la hice callar interrumpiendo sus vulgares palabras, al tiempo que me volvía hacia él para preguntarle por qué me atormentaba en vano, pues ningún poder sobre la Tierra me haría volver a su casa. Tras un largo altercado, cuyos detalles no vienen al caso, él salió de la habitación. Durante un rato tuvo lugar una conversación en voz alta en el salón de abajo y descubrí que había traído con él a su amigo, un abogado.[119]

[»] El alboroto en el rellano hizo salir a un caballero que no hacía mucho que vivía en la pensión, quien me preguntó por qué me acosaban de aquel modo.* El locuaz abogado se apresuró a repetir la conocida patraña. El extraño se volvió hacia mí, afirmando, con la mayor cortesía y gentil interés, que mi rostro reflejaba una historia muy diferente. Añadió que nadie habría de insultarme ni forzarme a salir de aquella casa.

—¿Ni siquiera su marido? —preguntó el abogado.

—No, señor, ni siquiera su marido —el señor Venables avanzó hacia él, pero la actitud de mi defensor era tan firme como su voz.[120]

»Abandonaron la casa con la advertencia de que cualquiera que osase ampararme sería procesado por la justicia con el máximo rigor.

»Apenas se hubieron marchado, la casera subió de nuevo a verme y me suplicó perdón en un tono muy distinto. Pues, si bien el señor Venables la había obligado a hospedarme bajo su responsabilidad, no había atendido a sus numerosas insinuaciones para que pagase el alojamiento. Al instante prometí abonárselo y compensarla por mi

marcha repentina con un regalo si me procuraba otro acomodo que se hallase a suficiente distancia. Me respondió contándome la bien urdida patraña del señor Venables, pero cuando le conté brevemente la verdad suscité su piedad e indignación.

»Expresó su compasión con tal sinceridad y efusión que me sentí aliviada, pues carezco por completo de esa fastidiosa susceptibilidad que puede alertarse ante cualquier palabra o gesto hasta el punto de desechar la generosidad verdadera. Siempre me alegraba percibir en los demás los sentimientos humanitarios que a mí me gustaba poner en práctica. A veces el recuerdo de algunos episodios tópicos o ridículos, acontecidos en un momento de intensa emoción, me ha hecho reírme hasta la extenuación, aun cuando en ese momento el hecho de sonreír debiera parecerme algo sacrílego. Al tener siempre presente tu educación mientras escribo, querida hija, anoto estos sentimientos porque las mujeres, más acostumbradas a atender a las formas que a los actos, tienen un excesivo sentido del ridículo. Tanto es así que su tan cacareada sensibilidad a menudo se ve ahogada por una falsa delicadeza. La auténtica sensibilidad, la que asiste a la virtud y es el alma del genio, está tan dirigida en nuestra sociedad a los sentimientos de los demás que apenas puede reparar en sus propias sensaciones. ¡Con cuánta veneración he admirado a mi tío, mi querido padre intelectual, al ver que los sufrimientos de su cuerpo y de su mente estaban supeditados a la tarea de socorrer a aquellos cuyos infortunios eran comparativamente más triviales que los suyos! Le habría avergonzado ser tan indulgente consigo mismo como lo era con los demás. “La verdadera fortaleza”, afirmaba, “consiste en gobernar nuestras propias emociones y ser indulgentes con las flaquezas de nuestros amigos que no toleraríamos en nosotros mismos”. Mas, ¿adónde me lleva mi amoroso desconsuelo?

—Las mujeres han de ser sumisas —dijo mi casera—. Pues, ¿qué podrían hacer la mayoría de ellas? ¿A quién tienen que las mantenga sino a sus maridos? Las mujeres, y especialmente una dama, no pueden trabajar —tal como ella había hecho— para ganarse con el sudor de su frente un poco de pan.

»Tenía ganas de hablar y se dispuso a contarme cómo se habían aprovechado de ella en este mundo. Si ella no sabía lo que era tener un mal marido, no lo sabía nadie. Comprendí que se sentiría muy humillada si no escuchaba su historia, así que no intenté interrumpirla, aunque le pedí que, tan pronto como pudiese, fuese a buscarme un nuevo alojamiento donde una vez más pudiese ocultarme.

»Comenzó contándome que había ahorrado algo de dinero trabajando de criada, y cómo la convencieron contra su voluntad —todos debemos enamorarnos una vez en la vida— para casarse con un hombre que le convenía, un lacayo de la familia para la que ambos trabajaban y que "no valía un comino".

»—Mi plan —continuó— era comprar una casa y alquilar habitaciones. Todo fue bien hasta que mi marido conoció a una impúdica ramera que decidió vivir a costa de los demás, y entonces todo se echó a perder. Él empezó a contraer deudas por comprarle ropas finas, ropas que yo nunca había soñado llevar, y —¿podéis creerlo?— firmó una ejecución sobre mis bienes, comprados con el dinero que tanto me había costado ganar. Vinieron y se llevaron mi cama antes de yo hubiese oído ni una sola palabra sobre este asunto. ¡Ay, señora, estos son los infortunios de los que ustedes, las gentes de rango, nada saben! Mas la desdicha es la desdicha, venga por donde venga.

»De nuevo busqué trabajo como criada —lo cual me resultó muy duro tras haber tenido una casa propia—, pero él solía seguirme y armar tales alborotos cuando estaba ebrio que no pude conservar ningún empleo. Por si fuera poco, me robaba hasta la ropa para empeñarla, y cuando yo iba a la casa de empeños y les juraba que ls había comprado sin un solo penique de mi marido, me decían que lo mismo daba: mi marido tenía derecho a todos mis bienes. Al fin

se alistó como soldado, y tomé una casa con el acuerdo de pagar el mobiliario poco a poco. Llegué casi a morirme de hambre hasta que una vez más conseguí salir adelante.

»Tras seis años de ausencia —¡Dios me perdone, pensaba que había muerto!— mi marido volvió, me encontró y vino a mí con un rostro tan compungido que lo perdoné y lo vestí de los pies a la cabeza. Pero no llevaba una semana en casa cuando algunos de sus acreedores lo prendieron y, después de que él vendiese mis bienes, me vi de nuevo reducida a la miseria, pues ya no era tan capaz de trabajar ni de acostarme tarde y levantarme temprano como cuando dejé el servicio, y aun entonces ya me parecía extraordinariamente duro. Mi marido se cansó pronto de mí —cuando no pudo obtener nada más— y de nuevo se marchó dejándome sola.

»No os contaré los tumbos que di hasta que, dando por cierta la noticia de que él había muerto en un hospital extranjero, volví una vez más a mi antigua ocupación. Pero aún no he podido sacar la cabeza del agua, así que, señora, no debéis enojaros si temo correr cualquier riesgo cuando sé bien que las mujeres siempre llevan las de perder cuando se pronuncia la ley.

»Tras expresarle algunas quejas más, convencí a mi casera de que saliese a buscarme un hospedaje y, para mayor seguridad, accedí al mezquino truco de cambiar de nombre.

»Mas, ¿para qué explayarme en incidentes como aquellos? Fui perseguida, cual bestia infecta, en tres escondites distintos y no se me habría permitido permanecer en ninguno si el señor Venables, sabedor del alarmante estado de salud de mi tío, no hubiese temido precipitar mi muerte durante mi embarazo atormentándome y obligándome a huir repentinamente de él. En ese caso, sus especulaciones sobre la fortuna de mi tío se habrían malogrado.

»Cierto día en que me había perseguido hasta una posada, sufrí un desmayo mientras escapaba de él. Cuando me desplomé, la visión de mi sangre lo alarmó y eso me concedió un respiro. Resulta extraño que él conservara alguna esperanza tras observar mi inquebrantable determinación, pero la bondad de mi comportamiento cuando comprendí que todos mis esfuerzos por cambiar su personalidad eran inútiles lo indujo a hacerse una idea equivocada de mi carácter. Se imaginaba que, si volviéramos a estar juntos, yo escaparía tan fácilmente como la vez anterior con el dinero que él no podría reclamarme legalmente. Había tomado mi templanza y ocasional benevolencia por debilidad de carácter y, al comprobar que me desagradaba oponer resistencia, confundió mi indulgencia y compasión con simple egoísmo; nunca descubrió que el miedo a ser injusta o a herir innecesariamente los sentimientos ajenos era mucho más doloroso para mí que cualquier cosa que hubiera de soporta. Tal vez fuese el orgullo lo que me hiciera creer que era capaz de sobrellevar aquello que me horrorizaba hacer a los demás, y que a menudo era más fácil sufrir que ver sufrir a otros.

»Olvidé mencionar que durante aquella persecución recibí una carta de mi tío informándome de que solo encontraba alivio en cambiar continuamente de aires, que tenía intención de volver cuando la primavera se hallase algo más avanzada —estábamos a mediados de febrero— y que entonces planearía un viaje a Italia para dejar atrás las nieblas y las preocupaciones de Inglaterra. Aprobaba mi conducta, prometía adoptar a mi hijo y parecía no tener ninguna duda sobre la necesidad de obligar al señor Venables a atender a razones. Escribió a su amigo en el mismo correo pidiéndole que fuese a ver al señor Venables en su nombre para que, en razón de las protestas que le manifestaba, me permitiese dar a luz en paz.

»Durante las dos o tres semanas anteriores había podido descansar tranquilamente, pero tan acostumbrada estaba a las persecuciones y sobresaltos que apenas podía cerrar los ojos sin que me persiguiese la imagen del señor Venables, quien parecía adoptar formas odiosas

o terroríficas para atormentarme dondequiera que mirase: a veces era un gato salvaje, un toro furioso o un horrible asesino del que yo trataba de huir en vano; otras, un demonio empujándome al borde de un precipicio, ahogándome en negras olas u horribles abismos. Me despertaba en medio de violentos accesos de temblorosa ansiedad, trataba de asegurarme de que todo era un sueño e intentaba llevar mis pensamientos durante el día a vagar por los deleitosos valles italianos que esperaba visitar pronto; o intentaba representarme algunas ruinas augustas en alguna de cuyas gastadas columnas me recostaba con la imaginación y escapaba —contemplando la virtudes de la Antigüedad que enaltecen el corazón— de los muchos cuidados que habían debilitado los audaces propósitos de mi alma. Mas por poco tiempo se me permitió sosegar la mente haciendo volar mi imaginación, pues al tercer día de nacer tú, mi niña, recibí con sorpresa la visita de mi hermano mayor, quien de la manera más brusca venía a informarme de la muerte de mi tío. Este había dejado la mayor parte de su fortuna a mi hija, designándome a mí como curadora. En definitiva, se habían tomado todas las medidas para convertirme en dueña y señora de su fortuna sin dejar nada en poder del señor Venables. Mi hermano vino a descargar su ira sobre mí por haberle, según dijo, "privado a él, el sobrino mayor de mi tío, de su herencia", pese a ser esta una acusación sin el menor asomo de verdad, pues las propiedades de mi tío, fruto de su propio esfuerzo, estaban en fondos y bonos sobre la tierra.

»Yo quería sinceramente a mi tío, así que la noticia me provocó una fiebre que traté de dominar con todas mis fuerzas, pues en mi triste estado me preocupaba no poder amamantarte, mi pobre pequeña. Tú parecías ser mi único vínculo con la vida, un ángel para quien deseaba ejercer de padre y madre al mismo tiempo. Ese doble deber parecía aumentar en igual medida el amor que sentía por ti. Mas el placer que sentía al darte sustento —hurtado al fracaso de mis esperanzas— quedaba cruelmente ahogado por melancólicas reflexiones sobre mi viudez, pues viuda me consideraba tras la muerte de mi tío. No pensaba en el señor Venables, ni siquiera cuando cavilaba sobre la felicidad de amar a un padre y sobre cómo la ternura paternal podía incrementar la dicha y atenuar las cuitas

de una madre. “Así debería ser”, exclamé, intentando alejar la emoción que me ahogaba, pero me sentía débil y las lágrimas bañaron espontáneamente mi rostro. “¿Por qué —te preguntaba, aunque tú no me escuchabas— se me ha apartado del más dulce placer de la vida?” Imaginaba con cuánto embeleso le habría presentado, tras los dolores del parto, a mi pequeña desconocida —a la que durante tanto tiempo había anhelado ver— a un padre respetable, y con qué cariño maternal habría apretado a ambos contra mi corazón. Besaba a mi pequeña con menos efusión, aunque con la más entrañable compasión, —¡pobre criatura desvalida!— cuando detectaba el menor parecido con aquel a quien debía su existencia. Si algún gesto suyo me recordaba a su padre, incluso en sus mejores tiempos, mi corazón sentía repugnancia, y apretaba a aquella inocente contra mi pecho como para purificarla; sí, me ruborizaba pensar que su pureza había quedado mancillada por haber permitido que un hombre así fuese su padre.

»Cuando me hube recuperado, empecé a pensar en procurarme una casa en el campo o viajar al continente para escapar del señor Venables y abrir mi corazón a nuevas alegrías y afectos. La primavera daba paso al verano y tú, mi pequeña compañera, comenzabas a sonreír. Esa sonrisa hizo brotar de nuevo la esperanza, al tiempo que me aseguraba que el mundo no era un desierto. Tenía tus gestos constantemente presentes en mi imaginación y me deleitaba en la dicha que sentiría cuando comenzases a andar y balbucear. Al observar el despertar de tu mente y resguardar de cualquier viento inclemente a mi tierna florecilla, recobré el ánimo y no soñé siquiera con la helada, “la mortífera helada”,[121] a la que habrías de hacer frente. Pero de nuevo pierdo la paciencia y clamo contra la injusticia del mundo, aunque más bien debería llamarla locura e ignorancia. Aislada, sin poder dar rienda suelta a mi pensamiento y volviendo siempre sobre las mismas desdichas, escribo aquejada de esos angustiosos recelos que solo deberían suscitar indignación sincera o una decidida compasión, y así sería si los viese como la consecuencia natural de las cosas. Pero, nacida mujer y condenada a sufrir intentando reprimir mis emociones, siento con más agudeza los diversos perjuicios a los que mi sexo está condenado a enfrentarse;

y veo que los agravios que están obligadas a sufrir las mujeres las degradan tan por debajo de sus opresores que casi les hacen justificar esta tiranía, al tiempo que llevan a algunos filósofos superficiales a identificar como causa lo que solo es consecuencia de un ciego despotismo.

■

119 En Posthumous Works aparecen tres asteriscos al inicio del párrafo siguiente.

*La presentación anterior en esta historia de Darnford como el salvador de Maria ya se ha indicado en el capítulo III como una idea posterior de la autora. Probablemente esto haya sido lo que ha causado las incorrecciones en el pasaje situado más arriba, aunque, al mismo tiempo, hay que reconocer que no es seguro que Darnford sea el extraño que aparece aquí. El capítulo XVII parece indicar que la autora planeaba atribuirle una intervención más decisiva.

120 En Posthumous Works aparecen dos asteriscos a continuación.

121 Enrique VIII, III, 355: «El tercer día traerá una helada, una mortífera helada».

Capítulo XIV

»A medida que mi mente se iba serenando, las visiones de Italia regresaron con su anterior resplandor y colorido, así que decidí abandonar el país por un tiempo en busca de la alegría que resulta naturalmente de un cambio de escenario, a menos que llevemos clavada la punzante flecha y solo veamos lo que nos dictan nuestros sentimientos.

»Mientras hacía los preparativos para una larga ausencia, envié una suma de dinero para pagar las deudas de mi padre y dejé a mis hermanos bien situados. Pero mi atención no se centraba exclusivamente en mi familia, aunque no creo necesario detallar las prácticas comunes de altruismo. El modo en que estaban estipuladas las propiedades de mi tío me impedía calcular el total de la fortuna que le correspondía a la única hermana que me quedaba, tal y como habría deseado, pero había convencido a mi tío para que le legara dos mil libras, y ella decidió casarse con un pretendiente por quien se sentía atraída de un tiempo a esa parte. De no haber sido por ese compromiso la habría invitado a acompañarme en mi viaje, y quizá hubiese eludido la trampa tan astutamente puesta en mi camino cuando menos consciente era del peligro.

»Tenía intención de permanecer en Inglaterra mientras tuviese que amamantar a mi hija, pero este periodo de libertad era demasiado apacible para durar y pronto tuve motivos para querer apresurar mi marcha. Un amigo del señor Venables, el mismo abogado que lo había acompañado en numerosas excursiones para darme caza en los parajes donde me ocultaba, me aguardaba para proponerme una reconciliación. Ante mi negativa, me aconsejó indirectamente que cediese a mi marido —pues así lo denominaba él— la mayor parte de las propiedades a mi nombre, al tiempo que me amenazaba con una persecución continua si no accedía y con, en última instancia,

reclamar a mi hija. Aunque intimidada por esta última insinuación, no vacilé en afirmar que no le permitiría malgastar el dinero que yo había heredado con fines bien distintos, pero que le ofrecía quinientas libras si se comprometía por escrito a no atormentarme más. Mis recelos maternales me hicieron parecer dubitativa respecto a mi primera decisión y probablemente le sugirieron, a él o a su diabólico representante, la infernal conspiración que con tanto éxito han llevado a cabo.

»Mi marido firmó ese escrito; no obstante, yo estaba impaciente por salir de Inglaterra. La malicia flotaba en el aire que compartíamos cuando él estaba cerca. Mi deseo era que los mares nos separasen y que las aguas fluyeran entre nosotros hasta que él olvidase que yo tenía los medios para ayudarle con un nuevo plan. Inquieta por los últimos acontecimientos, me dispuse a partir apresuradamente. Tan solo aguardaba a una criada que hablaba francés con fluidez y que me habían recomendado muy vivamente. Me aconsejaron que contratase a un mayordomo cuando hubiese fijado mi lugar de residencia.

»¡Dios mío, cuán ligero sentía el corazón al partir hacia Dover! No era mi país, sino mis pesares, los que dejaba atrás. Mi corazón parecía saltar con las ruedas, o más bien aparentaba ser el eje sobre el que estas giraban. Te estreché contra mi pecho, exclamando: "¡Y tú estarás a salvo, completamente a salvo, en cuanto embarquemos! ¡Ojalá estuviésemos ya allí!". Sonreí por mis temores infundados —consecuencia lógica de los continuos sobresaltos—; no quería admitir que me inquietaba la astucia del señor Venables ni que era consciente del pavoroso placer que él sentiría al tramar un ardid tras otro para engañarme. Ya había caído en la trampa. Nunca llegué al barco. Nunca más te vi. Me falta el aliento. Apenas tengo paciencia para escribir los detalles. La criada —la impostora que había contratado— puso sin duda alguna droga en algo que comí o bebí la mañana en que salí de la ciudad. Todo cuanto sé es que debió de abandonar el carruaje —¡maldita sinvergüenza!— llevándose a mi pequeña, tras apartarla de mi pecho. ¿Cómo pudo un ser con forma de mujer ver las caricias que te prodigaba y

arrancarte de mis brazos? Debo parar y reprimir mi angustia de madre, o la amargura de mi alma me hará implorar que la ira del Cielo caiga sobre esa fiera que me robó mi único consuelo.

»No sé cuánto tiempo dormí. Muchas horas, desde luego, pues desperté al acabar el día con la mente llena de pensamientos extraños y confusos. Seguramente los gritos desgarradores de alguien al otro lado de un enorme y pesado portón me hicieron recobrar la conciencia. Cuando intenté preguntar dónde estaba, me falló la voz y traté de alzarla en vano, como había hecho en sueños. Llena de espanto, buscaba a mi pequeña; temía se me hubiese caído del regazo mientras me había olvidado tan extrañamente de ella. Tal era la confusa embriaguez —no puedo darle otro nombre— en la que me hallaba sumida que no podía recordar dónde ni cuándo te había visto por última vez. Suspiré, no obstante, como si mi corazón necesitase espacio para despejarme la cabeza.

»Las puertas se abrieron pesadamente y el sonido estridente de incontables cerraduras y cerrojos al descorrerse rechinó en mi alma, antes de quedar sobrecogida por el chirriar de los tétricos goznes cerrándose tras de mí. La lóbrega mole se alzaba ante mí, medio en ruinas; algunos de los viejos árboles de la avenida habían sido talados y abandonados a su suerte allí donde cayeron. Al aproximarnos a unos decrépitos escalones, un perro monstruoso se lanzó hacia nosotros hasta donde se lo permitía su cadena, y ladró y gruñó de un modo infernal. La puerta se abrió lentamente y por ella asomó un rostro de mirada fiera sosteniendo una lámpara. “¡Cállate!”, dijo en tono amenazador, y el animal se escabulló asustado hacia su caseta. La puerta del carruaje se abrió de golpe, el desconocido dejó la linterna y me agarró con sus terribles brazos. Era, sin duda, el efecto de la bebida narcótica, pues en vez de resistirme con todas mis fuerzas me desplomé inerte, aunque consciente, sobre sus hombros, al tiempo que mis miembros se negaban a obedecerme. Me subió por las escaleras hasta una sala cerrada. La vela que llameaba en el candil apenas iluminaba entre tanta oscuridad, aunque me permitió ver el fiero rostro del infeliz que me sostenía.

»Este subió una ancha escalinata. Grandes figuras pintadas en las paredes parecían recriminarme y a cada paso tenía la impresión de toparme con ojos amenazadores. Al entrar en una larga galería, un tétrico aullido me hizo soltarme de los brazos de mi guardián con una sensación de terror que no sabría describir, pero caí al suelo, incapaz de sostenerme.

»Una mujer de aspecto extraño salió de uno de los recovecos y me observó con más curiosidad que interés hasta que, cuando se le ordenó retirarse, reculó con la ligereza de una sombra. Otras caras, de rasgos muy pronunciados o distorsionados, se asomaron por las puertas a medio abrir, y oí unos sonidos ininteligibles. No tenía una idea precisa de dónde podía hallarme; miraba a todos lados y casi dudaba si estaba viva o muerta.

»Me arrojaron sobre una cama e inmediatamente perdí de nuevo la conciencia. Al día siguiente, conforme fui recuperando poco a poco la razón, comencé a darme cuenta —y esa certeza me hizo estremecerme de espanto— de que estaba encerrada. Insistí en ver al amo de la mansión. Lo vi, y comprendí que me habían enterrado viva.

»Esos son, hija mía, los avatares de la vida de tu madre hasta este terrible momento. Si alguna vez logro escapar de las garras de mis enemigos, te contaré los secretos de mi casa-prisión y...».

Aquí se habían tachado algunas líneas y las memorias se interrumpían bruscamente con los nombres de Jemima y Darnford.

APÉNDICE

Advertencia

La obra, un fragmento de la cual se ha presentado ahora al lector, fue concebida para constar de tres partes. Se consideraba que las páginas precedentes constituían una de esas partes. Aquellas personas que, tras leer atentamente los capítulos ya escritos y hasta cierto punto culminados por la autora, hayan sentido que su corazón despertaba y que aumentaba su curiosidad por saber cómo continuaba la historia, aceptarán encantados como materiales suplementarios los párrafos incompletos y las frases a medio terminar que se han hallado entre algunos papeles de la autora. El crítico fastidioso e insensible tal vez sienta rechazo por la forma inconexa en que se presentan, mas un temperamento curioso acepta con gusto la información más imperfecta e incompleta cuando no hay algo mejor. Los lectores que de algún modo se asemejen a la autora en su rápida aprehensión del sentimiento y de los placeres y tormentos de la imaginación, hallarán, creo yo, placer en la lectura de los bosquejos a los que la autora pretendía, al cabo de poco tiempo, añadir los retoques finales de su genio, pero que ahora deben quedar por siempre como una muestra del triunfo de nuestra condición mortal sobre los planes y proyectos de utilidad e interés público.

Capítulo XV

Darnford devolvió las memorias a Maria con una carta extraordinariamente afectuosa en la que meditaba acerca de «lo absurdo de las leyes sobre el matrimonio, el cual, hasta que pudiera obtenerse fácilmente el divorcio, constituía —afirmaba— la más insufrible de las esclavitudes». Ataduras de esa naturaleza no podían aprisionar a mentes gobernadas por principios superiores. Esos seres tenían el privilegio de actuar por encima de lo que dictasen unas leyes en cuya elaboración no tenían voz ni voto, si poseían la suficiente entereza como para soportar las consecuencias. En el caso de Maria, hablar de compromisos era una farsa, excepto de los que se debía a sí misma. La fragilidad, así como la razón, le prohibían pensar en volver de nuevo con su marido: ¿debía, pues, refrenar su encantadora sensibilidad por el mero prejuicio? Estos argumentos no eran del todo imparciales, pues Darnford no hacía nada por ocultar que, cuando apelaba a la razón de Maria, sentía que, en su corazón, ella le guardaba afecto. Esa certeza era tan embriagadora como sagrada: mil veces al día se preguntaba qué había hecho para merecer esa dicha, y otras tantas se decidía a purificar el corazón que ella se había dignado a habitar. Rogó ser admitido de nuevo en su presencia.

Lo consiguió, y las lágrimas que brillaban en sus ojos cuando la apretó respetuosamente contra su pecho le hicieron ganarse el amor de la desventurada madre. El dolor había serenado los raptos amorosos solo para volver más conmovedora su mutua devoción. En anteriores visitas Darnford se las había ingeniado, bajo cien nimios pretextos, para sentarse a su lado, coger su mano o mirarla a los ojos. Ahora todo era reconfortante afecto y la estima parecía rivalizar con el amor. Él aludió a su relato y habló con emoción de la opresión que ella había soportado. Sus ojos, que refulgían como una suave llama, le decían cuánto deseaba devolverla a la libertad y al amor; besó su mano, como si fuese la de una santa, y le habló de la pérdida de su hija como si fuese la suya. ¿Qué podría resultar

más halagador para Maria? Cada ejemplo de altruismo quedaba grabado en su corazón y lo amó por quererla tanto como para no dar paso a los arrebatos de pasión. Volvieron a verse en varias ocasiones y Darnford afirmó, mientras la emoción le hacía ruborizarse, que nunca antes había sabido lo que era amar.

Cierta mañana Jemima informó a Maria de que su amo pretendía presentarle sus respetos y hablar con ella sin la presencia de testigos. Este vino y trajo consigo una carta cuyo contenido fingía desconocer, aunque insistió en que le fuese devuelta. Era del abogado mencionado anteriormente, quien le comunicaba la muerte de su hija e insinuaba que, por lo tanto, Maria no podría tener una heredera legítima y que, si cedía en vida la mitad de su fortuna, la llevarían a Dover y le permitirían retomar su proyecto de viajar. Maria, llena de indignación, respondió que no tenía nada que tratar con el asesino de su hija y que no compraría su libertad a costa de perder el respeto por sí misma. Comenzó a quejarse a su carcelero, pero este le ordenó callar inmediatamente, pues si había llegado tan lejos no era para detenerse entonces.

Darnford la visitó por la noche. Jemima tuvo que ausentarse y, como de costumbre, los cerró con llave para que no fuesen interrumpidos o descubiertos. Al principio los amantes se sentían incómodos, mas fueron deslizándose sin darse cuenta hacia las confidencias. Darnford dijo que quizá pronto los separasen, y que deseaba que ella evitase que el destino los alejase. En ese momento ella lo consideró su esposo y él se comprometió solemnemente a ser su protector y amigo para toda la eternidad.

Había algo peculiar en el carácter de Maria: se afanaba más por no engañar que por guardarse del engaño, y prefería confiar sin motivo suficiente antes que ser eternamente presa de las dudas. Además, ¿qué ha de esperarse, cuando la mente adquiere mediante la reflexión una suerte de elevación que exalta la meditación más allá de las pequeñas aprensiones que nos dicta la prudencia? Vemos

aquello que deseamos y construimos un mundo propio. Aunque a veces la realidad pueda abrir una puerta al dolor, los momentos de dicha que nos regala la imaginación se pueden contar, sin que resulte paradójico, entre los más firmes consuelos de la vida. En aquel momento, Maria, al encontrar un ser de índole celestial, se sentía feliz y confiada. Ella lo moldeaba con sus manos apasionadas y él reflejaba todos aquellos sentimientos que la animaban y confortaban.[122]

■

122 En Posthumous Works concluye el capítulo con dos guiones.

Capítulo XVI

Cierta mañana la confusión pareció apoderarse de la casa, y Jemima llegó aterrada e informó a Maria que su amo había salido con la determinación, según le habían asegurado (y demasiadas circunstancias parecían corroborar esa opinión como para dejar alguna duda), de no regresar jamás.

—Así pues —le dijo Jemima—, estoy lista para acompañaros en vuestra huida.

Maria se puso en pie de un salto e inmediatamente lanzó una rápida mirada hacia la puerta, como si temiese que alguien la cerrase dejándola allí para siempre. Jemima prosiguió:

—Quizá ahora no tenga derecho a esperar que cumpláis vuestra promesa, pero de vos depende que me reconcilie con la raza humana.

—Pero… ¿y Darnford? —exclamó Maria con tristeza, sentándose de nuevo y cruzando los brazos—. No tengo ninguna hija a la que acudir, y la libertad ha perdido para mí todos sus encantos.

—Mucho me equivoco si Darnford no es el causante de la huida de mi amo. Sus guardianes me han asegurado que han prometido mantenerlo recluido dos días más y que después será libre. No podéis verlo, pero le entregarán una carta cuando lo pongan en libertad. Decidle en ella dónde puede encontraros en Londres,

precisad algún hotel. Dadme vuestras ropas, las sacaré de la casa junto con las mías y nos escabulliremos hasta la verja del jardín. Escribid la carta mientras dispongo esos preparativos, ¡mas no perdáis tiempo!

Con el ánimo agitado e incapaz de calmarlo, Maria comenzó a escribir a Darnford. Se dirigió a él llamándolo «esposo» y lo instó a «reunirse prontamente con ella para compartir su fortuna o a esperarla hasta que ella fuese a su encuentro». Un hotel en el Adelphi[123] era el lugar designado para la cita.

La carta fue sellada y encomendada; con pasos ligeros, aunque aterrada por el ruido de sus pisadas, Maria descendió respirando con dificultad y con el vago temor de que nunca franquearía la verja del jardín. Jemima la precedía.

Un ser con un rostro parecido al de un endemoniado cruzó el sendero y agarró por el brazo a Maria, quien solo temía que alguien la retuviera.

—¿Quién sois?, ¿quién sois? —le preguntó, pues aquella forma apenas era humana—. Si sois de carne y hueso —sus espantosos ojos la miraron con fiereza—, ¡no me detengáis!

—Mujer —la interrumpió una voz sepulcral—, ¿qué debo hacer con vos? —aquel ser siguió aferrando su mano, mientras soltaba una maldición.

—¡No, no debéis hacerme nada! —exclamó ella—. ¡Este es un asunto de vida o muerte!

Con una fuerza sobrenatural se desasió de él y echó sus brazos alrededor de Jemima, mientras gritaba: «¡Salvadme!». El ser de cuyas garras había escapado Maria cogió una piedra mientras abrían la puerta y, con una suerte de diabólica diversión, se la arrojó, mas ellas ya estaban fuera de su alcance.

Cuando Maria llegó a la ciudad, se dirigió al hotel fijado para el encuentro. Pero no podía permanecer sentada: se acordaba constantemente de su niña y todo lo acontecido durante el encierro le parecía un sueño. Fue a cierta casa de las afueras a la que, según averiguó, habían enviado a su pequeña. Nada más entrar, su corazón se llenó de tristeza, pues tuvo la certeza de que en ese lugar estaba enterrada su hija. Hizo las averiguaciones pertinentes y le indicaron el cementerio en el que la pequeña descansaba bajo un manto de hierba. Un pequeño vestido que llevaba puesto la hija del ama de cría —lo había hecho Maria con sus propias manos— atrajo su mirada. La nodriza se lo vendió encantada por media guinea y Maria se marchó rápidamente con la reliquia que, cuando entró en el coche de punto que la esperaba, contempló durante todo el trayecto hasta llegar al hotel.

Poco después se presentó ante el abogado que había redactado el testamento de su tío y le explicó su situación. Este le adelantó al instante parte del dinero que aún quedaba en sus manos y prometió revisar de nuevo todo el caso. Maria solo deseaba que la dejasen vivir en paz. Descubrió que a su representante le habían presentado varias facturas, aparentemente con su firma, y no tardó ni un segundo en adivinar quién las había falsificado. No obstante, enemiga por igual de amenazar o suplicar, pidió a su amigo [el notario] que fuese a ver al señor Venables. Este no se hallaba nunca en casa, pero finalmente su representante —el abogado— prometió a Maria que su marido la dejaría en paz con una condición: siempre y cuando se comportase correctamente y entregase los recibos. Maria aceptó sin pensarlo; Darnford había llegado y ella únicamente ansiaba vivir para amar; deseaba olvidar la angustia

que sentía cada vez que pensaba en su pequeña.

Alquilaron juntos una casa amueblada, pues ella estaba por encima de los fingimientos. Jemima insistió en que la considerase su ama de llaves y en cobrar su anterior sueldo. Bajo ningún otro concepto permanecería con su amiga.

Darnford investigó infatigablemente las misteriosas circunstancias de su encierro. La causa era bien sencilla: un pariente muy lejano, de quien era heredero, había muerto sin hacer testamento, dejando una considerable fortuna. Al enterarse de la llegada de Darnford [a Inglaterra, cierta persona, a la que se había confiado la administración de la propiedad y que estaba en posesión de las escrituras, con la intención de excluir a Darnford de la sucesión mediante una siniestra trampa], había planeado su confinamiento. [Tan pronto hubo tomado las medidas que juzgó más convenientes para su objetivo, este rufián, junto con su secuaz], el responsable del manicomio, abandonaron el país. Darnford, que aún seguía investigando, descubrió finalmente que se habían refugiado en París.

Así pues, Maria y él decidieron, junto con la leal Jemima, viajar hasta allí, y mientras hacían los preparativos para el viaje recibieron la noticia de que el señor Venables había interpuesto una denuncia contra Darnford por seducción y adulterio. La indignación que sintió Maria no podría describirse; se arrepintió de la templanza con la que se había comportado al entregar los recibos. Darnford no podía posponer su viaje sin arriesgarse a perder sus propiedades. Así pues, Maria le dio dinero para su viaje y decidió permanecer en Londres hasta que aquel asunto concluyera.

Fue a ver a ciertas damas de las que había sido muy amiga, mas estas se negaron a recibirla, y en la ópera o en Ranelagh[124] no

lograban acordarse de ella. Entre esas damas había algunas —no sus amigas más íntimas— que supuestamente se valían del matrimonio como un pretexto para ocultar un comportamiento que, si se tratase de muchachas inocentes y seducidas, habría mancillado su fama para siempre. Estas damas se mostraban particularmente distantes con ella. Si hubiese permanecido junto a su marido, viviendo de manera hipócrita y descuidando a su hija para tener una aventura, habría seguido siendo visitada y respetada. Si, en lugar de vivir abiertamente con su amante, se hubiese dignado a emplear mil artimañas que, a costa de degradar su mente, quizá hubiesen permitido que las personas que no fuesen engañadas pudiesen fingirlo, la habrían aplaudido y tratado como a una mujer honrada. «¡Bruto* es un hombre honorable!», dijo Marco Antonio con igual sinceridad.[125]

Con Darnford no saboreó la felicidad ininterrumpida; había en su actitud una volatilidad que a menudo la afligía, pero el amor alegraba el panorama. Además, él era el ser más tierno y compasivo del mundo. La inclinación al sexo a menudo da una apariencia de humanidad al comportamiento de los hombres que en realidad tienen pocas pretensiones, pues parecen amar a los demás cuando en realidad solo buscan su propia satisfacción. Darnford se mostraba siempre dispuesto a aprovecharse del gusto y las capacidades de Maria, mientras que ella procuraba beneficiarse de su carácter decidido y extirpar algunas ideas románticas que habían enraizado en su mente cuando, en la adversidad, se había dejado obsesionar con visiones de una felicidad inalcanzable.

Los afectos verdaderos de la vida, cuando se les permite fluir, son brotes impregnados de dicha y de todas las dulces emociones del alma. Crecen, a pesar de todo, con extraordinaria facilidad, a diferencia de las formas artificiales de felicidad que a la imaginación tanto le cuesta esbozar con viveza. La felicidad sustancial, que expande y perfecciona la mente, se puede comparar con el placer que se siente al vagar por la Naturaleza e inhalar los dulces vendavales que son naturales al clima. Las fantasías de una imaginación febril, por el contrario, se recrean continuamente en

jardines llenos de arbustos aromáticos, que empalagan a la vez que deleitan y merman el placer de disfrutarlos. El reino de la fantasía, por debajo o más allá de las estrellas, en esta vida o en las regiones rodeadas por el ilimitado océano de lo venidero en las que siempre impera la alegría, presenta una uniformidad insípida y fastidiosa. Los poetas han imaginado escenas de exaltación dichosa, pero al arrinconar el dolor, todas las exultantes emociones del alma, e incluso su grandiosidad, parecen quedar igualmente excluidas. Nos alivia contemplar el lago sereno y anhelamos escalar las rocas que cercan el alegre valle de la satisfacción, aunque en el desierto sin senderos silben las serpientes y el peligro aceche en las trampas inexploradas.[126] Maria se sentía más indulgente cuanto más feliz era, y descubría virtudes en ciertos caracteres que anteriormente había pasado por alto mientras perseguía los fantasmas de la elegancia y la excelencia, que brillan como meteoros y se apagan en ciénagas de desdicha. El romance a veces impide al corazón disfrutar del placer social y, fomentando una sensibilidad enfermiza, lo vuelve insensible a los dulces detalles de humanidad.

Separarse de Darnford fue ciertamente duro. Significaba sentirse dolorosamente sola, pero se regocijaba al pensar que le ahorraría la preocupación y perplejidad del litigio y se reuniría de nuevo a solas con él. Creía que el matrimonio —tal como estaba constituido— conducía a la inmoralidad. No obstante, puesto que el odio de la sociedad impide el provecho, deseaba reconocer su amor por Darnford convirtiéndose en su esposa según las reglas establecidas (sin confundirse por ello con otras mujeres que actúan por motivos bien distintos), aunque su comportamiento sería el mismo con ceremonia que sin ella y sus expectativas respecto a él, no menos firmes. No obstante, el hecho de que la citaran a defenderse de una acusación de la que estaba resuelta a declararse culpable la mortificaba, al tiempo que le suscitaba amargas reflexiones sobre la situación de las mujeres en la sociedad.

■

123 Distrito construido entre 1768 y 1772 por los hermanos Adams

y situado entre la calle Strand y el Támesis.

124 Jardines públicos en el barrio de Chelsea, a orillas del río.

125*En el manuscrito original está escrito «César» por error.

Julio César, III, ii, 82.

126 Véase «El valle feliz» del insatisfecho Rasselas de Johnson en La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia (1759).

Capítulo XVII

Tal era su estado de ánimo cuando saltaron sobre ella los sabuesos de la ley. Maria asumió la tarea de dirigir la defensa de Darnford. Dijo al abogado que se declararía culpable del cargo de adulterio, pero negaría el de seducción.

El abogado del demandante abrió la causa afirmando que su cliente siempre había sido un marido indulgente y había soportado pacientemente numerosos defectos de carácter por parte de su mujer, al tiempo que no tenía nada que imputarle legalmente. Pero ella se había ido de casa sin indicar la causa. No podía afirmar que ella conociese por entonces al demandado, pero, en cierta ocasión en que había intentado llevarla de vuelta a casa, ese hombre había ahuyentado a los agentes del orden y se la había llevado no sabía adónde. Tras el nacimiento de su hija, su conducta fue tan extraña —y al haber sufrido un miembro de su familia cierta enfermedad nerviosa sobre la que la delicadeza le impedía extenderse—, que se hizo necesario recluirla. Por algún medio el demandado la ayudó a escapar y desde entonces habían vivido juntos, contraviniendo todo principio de orden y decoro. El adulterio se admitía: no era necesario traer a ningún testigo para probarlo, mas la seducción, aunque altamente probable a tenor de las circunstancias que tenía el honor de relatar, no podía demostrarse de modo tan claro. Dicha seducción era del género más aborrecible, pues desafiaba la decencia y despreciaba el respeto a la reputación, el cual es una muestra de contrición.

Un fuerte sentimiento de injusticia había silenciado las emociones que, de otro modo, se hubiesen suscitado en el pecho de Maria por una mezcla de delicadeza falsa y verdadera. Tan solo deseaba insistir en el privilegio de su condición. Los sarcasmos de la sociedad y la condena de un mundo equivocado no significaban

nada para ella en comparación con el hecho de actuar en contra de los sentimientos que constituían el fundamento de sus principios. [En consecuencia, se hizo notar resueltamente, en lugar de desear ausentarse en tan memorable ocasión.]

Convencida de que los subterfugios de la ley eran vergonzosos, escribió una nota y pidió expresamente que pudiera leerse en la sala:

Casada cuando apenas era capaz de discernir la naturaleza de ese compromiso, no obstante me sometí a las rígidas leyes que esclavizan a las mujeres y obedecí al hombre al que ya no podía amar. No es mi intención discutir si los deberes del matrimonio son recíprocos, pero puedo demostrar reiteradas infidelidades por parte de mi marido que pasé por alto o perdoné.[127] No faltan testimonios que den prueba de tales hechos. En este momento mantengo a la hija que mi marido tuvo con una criada y que nació después de nuestra boda. Estoy dispuesta a admitir que la educación y las circunstancias llevan a los hombres a pensar y actuar con menos delicadeza de la que el mantenimiento del orden social exige a la mujeres, pero ciertamente puedo afirmar sin ninguna duda que, si bien puedo excusar el nacimiento de esa criatura, no así su miserable abandono. Puesto que despreciaba al hombre, no me resultaba fácil venerar al esposo. No obstante, con las adecuadas restricciones, respeto profundamente la institución que hermana al mundo. Clamo contra las leyes que ponen todo el peso del yugo sobre los hombros más débiles y obligan a las mujeres —cuando reclaman protección como madres— a firmar un contrato que las hace depender de los caprichos de un tirano, a quien la elección o la necesidad han designado para reinar sobre ellas. Son varios los casos en los que una mujer debe separarse de su marido, y el mío, permítaseme que vuelva a insistir en ello, puede describirse como uno de los más graves.

No me extenderé sobre aquellas provocaciones que solo el individuo puede evaluar, sino que presentaré únicamente aquellos cargos cuya veracidad se revelará como un insulto a la humanidad. Para

financiar sus ruinosas especulaciones, el señor Venables me convenció para pedir dinero a un pariente acaudalado y, cuando me negué a seguir haciéndolo, pensó en usarme como moneda de cambio. No solo permitió situaciones conducentes a ese fin, sino que instó a un amigo al que había pedido prestado dinero a que me sedujese. Cuando descubrí ese acto tan atroz, decidí abandonarlo, plenamente convencida y para siempre. Consideré que su conducta había anulado cualquier obligación que tuviera con respecto a él, y creo que las rupturas causadas por la falta de principios jamás pueden remediarse.

Gracias a mí, había recibido una fortuna que ascendía a cinco mil libras. Tras la muerte de mi tío, convencida de poder mantener a mi pequeña, rompí el acuerdo sobre dicho patrimonio. No exigí que ninguna propiedad me fuese devuelta, y no enumeraré las cantidades que me fueron arrebatadas a la fuerza durante los seis años que vivimos juntos.

Tras abandonar lo que la ley considera mi hogar, fui perseguida como un criminal allá donde fui, si bien no contraje deuda alguna ni pedí a nadie que me mantuviese. No obstante, puesto que la ley castiga tal comportamiento y convierte a las mujeres en meras propiedades de sus maridos, me abstendré de protestar ante ese hecho. Tras el nacimiento de mi hija y la muerte de mi tío, que nos dejó una considerable fortuna a mí y a mi pequeña, me vi expuesta a una nueva persecución. Puesto que había jurado ser fiel antes de alcanzar lo que se denomina una edad de suficiente madurez, el mundo me trató como si hubiese de estar por siempre atada a un hombre cuyos vicios eran notorios. Mas, ¡qué son los vicios comúnmente conocidos, comparados con los infortunios que debe soportar una mujer y que, aunque se sienten en lo más profundo y dejan el alma herida, no son fáciles de describir y pueden ser encubiertos! Incluso se instaura una falsa moral según la cual la virtud de la mujer se reduce a la castidad, la sumisión y el perdón de las ofensas.

Perdono a mi opresor, aunque lloro amargamente la pérdida de mi hija, que me fue arrebatada con tanta violencia. Pero mi naturaleza se subleva y el alma se me estremece ante la mera suposición de que se me quiera obligar a fingir amor cuando es necesaria una

separación que me impida sentir a cada minuto una insufrible aversión.

Para forzarme a ceder mi fortuna, me encarcelaron, sí, en un manicomio privado. Allí, en el corazón de la miseria, conocí al hombre acusado de seducirme. Nos tomamos cariño; yo me consideraba —y siempre me consideraré— libre. La muerte de mi pequeña disolvió el único vínculo que aún existía entre aquel a quien la ley denomina mi marido y yo.

A esta persona, a quien conocí de ese modo, me entregué voluntariamente, sin considerarme más impelida a transgredir las leyes de la pureza moral —alegando en mi favor la voluntad de mi marido— que a infringir las leyes a las que [la política de una sociedad artificial ha] acompañado de castigos [efectivos]. Mientras que la potestad de ningún marido puede evitar que una mujer sufra por ciertos delitos, a esta se le ha de permitir examinar su conciencia y comportarse hasta cierto punto según su propio criterio moral. El respeto que me debo a mí misma me exigía mantenerme firme en mi decisión de no ver nunca al señor Venables como un marido, y no me impedía alentar a otro. Si por desgracia estoy unida a un hombre sin principios, ¿he de renunciar a ejercer de esposa y madre?[128] Deseo que mi país apruebe mi conducta, mas si existen leyes hechas por los poderosos para oprimir a los débiles, apelo a mi propio sentido de la justicia y afirmo que no viviré con el individuo que ha violado todas las obligaciones morales que vinculan a las personas.

Protesto igualmente contra cualquier acusación que se haga para incriminar al hombre al que considero mi marido. Tenía veintiséis años cuando abandoné la casa del señor Venables; si se supone que algún día yo alcanzaría una edad en la que podría ser dueña de mis actos, hacía tiempo que ese día había llegado. Actué con deliberación. El señor Darnford halló en mí una mujer desamparada y oprimida, y me prometió la protección de la que carecen las mujeres en la sociedad actual. Mas el hombre que ahora me reclama, ¿acaso fue privado de mi compañía por comportarse así? La misma pregunta es un insulto al sentido común, considerando dónde me conoció el señor Venables. En efecto, la puerta del señor Venables estaba abierta para mí —o, mejor dicho, empleó amenazas

y súplicas para hacerme regresar—, pero ¿por qué motivo? ¿Lo hizo por amor, o más bien por el qué dirán? No puedo, ciertamente, sondear las profundidades del corazón humano, pero me atrevo a afirmar [con la certeza que me otorgan toda una serie de circunstancias] que únicamente lo impulsaba la más ávida codicia.

Así pues, pido el divorcio y la libertad de disfrutar —sin que nadie me acose— de la fortuna que me dejó un familiar que conocía bien la personalidad del hombre con el que yo habría de lidiar. Apelo a la justicia y humanidad del jurado, un grupo de hombres a cuyo dictamen se le debe otorgar la fuerza para modificar leyes que han de ser forzosamente injustas, pues unas reglas fijas nunca pueden aplicarse a circunstancias siempre diversas. Igualmente, desapruebo que se castigue [al hombre que he elegido, a quien libero solemnemente del cargo de seducción].

No me puse en ninguna situación que justificase la acusación de adulterio hasta que me hube librado, con pleno convencimiento, de los grilletes que me ataban al señor Venables. En cuanto al tiempo que viví con él, desafío a las voces calumniosas a que intenten mancillar lo que denominan «el buen nombre de una mujer». Desatendida por mi marido, jamás incité a ningún amante, y preservé con escrupuloso celo —aun a costa de mi sosiego— lo que llaman «mi honor», hasta que él, que debiera ser su guardián, me tendió trampas con el fin de provocar mi caída. Desde ese momento me consideré libre a los ojos de Dios, y ningún poder sobre la Tierra me haría renunciar a mi decisión.

En su resumen final de las pruebas y testimonios aportados, el juez aludió a «la falacia de permitir que las mujeres aleguen sus sentimientos como excusa para romper el voto matrimonial». Por su parte, él siempre se había mostrado contrario a cualquier innovación y a esas ideas de nuevo cuño que intentaban desplazar a las viejas y sabias reglas de conducta. Según dijo, no queríamos «principios franceses en la vida pública ni en la privada», y si se permitía a las mujeres aducir sus sentimientos como un eximente o atenuante de la infidelidad, «abriríamos una puerta a la inmoralidad». ¿Qué mujer virtuosa pensaba en sus sentimientos? El deber de la mujer era amar y obedecer al hombre elegido por sus

padres y familiares, quienes por su experiencia estaban más cualificados que ella para decidir qué le convenía. En cuanto a los cargos presentados contra su marido, estos eran vagos y no estaban sustentados por testigos, a excepción del encierro en el manicomio. Las pruebas de la existencia de antecedentes de locura en su familia quizá se explicase como una medida prudente y, de hecho, «el comportamiento de aquella dama no parecía el de alguien en su sano juicio». No obstante, «tales procedimientos no podían justificarse y tal vez le otorgasen el derecho a obtener [en otro tribunal] una sentencia de separación de bienes y cese de la convivencia de las partes»,[129] aunque el juez esperaba «que ningún inglés legalizara el adulterio permitiendo que la adúltera enriqueciese a quien la sedujere». No se impondrían nunca las suficientes restricciones al divorcio si se quería preservar la santidad del matrimonio y, aunque estas podían resultar una carga para algunos —muy pocos— individuos, ello redundaría en el bien general.

■

127 Legalmente esto es irrelevante. Aunque al marido se le podía conceder el divorcio basándose en el adulterio de su esposa, una mujer únicamente podía divorciarse alegando incesto, bigamia, impotencia, o por crueldad que conllevase un peligro físico.

128 Únicamente se podía retirar al padre la custodia de los hijos en circunstancias muy excepcionales.

129 Los tribunales Eclesiásticos podían conceder el divorcio (separación de bienes y cese de la convivencia), una separación legal que proveía a la mujer de una pensión alimenticia, pero que prohibía la posibilidad de nuevas nupcias.

CONCLUSIÓN

Por Janet Todd

Existen muy pocos indicios sobre la manera en que la autora planeaba terminar esta obra. Únicamente he encontrado dos frases sueltas y algunos encabezamientos dispersos para la continuación de la historia. Los transcribo íntegramente.

I

«Las cartas de Darnford eran afectuosas, mas las circunstancias ocasionaban retrasos y el extravío de algunas de ellas hizo que la recepción de las ansiadas respuestas fuese incierta: se hacía necesario su regreso para calmar la mente de Maria.»

II

«Puesto que Darnford le había dicho que su asunto estaba resuelto, su tardanza en regresar parecía extraña. Pero el amor excesivo excluye cualquier temor o sospecha.»

Los encabezamientos dispersos para la continuación de la historia son los siguientes.*

*Para entender estos apuntes, sería necesario que el lector considerase cada uno de ellos como extraídos del mismo punto en la historia, a saber, el punto al que ha llegado en el capítulo precedente.

I

«Juicio por adulterio – Maria se defiende a sí misma – La consecuencia de ello es una separación de bienes y el cese de la convivencia – Su fortuna queda en manos de los tribunales – Darnford obtiene una parte de sus posesiones – Maria se va al campo.»

II

«Comienza un proceso por adulterio – Juicio – Darnford parte hacia Francia – Cartas – Embarazada otra vez – Él regresa – Misterioso comportamiento – Visita – Expectación – Descubrimiento – Entrevista – Consecuencia.»

III

«Demandada por su marido – Él gana su reclamación por daños y perjuicios – Separación de bienes y cese de la convivencia – Darnford se marcha al extranjero – Maria en el campo – Asigna una pensión a su padre – La rehúyen – Regresa a Londres – Espera ver a su amante – El tormento de la expectativa – Descubre que está

embarazada de nuevo – Encantada – Un descubrimiento – Una visita – Un aborto – Conclusión.»

IV

«Su marido se divorcia de ella – Su amante infiel – Embarazo – Aborto – Suicidio.»

[El siguiente pasaje parece desviarse en ciertos aspectos de los encabezamientos precedentes. Está sobrescrito.]

FINAL

«Bebió el láudano; su alma estaba serena, la tempestad había amainado y únicamente quedaba un ardiente deseo de olvidarse de sí misma y escapar de la angustia que soportaba, de no pensar más y huir de ese infierno desolado.

»Pero sus ojos aún no se habían cerrado, los recuerdos se sucedían de forma vertiginosa. Todos los episodios de su vida parecían sublevarse y cobrar forma para asaltarla e impedirle sumergirse en el sueño mortal. Su hija asesinada se le apareció llorando por el bebé al que ella serviría de tumba. "¿Acaso podría tener una más noble? Sin duda es mejor morir conmigo que llegar al mundo sin los cuidados de una madre. ¡No puedo vivir!..., pero, ¿habría podido abandonar a mi pequeño una vez nacido?, ¿habría podido arrojarlo a las turbulentas aguas de la vida sin una mano que lo sostuviese?". Miró al cielo: "¿Qué no habré sufrido? ¡Ojalá encuentre un padre allí donde voy!". La cabeza le daba vueltas, la invadía el sopor, desfallecía… "Ten un poco de paciencia —dijo Maria sosteniendo su mareada cabeza (pensó en su madre)—, esto no puede durar; y, ¿qué es un pequeño dolor corporal comparado con las heridas que he soportado?".

»Una nueva visión se desplegó ante ella. Le pareció que Jemima entraba con una criatura que se acercaba a la cama con pasos inseguros. Le llegaba la voz de Jemima desde lejos, llamándola, y ella trataba de escucharla, de hablarle, de buscarla.

—¡Mirad a vuestra hija! —exclamó Jemima. Maria se levantó de la cama, pero se desmayó, a lo que siguieron violentos vómitos.

»Cuando volvió en sí, Jemima se dirigió a ella con una gran solemnidad:

—…permitidme sospechar que vuestro marido y vuestro hermano os hayan engañado y hayan mantenido a vuestra hija en secreto. No os atormentaría con vanas esperanzas ni dejaría que en este funesto instante buscarais a vuestra hija en vano. La saqué de la miseria y, ahora que ha vuelto a la vida, ¿vais a dejarla sola en el mundo para que tenga que pasar por lo que yo he pasado?

»Maria le clavó la mirada con furia y una gran emoción la embargó cuando la niña de la que Jemima se había ocupado durante todo el viaje pronunció la palabra "mamá". La estrechó contra su pecho y estalló en lágrimas de pasión. Después, recostando cuidadosamente a la niña en la cama —como si temiera matarla—, le puso las manos sobre los ojos como tratando de ocultar la agónica lucha de su alma. Pidió cinco minutos de silencio, cruzó los brazos sobre el pecho, reclinó la cabeza y entonces exclamó:

—La lucha ha terminado. ¡Viviré por mi hija!

* * *

Puede que algunos lectores se pregunten, más allá de estas notas, si sería factible, sin caer en el tedio ni que el interés decayera, completar con estos someros esbozos un número considerable de páginas, aún mayor que el que aquí se presenta. Pero en realidad estas notas, siendo tan simples, están llenas de pasión y aflicción. El único refugio de los autores infecundos es llenar sus obras de ficción con un gran número de peripecias sin haber experimentado ninguna de ellas, para sumergirse en la mente del lector. Sin embargo, es competencia de los verdaderos genios el desplegar los

acontecimientos, descubrir sus posibilidades, establecer las diferentes pasiones y sentimientos que contienen, y distinguirlos a través de los incidentes que dotan de realidad a la imagen descrita y que cobran fuerza en la mente del lector experto, donde ya no vuelven a debilitarse. En el caso presente, el proyecto de la autora consistía principalmente en subordinar la historia a un gran propósito moral, «mostrar las miserias y la opresión propias de las mujeres, que surgen como consecuencia de las leyes patriarcales y de las costumbres sociales». Este objetivo pone freno a su imaginación.* Para ella era necesario ofrecer una visión dramática de aquellos males que demasiado a menudo se disculpan, y desvelar los detalles de dicha opresión, que el sector más burdo e insensible de la humanidad apenas tiene en consideración.

*Ver el prefacio de la autora.

Nota de los traductores

Los traductores agradecen a Jessamyn Jackson sus generosas y útiles aclaraciones sobre algunos pasajes de estas obras.

Mathilda

(por Mary Shelley)

Traducción de

Anne-Marie Lecouté

Capítulo I

No son más que las cuatro, pero es invierno y el sol ya se ha puesto. Ninguna nube refleja ya sus rayos oblicuos en el cielo claro y helado, pero el aire se tiñe de un ligero color rosado que todavía brilla sobre el suelo cubierto de nieve. Vivo sola en una casita perdida en un paraje inmenso y solitario. No me llega ningún eco de vida. Ante mis ojos, la llanura desolada está cubierta de blanco, y encima de las pequeñas colinas abruptas desde donde se desliza la nieve, más escasa aquí que en terreno llano, se advierten solamente unas cuantas manchas negras que han aparecido bajo el efecto del sol del mediodía. Algunos pájaros atacan con su pico el duro hielo que cubre los estanques; ha helado sin cesar.

Extraño estado mental el mío. Estoy sola, absolutamente sola en el mundo, el azote del destino ha acabado con mi vida. Sé que voy a morir y me siento feliz, alegre. Siento que me late el pulso y pongo mi mano flácida sobre mi mejilla febril. En mí se agita una mente vivaz y ligera que emite las últimas señales de vida. No veré nunca más las nieves de un nuevo invierno, no sentiré nunca más, lo sé, el calor vivificante de un nuevo verano, y con esta certidumbre empiezo a escribir mi trágica historia. Sin duda alguna una historia como la mía debería desaparecer conmigo, pero un sentimiento indefinible me empuja, y estoy demasiado débil de cuerpo y de espíritu para resistir al menor impulso. Cuando la vida era vigorosa en mí, estaba segura de que su sacrílego horror haría imposible contar esta historia, pero puesto que ahora muero, profano el terror místico que ella me inspira. Así es el bosque de las Euménides donde solo los moribundos son admitidos. Y ahora Edipo va a morir.

¿Pero qué estoy escribiendo? Necesito centrar mis ideas. No sé de nadie que vaya a leer de cabo a rabo estas páginas, salvo Ud.,

amigo mío, que las recibirá a mi muerte. No se las dedicaré a Ud. solo, porque disfrutaré guardando el recuerdo de nuestra amistad de un modo que resultaría imposible si fuera Ud. el único lector de lo que voy a escribir. Por eso contaré mi historia como si la dirigiese a todos.

Ud. me ha preguntado a menudo la causa de esta reclusión mía, de estas lágrimas, y sobre todo de este silencio impenetrable y tan poco amistoso. Viva, no osé hacerlo. Moribunda desvelo el misterio. Algunos hojearán distraídamente estas páginas, mientras que a Ud., Woodville, mi querido y tierno amigo, le resultarán entrañables. Conservan los preciosos recuerdos de una hija con el corazón roto, que a la hora de la muerte siente todavía el calor de la gratitud que le profesa. Sí, lo sé, sus lágrimas caerán sobre estas palabras que narran mis infortunios, y mientras siga con vida, le agradeceré su compasión. Pero ¡ya es suficiente! Empecemos este relato. Será mi última tarea: ojalá tenga fuerzas para llevarla a cabo. No tengo ningún crimen que confesar. Se me perdonarán fácilmente mis faltas, que no proceden de una intención maligna, sino más bien de una falta de discernimiento. Creo que muy pocos podrían vanagloriarse de haber sabido, mediante otra conducta o un juicio más acertado, evitar las desgracias de las que soy víctima. La Necesidad, la espantosa Necesidad condujo mi destino. Hubiera hecho falta otra energía, mayor que la mía, más potente, supongo, que cualquier fuerza humana, para romper las cadenas invencibles que me sujetaban... A mí, que fui animada únicamente por la alegría, poseída para siempre por un amor ardiente y que veneraba el bien: heme aquí miserable y a punto de morir. Pero no hablemos más de mí, nada está escrito todavía. Procuremos dejar de lado los ahora penosos, oscuros y sombríos sentimientos para recordar los del ayer, más intensos.

Nací en Inglaterra. Mi padre era un hombre de alta alcurnia. Después de perder muy joven a su propio padre, fue educado por una madre débil que le prodigó toda la indulgencia que, creía, se le debía a un gentilhombre. Lo enviaron a Eton, luego a la universidad. Muy pronto dispuso de importantes sumas de dinero,

lo que le permitió, desde muy joven, gozar de la independencia que un adolescente bien nacido suele adquirir en sus años de colegio.

Así fue como sus pasiones encontraron un suelo fértil donde echaron raíces y crecieron, pudiendo convertirse en buenas o malas hierbas. Libre de actuar a su antojo, pronto se forjó un carácter fuerte y firme, cuyas diversas facetas podían revelar, a quien tuviera buen ojo, el germen de sus virtudes y asimismo de sus infortunios. Despreocupado y pródigo, dilapidaba sumas enormes para satisfacer caprichos a los que llamaba pasiones por su fuerza, y muchas veces dio prueba de una generosidad sin límite. Pero mientras no dejaba de preocuparse por las necesidades de los demás, sus propios deseos se veían satisfechos en su más amplia medida —no por prodigar su dinero sacrificaba sus propios deseos—. Del mismo modo actuaba con su tiempo, que entregaba sin reservas, y con su amistad, a la que con gusto ponía a prueba en cualquier circunstancia.

Lejos de mí pretender que sus propios deseos compitieran con los de los demás, hubiese sido prueba de un egoísmo indebido. Nunca nadie le enjuició de este modo. Crecido en la prosperidad, fue venerado por todos sus favores, todos le querían y deseaban su felicidad. Si siempre tuvo a bien favorecer los placeres de sus amigos, fue porque estos eran los suyos propios. Si prestó más atención de la usual a los sentimientos de los demás, fue porque su carácter sociable le impedía disfrutar si no veía las caras que le rodeaban tan despreocupadas como la suya. Por emulación tanto como por disposición natural, ocupó en el colegio un lugar privilegiado entre sus compañeros. En la universidad, desconfió de los libros, convencido de que había otras cosas que aprender que las que le podían enseñar esos libros. En el momento de entrar en la vida universitaria, era todavía lo bastante joven como para considerar los estudios una traba para escolares, que como máximo los protegían de los daños de la insumisión, pero sin relación alguna con la vida real, para la cual las cualidades de jinete o de jugador le parecían infinitamente preferibles. Muy pronto, pues, llevó una loca vida estudiantil sin que su corazón, que ya estaba demasiado bien formado, se viera contaminado: podía ser superficial, pero nunca

era insensible. Fue un amigo sincero y compasivo, pero no encontró nunca a nadie igual o superior a él que pudiera ayudarle a desvelar su propia alma o superar su antiguo modo de pensar para descubrir uno nuevo. Pensaba que tenía una inteligencia más rápida que la de los que le rodeaban, y su talento, su rango y sus bienes le colocaban a la cabeza de su círculo social: se sentía no solamente satisfecho de ello sino también orgulloso, y veía en este estado de cosas la única aspiración digna de él. Por una extraña deformación mental, no tomaba en cuenta el universo más que en la estricta medida en que estaba relacionado o no con su mundillo. Si su círculo de íntimos desacreditaba una opinión, al instante la encontraba sospechosa y pasada de moda, y si en ocasiones se mostraba dogmático, temía al mismo tiempo no mostrarse acorde con los únicos sentimientos que juzgaba ortodoxos. A los ojos de todos parecía muy poco preocupado por la maledicencia, y no se dignaba ni siquiera considerar los prejuicios del vulgo, pero mientras se movía triunfalmente por encima del resto del mundo, se hacía diminuto con una humildad que no quería confesar ante aquella sociedad de la que él era el jefe, y jamás osaba expresar una opinión o un sentimiento sin estar seguro de la aprobación de sus compañeros.

Y sin embargo, tenía un secreto que mantenía oculto ante sus queridos amigos, un secreto que guardaba desde su más tierna edad, y que no hubiera confiado jamás, ni a la discreción ni a la amistad de ninguno de ellos aunque los quisiera. Amaba. Temía que la intensidad de su pasión se convirtiera para ellos en objeto de burla, y no podía sufrir que tomaran por un asunto trivial o un capricho lo que él consideraba como su vida misma.

Cerca del castillo de su familia vivía un caballero de pequeña fortuna, que tenía tres hijas encantadoras. La mayor era la más bella, y su belleza no hacía más que realzar sus otras cualidades: junto con una inteligencia viva y penetrante, tenía la dulzura de un ángel. Desde su tierna infancia, Diana fue la compañera de juego de mi padre, cuya madre también se encariñó con la niña. Este sentimiento no hizo más que aumentar cuando creció aquella hermosa joven llena de vida. Pasaron todas sus vacaciones juntos,

desde el parvulario hasta el colegio.

Él, que era tan sensible a toda suerte de influencias, había sido particularmente marcado por las novelas románticas y por todos los demás medios que permiten a la juventud de nuestro mundo civilizado imaginarse las pasiones, antes de vivirlas realmente. A los once años, Diana era su compañera de juegos favorita —pero él ya le hablaba el lenguaje del amor—. Aunque ella tenía casi dos años más que él, el tipo de educación que recibía la hacía más niña, por lo menos en lo que se refiere al análisis y la expresión de los sentimientos. Aceptaba sus declaraciones con inocencia y se las retornaba sin saber lo que significaban: no había leído ninguna novela, y había vivido solamente en compañía de sus hermanas más jóvenes; ¿qué podía saber de la diferencia entre el amor y la amistad? Pero cuando su conciencia, al desarrollarse, le reveló la verdadera naturaleza de sus relaciones, sus sentimientos ya la habían comprometido con su amigo, y todo lo que pudo temer fue que la inconstancia, u otras tentaciones, le hicieran romper sus promesas infantiles.

Pero aquellos sentimientos fueron incrementándose día a día en ardor y ternura. Era una pasión que había crecido junto con él, abrazando tan íntimamente cada una de sus facultades y de sus emociones que no podía apagarse sino con su vida. Solo sus dos corazones conocían aquel amor. Y aunque en este terreno, al igual que en otros muchos, temía el veredicto de sus compañeros —pues amaba a alguien con menos fortuna que él—, nada pudo quebrantar ni un instante su determinación de unirse a ella, tan pronto como tuviera el valor necesario para afrontar dificultades que tenía la firme intención de superar. Diana era verdaderamente digna de su mayor afecto. Pocos podían presumir de un corazón tan puro, de una humildad de alma tan grande y tan poco fingida, y de una confianza total tanto en su integridad como en la de los demás. Desde su nacimiento, había llevado una vida retirada. Muy pequeña había perdido a su madre, pero su padre se había dedicado a su educación. Una multitud de ideas muy precisas influenciaron el sistema que adoptó a este respecto. Ella vivía en compañía de los

héroes de Grecia y Roma, y de los de Inglaterra, desaparecidos hacía varios centenares de años, mientras ignoraba prácticamente los acontecimientos cotidianos de su tiempo. Había leído a pocos autores de los últimos cincuenta años, pero aparte de esto, el campo de sus lecturas era muy extenso. Y aunque parecía menos iniciada que su padre en los misterios de la vida y del mundo, su saber era de naturaleza más profunda y se apoyaba sobre bases más sólidas. Así pues, aun cuando a él no le hubiesen fascinado su belleza y su dulzura, su inteligencia no hubiera dejado de cautivarle. Él la consideraba como su guía, y su adoración era tal que disfrutaba engrandeciendo su espíritu con el sentimiento de inferioridad que a veces ella le inspiraba.

Cuando él tuvo diecinueve años, su madre murió. Entonces dejó la universidad, y alejándose por un tiempo de sus antiguos compañeros, se retiró cerca de Diana, que le prodigó toda clase de consuelos con su dulce voz y sus tiernas caricias. Esta breve separación de sus compañeros le dio valor para afirmar su independencia. Tenía la impresión de que, si bien podían reírse de sus proyectos de matrimonio, no se atreverían a hacerlo ante el hecho consumado. Así fue como pidió primero el consentimiento de su tutor, que obtuvo con dificultad, luego el del padre de su amada, que se lo concedió más fácilmente, y sin haber avisado a nadie más de sus intenciones, se convirtió, en su vigésimo cumpleaños, en el marido de Diana.

La amaba con pasión, y la ternura que ella le manifestaba le mantenía tan hechizado que solo ella ocupaba su mente. Invitó a algunos de sus amigos de la universidad a visitarle, pero su frivolidad le disgustó. Diana había roto el velo que hasta entonces le había mantenido en la infancia: convertido en un hombre, se extrañó de haber podido compartir los discursos de ellos y sus ideas preconcebidas, e igualmente de haber podido por un momento temer su crítica. Así pues se deshizo de estas antiguas amistades, no tanto por inconstancia sino porque, de hecho, se habían vuelto indignas de él.

Su corazón entero estaba lleno de Diana, y le parecía que, mediante esta unión, había adquirido un alma nueva y mejor. Ella era la inspiración que le indicaba los verdaderos fines de la existencia: así pudo, gracias a sus dulces enseñanzas, renunciar a sus antiguas aspiraciones para convertirse poco a poco en un hombre entre los hombres, un miembro distinguido de la sociedad, un patriota, y finalmente, un enamorado iluminado por la virtud y la verdad. La amaba por su belleza y por su bondad, pero sin duda la amaba más todavía por lo que estimaba ser su sabiduría superior. Estudiaban juntos, juntos montaban a caballo, jamás se separaban y raras veces admitían a una tercera persona en su compañía. Así fue como mi padre, que nació en la abundancia y gozó siempre de prosperidad, llegó, sin las dificultades que suelen encontrar los humanos en su camino, a la cima de la felicidad.

Todo a su alrededor era sol radiante, y las nubes, cuyas formas encantadoras resultaban sublimes a la vista, solo estaban allí para ocultar a sus ojos la triste realidad subyacente. En un instante fue derribado de este pináculo deslumbrante, cuando inconscientemente se congratulaba por su felicidad. Quince meses después de su boda, yo nací y mi madre murió a los pocos días.

Una hermana de mi padre, hija de un primer matrimonio de su propio padre, se encontraba a su lado: tenía casi quince años más que él. Cuando murió su padre, esta hermana fue a vivir con su familia materna: los dos hermanos se habían visto raras veces, y por su naturaleza, eran totalmente opuestos. Esta tía a la que confiaron mi custodia me contó muchas veces el efecto que tuvo esta catástrofe sobre el carácter fuerte y sensible de mi padre. Desde el instante en que murió mi madre hasta la hora de su partida, jamás se le oyó pronunciar una palabra. Se había hundido en la melancolía más sombría y no prestaba atención a nadie. A veces lloraba durante horas, o se dejaba invadir por una desesperación terrible. Las cosas externas habían perdido su realidad para él, solo salía de su estado de postración y de muda desesperanza en una

circunstancia: no quería verme de ningún modo. Si mi tía, para intentar despertar su sensibilidad, me llevaba a la habitación, él, que parecía no notar la presencia de nadie, se levantaba de un salto para salir, fuera de sí y furioso.

Al cabo de un mes abandonó repentinamente la casa, y, sin ningún criado, dejó el país sin informar a nadie por escrito o de palabra. Solo una carta fechada en Hamburgo informó a mi tía de su suerte. Cuántas veces habré llorado sobre esta carta que fue, hasta mis dieciséis años, la única reliquia que me recordaba a mis padres. «Perdonadme», decía, «por el trastorno que inevitablemente os causo, pero mientras estuve en esta isla maldita donde todo respira el alma de la que he perdido para siempre, me sentí poseído por un maleficio. Ahora está roto: he dejado Inglaterra para muchos años, quizás para siempre. Pero para convenceros de que no me absorbe totalmente la preocupación por mí mismo, me quedaré en esta ciudad hasta que hayáis hecho, por carta, todos los arreglos que juzguéis necesarios. Cuando salga de esta ciudad, no esperéis recibir más noticias mías: debo romper todos los lazos que existen hoy. Que me convierta en vagabundo, en miserable proscrito —¡solo! ¡solo!».

En otra parte de la carta, hablaba de mí: «En cuanto a ese pequeño ser desafortunado al que no he podido ver y que apenas me atrevo a evocar, la dejo bajo vuestra protección. Tened cuidado de ella, y queredla: algún día quizás pueda reclamárosla... pero el porvenir parece sombrío: haced pues que el presente le sea grato».

Mi padre se quedó tres meses en Hamburgo. Cuando dejó esa ciudad, cambió de nombre, y mi tía no pudo averiguar nunca el que adoptó: indicios ínfimos le hicieron pensar que viajaba hacia Alemania, Hungría y Turquía. Así pues, aquella personalidad elevada, que había suscitado tanto interés y tan vivas esperanzas en todos los que le habían conocido y habían podido apreciarle, desapareció repentinamente, como si hubiera muerto. A partir de

aquel momento, no existió más que para sí mismo. Sus amigos solo guardaron de él una brillante visión desaparecida para siempre jamás. El recuerdo de lo que había sido se fue borrando con los años, y aquel que fue, en un momento dado, parte de ellos y de sus esperanzas, dejó de pertenecer al mundo de los vivos.

Capítulo II

Ahora hablemos de mí. De los primeros momentos de mi vida poco hay que decir, y seré breve. Pero permítanme que me extienda un poco sobre los años de mi infancia. Así se verá, una vez defraudadas mis esperanzas, lo que fue la vida para mí, y cómo, habiéndose desvanecido el único afecto que me fue dado, mi existencia se apagó junto con él.

Dije ya que mi tía era muy diferente de mi padre. Creo que, sin la menor huella de maldad, tenía el corazón más frío que cualquier ser en el mundo: estaba totalmente incapacitada para el cariño. Me tomó bajo su protección, pues consideraba que tal era su deber, pero había estado viviendo demasiado tiempo sola, sin que la molestaran el balbuceo y el ruido de un niño, para soportar que yo perturbara su serenidad. Nunca había estado casada, y había permanecido aquellos cinco últimos años totalmente sola en una finca en las orillas del Loch Lomond, en Escocia, finca que había heredado de su madre. Mi padre, en sus cartas, había expresado el deseo de que residiera conmigo en su finca familiar, situada en una espléndida campiña cerca de Richmond, en Yorkshire. Pero ella no aceptó, y tan pronto como hubo resuelto los asuntos ocasionados por la partida de su hermano, dejó Inglaterra, y me llevó con ella a su finca de Escocia.

La custodia del bebé que yo fui recayó, hasta mis ocho años, en una criada de mi madre que nos acompañó con este fin en nuestro destierro. Me colocaron en un lugar retirado de la casa para que no viera a mi tía más que a horas fijas, es decir, dos veces al día. Una vez, hacia las doce del mediodía, era ella la que venía a mi habitación; la otra vez, me llevaban a verla después de la cena.

Jamás me prodigó caricias, y durante todo el rato que yo pasaba en sus habitaciones, parecía temer que la molestase con algún capricho infantil. Mi buena nodriza me aleccionaba siempre cuidadosamente antes de aventurarnos en el salón, pero el miedo que me inspiraban las miradas frías y las pocas palabras forzadas de mi tía era tal, que raras fueron las veces en que desobedecí las instrucciones y perdí la inmovilidad ejemplar que me habían enseñado a guardar durante aquellas cortas visitas.

Bajo la custodia de mi buena nodriza corría libremente en nuestro parque y en los campos vecinos. Retoño del amor más grande, di prueba desde mi más tierna edad de una extrema sensibilidad anímica. No puedo explicar la pasión con la que amaba todas las cosas que me rodeaban, aunque fuesen inanimadas. Creo que tuve un cariño especial por cada uno de los árboles de nuestro parque; cada animal que allí vivía me conocía y era amado por mí. La eventualidad de su muerte llenaba de dolor mi corazón de niña. No puedo contar la cantidad de pájaros que salvé durante los largos y rigurosos inviernos de aquel clima, ni los conejos y las liebres que defendí de los perros o cuyas heridas cuidé.

Tenía siete años cuando mi nodriza me dejó. Ahora no recuerdo la razón de su partida, si es que la supe alguna vez. Ella volvió a Inglaterra, y las amargas lágrimas que vertió al irse fueron durante muchos años las últimas que vi verter por mi causa. Mi pesar fue terrible, pues era mi única amiga en el mundo. Poco a poco, me reconcilié con mi soledad, pero nadie ocupó su lugar en mi corazón.

Habitaba un país desolado donde: «No había nadie a quien glorificar y muy poco que amar».[130]

La verdad es que, en aquella época, veía más a menudo a mi tía, pero ella era de todas maneras un ser asocial y, para una niña

tímida, se parecía a una planta recubierta por una espesa capa de hielo: me hubiese desgarrado las manos intentando alcanzarla. Así pues me encontraba totalmente entregada a mis propios recursos. Contrataron al vicario de la región para darme lecciones de lectura, de escritura y de francés, pero él no tenía familia y sus maneras eran, incluso para mí, del todo características de la profesión en la cual brillaba ante todo, la de maestro de escuela. Intenté alguna vez entablar amistad con la más atractiva de las niñas del pueblo vecino, pero me parece que, aun cuando mi tía no se hubiese interpuesto con su autoridad para impedir todo contacto entre los campesinos y yo, nunca lo hubiese conseguido. Ella temía que hablase escocés o cogiese el acento. La verdad es que ya lo tenía un poco, a pesar de los esfuerzos que hacían para que mi forma de hablar no deshonrase mis orígenes ingleses. Cuando crecí, mi libertad se incrementó a la par que mis deseos, y mis vagabundeos me llevaron fuera de nuestro parque, hacia la campiña de los alrededores. Nuestra casa estaba situada en las riberas del lago, y el césped llegaba hasta el agua. Erraba a la aventura en el decorado salvaje de este maravilloso país, y me convertí en una auténtica montañesa: pasaba horas en el borde del precipicio que sobresalía dominando una cascada, o bien llevaba yo misma mi pequeña barca hacia una de las islas. Erraba hasta el infinito en aquellas exquisitas soledades, recogiendo una flor tras otra: «Ond'era pinta tutta la mia vía»,[131] cantando como podía las canciones del país, o sumergida por entero en mis dulces sueños. Mi mayor placer era gozar de un cielo sereno en aquellos bosques verdosos, aunque me gustaban todos los cambios de la Naturaleza: la lluvia, la tormenta, las maravillosas nubes del cielo traían consigo sus delicias. Arrullada por las olas del lago, mi mente se elevaba triunfante, como un jinete sintiendo con orgullo los movimientos de su bien alimentado corcel.

Pero no obtenía placer más que de la contemplación de la Naturaleza, puesto que no tenía amigos: al no encontrar respuesta en el corazón de los humanos, mis cálidos afectos se veían forzados a perderse en objetos inanimados. A decir verdad, sin embargo, lloraba a veces cuando mi tía recibía mis caricias con disgustada frialdad y cuando, a mi alrededor, no encontraba a nadie para amar. Pero pronto sequé mis lágrimas al crecer y los libros vinieron,

en cierta medida, a sustituir los contactos humanos. La biblioteca de mi tía era muy escasa: Shakespeare, Milton, Pope y Cowper eran los poetas curiosamente asociados en su colección. Entre los autores de prosa, mis favoritos eran una traducción de Tito Livio y una historia antigua de Rollin. No obstante, a medida que iba saliendo de la infancia, empecé a encontrar interesantes otros que, antes, había descuidado por considerarlos aburridos.

Cuando tuve doce años, mi tía pensó que debía aprender música: ella misma tocaba el arpa. Con mucha indecisión, llegó a la conclusión de que tenía que asegurar mi instrucción: juzgando necesaria para mi educación la realización de este proyecto, sopesó los inconvenientes de su participación con los de tener a alguien en casa para darme lecciones, y finalmente optó por la primera solución. Me compraron un arpa con el fin de que mi trabajo no incomodara el suyo, y comencé.

Me encontró dócil, y una vez adquiridas las primeras nociones, resulté ser una alumna dotada. El arpa fue para mí una compañera en los días de lluvia, un dulce consuelo cuando algún acontecimiento triste me alteraba. Muchas veces me dirigía a ella como a mi única amiga. Podía desahogar en ella mis esperanzas y mis amores imaginándome que sus dulces acordes me respondían. Ya está, he mencionado todos mis estudios. Fui un ser solitario, y desde mi niñez, tanto como después de que se fuera mi amada nodriza, fui una soñadora. Daba vida a Rosalinda, Miranda y a la dama de Come para hacer de ellas mis compañeras, o bien representaba su papel en mi isla imaginándome en su situación. Unas veces me perdía en las quimeras de los demás, otras veces establecía relaciones de amistad e intimidad con las creaciones etéreas de mi propio cerebro. Pero apegándome a la realidad, daba un nombre a aquellos personajes imaginarios, y los cultivaba con la esperanza de que se volviesen reales.

Permanecía ligada al recuerdo de mis padres: a mi madre no la

vería nunca, estaba muerta; pero la imagen de mi desafortunado padre errante era el ídolo de mi imaginación. Había canalizado todos mis afectos hacia él. Descubrí una miniatura suya que contemplaba sin cesar. Había copiado su última carta para leerla una y otra vez. A veces esto me hacía llorar, y otras repetía estas palabras con entusiasmo: «Algún día quizás pueda reclamárosla». Yo sería su consuelo, su compañera de los años venideros. Mi visión favorita era que, cuando hubiese crecido, dejaría a mi tía, cuya frialdad tranquilizaba mi conciencia, y, disfrazada de muchacho, buscaría a mi padre por el mundo. Mi imaginación se fijaba en la escena de reconocimiento que tendría lugar gracias a la miniatura que llevaba siempre expuesta en mi pecho. Algunas veces, ocurría en un desierto, o en una ciudad populosa, en un baile, quizás nos encontraríamos en un navío. Sus primeras palabras eran siempre las mismas: «¡Hija mía, cuánto te quiero!».¡Cuántos momentos de éxtasis habré tenido con estos sueños! ¡Cuántas lágrimas habré vertido! ¡Y cuántas veces pude reírme en alta voz!

Tal fue mi vida durante dieciséis años. A los catorce y quince años, pensé muchas veces que había llegado el momento de empezar esta peregrinación que, embaucándome a mí misma, consideraba ser mi absoluto deber. Pero la reluctancia por dejar a mi tía, el remordimiento por el disgusto que, sin poder ocultármelo, le daría para siempre, me retuvieron. En ocasiones, habiendo previsto mi evasión para el día siguiente por la mañana, una palabra de su parte, más afectuosa que de costumbre, me obligaba a aplazar mis proyectos. Me hacía a mí misma amargos reproches por lo que llamaba mi culpable debilidad, pero esta debilidad volvía cada vez que se acercaba el momento crítico, y nunca tuve valor para irme.

■

130 Wordsworth. (N. de la T.)

131 Dante. (N. de la T.)

Capítulo III

Cuando cumplí dieciséis años mi tía recibió una carta de mi padre. No puedo describir el tumulto de emociones que me asaltaron tras su lectura. Estaba fechada en Londres: ¡había vuelto! No pude expresar mis sentimientos más que con lágrimas, lágrimas de una alegría sin sombra. Había vuelto, y escrito para saber si mi tía iría a Londres o si él debía venir a verla a Escocia. ¡Cuánta ilusión me hicieron las palabras que en su carta se referían a mí! «No puedo deciros», decían, «con qué anhelo deseo ver a mi Mathilda: ella es para mí la que hará la felicidad de mi vida futura, todo lo que existe en el mundo y me importa. Apenas puedo dominar el deseo de correr hacia vos, pero asuntos de suma importancia me retienen aquí por una semana, y escribo con la esperanza de que si venís aquí os podré ver un poco más pronto».

Leí estas líneas con avidez, las besé, lloré sobre ellas y grité: «Sí, me querrá».

Mi tía no quiso emprender tan largo viaje, y quince días más tarde, recibimos otra carta de mi padre, fechada en Edimburgo: decía que estaría con nosotras tres días después. Cuanto más se acercaba —escribía— más ardiente se hacía su deseo de verme, e intuía que el momento en que me tomase en sus brazos sería el más feliz de su vida.

¡Cuán duros me resultaron aquellos días! No podía comer ni dormir, no hacía más que leer y volver a leer la carta y, en la soledad de los bosques, imaginaba el momento de nuestro encuentro. La víspera del tercer día me retiré temprano a mi habitación. No pude dormir, me pasé la noche dando vueltas en mi cuarto, y contemplé, cosa que puede hacerse en Escocia en el solsticio de verano, el sol

carmesí orillando el horizonte septentrional en su recorrido. Al alba, me fui corriendo a los bosques, y las horas pasaron mientras me abandonaba a mis sueños insensatos que dieron alas al indolente paso del tiempo y entretuvieron mi loca impaciencia. Mi padre iba a llegar al mediodía, pero cuando quise volver para ir a su encuentro, me di cuenta de que me había perdido, y aparentemente todos mis esfuerzos para encontrar mi camino me sumieron más en el dédalo de los bosques mientras los árboles ocultaban todas las huellas que hubieran podido guiarme. Me puse nerviosa, lloré y me retorcí las manos, pero no pude orientarme.

Eran más de las dos cuando a la vuelta de un camino me encontré frente al lago, cerca de una caleta donde había una barquita amarrada: no estaba lejos de casa, y en el césped vi a mi padre y mi tía caminando juntos. Entré de un salto en la barca y, experta en este tipo de hazañas, la alejé de la orilla reuniendo todas mis fuerzas para cruzar el lago remando. Cuando me vio llegar, vestida de blanco, con la cabeza cubierta con mi única gorra escocesa y el pelo flotando sobre mis hombros, volando entre las olas, llevando mi barca a una velocidad apenas creíble, le recordé más a una aparición que a una criatura humana, solía decirme mi padre. Llegué a la orilla, mi padre sujetó la barca, salté y al instante estuve en sus brazos.

Entonces fue cuando empecé a vivir.

Todo a mi alrededor cambió, todo dejó de ser tétrico y uniforme para convertirse en un esplendoroso escenario de alegría y encanto. La felicidad que viví en compañía de mi padre superaba con mucho mis esperanzas más insensatas. Estábamos juntos para siempre y nuestros temas de conversación eran inagotables. Él había pasado sus dieciséis años de ausencia en las naciones casi desconocidas de Europa, había recorrido Persia, Arabia, la India del Norte y se había mezclado con los indígenas con una libertad de la que muy pocos europeos habían disfrutado. Las narraciones de costumbres, las

anécdotas y descripciones de paisajes nos hacían pasar horas deliciosas cuando nos hallábamos cansados de hacer proyectos sobre nuestra vida futura.

Este tono de cariño era tan nuevo para mí que saboreaba con deleite sus palabras cuando decía lo que había sentido respecto a mí durante todos aquellos años de aparente olvido: «Al principio», explicaba, «no podía soportar pensar en mi pobre hijita, pero más adelante, cuando se alivió mi pesar y la esperanza volvió a mí, no pude sino volverme hacia ella: en medio de las ciudades y de los desiertos veía su carita de hada, tal como la imaginaba, pasar volando delante de mí. La brisa del norte que me refrescaba me era más suave si parecía traer consigo un poco de tu espíritu. Muchas veces, pensé volver sin más demora para llevarte conmigo a una isla donde hubiéramos vivido en paz para siempre. En el camino de vuelta mis fervorosas esperanzas se veían aniquiladas por temores variados, y mi impaciencia me hacía sufrir al máximo. No osaba pensar que el sol podía brillar y la luna alzarse, no sobre mi hija viva, sino sobre mi hija en la tumba. Pero no, no es así, y tengo a mi Mathilda, mi consuelo, mi esperanza».

Según la descripción que hacía de sí mismo mi padre antes de sus infortunios había cambiado muy poco. ¿Pues no son acaso las relaciones con el mundo civilizado, la decepción de las esperanzas, las traiciones de los amigos o los eternos conflictos pasionales los que cambian el alma y enfrían el fervor de un corazón juvenil? Los vagabundeos solitarios en países salvajes, entre seres de costumbres simples o bárbaras, pueden desgastar el cuerpo pero no consiguen domar el alma ni acallar el vigor ni el ardor de la juventud. El sol abrasador de las Indias y una libertad sin límites habían acrecentado más bien la energía de su carácter. Donde anteriormente se sometía, ya no admitía ahora ninguna prohibición que no le hubiese sido dictada por su propia ley. Había conocido tantas costumbres y tal variedad de creencias morales que se había visto obligado a forjar las suyas propias, independientemente de las del lugar. Por supuesto, sus primeras ideas influenciaron el asentamiento de sus principios, y algunos conceptos mal digeridos

de estudiante convivían curiosamente con las deducciones más refinadas de aquella mente penetrante. Durante todo el tiempo en que había permanecido desterrado de su país natal, no había experimentado más que indiferencia por la vida, lo cual tuvo un singular efecto sobre sus ideas. Comparados con los de su juventud, todos aquellos años pasados en el extranjero le parecían curiosamente irreales: todo el tiempo que había pasado fuera de Inglaterra le parecía un sueño, mientras que todo lo que animaba su espíritu y conservaba su afecto pertenecía a los acontecimientos y a los seres que habían existido dieciséis años antes. Era sorprendente ver cómo evocaba todos aquellos años como si se hubieran tratado de una noche de visiones, mientras que sus recuerdos de juventud, muy diferentes de los posteriores, no habían perdido nada de su realidad. Hablaba de mi madre como si hubiese estado viva algunas semanas antes, no porque manifestara un dolor agudo, sino porque la descripción de lo que era, los relatos y las anécdotas que a ella se referían poseían una vida y una nitidez que así lo hacían creer. En todo ello había una extrañeza que me fascinaba y me encantaba: era como si, una vez despierto de su largo sueño alucinatorio, se sintiera un poco como Nourjahad en alguna encantadora imitación de un cuento oriental: Diana ya no existía, sus amigos habían cambiado, o habían muerto, y ahora, en el momento de su despertar, yo era todo lo que le quedaba sobre la tierra, la única depositaria de su cariño. Cuán entrañables se me hicieron las aguas, las montañas y los bosques del Loch Lomond ahora que tenía para mis paseos a ese compañero al que tanto amaba. Visité con mi padre todos los escondrijos maravillosos, las islas, las cascadas bordeadas de árboles, los caminos umbríos, los valles arbolados invadidos por helechos y hierbas salvajes. Mi mente se ensanchaba gracias a su conversación: era como un renacimiento para mí, me sentía invadida por todo el frescor y la vida de un ser nuevo. Desde su llegada era como si, desde un lugar angosto de la tierra, me hubieran transportado a un universo donde la inteligencia y la imaginación no conocían límites. Ayer todavía mi vida, como un riachuelo entre los campos, jamás hubiese dejado su tierra natal, y una vez cumplido su curso, se hubiera reabsorbido tranquilamente sin dejar rastro alguno, pero ahora me veía como un río cambiante cruzando regiones fértiles y soberbias, siempre diferentes y siempre magníficas. ¡Ay de mí! ¡Ignoraba qué desierto iba a alcanzar! Ignoraba qué rocas romperían sus aguas y qué escena horrible, cien

veces deformada, reflejarían sus ondas: en aquel entonces la vida resplandecía.

Empezaba a tener esperanzas o proyectos, ¿y quién introduce en el corazón aflicción más amarga que las esperanzas destruidas? ¿No es extraño ver cómo el dolor sucede tan rápidamente a la felicidad más divina? Había bebido de una copa mágica que en el fondo de su larga dulzura solo ocultaba hiel. Mi corazón estaba lleno de un afecto profundo y se sentía en paz con aquella plenitud. Jamás había pensado que el sufrimiento pudiera surgir del amor, y esta lección que todo el mundo acaba aprendiendo me fue dada de una forma que muy pocos habían sufrido. Ahora lloro y siempre lloraré por aquellos meses demasiado breves de beatitud en el Paraíso. Sin haber desobedecido jamás y sin haber mordido ninguna manzana, fui arrojada brutalmente fuera de él. Ay de mí, mi compañero fue el culpable, y él fue quien me arrastró en su caída. Pero me estoy alejando de mi relato: dejemos que los pesares lleguen en su momento, y, en este punto de mi narración, gocemos todavía de la felicidad.

Habíamos pasado tres meses de convivencia perfecta cuando mi tía se puso enferma. Estuve un mes entero en su habitación cuidándola, pero su enfermedad fue fatal y murió, dejándome desconsolada por un tiempo: la muerte es tan terrible para los vivos, y los lazos de la costumbre son tales, que aun cuando no se hallan soldados por el afecto, el corazón muere cuando se rompen. Pero para consolarme y sustituir los recuerdos amargos por brillantes esperanzas, mi padre se encontraba a mi lado, y yo pensaba que era dulce sufrir si él podía enjugar mis lágrimas.

Una vez más me supo apartar de mi pena comparándola con la desesperanza que le produjo la pérdida de mi madre. También entonces me estremecí oyéndole describir sus pasiones. Tenía la imaginación de un poeta, y cuando evocaba la tempestad que arrasó su corazón, daba tanta vida a sus palabras y las animaba tanto que

sus pasiones parecían reales y me hacían temblar. Yo me preguntaba cómo había podido amar de nuevo la vida después de que el desenfreno de su mente le introdujera en el mundo de lo sobrenatural. Las ideas que manejaba al hablar eran tan formidables que el corazón humano parecía demasiado limitado para concebirlas siquiera. Ostensiblemente, sus sentimientos eran más propios del espíritu que habita el volcán y el terremoto, que del que anima un cuerpo mortal o una figura humana. Pero todo aquello no era más que un simple recuerdo, pues había cambiado desde entonces, y ya no era más que amor y dulzura. Cuando mis ojos asombrados se posaban en él mientras hablaba, la sonrisa de sus labios me revelaba que las pasiones más amables habitaban su corazón.

Dos meses después de la muerte de mi tía fuimos a Londres adonde mi padre me llevó para realizar estudios más serios que los que me habían ocupado hasta el momento. Mis progresos le hacían feliz: estaba constantemente conmigo mientras estudiaba, y asistía a cada una de mis clases, cuando no las recibía conmigo. Veíamos a mucha gente, y no pasaba un solo día sin que mi padre cuidara de embellecerlo con algún nuevo entretenimiento. El tierno afecto que sentía por mí, el amor y la veneración que yo a cambio le dedicaba daban un encanto especial a cada momento que transcurría. Cada minuto que pasábamos juntos hacía más largas y agradables las horas, vivíamos más en una semana que cualquiera en varios meses, y la variedad constantemente renovada de nuestras distracciones nos llenaba de vida.

Dedicábamos nuestro tiempo a los paseos: para ir a admirar bellos paisajes, bellos cuadros, o a veces, simplemente, para descubrir nuevos placeres. Siempre me sentía feliz cuando estaba junto a mi padre. Si otra persona se unía a nosotros, me entristecía, pero cuando, trastornada, me volvía hacia mi padre, sus ojos sobre mí, radiantes de ternura, devolvían inmediatamente su alegría a mi corazón. ¡Oh! ¡Qué horas de delicias tan intensas! Tan cortas como fuisteis, parecéis haber durado una vida entera cuando, retrospectivamente, os evoco a través de la niebla de pesadumbre

que se levantó inmediatamente después para apartaros de mi vista. Fuisteis la última felicidad de la que jamás pude gozar: algunas semanas apenas, y todo aquello quedó destruido. Como Psyque, viví durante un tiempo en un país de ensueño, entre perfumes, músicas y maravillas suntuosas, hasta el día en que fui arrojada sobre un perdido islote rocoso para ser mecida por las olas de una desesperanza infinita: todo se volvió negro en los cielos, y mis ojos se cerraron mientras no veía más que muerte a mi alrededor.

Sin embargo, no quisiera apresurarme, y sí detenerme para siempre en los recuerdos de esos días felices, repetir cada palabra y, mientras los tenga presentes, evocar uno a uno todos los encantamientos de este paraíso de ensueño. Pero no, no debo detener mi relato y precipitarlo del mismo modo que mi destino. Solo puedo describir, utilizando términos breves pero vigorosos, el tránsito brusco pero irremediable de mi felicidad a la desesperación.

Capítulo IV

Entre nuestros visitantes más asiduos se encontraba un joven de rango, muy discreto y apuesto. Hacía varias semanas que estábamos en Londres cuando me pareció notar que se acentuaban sus atenciones y menudeaban sus visitas. Yo misma estaba demasiado atareada con mis propias ocupaciones y sentimientos para prestarle mucha atención y, de hecho, solo superficialmente me daba cuenta de lo que ocurría a mi alrededor. Pero ahora recuerdo que mi padre estaba nervioso y a disgusto cada vez que esa persona nos venía a ver, y contemplaba con ansiedad cómo hablábamos a la vez que él permanecía en profundo silencio. De hecho esas ridículas visitas cesaron bruscamente, y es en ese momento en el que situaré el cambio de mi padre, cambio cuyo recuerdo me hace temblar y me sumerge en la más profunda de las penas. Mi caída desde la felicidad a la desesperación no fue progresiva, no, fue tan repentina y fulgurante como el relámpago.

¡Ay de mí! Donde antes encontraba sonrisas, ahora surgían miradas severas. Él, mi amado padre, me evitaba y me trataba con rudeza o con una frialdad que me rompía aún más el corazón. Nunca más volvimos al dulce consenso y, cuando intentaba hacerle volver a mí, su cólera y los horribles sentimientos que dejaba entrever me reducían al silencio y a las lágrimas.

Todo esto llegó de repente: la vigilia habíamos pasado el día los dos solos en el campo donde, recuerdo, estuvimos hablando de los futuros viajes que haríamos juntos. Nuestras voces y gestos testimoniaban un ardiente placer que nacía de nuestro profundo amor mutuo y de una confianza sin límite. Pero allí, al día siguiente, le veía con el ceño fruncido, los ojos fijos en el suelo con un furor obstinado, y su voz, que me resultaba tan tierna y sincera, me hacía temblar cuando se dirigía a mí. A menudo, cuando las

diversas imágenes de mi imaginación errante traían a mi corazón bien consuelo, bien el recrudecimiento de mi pesar, me comparaba a Proserpina, cogiendo flores despreocupada y alegre sobre la suave llanura del Enna, antes de ser raptada por el dios de los infiernos y conducida al lugar del dolor y la muerte. ¡Qué terrible! Yo, que conocí tan tarde la alegría de vivir, yo que cuando me acostaba era únicamente para tener dulces sueños y para despertarme en una felicidad incomparable, en el presente, pasaba llorando los días y las noches. Yo, que busqué y encontré la felicidad en ese padre cuyo rostro reflejaba amor, ahora, cuando me atrevía a posar en él una mirada de súplica, me respondía sistemáticamente una expresión cerrada y llena de cólera. Hablarle me hacía temblar y, cuando alguna vez había reunido el coraje necesario para ir hacia él y pedirle explicaciones, una sola mirada sobre su rostro, en el que veía conformarse un caos de terribles pasiones, me horrorizaba y me reducía al silencio. Fui brutalmente arrojada desde el Paraíso a la Tierra, como un gorrión espantado por un halcón. Mis ojos estaban bañados en lágrimas y mi espíritu confundido por la súbita aparición del dolor. Los días se sucedían marcados únicamente por mis quejas y mis lloros. De vez en cuando, volvía a tener algo de valor rezando en vano para que el paso de la felicidad a la desgracia fuera un poco más clemente, o para que no se me rehusara el permiso de morir y desaparecer para siempre, barrida por ese hado funesto que me había golpeado.

Pues ¿qué haría yo aquí

como una flor que se marchita,

herida sin cesar por las palabras amargas

de aquel cuyo ardor debería volver a dar la vida

a mi corazón en el llanto?[132]

A veces me decía: todo esto es a causa de un sortilegio contra el que debo luchar; mi padre ha sido cegado por una visión maligna de la

que le he de librar. Entonces, igual que David, intentaba vencer su mal espíritu con la música, y una vez en que me hallaba cantando y elevé mis ojos hacia él vi los suyos llenos de lágrimas: sus músculos parecían relajados. Me precipité sobre él con un grito de alegría y me lancé a sus brazos, pero me rechazó brutalmente y se fue. A partir de ese incidente, su expresión se hizo todavía más sombría y su severidad más amarga.

Podría explicar gran número de incidentes reveladores del desarreglo incomprensible de su espíritu, pero solo mencionaré uno, que tuvo lugar mientras estábamos en compañía de otras personas. En esa ocasión me arriesgué a decir que en mi opinión, Mirra era la mejor tragedia de Alfieri y, mientras lo mantenía, procuraba mirar de reojo a mi padre. Por primera vez me desagradó la expresión de sus ojos bien amados, y vi con angustia cómo su cuerpo se sacudía con una emoción oculta que habitaba en él a pesar de sus esfuerzos: a medida que la tempestad se fue calmando en su espíritu, se puso melancólico y silencioso.

Cada nuevo día era testigo de una nueva escena que mostraba cómo su espíritu estaba dominado por un horror misterioso al que todavía podía dominar, pero que a veces amenazaba con poner en peligro su razón precipitando los brillantes fundamentos de su inteligencia en un caos perpetuo.

No me extenderé más de lo necesario en estos acontecimientos desastrosos. Podría pasar días enteros describiendo la ansiedad con la que observaba cada cambio fugaz que hubiera podido anunciarme días mejores, y el desespero con el que comprendí que cada uno de mis esfuerzos agravaba su aparente locura. Para expresar todo mi dolor, podría contar las lágrimas que han derramado mis ojos o los suspiros que se han desprendido de mi corazón. No me extenderé en todo esto, pues encierra un horror que no requiere elocuencia, y traer esas tristes escenas a la memoria puede hacer que la muerte me cubra con su sombra una segunda vez.

¡Oh, mi amadísimo padre! Sí, vos me habéis hecho infeliz más allá de las palabras, pero sin embargo, de todo corazón os perdoné entonces, y poseíais mi corazón entero mientras intentaba, «arcoiris refulgiendo sobre una cascada»,[133] mitigar esas penas que tanto os atormentaban.

He aquí cómo aconteció el cambio.

Quizá parezca precipitar mi relato, pero fue así como sucedieron las cosas, tan bruscamente. En una frase, pasé de la idea de una felicidad indecible a la de un dolor igualmente extremado, que de esta manera quedaban ligadas estrechamente la una a la otra. Habíamos pasado cinco meses en Londres, tres en la felicidad y dos en la aflicción. En aquel entonces mi padre y yo casi nunca estábamos solos y, cuando eso ocurría, en general permanecía callado con los ojos bajos —esos ojos oscuros y profundos en los que antes me regocijaba leyendo esa tierna y dulce emoción que él escondía a mi vista tras sus párpados y las largas pestañas que los bordeaban—. Cuando había gente, procuraba mostrarse alegre, pero yo lloraba al oír su falso regocijo que comenzaba por una sonrisa vacía y acababa a menudo en un rictus amargo con el que nunca, antes de ese periodo fatal, había visto torcer su boca. En presencia de otras personas solía hablarme, y sus ojos seguían sin cesar el menor de mis gestos. Y cuando se dirigía a mí, lo hacía con palabras frías y de compromiso, aunque su voz temblaba al notar que la respuesta a esas palabras, proferidas en un tono que yo desconocía, quedaba sofocada en mi corazón.

Pocos eran los días de apacible melancolía y con frecuencia eran interrumpidos por arrebatos de pasión que me transportaban, como a un barco perdido en un mar de elementos desencadenados, en busca de un remanso en el que resguardarme: pero era de mi puerto natal de donde soplaban los vientos que me arrastraban lejos, muy lejos, hasta que aparecía destrozada cuando, pasada la tempestad, el mar recobraba su calma aparente. No sé si puedo describir sus

emociones: a veces las traicionaba una palabra o un gesto cuando se retiraba a su habitación, a la que me acercaba con sigilo para espiar, temerosa, cada ruido, sospechando todavía más cuando se producía un silencio súbito, sospechando no sabía qué, pero siempre embargada por el temor.

Fue después de uno de esos terribles días en los que me había lanzado una tenebrosa mirada, rota y descompuesta la voz, visiblemente incapaz de expresar la amplitud de sus emociones, cuando, con la expresión calmada, vino a buscarme un atardecer, sin darse cuenta de las lágrimas que enjugué furtivamente mientras se acercaba, para decirme que tenía la intención de retirarse conmigo a su propiedad de Yorkshire al cabo de tres días, y rogarme que hiciera los preparativos.

Esta decisión fue ciertamente una sorpresa para mí. En esa propiedad él había vivido durante su infancia y allí cerca habitó mi madre cuando era niña. Fue el escenario de sus amores de juventud, y allí vivieron después de contraer matrimonio. En los días felices, a menudo mi padre me dijo que aunque en apariencia parecía curado de la tristeza producida por su muerte, y aunque se sintiera liberado de sus dolorosos recuerdos en cualquier lugar, no se arriesgaría a volver al sitio donde había gozado con su compañía, ni a volver a ver la casa en la que habían vivido hacía tantos años, sus paseos preferidos o los jardines en los que a ella tanto le gustaba cultivar flores. Y era precisamente en el momento en que padecía un inmenso dolor cuando había decidido infligirse uno mayor y partir en busca de una emoción todavía más fuerte que la que le estaba destruyendo. Estaba perpleja y ansiosa por saber qué ocurriría: ¿qué podía ser sino una desgracia?

Vi poco a mi padre durante esos días, pero me pareció más calmado aunque tan desgraciado como antes. La mañana del tercer día me informó que había decidido marcharse él solo a Yorkshire y que yo debía reunirme con él al cabo de quince días, si no me ordenaba

otra cosa en el intervalo. Partió el mismo día, y cuatro después recibí una carta de su administrador pidiéndome en su nombre que me reuniera con él lo antes posible.

Después de haber viajado día y noche, llegué con el corazón inquieto pero, sin embargo, lleno de esperanzas: ¿por qué me habría llamado si sus intenciones fueran las de evitarme y manifestarme la misma aversión que la que me mostró en Londres?

Nos encontramos a doce leguas de la casa. Tenía un aspecto triste. Durante un momento pareció contento de verme, pero luego, como si deseara no traicionar sus sentimientos, se reprimió. Permaneció en silencio durante el viaje aunque su actitud era más amable que días antes, y me pareció ver en sus ojos una dulzura que me dio esperanzas. Al llegar, después de un pequeño descanso, me condujo a la casa para mostrarme las habitaciones en las que había vivido mi madre. Aunque hubieran pasado dieciséis años desde su muerte, no había cambiado nada: su costurero, su escritorio estaban intactos, y en su dormitorio un libro permanecía sobre una mesa tal como ella lo había dejado. Mi padre me explicaba estos detalles con una expresión seria e impasible, sin que sus ojos profundos y límpidos se fijaran en mí más que breves instantes; pero en su mirada había algo extraño y terrible que acabó por hacerme llorar muy a mi pesar. No intentó consolarme, pero vi que sus labios temblaban y que los músculos de su cara se agarrotaban.

Caminamos juntos por los jardines y cuando, por la noche, quise retirarme, me pidió que me quedara a leerle un poco, primero con estas palabras: «La última vez que estuve aquí, tu madre me leía a Dante. Continúa donde ella se detuvo...» para decir un instante después: «No, es mejor que no. No leas a Dante. Escoge un libro». Tomé a Spencer y leí el descenso de Sir Guyon a la morada de la Avaricia. Mientras me escuchaba, conservaba los ojos fijos en mí, en un silencio triste y profundo.

A la mañana siguiente supe por el administrador que había estado muy enfermo desde su llegada: pasó la primera noche en el jardín sobre la hierba mojada sin dormir, gimiendo sin cesar. «Querida niña», me dijo el buen hombre con los ojos cubiertos de lágrimas al evocar aquello, «me destroza el corazón ver al amo en ese estado. Cuando supe que venía con vos, mi joven señora, creí que iban a volver los hermosos días que conocimos en vida de vuestra madre. Pero era demasiada felicidad para nosotros, pobres humanos nacidos para llorar; y si ella nos dejó tan pronto, es que era demasiado bella y demasiado buena para nosotros. ¡Qué hermosa estaba, todos lo dijeron, el día que el señor la desposó! Yo la conocí cuando era pequeña, ¡y no sabe la de travesuras que me llegó a hacer en los tiempos de nuestra anciana señora! Vos os parecéis a ella, aunque hay más del señor en vos. Pero ¿siempre está así desde que ha vuelto? Toda mi alegría se ha convertido en dolor al verle franquear estas puertas con la misma melancolía en el rostro que tenía después de los funerales de la señora. Pareció que mejoraba un poco después de pedirme que os escribiera, pero aun así, ¡qué triste es verle tan desgraciado!». Si esos eran los sentimientos de un viejo y fiel servidor, ¿cuáles podían ser los de una amante hija? También en ese momento tenía el corazón casi destrozado.

Permanecimos dos meses en esa casa, pasando, mi padre, la mayor parte de su tiempo conmigo, acompañándome en mis paseos, escuchando cómo tocaba música, inclinándose sobre mí cuando leía o me peinaba. Al conversar conmigo, lo hacía de una forma fría y envarada; solo sus ojos parecían hablar: oscuros y brillantes, con la mirada vuelta hacia mí, expresaban una viva tristeza. Había algo tan límpido en el negro profundo de sus ojos, tan intenso, que incluso cuando éramos felices no podía someterme a su fulgurante explosión sin que los míos se inundaran de lágrimas: pero entonces eran dulces, pues en su tierno ruego había un dolor tan intenso que me rompía el corazón de compasión. Sus ojos parecían desear paz para mí y un corazón resistente al sufrimiento para él; parecían implorar amor, sin cesar de negarlo al mismo tiempo. Solo cuando yo estaba lejos de él se dejaba embargar por la pasión, manos

crispadas, ceño fruncido, ojos huraños llamando a la muerte, desesperado, en un delirio total, hasta que se derrumbaba agotado, o mi llegada le devolvía a la vida.

Cuando estábamos en Londres, su dolor se hallaba revestido de un aspecto rudo y tosco que en el presente había desaparecido por completo y, si bien allí yo procuraba evitarle y huía de él, ahora no deseaba otra cosa que estar a su lado para intentar apaciguarle. Cuando permanecía callado, yo hacía lo posible por divertirle y si, en alguna ocasión, lograba alejarlo de la fuerza destructora de su pasión, lloraba pero continuaba junto a él. ¡Y sin embargo él sufría mil muertes! Durante el día, estaba más tranquilo; pero por la noche, cuando no podía quedarme con él, daba libre curso a su dolor. A veces pasaba la noche sobre el suelo de la habitación de mi madre o en el jardín, y cuando, por la mañana, se daba cuenta de la profunda pena que me causaba ver su cuerpo agotado y la debilidad casi mortal de su persona, lloraba. Pero jamás dijo una palabra que pudiera indicarme la causa de su infortunio. Si me aventuraba a preguntárselo, se marchaba o ponía un dedo sobre sus labios, y con una mirada de desaprobación a la que yo no podía responder, se iba a cualquier otro sitio. Cuando veía mis lágrimas, me miraba en silencio pero sin dureza; y si rechazaba mis caricias lo hacía con dulzura.

En apariencia cultivaba una tristeza más ligera y emociones más suaves aunque siempre dolorosas, que recordaban el apaciguamiento que sigue a la desesperación. Intentaba por todos los medios conservar su melancolía como un antídoto a las pasiones más desquiciadas. Frecuentaba sin cesar los paseos preferidos en los tiempos en que, con mi madre, conversaba de amor y felicidad. Recogía cualquier reliquia que pudiera hablarle de ella, y siempre se sentaba frente a su retrato, colgado en la habitación, mirándolo fijamente con aspecto de triste desesperanza; todo esto en el silencio de la noche, cuando la pasión le embargaba y andaba errante por toda la casa en las horas en que todos los demás dormían.

Se podrá imaginar fácilmente que yo me deshacía en conjeturas para adivinar la causa de su dolor. Lo que me parecía más probable era que, habiéndose enamorado durante su estancia en Londres de una persona indigna, era presa involuntaria de esa pasión, que me amaba demasiado para sacrificarme por esa inclinación, y que si había vuelto a esa casa era con la idea de que, al reanimar el recuerdo de mi madre a la que tanto había adorado, conseguiría debilitar sus terribles emociones.

Era una posibilidad. Pero esa conjetura se apoyaba en el vacío. Y ¿dónde estaba el fallo? Era demasiado noble y recto para haber hecho algo que su conciencia no pudiera aprobar. Yo no sabía que los sentimientos involuntarios pueden ser crímenes, y atribuía enteramente a los combates de su alma sus agitados movimientos y sus negras miradas, sin pensar que en parte eran debidas al peor de todos los demonios: el remordimiento.

Sin embargo continuaba pensando que todo aquello iba a acabar. Por más terroríficos que fueran los paroxismos de su pasión, su alma los atravesaría victoriosa aunque saliera casi rota de esa lucha. Y ese día hubiera llegado si yo, pobre loca presuntuosa, no le hubiera acosado hasta que no quedara ninguna esperanza de retorno. Mi permanencia en ese terrible combate dio la victoria al enemigo que triunfó sobre él dejándole vencido. ¡Yo! Únicamente yo era la causa de su derrota y, por lo tanto, fue justo que me tocara pagar esta pena terrible. Yo me decía: que reciba compasión y pararán esas luchas; que confíe su pena a otro corazón y quedará reducida a la mitad. Me aceptará. No puede rehusar decirme cuál es su mal y, conocido el secreto, con un bálsamo daré paz a su alma: volveré a disfrutar del placer delicioso de conocer su sonrisa, volveré a ver cómo brillan sus ojos, si no de placer, por lo menos de ese tierno amor lleno de agradecimiento. Así haré, me decía. Y lo hice a medias. Conocí su secreto, que nos perdió a uno y a otro para siempre.

132 Fletcher: Comedia del capitán. (N. de la T.)

133 Lord Byron. (N. de la T.)

Capítulo V

Había pasado casi un año desde el retorno de mi padre, y las estaciones estaban a punto de acabar su ciclo: eran los últimos días de mayo. Los bosques estaban vestidos con su más nuevo verdor, y el olor exquisito de hierba fresca cortada inundaba los campos. Creía que el aire dulcemente perfumado y la Naturaleza con su bello rostro me ayudarían a inspirarle sentimientos apacibles, y a devolverle esa serena impresión de paz y de amor que le llevaría a las confidencias que estaba completamente decidida a arrebatarle.

Escogí para ello el atardecer de uno de esos días. Le invité a pasear conmigo, y le conduje a un vecino bosque de hayas cuya delicada sombra nos protegía de la cegadora luz de los rayos oblicuos de la puesta de sol. Después de haber caminado un rato en silencio, me senté con él sobre un pequeño montículo recubierto de musgo. Es curioso pero todavía ahora me parece ver el lugar, los troncos delgados y lisos rodeados de numerosas hiedras cuyas hojas oscuras y brillantes resaltaban sobre el tono blanco de la corteza y la palidez de los brotes jóvenes de haya que surgían de los troncos que los habían engendrado. La hierba rasa se mezclaba con el musgo recubierto en parte por las hojas muertas del otoño anterior que el viento, aquí y allá, había reunido en pequeños montoncitos; también había otros formados por leños recubiertos de musgo. La brisa agitaba dulcemente las hojas y, a través de la bóveda de los árboles, se adivinaba un deslumbrante cielo azul. Cuando llegó la noche, los troncos lejanos se volvieron púrpura, el viento desapareció, y delante de nosotros pasaron volando algunos pájaros hacia su reposo vespertino. Estábamos sentados allí los dos, en ese apacible lugar que, de no haber sido escenario de esas extrañas pasiones, hubiera podido ser un paraíso para nosotros, y al hablar de ese pasado, ese terrible pasado que destrozó nuestras almas, ¿cómo no extrañarse de que lo recuerde tal como era, de que su serenidad me proporcionara calma y me inspirara, más allá del coraje, las palabras adecuadas? Lo vi todo y lo grabé sin darme

cuenta, mientras me esforzaba en ordenar mis ideas para expresarlas. El corazón me latía cuando me preparaba a hablarle y, aunque estaba firmemente decidida a que no me rechazara, temblaba pensando en el efecto que mis palabras le causarían. Finalmente, después de una larga duda, comencé:

«Vuestra gentileza hacia mí, queridísimo padre, y el cariño, el enorme cariño que me manifestasteis tras vuestro retorno, espero que excusarán la libertad que me tomo al dirigirme a vos sin duda como una hija cariñosa, pero también con el lenguaje franco de un amigo y de un igual. Os ruego que me perdonéis y me prestéis atención. No os apartéis de mí, no mostréis impaciencia. Podéis hacerme callar pero mi corazón estalla, y no sabría cómo continuar soportando en adelante la incertidumbre que me mata y que ha marcado mi suerte en estos últimos cuatro meses.

»Escuchadme, amigo querido, y dejadme ganar vuestra confianza. Aquellos felices días de mutuo amor ¿deben ser para mí un sueño que nunca ha de volver? ¡Ay de mí! Vos tenéis un dolor secreto que nos destruye a los dos: debéis dejarme alcanzar ese secreto. Pero decidme, ¿no hay algo que yo pueda hacer? Bien sabéis que no hay sobre la Tierra ningún sacrificio al que yo no consintiera, ningún empeño que no quisiera emprender, si ello me proporcionara la menor esperanza de dulcificar vuestra pena. Pero si ninguno de mis esfuerzos puede contribuir a vuestra felicidad, dejadme al menos conocer vuestro dolor, para que, con mi sincero amor y verdadera compasión, pueda, con mano segura, calmar vuestra desesperación.

»Temo que mis palabras sean muy comedidas: lo que ocurre es que mi corazón se desborda con el deseo apremiante que tengo de llevar la calma tanto a vuestros pensamientos como a vuestras miradas. Pero tengo miedo de agravar vuestra pena o de suscitar en vos esa cólera y ese enfado que me matan. Vamos, dejad por un momento de mirar al suelo, levantad los ojos hacia mí, pues en ellos puedo ver vuestra alma. Habladme y perdonad mi audacia. ¿No soy yo

acaso el ser más desgraciado de la Tierra?»

La emoción me había dejado sin aliento e hice una pausa fijando en mi padre mis ojos ardientes, no sin antes haber apartado las lágrimas inoportunas que los habían velado.

No levantó los suyos, pero, después de un breve silencio, replicó en voz baja:

«Con seguridad sois presuntuosa, Mathilda, presuntuosa y muy temeraria. Un corazón como el mío abriga pensamientos secretos, torturas escondidas que vos no deberíais intentar conocer. No sabría deciros cómo aumenta mi pena el saber que soy causa de tormentos para vos; pero todo esto acabará y pronto volveremos, espero, a estar como hace unos meses. Calmad vuestra impaciencia o podríais empeorar lo que estáis intentando sanar. No volváis a hablarme nunca más como lo acabáis de hacer, esperad paciente y sumisa lo que va a ocurrir.»

«¡Sí, eso es! —repliqué yo con fuerza—, ¡voy a ser paciente y nunca más volveré a ser presuntuosa ni temeraria, sí, contemplaré cómo sufre mil muertes, cómo llora, cómo se desespera mi padre, mi único amigo, mi esperanza, mi abrigo, con los brazos cruzados y los ojos bajos! Vos no sois franco conmigo, lo que decís no es leal: no, todo esto no va a acabarse un día sino que durará eternamente si vos no os dignáis abriros a mí y recibir mi consuelo.

»¡Querido, queridísimo padre, tened piedad de mí y perdonadme: os suplico que no me dejéis en la desesperación, no debéis rechazarme! No importa la tortura que me cause conocerlo, hay algo que debéis decirme. Os lo pido, os pregunto lo más solemnemente posible si soy yo de alguna forma la causa de vuestro infortunio. ¿No veis las

lágrimas contra las que lucho en vano? ¿Escucháis sin enterneceros mi voz entrecortada por los sollozos? Notad cómo tiemblan mis manos. Pongo mi corazón en lo que voy a deciros: no intentéis hacerme callar mediante palabras que no sirven de nada. La duda que me acosa me sitúa en la agonía y vos debéis contestarme, a eso os conjuro, por el amor que me profesasteis en otros días y que ahora se ha perdido, yo os requiero a que me contestéis a esta única pregunta: ¿soy yo la causa de vuestros infortunios?»

Levantó los ojos del suelo, aunque los conservó apartados de mí, y respondió:

«Ya que me habéis conjurado, voy a responderos a esa pregunta desquiciada. Sí, vos sois la única y mortal causa de todo lo que sufro y sufriré hasta mi muerte. Ahora, tened cuidado, no digáis una sola palabra más y no me empujéis a perderos. Estoy siendo golpeado por la tempestad, sin raíces, perdido, mientras que vos sois joven y vuestras pasiones están en paz. Una sola palabra más os llevaría a la ruina. Y sin embargo esa palabra baila sobre mis labios: ¡Ah! ¡El espantoso abismo! Pero, yo os conjuro, ¡tened cuidado!»

«¡Oh! mi muy querido amigo, —exclamé— ¡no temáis nada! Decid esa palabra que traerá la paz y no la muerte. En cuanto a ese abismo, si es que existe, nuestro mutuo amor nos dará alas para franquearlo, y en el otro lado hallaremos flores, hojas y delicias.»

Me lancé a sus pies, tomé sus manos: «¡Hablad, sí, y seremos felices! No habrá más dudas, más horribles incertidumbres. Creedme, mi amor sabrá acallar vuestras penas. Decid esa palabra, alejaréis cualquier peligro, y nos amaremos el uno al otro para siempre, como antes».

Arrancó sus manos de las mías y se levantó de un salto presa de la más violenta emoción:

«Pero ¿qué queréis decir? No sabéis lo que decís. ¿Por qué provocarme, torturarme, tentarme, matarme? Sería mejor tanto para vos como para mí que, en vuestra frenética curiosidad, me arrancarais el corazón del pecho para leer los secretos en la sangre que se escapase gota a gota... Me consolaríais entonces reduciéndome a la nada, pero no puedo soportar vuestras palabras; me van a volver loco, verdaderamente loco, me harán decir despropósitos... Los creeréis, y estaremos perdidos uno y otro para siempre... Os lo aseguro, estoy al borde de la locura: ¿por qué, hija cruel, queréis empujarme más adelante? ¡Tendréis remordimientos y causaréis mi muerte!»

Al evocar estas palabras, me asombro de mi loca obstinación y no sé a ciencia cierta qué irresistibles sentimientos me empujaron con tanta fuerza. Sin duda debió de ser que, al haber comenzado con la intención firme de no ser rechazada, perseguía mi fin a cualquier precio, sin sopesar, como debía, el alcance de sus respuestas. Llevada por la pasión, lo conduje con mi desquiciada inconsciencia hacia el abismo que tanto temía, y repuse así a sus prudentes palabras:

«Vos me asustáis, es cierto, querido padre, pero no hacéis sino confirmarme en mi deseo de poner fin a todas mis dudas. No me dejaré disuadir así como así: ¿creéis que es posible vivir de esta forma, día tras día, en este horrible temor, con una espada suspendida sobre mi corazón? ¡Por una palabra! Os suplico que me digáis esa terrible palabra, aunque se convierta en el rayo exterminador, ¡decidla! Dios mío, ¿qué es lo que me ocurre? Hace solo unos meses yo creía serlo todo en la vida para vos, creía que no existía ni una felicidad ni un dolor en el mundo que vos no compartierais con vuestra Mathilda, vuestra hija. Esos tiempos felices han terminado, lo que más he temido en este mundo ha

llegado y, en la desesperanza de mi corazón, veo lo que no podéis esconder: ya no me queréis. Os lo suplico, padre mío, ¿no se ha adueñado de vuestro corazón una pasión desnaturalizada? ¿No soy yo el gusano más miserable de este mundo? A mí, abrazada a vuestras rodillas, ¡me rechazáis con crueldad! Sí, lo sé, lo veo, ¡me odiáis!»

Estaba transportada por una emoción violenta y, levantándome del suelo donde me había postrado a sus pies, me apoyé en un árbol elevando mis extraviados ojos al cielo. Empezó respondiéndome con violencia: «¡Sí, sí, os odio! ¡Sois mi castigo, mi veneno, mi hastío! ¡No, no!..».

Entonces cambió su cara y, fijando sus ojos en mí de un modo que hizo estremecer cada nervio y cada miembro de mi cuerpo: «No, ¡vos no sois nada de eso! ¡Sois mi luz, la única, mi vida! Hija mía, os amo».

Sus últimas palabras se apagaron en un suspiro ronco, pero las oí y caí al suelo, cubriéndome el rostro, muerta de miedo y de locura.

Un sudor frío cubría mi frente y todos mis miembros temblaban, pero él continuó, apretando sus manos con frenesí:

«¡Ya está! Me he lanzado de lo alto del abismo, me he precipitado a esa profundidad terrorífica, ha pasado el peligro, ¡todavía conservo la vida! ¡Oh! Mathilda, levanta esos amados ojos a la luz que me conserva con vida, déjame escuchar el dulce acento de tu querida voz en la calma y en la paz. Aunque yo sea un monstruo, tú continúas siendo lo que siempre has sido, encantadora y maravillosa más allá de las palabras.

»¿En qué me he convertido en este instante que acaba de pasar? No sé, quizá he cambiado de rostro como el arcángel caído. Creo seguir con vida, pero seguramente una nueva alma me habita, y la sangre se agita tumultuosa por mis venas. Estoy ardiendo de fiebre. ¡Pero estas son horas preciosas! Aunque yo sea un demonio, mi Mathilda está todavía delante de mí. La amo como ninguna mujer fue amada, y ahora lo sabe, y escucha estas palabras que, loco como estaba, creía que la llevarían a la muerte.

»Ven, ven, lo más terrible ya ha pasado. Han acabado los dolores, las lágrimas y la desesperación: ¿no eran esas las palabras que tú decías? Hemos franqueado el abismo del que te hablaba y ahora, escúchame Mathilda, vamos a encontrar flores, hojas y delicias... ¿o es el infierno, el fuego y las torturas?

»¡Oh! ¡Querida mía! ¡Me siento arrastrado y no puedo sostenerme más! Sí, seguro, ¡es la muerte que llega! Deja que ponga la cabeza junto a tu corazón, y que muera en tus brazos.»

Cayó desvanecido en el suelo mientras que, casi sin vida como él, yo le miraba fijamente, llena de desesperación. Sí, era la desesperación lo que hizo presa en mí. Por primera vez ese espectro se apoderó de mí, por primera y única, pues luego no me ha abandonado jamás; después de algunos instantes de muda agonía, noté sus garfios clavados en mi corazón; me arrancaba los cabellos, lanzaba gritos incoherentes... Por un instante, inundada de piedad por su sufrimiento, estuve a punto de abrazar a mi padre, pero luego, retrocediendo con horror, lo rechacé con el pie como si me hubiera mordido una serpiente, golpeada por el látigo de un escorpión que me conducía, pero ¿a dónde? No, eso no podía durar. Una idea atravesó mi espíritu: no debía volver a hablar con él nunca más. Y, al invadirme, esa terrible convicción ablandó mi corazón con amor y ternura y posé mis ojos en él como en un último adiós.

Pero él yacía sin conocimiento, con los ojos cerrados y una palidez mortal en las mejillas... Allá arriba las hojas del bosque de hayas destilaban una luz vacilante sobre su rostro, y dejaban oír por encima de él una melodía fúnebre. Al ver aquello exclamé: «¡He aquí su tumba!».

Después lloré sin contenerme, elevé los ojos al cielo pidiendo de rodillas tregua para su desesperación y alivio para sus monstruosos sufrimientos. Las lágrimas que brotaban de mis ojos en un flujo tibio y suave aligeraban mi corazón de la opresión que lo atenazaba hasta la locura. Lloré largamente hasta que empezó a recobrar el conocimiento: entonces reaparecieron el horror y la desesperación, y el flujo de mis sensaciones retornó a su curso inicial. Presa de un terror incontenible, me puse en pie de un salto para huir en loca carrera por los senderos del bosque, por los campos, hasta que, casi muerta, conseguí alcanzar la casa en la que, después de ordenar a los sirvientes ir a buscar a mi padre al lugar que les indiqué, me encerré en mi aposento.

Capítulo VI

Mi habitación estaba en una zona apartada de la casa, dominando el jardín, de forma que no le llegaba ningún ruido de los otros ocupantes: fue allí, en una soledad absoluta, donde lloré durante varias horas. Cuando un criado vino a preguntarme si quería tomar algún alimento, supe que mi padre había vuelto y que se encontraba aparentemente bien, cosa que aligeró el peso de mi angustia pero no consiguió frenar mis amargas lágrimas.

Al principio venían a mi espíritu recuerdos de los meses de felicidad, tan distintos de mi actual desesperación, que calmaban la opresión de mi corazón con palabras, gemidos y suspiros surgidos del alma. Pero mi naturaleza se fatigó, y este violento dolor dio lugar a un río de lágrimas ardientes pero mudas: parecía como si mi corazón se estuviera disolviendo. No me retorcí las manos ni me arranqué los cabellos, no lancé gritos insensatos, pero al igual que Boccaccio describe el intenso y apacible dolor de Sigismunda sobre el corazón de Guiscardo, me senté con las manos entrelazadas y, en silencio, dejé que de mis ojos fluyeran lágrimas sin freno alguno. La profundidad de mi emoción era tal que no tenía idea de lo que causaba mi angustia y dejé que mis pensamientos vagaran, acá y allá, sobre multitud de objetos indiferentes. Y, sin moverme ni mudar mi rostro, dejé que manaran lágrimas hasta que, poco a poco, se fueron secando como las fuentes que se agotan, y salí del ensueño para volver a la vida.

Cuando acabé de llorar, conseguí recobrar la razón y el ánimo y comencé a reflexionar con algo más de calma sobre lo que había ocurrido y sobre la manera en que debía actuar. Solo habían transcurrido algunas horas, pero, en lo que a mí concernía, había tenido lugar un gran cambio, la obra de varios años se había concentrado en un día: para mí, mi padre había muerto, y durante

un momento tuve la impresión de que, con los cabellos blancos, estaba tendido en su ataúd, mientras yo, de edad madura, con la juventud perdida, lloraba la obra del tiempo. Pero no, eso no era cierto y yo era joven, demasiado joven. Él no estaba muerto para el resto del mundo. Pero yo, pobre de mí, no debía volver a verle ni a hablarle nunca más; bien al contrario, debía huir lejos con decisión, como si fuera el peor de mis enemigos. No debía volver a verle nunca ni en la ciudad ni en el desierto.

Estas reflexiones suscitaron en mí una angustia que se apoderó de mi imaginación y me cortó el aliento dejándome, durante un tiempo, incapaz de seguir pensando coherentemente. Y después de lo que me ha pasado, pensaba, viviré en la más severa de las reclusiones. Me retiraré al continente para hacerme monja: en absoluto por amor a la religión, ya que no era católica, sino para apartarme del mundo para siempre. Allí sabría encontrar una soledad en la que llorar; allí, las voces del mundo no me alcanzarían.

Y mi padre, mi querido y desgraciado padre, ¿iba acaso a morir? ¿Podría superar algún día la feroz pasión que hoy le dominaba sin piedad? Al cabo de mucho, mucho tiempo, cuando la edad hubiera apagado la llama que le estaba consumiendo, ¿podría entonces volver a ser un padre para mí? Estos pensamientos relajaron mi rostro y sentí —cosa que me hizo llorar— que una sonrisa algo melancólica apartaba de mis labios la expresión del sufrimiento. Me atrevía a abandonarme a la esperanza de un futuro mejor.

Debían pasar los años, pero desfilarían ligeros sobre las alas de la esperanza y, aunque fueran pesados, al menos pasarían y no habría perdido a mi padre para siempre. ¡Que en dieciséis nuevos años de andar en solitario, él deje que los inmensos bosques y las grandes cascadas abrigadas por otros cielos escuchen sus gemidos! ¡Que vuelva a atravesar horribles peligros y pruebas que apacigüen su corazón! ¡Que los calores del Sur vuelvan a quemar su rostro

consumido por la pasión y que reciba, por fin, las frías lluvias de la noche capaces de helar su sangre!

A esa vida os envío, pobre padre. ¡Id! Haced vuestros los días pasados con los salvajes y las noches bajo la bóveda estrellada. ¡Que se agoten vuestros miembros, que vuestro corazón se hiele y que vuestra juventud muera en vos! ¡Que vuestros cabellos se vuelvan como la nieve, que vuestro paso flaquee y que vuestra voz pierda sus cálidos acentos! ¡Que se agote el esplendor límpido de vuestros ojos, y entonces, volved a mí, volved a vuestra Mathilda, vuestra niña, y podréis estrecharla en vuestros brazos sin que vuestro corazón palpite con una emoción culpable! ¡Marchad, vos a quien siempre querré, y volved a mí! Esta es mi maldición, esta es la maldición de una hija: id y volved purificado hacia vuestra hija que jamás amará a otro que a vos.

Esos eran mis pensamientos cuando, con mano temblorosa, me disponía a escribir una carta a mi pobre padre. Hacía bastantes horas que estaba ocupada con mis lúgubres meditaciones y con mis lágrimas: era más de medianoche. La casa estaba en calma, y el aire suave que entraba a través de la ventana no agitaba siquiera las plantas, que permanecían en la sombra. Percibía la paz de aquella hora, mi propio aliento y mis involuntarios sollozos eran los únicos ruidos que perturbaban el aire. De repente, oí unos pasos ligeros que subían la escalera. Hice una pausa y, pensando que se acercaba, sin respirar me escondí en un rincón oscuro de la habitación. Los pasos se detuvieron en mi puerta; después, pasados unos instantes, retrocedieron de nuevo, descendieron la escalera y no volví a oír nada más.

Este incidente suscitó en mí las más penosas reflexiones y solo apenas me atrevo a expresar las emociones que provocó. Que no permaneciese en ningún sitio, que anduviese errante sin reposo, como un fantasma sin liberación, y que el fuego del infierno que consumía su corazón no le diese descanso, eso lo comprendía. Pero

¿por qué se acercaba a mi habitación? ¿Acaso no era sagrada? Había estado a punto de desmayarme cuando se aproximó, pero no había dejado que el menor movimiento traicionara mi debilidad, aunque pude oír como mi corazón latía de miedo hasta romperse. Se había marchado. No, ¡no debía volver a verle nunca más! ¡No podíamos pasar una noche más bajo el mismo techo! Uno de los dos debía partir. El mutuo lazo de nuestros destinos se había roto, era necesario poner entre ambos tierras y mares.

No debíamos volver a ver juntos la salida del sol ni de las estrellas, él no debía volver a decir contemplando la luna: «Ahora, Mathilda, mirad su declinar!». ¡No! ¡Todo debía cambiar! ¡Que sea día para él cuando sea noche para mí! ¡Que sufra el sol del verano cuando a mí me hielen las nieves del invierno! ¡Que las antípodas nos separen!

Por fin el sol comenzó a apuntar por Oriente y la suave luz de la mañana entró a torrentes en mi habitación. Estaba cansada de mi vigilia, durante un rato había combatido el plomizo sueño que pesaba sobre mis párpados, pero entonces me tiré sobre la cama sin temor. Buscaba el reposo aunque no confiaba en encontrar el olvido. Sabía que me perseguirían los sueños pero no imaginé que tendría uno tan horrible.

Soñé que, después de levantarme, iba a buscar a mi padre para informarle de mi decisión de separarme de él. Le buscaba por la casa, en el parque, luego por los bosques y campos sin conseguir encontrarle. Finalmente le vi a lo lejos, sentado bajo un árbol. Al verme, hizo gestos insistentes con la mano para que me acercara. Algo sobrenatural en su rostro me dejó helada y llena de terror, pero continué avanzando hacia él: cuando estuve lo bastante cerca, vi que estaba mortalmente pálido, vestido con unas ropas blancas que ondeaban al viento. De repente se levantó y huyó. Yo le seguí. Nos pusimos a correr a gran velocidad por los campos, los lindes de los bosques y las riberas de los ríos; iba rápido y yo le seguía. Creo que llegamos al borde de un inmenso acantilado que se erigía sobre

el mar agitado por los vientos. Podía oír el estruendo de las olas que se precipitaban abajo, a sus pies. Él continuó su carrera hasta el mismo borde del precipicio y yo me quedé sin respiración temiendo que se lanzara al terrible abismo. Intenté ir más deprisa pero mis piernas flaqueaban. De todos modos, llegué hasta él y me agarré a sus ropas flotantes en el momento en que caía al vacío. Mi grito de horror me despertó, temblorosa, sobre la almohada empapada en lágrimas.

Mi corazón palpitó con fuerza durante un momento, pero los brillantes rayos de sol y el trinar de los pájaros me hicieron volver en mí con rapidez. Me levanté, languideciendo, preguntándome sin embargo lo que el día me traería de nuevo. Pasó largo rato hasta que encontré el valor de llamar a la doncella, sin atreverme, cuando vino, a pronunciar el nombre de mi padre. Le rogué que me trajera el desayuno a mi habitación y volví a quedarme sola. Continuaba incapaz de tomar la menor decisión. Simplemente pensé en escribir una nota a mi padre pidiéndole permiso para ir a visitar a una pariente que vivía a doce leguas de allí, y que me había enviado una invitación que yo, por no dejar a mi padre solo con su dolor, no había contestado todavía. Al volver, la doncella me entregó una carta.

—¿De quién es esta carta? —pregunté temblorosa.

—Vuestro padre la dejó a su criado para que os fuera entregada al levantaros.

—¿Mi padre la ha dejado? ¿Dónde está? ¿Se ha marchado?

—Sí, ha dejado la casa esta madrugada, antes de las cuatro.

—¡Dulce Jesús! ¡Se ha ido! ¿Pero cómo? ¡Rápido, explicádmelo!

Su relato fue breve: se había ido en su carruaje al pueblo vecino para tomar un coche de caballos en dirección a Londres. Allí se había despedido de sus servidores diciéndoles simplemente que unos asuntos le requerían con urgencia, y que me consideraran su nueva señora hasta su regreso.

Capítulo VII

Con el corazón palpitante, asustada sin saber el motivo, dejé salir a la camarera y cerré la puerta. Me senté a leer la carta de mi padre. Estas eran sus palabras:

Mi querida niña:

He traicionado vuestra confianza. He intentado ensuciar vuestro espíritu y he dejado que vuestro corazón inocente conociera el aspecto y el lenguaje de una pasión ilícita y monstruosa. He de expiar estos crímenes y procurar como sea que el castigo esté a la altura de la falta. Quizá no estéis preparada para oír lo que os voy a decir: hemos de separarnos y vivir lejos el uno del otro para siempre.

Os privo, así, de vuestro único amigo y pariente. Os quedáis sola en el mundo, sin protección. He deshonrado vuestras esperanzas, destruido la paz y la seguridad de vuestro espíritu sin mácula. Vuestra memoria hará resurgir el horror de las imágenes del pecado y del dolor de un amor inocente traicionado. Y, aun así, yo, que he abatido esta desgracia sobre vos, yo, que os he convertido en un ser proscrito, yo, que sin remordimientos he marcado el corazón y la frente de mi propia hija con el sello de la desconfianza y de la muerte, yo, que con una ligereza satánica he colocado sobre vuestra belleza la inmunda deformidad del pecado, soy yo el que, con un dolor desbordante en el corazón, os suplico que me concedáis vuestro perdón.

No os pido piedad: debéis tener horror de mí. Pero perdonadme, Mathilda, y no permitáis que vuestro odio implacable. No debo volver a veros nunca más, nunca más he de oír vuestra voz, pero dejad que el dulce murmullo de vuestro perdón venga hasta mí y apacigüe el ardor de mi espíritu y de mi corazón enfermos: sabrá alcanzarme hasta el interior de mi tumba. Me permito apoyar este

ruego relatándoos hasta qué punto me vi miserablemente envuelto en este intrincado y furioso suplicio, y cómo todos mis esfuerzos para liberarme fueron inútiles.

Es cierto que si vuestro corazón no fuera tan puro y luminoso, no intentaría siquiera disculparme ante vuestros ojos, temiendo que al procurar que me vierais con algo menos de horror aborrecierais menos el vicio. Pero al mirar hacia vos creo dirigirme a un juez angelical.

No puedo ponerme en camino sin vuestro perdón, debo conseguirlo o desesperar. Así pues os suplico que me escuchéis: quizá, si Dios me ayuda, el pecado se podría reducir a una angustia punzante y a un remordimiento desgarrador hasta la locura; aunque no me atrevo a esperarlo, quizá podríais estimar que yo pueda pretender vuestra compasión.

Os suplico que evoquéis las épocas de felicidad en las riberas del Loch Lomond: llegué cansado tras dieciséis años de vida errante, en el curso de los cuales, a pesar de innumerables peligros y desgracias, mis afectos no fueron más que una larga página en blanco.

Si lloraba era recordando a vuestra madre, y si amaba, amaba únicamente vuestra imagen. Estas únicas emociones me llenaban de paz el corazón. Los seres humanos que tenía a mi alrededor no suscitaban en mí simpatía alguna, y yo creía que el terrible trastorno que supuso para mí la muerte de vuestra madre me había vuelto insensible a cualquier emoción futura. Veía seres dignos de amor y no los amaba: así pues pensaba que la ternura y el calor se habían extinguido en mi corazón, salvo las que me remitían a vuestra imagen de niña.

Extraño destino el de haberos amado apasionadamente sin haberos visto jamás. A lo largo de mis viajes, no me dormí ni una vez sin desearos antes dulces sueños. Cuando veía a una mujer hermosa pensaba: «¿Se le parecerá Mathilda?». Todas las cosas exquisitas, los paisajes sublimes, las brisas acariciadoras y las músicas divinas me hablaban de vos, y solo me causaban placer a través de vuestro recuerdo. Por fin, os vi. Aparecisteis ante mí como la diosa de un país hermosísimo, el ángel de misericordia de un paraíso en él que,

entre todos los humanos, solo me admitíais a mí. Apenas me atrevía a llamaros mi hija. Vuestra belleza, vuestro candor, vuestra sabiduría sin artificios parecían pertenecer a un orden sobrenatural. Vuestra voz evocaba únicamente palabras de amor, y si algo terrestre teníais era lo que reflejaba la belleza del mundo. Vuestra gracia emanaba de la brisa de las cimas, de las cascadas, y de los lagos: sí, solo ella era de la tierra, igual que vuestros afectos. Ninguna escoria, ningún sentimiento desagradable formaban parte de ella. Además, no habéis visto lo suficiente de nuestro mundo para conocer el abismo que separa a la mujer vulgar de la ninfa de los bosques que erais vos entonces; vuestra sola mirada tenía el poder de instruir a la humanidad y hacerla crecer en sabiduría y pureza. Esta luz divina me envolvía con su fuego como la luz de Beatriz brillando sobre Dante, y aunque con otro sentido, podría decir con él:

«E quasi mi perdei gli occhi chini».

¿Os extrañaréis, Mathilda, de que me haya prendado de vuestros ojos, de vuestras palabras y de vuestros movimientos, y que estos me hayan proporcionado una enorme felicidad?

Pero temo que estoy alejándome de mi propósito, es necesario que abrevie. La noche se acerca a grandes pasos y mis horas en esta casa están contadas. Bien, partimos hacia Londres y yo solo experimentaba la paz de un amor inocente. Estabais continuamente a mi lado, y no deseaba otra cosa que admirar vuestros rasgos y saber que, para vos, yo era el mundo entero. Era prisionero de un paraíso ingenuo, hecho de alegría y tranquilidad. ¿Era acaso censurable mi amor? Si lo era, yo no lo sabía. No deseaba nada que no poseyera, y si la alegría que me producían vuestras miradas, vuestras palabras, vuestras caricias inocentes sobrepasaba los sentimientos habituales de un padre hacia su hija, no tuve la menor inquietud, ningún deseo ni capricho despertaron en mí la noción del pecado. Os amaba como puede imaginarse que un padre terrenal ama a la hija que le ha dado una madre divina, como Anquises hubiera podido contemplar al hijo de Venus si hubiera sido niña,

con un amor mezcla de respeto y adoración. Sin duda mi pasión también se hallaba mecida por el cariño profundo y exclusivo que vos me profesabais.

Pero en el momento en que os vi convertida en el objeto de amor de otro hombre, cuando me di cuenta de que se os podía amar de otra forma que como objeto sagrado y modelo de belleza y de excelencia, o incluso que vos podríais amar a alguien con un sentimiento más ardiente que el que me manifestabais, entonces se despertó en mí el diablo. Despedí a vuestro pretendiente y, a partir de ese momento, no he vuelto a encontrar la paz. Busqué en vano el sueño y el reposo: mis ojos se negaban a cerrarse y mi sangre se agitaba tumultuosa sin descanso. Desperté a una vida nueva, como el que muere en la esperanza y se despierta en el infierno. No quiero que el relato de mis luchas, de mi odio hacia mí mismo y de mi desesperación turbe vuestra imaginación, es mejor poner un velo sobre las sensaciones inconcebibles de un padre en pecado. Es mejor no desvelar los secretos del corazón que sufre semejante martirio. A pesar del dolor, del crimen, de los remordimientos y del odio, continuaba subsistiendo el más tierno amor. Lo que primero me empujó a la firme resolución de dominar esta pasión y de devolverle el padre a su hija fue ver vuestra profunda tristeza y vuestra compasión. Sí, eso fue lo que me condujo aquí: pensé que al revivir el dolor causado por la pérdida de vuestra madre, y al despertar todo lo que permanecía ligado a su recuerdo, dormido desde hacía diecisiete años, apagaría el amor que sentía hacia mi hija. En un arranque de heroísmo, me determiné a partir solo y dejaros a vos, vida de mi vida, y a no volver a veros hasta que pudiera hacerlo sin vergüenza. Pero no lo conseguí: había sobrestimado mi valor y subestimado mi amor, y creed que hubiera podido morir si vos no hubierais venido hacia mí con prontitud. ¡Por qué no fallecí en aquel momento!

Pero ahora, Mathilda, es preciso que os haga mi última confesión. Me equivoqué miserablemente al imaginar que era capaz de dejar de amaros: me es imposible. Es como si la vista de esta casa, de estos campos y de estos bosques que enmarcaron mi primer amor no hubieran hecho más que amplificarlo. Fijaos lo que, en mi locura, me atrevía a decir: «Diana murió para darle la vida, el espíritu de su madre ha pasado a su cuerpo, ella debe ser lo mismo

que Diana fue para mí». Cada esfuerzo que hago para apartar este amor me ata a él todavía más, ese amor culpable, más espantoso que el odio, que deshonra vuestras esperanzas y me destruye para siempre.

Hubiera sido mejor amar el desespero

...Y haberla, a ella, besado impunemente.

Ni el tiempo ni la distancia pueden arrancar de mi alma lo que forma parte de ella. Desde que llegué aquí, no he dejado, ni un momento, de sentir el infierno de esta pasión clavada en mi corazón para devorarlo hasta que todo acabe frío, inmóvil y sin vida. Pero, triste de mí, continúo viviendo. ¿Cómo he podido volver al lugar en el que me ha sido imposible reencontrar a Diana sin haber obedecido su postrer deseo? Sus últimas palabras, pronunciadas con voz muy débil en esa hora en que solo subsiste el amor, cuando fuera todo ha muerto, sus últimas palabras fueron para pedirme que hiciera feliz a su hijita. Solo este pensamiento refuerza el aguijón que me empuja a la muerte. Marcharé errante lejos de vos, lejos de la vida, iré en busca de una soledad en la que, solo, apartado de la humanidad, encuentre el hálito de vida. Debo seguir viviendo y ya que ese es mi deber, lo haré hasta que la tumba, que deseo y temo a la vez, pueda recibirme liberado de mis penas; pues estoy seguro de que de un lugar a otro solo conoceré dolores. ¿No es bien temible el sino que me tiene bajo su yugo? ¿No es lamentable el futuro que me aguarda? Si después de esta vida tengo la posibilidad de veros, niña mía, si el dolor puede purificar un corazón, el mío estará limpio, y si el remordimiento puede expiar los pecados, estaré entonces libre de culpa.

He ido a la puerta de vuestra habitación, está en silencio, estáis durmiendo. ¿Dormís realmente, Mathilda? Espíritus del bien, ved mis lágrimas y mis fervientes plegarias. ¡Bendecid a mi hija! ¡Protegedla del egoísmo de sus semejantes! Protegedla de los tormentos de la pasión, y de la desesperación y de la decepción. Que la paz, la esperanza y el amor Te guarden, Tú, alma de mi

alma, Tú, por quien respiro.

No me atrevo a releer mi carta pues no tengo tiempo de escribir otra, pero me temo que no me gustarían los ecos que despierta. Desde la última vez que os vi, he pasado todo el tiempo escribiendo cartas y aún tengo que escribir alguna más: no quiero que cualquiera pueda hablar de mí cuando me haya ido.

Es inútil que os conjure a pensar en mí como si fuera alguien a quien ya no os une ningún lazo. Estoy convencido de que vuestra discreción no os permitirá tratar de encontrarme. Es preferible, para la paz de vuestra alma, que ignoréis mi destino. No intentéis seguirme en el momento en que me destierro, no conseguiríais más que aumentar mi culpabilidad imponiéndoos a mí. No, no me seguiréis, sé que no lo haréis. Debéis olvidarme a mí y olvidar todo el mal que os he causado. Apartad este don funesto, apartad vuestro dolor, escapad de mi nefasta influencia igual que una flor delicada aparta el fango para salir a la luz.

No volveréis a oír hablar de mí: recibid estas palabras como las últimas que os hago llegar y, aunque haya perdido vuestro amor filial, aceptadlas como las recomendaciones de un padre. Rechazad con firmeza la desgracia que os ha causado este primer infortunio en vuestra tierna edad. Manteneos valerosa en la tempestad, continuad siendo buena y dulce y creed firmemente que vuestro deber es ser feliz. Sois joven, no dejéis que este fracaso retarde más de lo imprescindible vuestra gloriosa carrera. Resistid, querida mía; el astro de vuestra juventud no ha declinado y sabrá devolveros el vigor de la vida. Que una tristeza obstinada no vaya a contrarrestar su benéfica influencia. Hija mía, concededme la esperanza de no haberos destruido completamente.

Adiós, Mathilda. Me voy convencido de que me habéis perdonado. Vuestra cariñosa naturaleza no dejará que odiéis a vuestro peor enemigo, aunque se trate de mí, aunque haya apartado la felicidad de vuestro camino. Si bien he pasado como un ángel de maldad sobre vuestro tierno amor y sobre vuestra esperanza llena de alegría y belleza, para no dejar más que deshonra y desesperanza, vos me perdonáis y yo os lo agradezco con los ojos inundados en lágrimas. Acepto vuestro perdón, querida mía, con una gratitud eterna y que, estoy seguro, podrá sobrevivir a todos los remordimientos. ¡Adiós

para siempre!

En el preciso instante en que acabé la carta, mandé atalajar los caballos y me preparé para seguir a mi padre. Las palabras con las que intentaba disuadirme fueron precisamente las que me determinaron a ello. ¿Por qué las había escrito? Él sabía perfectamente que de creer yo que su intención era solo alejarse de mí, en vez de oponerme a ello, yo misma se lo hubiera pedido. O bien, si él suponía que no sé qué oscuro sentimiento —cosa que no podía pensar— me hubiera podido conducir hacia él, ¿se hubiera decidido a destruir la única esperanza que tenía de volver a verme? Un amante —qué idea demente, y sin embargo él era mi amante— no se comportaría así. No, había decidido morir y deseaba ahorrarme el dolor de saberlo. Las pocas palabras que había escrito sobre su deber eran una prueba más para mí. Cuanto más estudiaba la carta, más descubría pequeños giros y detalles que me indicaban que sabía que la vida se había acabado para él.

Estaba a punto de morir: al pensar esto se me heló la sangre. Me embargó una loca impresión de horror, más allá de las lágrimas. Estuve caminando arriba y abajo a toda velocidad esperando el coche; luego, arrodillándome con las manos juntas, intenté rezar. Pero mi voz se ahogó entre sollozos convulsivos. ¡No!, Salía el sol, el aire era fragante, aún debía de estar vivo, pues si hubiera muerto, todo hubiera sido oscuro como la noche para mí.

Sabiendo que me llevaba hacia él y me daba una posibilidad de volver a verle todavía vivo, el viaje en coche reavivó un poco mi ánimo, pero a pesar de ello el trayecto fue terrible. Solo me sostenía la esperanza de que no fuera demasiado tarde. No derramaba lágrimas pero enjugaba el sudor de mi frente, y procuraba calmar mi cerebro y mi corazón que palpitaba casi hasta enloquecer. ¡No! ¡no debía alterarme al verle! O sí, quizá era mejor que me viese alterada, mi extravío le devolvería la calma y le obligaría a permanecer así; sin embargo, antes de encontrarlo, debía forzar a mi razón a mantener la firmeza, y la invocaba presionando mi frente con las manos. ¡Oh! ¡No me abandones, de lo contrario

olvidaré mi propósito y en vez de ir, como conviene, a la velocidad del rayo, nos entretendremos pensando en mí y llegaremos demasiado tarde! ¡Dios mío, ayudadme! ¡Haced que esté vivo! ¡Todo se ha vuelto negro y en mi abyecta miseria, no pido ni el bien ni la esperanza, no, solo la pasión, la culpabilidad, el horror, solo eso con tal de que esté vivo! ¡Vivo!

Ahogada por la emoción, sollozaba sin lágrimas y mi respiración era corta y seca. Solo tenía una idea en la cabeza y solo podía articular una palabra, que repetía sin parar en una especie de aullido: ¡vivo! ¡vivo!

Había pedido al administrador que me acompañara, pues él, mejor que yo, podía pedir las informaciones que hicieran falta. El pobre hombre no podía evitar llorar a la vista de mi profunda angustia cuya causa él conocía. De vez en cuando emitía algunas palabras inconexas para consolarme. En tales circunstancias, señora y servidor son iguales en un sentido: veía sus viejos y bondadosos ojos oscurecerse y llenarse de lágrimas de compasión, sus cabellos grises finamente esparcidos sobre una frente completamente arrugada, y pensaba: «¡Oh! ¡Si mi padre fuera como él, decrépito y canoso, entonces me sería evitado este sufrimiento!».

Al llegar a la ciudad más cercana tomé un coche de postas y seguí la ruta que había seguido mi padre. En cada posada en la que cambiábamos de caballos, oíamos hablar de él, lo cual me producía miedo y esperanza alternativamente. Finalmente me di cuenta de que él había modificado su itinerario: en un principio tomó el camino de Londres, luego lo había cambiado, y descubrí preguntando a unos y a otros que el que escogió conducía hacia el mar.

El sueño de la noche pasada volvió a mi memoria: habitualmente no

era supersticiosa, pero en el tormento todos creemos en ello. El mar estaba a veinte leguas y él huía hacia allí. Esta idea, terrorífica para un espíritu al borde de la locura, casi había hecho zozobrar el poco dominio que me quedaba. Estuvimos en ruta todo el día: a cada instante crecía mi dolor. El sol de verano brillaba en un cielo sin nubes, el aire sofocante era frío para mí y sin embargo la piel me ardía. A la caída de la tarde se levantaron por el horizonte nubes oscuras de tormenta; oí a lo lejos el rugido del trueno, y cuando el sol se puso, el cielo se volvió negro, empezó a llover, los relámpagos iluminaron los campos y los truenos ocultaron el ruido del carruaje.

En la siguiente parada mi padre no había tomado caballos, en cambio había dejado un baúl diciendo que volvería: después, se había ido a través de los campos hacia un pueblo costero que distaba tres leguas de allí. Durante un instante el terror me paralizó, pero recobré la energía y solicité que un guía me acompañara tras sus pasos. Era una noche de tempestad, pero ofrecí una suma considerable y encontré fácilmente un campesino que se prestó a ayudarme. Atravesamos innumerables caminos, campos y tierras vírgenes: la lluvia caía a torrentes y los truenos violentos se sucedían haciendo un ruido infernal... ¡Oh! ¡Qué noche!

Continuaba caminando a grandes pasos a través de las altas hierbas empapadas bajo la lluvia y la tempestad. Mi sueño me obsesionaba y en ese estado semidemente que provoca a veces la desesperación grité con fuerza: «¡Valor! ¡No estamos cerca del mar! Todavía estamos a varias leguas del océano». Sin embargo, nuestros pasos nos llevaban hacia el mar, cosa que aumentaba la confusión de mi espíritu. Una vez, agotada por el cansancio, me derrumbé sobre el suelo empapado; casi a doscientos pasos de allí, sola en un gran claro, había una magnífica encina: los relámpagos revelaban la cantidad de ramitas arrancadas por la tempestad. Una extraña idea hizo presa en mí. Es necesario haber conocido todas las torturas de la duda sobre la vida o la muerte de una persona tan querida como la propia existencia para imaginar los sentimientos que me asaltaron. En un estado similar, el espíritu, liberado del control de la voluntad, se abandona a extrañas y quiméricas apuestas con las

circunstancias exteriores, y sitúa los acontecimientos fortuitos y los cambios de la Naturaleza en relación directa con sus temores. Estaba en este estado mental cuando me dirigí hacia el anciano administrador que seguía a mi lado, pálido y temeroso: «Mirad bien, Gaspar, si el próximo rayo no cae sobre esa encina, mi padre estará vivo».

Apenas había pronunciado estas terribles palabras cuando una luz violenta seguida inmediatamente por un terrible estruendo cayó sobre ella, y cuando mis ojos recobraron la vista después de la ceguera pasajera, la encina ya no estaba en medio del prado.

El anciano lanzó un grito de terror ante la rapidez con que mi profecía era interpretada. Yo, con algo más de fuerza, me levanté y grité con temor: «Oh, Dios, ¿esa es tu sentencia? ¡Pero no, quizá sea demasiado tarde!».

Aunque el mar distaba todavía más de una legua, continuamos acercándonos a él. Finalmente llegamos a la carretera que conducía al pueblo, luego a una posada donde nos dijeron que mi padre había pasado por allí poco antes de la puesta del sol. Se había dado cuenta de la llegada de la tempestad y había alquilado un caballo para llegar al pueblo vecino, situado a media legua del mar, antes de que estallara la tormenta. El pueblo estaba a una legua de aquel lugar.

Alquilamos una silla de postas y, tirados por cuatro caballos, nos adentramos en la tormenta. Mis ropas estaban empapadas y pegadas a mí, mis cabellos caían en lacios mechones sobre mi cuello cuando el viento no los empujaba hacia uno y otro lado. Tiritaba y sin embargo mi pulso palpitaba de fiebre. No derramaba lágrimas pero los ojos enloquecidos e inflamados se me salían de las órbitas. Me costaba soportar el peso que me oprimía el pecho. Llegamos al

pueblo en algo más de media hora. Cuando mi padre llegó, la tormenta ya había empezado: había decidido seguir, dejar el caballo y continuar a pie hacia el mar. Dios mío, había sido cruel por dos veces al haber escogido el mar para consumar su funesta resolución. Ello no hacía más que añadir locura a mi desesperación.

El pobre anciano que me acompañaba intentó convencerme de que me quedara allí y le dejara partir solo, pero yo sacudí tristemente la cabeza sin decir nada. Me sentía enferma de muerte y me apoyaba en su brazo. Como no había camino adecuado para un carruaje, arrastraba mis pasos fatigados a través de dunas desoladas al encuentro de mi destino, ya demasiado evidente para dejar lugar a las angustias de la duda. A punto de desfallecer, me acerqué lentamente a las aguas fatales cuyo fragor habíamos oído a la salida del pueblo, murmurando para mis adentros con voz sorda: «Es el mismo ruido que el de mi sueño, sí, son las campanas que doblan por mi padre lo que oigo».

Ya no llovía ni había más truenos ni relámpagos. El viento se había calmado. Mi corazón ya no latía hasta romperse. No notaba la fiebre, al contrario, estaba helada. Mis piernas flaqueaban. Caminaba medio dormida, tan grande era mi agotamiento. Todos mis miembros temblaban, iba callada. Todo estaba en silencio, solo se oía el ruido del mar que iba aumentando poco a poco y haciéndose más terrorífico. Y sin embargo avanzábamos lentamente. A veces me parecía que no íbamos a llegar nunca, que, atraídos por el ruido de las olas, podríamos caminar y caminar, campo tras campo, sin que nuestro agotador viaje acabara nunca, ni de noche ni de día, y siempre llegaría a nuestros oídos el estruendo del mar y todo esto no acabaría jamás. Los pensamientos engendrados por la desgracia y la desesperación están lejos de la comprensión de las personas felices.

Conseguimos llegar a la playa que dominaba el mar. Había una casita al lado del camino. Llamamos a la puerta que estaba abierta.

El lecho del interior atrajo enseguida mi atención: algo rígido y recto yacía recubierto con una tela. Los habitantes de la casa parecían consternados. Las primeras palabras que dijeron confirmaron lo que yo ya sabía. No sufrí ni choque ni abatimiento.

Creo que pregunté algo y escuché la respuesta. Y casi enseguida caí desmayada al suelo.

Así acabó todo.

Capítulo VIII

Me llevaron a la ciudad vecina. La fiebre sucedió a las convulsiones y los desmayos. Durante algunas semanas, mi alma desquiciada se debatió en el umbral de la muerte. Pero la vida estaba arraigada en mí y me repuse.

El hecho de que mis recuerdos fueran confusos al principio, y de que me sintiera demasiado débil para experimentar emociones violentas, hizo mucho por mi mejoría. A menudo pensaba: «Mi padre ha muerto. Su amor por mí era una pasión culpable y, atormentado por el remordimiento y la desesperanza, se dio muerte. ¿Cómo es que no encuentro eso horrible? ¿No es espantoso?».

¿No es pues suficiente no volver a ver nunca más los ojos de mi amado padre? ¿No oír más su voz? ¡No más caricias, no más miradas! ¡Está frío, yerto, muerto! ¡Dios mío! ¡Qué endurecida estoy! Durante aquella noche que pasé a la intemperie, la lluvia fría que caía había hecho con mi corazón lo mismo que las aguas de la cueva de Antíparos, lo había convertido en piedra. Ni una lágrima, ni un suspiro. He de razonar, esforzarme por sentir pena, desesperanza. No es resignación lo que siento, no, estoy muerta para todo tipo de pesadumbre.

Así es como me hablaba a mí misma. Pero guardaba silencio frente a todo lo que me rodeaba, apenas respondía a la más mínima pregunta, y me sentía molesta por cualquier presencia humana a mi lado. Me rodeaban unas parientes que me eran totalmente extrañas. No escuchaba sus pésames, y las pocas palabras de consuelo que intentaban prodigarme me sonaban a lengua desconocida. Sí, si la tristeza había muerto en mí, lo mismo ocurría con el amor y la necesidad de comprensión y simpatía. No obstante, si el dolor solo

dormía para despertar con mayor ferocidad, no lo hizo jamás. Solo su fantasma sobrevivía, y acosaba la tumba de mi padre. Desde su muerte, el mundo entero estaba vacío para mí, salvo allí donde la desgracia había impreso aquellas palabras ardientes que me conjuraban a no sonreír nunca más. Los vivos ya no eran compañía para mí, y no cesaba de preguntarme cómo librarme de todos ellos con el fin de que nunca más se hablara de mí.

Mi recuperación evolucionaba rápidamente, y esta idea me obsesionaba; me preguntaba qué podría inventar para escapar de las torturas que me esperaban el día en que me viera en la obligación de reaparecer en sociedad, y para encontrar aquel único lugar secreto que podría convenirme, a mí a quien una pena oculta separaba del resto del mundo. ¿Quién es más solitario, aunque se encuentre entre la muchedumbre, que aquel cuya historia, cuyos persistentes sentimientos y recuerdos no son conocidos de ningún ser vivo? Mi aventura encubría un horror demasiado extremo para que pudiera hacer confidencias sobre ella. Yo era, en la Tierra, la única depositaría de mi secreto. Podía confiarlo a los vientos o a los páramos desiertos, pero jamás debía permitir, ni mediante una palabra ni por un gesto, que mis semejantes sospechasen la terrible realidad.

Debía apartarme de los ojos del mundo para que mi mirada turbia no delatara la culpa de mi padre; debía callar para que los titubeos de mi voz no traicionaran atrocidades inconcebibles. Encima de la tumba donde yacía mi secreto, debía amontonar una masa impenetrable de palabras y sonrisas falsas, engaños, artimañas y risas pérfidas, y todo un abanico de mil ardides, niebla destinada a cegar a los demás y a envenenarme igual que el simún del desierto. Yo, nacida del amor, hija de los bosques, criatura de la esplendorosa Naturaleza, ¿debía someterme a eso? No, no podía.

¿Cómo escapar a todo ello? Era rica, joven, y me habían designado un tutor. Todos los que me rodeaban me creían miembro de su

amplio círculo social, y debía mantener secreto mi eterno aislamiento. Si huyera, me perseguirían. No había ninguna salida para mí en la vida. De modo que debía morir, aunque la tumba helada contuviera todo lo que amaba. Y sin embargo, hubiera podido decir, igual que Job:

Mi esperanza, ¿dónde está?, mi esperanza, ¿quién puede verla?

Descenderá hacia las puertas de la morada de los muertos

cuando juntos vayamos a reposar en el polvo.[134]

Sí, mi esperanza era polvo, podredumbre y todo lo que la muerte trae consigo... La muerte, o la vida después de la vida. ¡No! ¡No! No voy a buscar la muerte, no debo, no me atrevo. Y de nuevo me puse a llorar, sí, a verter lágrimas vivas, sosegadas pero amargas al fin y al cabo. Después de haber llorado largamente, después de haber tendido los brazos en vano para llamar a mi padre, cuando mi cuerpo ya débil quedó agotado por todos estos gemidos, me sumí de nuevo en la meditación y busqué una vez más el medio de obtener lo que más deseaba y tanto me importaba —si es que algo pudiera importarme todavía—, es decir, una soledad que se pareciera a la muerte.

Si no osaba morir, por lo menos podía fingir la muerte y de este modo escapar a mis solícitos parientes. Pensarán que me he reunido con mi padre, y será la verdad, puesto que, sola, cuando ninguna voz puede interrumpir mi meditación y ninguna mirada sorprender el hervor de mi mirada, puedo comulgar con su espíritu. Su última recomendación fue la de mandarme ser feliz. Sin duda no hablaba de esa felicidad sombría que me prometía a mí misma, pero era la única de la que podía gozar. Él no pudo imaginar que pudiera convertirme en alguno de aquellos cazadores extáticos que persiguen burbujas de jabón que se desvanecen en cuanto creen haberlas alcanzado, y luego persiguen otra de colores más vivos. Mi esperanza había resultado ser también una burbuja de jabón, pero había sido tan bella, tan suntuosa, que ninguna otra podía

cautivarme, tanto más cuanto que esa persecución me había dejado extenuada y estaba casi muerta de cansancio.

Iba a simular la muerte. Mis herederos, complacidos, podrían apoderarse de mis bienes y yo conseguir mi libertad: pero... tenía que preparar este plan con cuidado. No quería encontrarme sin un céntimo, y debía pues conservar algo de dinero en sitio seguro. ¡Ay de mí! ¡A qué odiosos extremos me veía reducida! Pero de otro modo, toda una vida de falsedad hubiese sido mi sino. Y cuando me asaltaba el remordimiento por urdir esas estratagemas, incitándome a renunciar a mi propósito, las palabras de una tía o de una prima, diciendo que la muerte era el final de todos los seres, me hacían volver a él de forma irresistible y me convencían de nuevo. Además añadían que con toda seguridad mi padre había perdido la razón desde la muerte de mi madre, que tenía el cerebro trastornado, y que mucha suerte había tenido yo de que en uno de sus ataques de locura no me hubiese matado a mí en su lugar, ya que era un pobre loco. Y por supuesto, decían todo esto de una forma delicada, no con términos claros que me hubiesen herido, sino:

...susurrados aquí y allá,

insinuados y velados,

suavemente, en voz baja...[135]

con los ojos bajos, con sonrisas de compasión o bien lágrimas de condolencia. Yo escuchaba sin perder la calma, pero temblaban todos mis nervios y no osaba replicar a esas blasfemias. ¡Ah! ¡Qué dulce resultaría una vida sin artificio! ¡Y yo, con mi cara de paloma y mi corazón de zorro! En realidad, lo único que sentía era lo degradante que era para mí la mentira; no, ningún sentimiento sagrado de mi inocencia podía redimirlo. Yo, que hasta entonces iba arropada en los suntuosos atuendos de la sinceridad, ahora debía adoptar un traje de colores cambiantes. Y si al principio no sabía

hacerlo resaltar, la costumbre me enseñaría a llevarlo con elegancia y a mentir con gracia. Sí, la hipocresía podía llevar mi alma a su perdición y ocultar para siempre su sello de origen. ¡Oh! padre amado, recibid el corazón puro de vuestra desgraciada hija, y dejad que me una a vos, inocente como era antes, si no no reconoceréis mi rostro alterado. De la misma forma que el dolor cambió a Constance, la mentira me cambiaría a mí, y vos, en el cielo, pronunciaríais estas palabras: «Esa no es mi hija».

Padre, si queremos ser felices ahora y más adelante cuando nos volvamos a ver, he de huir de esta vida que no es más que simulacro para el ser que soy. Solamente en la soledad podré ser yo misma, solamente en la soledad podré ser tuya.

Dios mío, todavía ahora recuerdo con repugnancia los ardides y las artimañas con los que, tras muchos combates penosos, logré conseguir mi retirada. Podría entrar en detalles y contar cómo me aseguré una pequeña subsistencia para el resto de mi vida, y luego cómo logré convencer a todos de mi muerte. Podría pero no lo haré. Todavía ahora me horrorizo de las mentiras que proferí y me revuelven el estómago. Dejo a la imaginación del lector todas estas complicaciones que, espero, podrán ser calificadas de inocentes engaños. Este recuerdo me obsesiona igual que un crimen, y sé que si empezase a contarlo, mi relato no acabaría nunca.

Me llevaron a Londres donde durante varias semanas tuve que aguantar caras y palabras frías, consuelos más fríos todavía, pero de donde logré escapar. Intentaron atarme con cadenas que parecían ser de seda, pero que pesaban como plomo. Sin embargo las rompí más fácilmente que si hubiesen sido una cincha de cáñamo y me escapé hacia la libertad.

Las pocas semanas que pasé en Londres fueron las más tristes de mi vida. Una ciudad grande es un lugar espantoso para un corazón destrozado. La puesta del sol, la dulzura de la luna, los movimientos

benditos de las hojas y el murmullo de las aguas, esos son los dulces remedios de una mente desquiciada. El alma se expande y absorbe en paz esa medicina calmante, igual que un marino observa encantado la aparición de una serpiente de mar: amando y bendiciendo la Naturaleza, sin saberlo invocaba una bendición para mi alma. Pero en una ciudad todo es cerrado, sellado igual que en una cárcel severa desde la que solo se puede advertir un rinconcito furtivo. Me es imposible describir la naturaleza frenética de mis sensaciones durante mi estancia allá. Muchas veces me encontré en el límite de la locura. Para ser más precisa, cuando recuerdo aquellas ideas delirantes a veces seguidas de actos, me veo levantando los brazos hacia el cielo implorando a la bóveda celeste para que descendiera sobre mí y me sepultara, o bien arrancando los cabellos de mi cabeza para lanzarlos a los vientos gritando: «Sois libres, id a buscar a mi padre». O bien, igual que la desafortunada Constance, los recuperaba y los ataba para que nadie más pudiera encontrarle si es que yo no podía. Me veo de rodillas, imaginándome estar sobre la tumba de mi padre, golpeando con ira el suelo que le separaba de mí. O también escuchando el ruido del océano mezclándose con los gemidos de mi padre. Y entonces lloraba, vaciándome de todas mis fuerzas hasta que me sentía débil, pero sosegada.

Cuando recuerdo todo esto, me pregunto si aquello no era la locura.

Fue en Londres donde esos pensamientos espantosos, y otros muchos que no pueden expresarse por ser demasiado terribles, fueron mi sino. Cuando recuperé mi libertad, todo este sufrimiento desapareció. Al ver los páramos salvajes a mi alrededor, al ver las estrellas del cielo en el Oriente, entonces pude llorar, verter dulces lágrimas. Me sentía en paz.

No os confundáis: nunca estuve loca de verdad.

Siempre fui consciente de mi estado cuando mis insensatos pensamientos parecían querer arrastrarme hacia la locura, y no los dejé expresarse más que en el silencio y en la soledad. La gente a mi alrededor no vio jamás nada de todo esto. Solo veía a una pobre muchacha con el alma destrozada, que hablaba queda y suavemente, y cuyos ojos bajos dejaban a veces escapar lágrimas que intentaba ocultar. Veían a una muchacha que buscaba la soledad y evitaba las miradas, sin sonreír nunca —¡oh no, jamás sonreía!—, y nada más.

Así pues, escapé. Dejé la casa de mi tutor, y de mí nunca más se supo. Las cartas que había dejado, así como otros indicios preparados con antelación, les hicieron pensar que me había dado muerte. Por eso no me buscaron tan minuciosamente como hubiese ocurrido en otras circunstancias, y pronto perdieron toda huella y todo recuerdo mío.

Salí de Londres en un pequeño buque que iba hacia el norte de Inglaterra. El éxito de mi plan y mi completa soledad me devolvieron la paz. El mar estaba liso y mecía suavemente el barco.

Me senté en cubierta bajo el inmenso dosel del cielo, y me sentí una criatura diferente. Ya no era Mathilda la loca delirante y desgraciada entre todas, sino una ermitaña en plena juventud que se dedicaba a la meditación, y cuyo corazón debía resguardarse de todo el tumulto de una desesperanza impía. El extraño vestido monacal que había adoptado, la certidumbre de que mi existencia era un secreto para mí sola, la soledad a la que me dediqué para siempre, mecieron mi corazón herido con pensamientos apaciguadores. La brisa que jugaba con mi pelo me reanimó. Contemplé tranquilamente los rayos del sol centelleando sobre las olas, los pájaros persiguiéndose encima del agua que rozaban con sus alas. Dormí sin que mis sueños me agitaran, y me desperté, fresca y ligera, dispuesta a disfrutar de mi libre serenidad.

Alcanzamos el puerto de nuestro destino en cuatro días. No quise quedarme en la costa y enseguida me fui hacia el interior. Ya tenía previsto donde iba a vivir. Tenía que ser una casa solitaria en una llanura ancha, lejos de toda población, desde la que pudiera contemplar el horizonte entero, y deambular sin rumbo sin ser agredida por la visión de mis semejantes. Yo no era misántropa, pero intuía que el curso tranquilo de mis pensamientos dependía de mi soledad y de mi aislamiento.

Me instalé en un inmenso paraje deshabitado, en un lúgubre páramo sembrado de piedras y salpicado de hierba rasa, con algunos juncos acá y allá cercando pequeños charcos. No muy lejos de mi casita había un pequeño bosque de pinos. Desde mi puerta, un sendero alcanzaba el bosque abriéndose camino entre los juncos. Desde las ramas más altas, los pájaros saludaban al sol naciente y me despertaban para mi meditación cotidiana. Solo el horizonte limitaba mi vista, salvo en el lado en que el bosque puntuaba con una mancha oscura el páramo que extendía en todas direcciones sus colores pálidos, inmenso y desolado. Observaba el trabajo minucioso de las nubes que iban tejiendo sus mallas gruesas. Podía ver cómo subían lentos los pesados nubarrones de tormenta, o gozar de la inmovilidad del cielo azul bajo los pinos.

Mi vida era muy tranquila. Tenía una criada que pasaba casi todo el día en el pueblo, a media legua de distancia. Mis diversiones eran simples y muy inocentes. Daba de comer a los pájaros que anidaban en los pinos o en la hiedra que cubría el muro de mi pequeño jardín. Pronto me conocieron. Los más atrevidos venían a comer en mi mano y se posaban en mis dedos para cantar su agradecimiento. Después de algún tiempo, otros animales vinieron a visitarme. Un zorro se presentó cada día para buscar el alimento que le destinaba, y me dejó acariciarle la cabeza. Además tenía muchos libros, y un arpa con la que podía apaciguar mi corazón cuando estaba desesperado, para elevarme hacia el amor y la compasión.

¡El amor! ¿Qué podía amar? ¡Oh, muchas cosas! El claro de luna y las estrellas, la luz, las brisas y las lluvias, el frescor. La tierra entera y el cielo que la cubre, todas aquellas visiones de mi imaginación, y luego los recuerdos de heroísmo y de virtud. Sin embargo no había nada que se pareciera a mi vida anterior, salvo que también entonces me hallaba confinada en los libros y la Naturaleza. Cuando de pequeña corría por los campos, muchas veces mi alma parecía cabalgar sobre los vientos y confundirse con el aire de alegre armonía. Y cuando paseaba, cantaba tiernamente por placer, o me contaba a mí misma historias más tiernas todavía. Un encanto sagrado emanaba de todo lo que veía. Bebía de la vida con alegría; mis pasos eran ligeros y mis ojos, iluminados por el amor que les daba vida, se dirigían hacia los cielos. Mi pelo largo y libre flotaba en el viento, y tanto mi cuerpo como mi alma comulgaban en el encanto.

Ahora mis pasos eran lentos y escasos los momentos en que levantaba los ojos, casi siempre llenos de lágrimas. Ya no más canciones ni sonrisas, no más paseos despreocupados que sabían despertar en el alma el interés por lo que la rodeaba. Estaba encerrada en mí misma, criatura solitaria y egoísta que recordaba sin cesar sus quejas y esperanzas vanas.

Mi vida estaba vacía y sin objeto. Sí, así era. Pero ¿cómo decirle al lirio que la tempestad ha derribado «levántate y florece igual que antes?». Mi corazón sangraba por una herida mortal, no podía vivir de otra manera. A veces, en medio de una paz aparente, veía llegar la desesperanza, la melancolía, o bien un abatimiento que nada podía disipar ni superar, un odio por la vida o un desprecio por la belleza. Todos esos sentimientos me invadían a oleadas, y me quedaba casi aniquilada. No cesé de evocar la muerte en ningún momento, ni cuando estaba serena. Día y noche, levantaba mis ojos llenos de lágrimas hacia el cielo, juntando las manos en una oración, y repetía las palabras del poeta.

Antes de que vea un nuevo día,

deja que ese cuerpo se vaya para siempre.[136]

Que no se me reproche mi incoherencia. Pensaba que suicidándome violaría una ley divina de la Naturaleza, y estimaba haber cumplido suficientemente con mi deber asumiendo la pesada carga de aquellas horas y aquellos minutos que no acababan nunca, y que absteniéndome de lo que consideraba como un crimen en mis momentos de serenidad, merecía por lo menos ser considerada virtuosa. También pasaba periodos realmente terribles en los que me desesperaba y dudaba de la existencia de cualquier deber, y de la realidad del crimen. Pero esto me hace estremecer, y prefiero no recordarlo.

■

134 Job 17,15-16. (N. de la T.)

135 Coleridge. (N. de la T.)

136 Coleridge. (N. de la T.)

Capítulo IX

Así pasaron dos años. Uno tras otro, centenares de días transcurrieron sin traer ningún cambio notable, pero algunos operaron una lenta transformación en mí a medida que iba deslizándome hacia la muerte. Empecé a estudiar más, a simpatizar con el pensamiento de los demás expresado en los libros. Leía Historia y perdía mi individualidad en las multitudes que habían existido antes de mí. Quizá de este modo, a medida que se atenuaba la sensación de sufrimiento inmediato, me hice más humana. También la soledad perdió sus encantos para mí. Empecé de nuevo a anhelar afecto. No es que me tentara buscar el contacto de la gente, pero sentía la necesidad de tener un amigo que me quisiera. Tal vez, me diréis, me estaba preparando poco a poco a volver a la sociedad de los humanos. No lo creo. La simpatía que deseaba debía ser tan pura, tan depurada de toda influencia externa, que en todo caso el protocolo torpe que siempre rodea a las mejores intenciones del mundo me hubiera desalentado. No, creedme, estaba entonces todavía menos capacitada que antes para avenirme con mis semejantes. Cuando los dejé, me habían hecho sufrir, pero no de la misma manera que el dolor y la enfermedad. Eran algo ajeno a mi espíritu, algo que lo ofendía y que deseaba evitar.

Pero ahora anhelaba simpatía. Me hubiera gustado unir mi alma a la de uno de mis semejantes, pero haciéndolo me hubiera buscado multitud de decepciones y sufrimientos. Yo era tan delicada como una planta sensible, toda nervios. No buscaba ni comprensión ni ayuda para ser sabia o brillante, buscaba sonrisas que me confortaran y palabras dulces que me alentaran. Deseaba encontrar un corazón para desahogarme libremente, un corazón que, como una tierra de naturaleza divina, supiera hacer brotar una fruta bendita de una semilla maligna. Pero ¿cómo encontrarlo? Ese amor animado por la amistad es de una esencia muy delicada y raras veces se encuentra, salvo cuando dos seres amables se compenetran desde la primera edad, o también cuando se hallan unidos por el

sufrimiento o por una búsqueda común. Algunos elegidos lo reciben sin buscarlo, sin saberlo, e igual que un rocío clemente, se posa en algunos lugares escogidos que, bajo su benigna influencia, dejan de ser estériles para convertirse en portadores de toda clase de plantas deleitosas. Pero se escapa a voluntad y se ríe de las plegarias de sus adoradores. Se dispensa pero no se deja coger.

Sabiendo todo esto, no iba en búsqueda de simpatía, pero allí, en mi páramo solitario, bajo mi modesto techo rodeado por el desierto, la amistad vino a mí igual que un rayo de sol invernal que sabe embellecerlo todo y hace fundirse la pesada nieve. ¡Ay de mí! El sol calentó una fruta podrida, y su calor no me hizo renacer. La ruina que yo era no tenía remedio y no pude sentir su poder benéfico. Mi padre ya no existía y su memoria era toda mi vida. Podía experimentar gratitud pero ya nunca más amor o esperanza igual que antes. Todo para mí era sufrimiento, incluso mis entretenimientos, que soportaba y de los que no podía disfrutar. Yo era como un lugar perdido en una montaña, cercado por todos lados por negros precipicios, al que no puede llegar ningún rayo de sol, sin salida alguna hacia campos más alegres. Así pues, a pesar de que supo sosegarme un tiempo, el espíritu de la amistad no pudo salvarme. Vino a visitarme con benevolencia pero me dejó, y apenas me di cuenta. En mí había muerto el aliento de la vida. ¿Cómo extrañarse entonces de que no recibiera su llegada con más alegría, y de que no añorara más amargamente la desaparición del más bello regalo del cielo, quiero decir, de un amigo?

Mi amigo se llamaba Woodville. Contaré su historia brevemente, y podréis juzgar hasta qué punto mi corazón se hallaba frío para no revivir con sus palabras elocuentes ni con su tierna compasión, y cómo, siendo Woodville también muy desdichado, estábamos hechos para consolarnos el uno al otro, de no haber sido yo transformada en piedra por la miseria con cabeza de medusa.

Los infortunios de Woodville no venían del fondo de su corazón

como los míos; su dolor era natural, de los que purifican el ser sin destruirlo, para permitirle brillar, una vez superada la sombra, más fuerte y más feliz que antes.

Woodville era hijo de un pobre pastor y había recibido una educación clásica. Formaba parte de los pocos elegidos a los que distingue la fortuna desde su nacimiento, dotándoles, con una profusión sin límite, de todas las cualidades de la inteligencia y del espíritu, y bajo cuya protección ninguna imperfección, por muy ligera que sea, puede aparecer. La fortuna parecía haber formado su espíritu en esa excelencia que ninguna impureza puede manchar, y su inteligencia era tal que ningún error hubiese podido desviarle de su camino. Su genio superaba lo concebible y cuando se alzó, cual una brillante estrella en el Oriente, todas las miradas se hallaban dirigidas hacia él, llenas de admiración. Era poeta, palabra tan malgastada que no llega a dar una idea de lo que era. Era... como un poeta de la Antigüedad que hubiese sido coronado en la cuna por las musas, y alimentado por las abejas. Cuando andaba en medio de los hombres, parecía llevar un halo celeste que lo distinguía y lo colocaba por encima de todos. Su belleza no tenía igual, sus ojos brillaban con un fuego deslumbrante, y los profundos acentos de sus palabras provocaban un éxtasis mudo en sus oyentes. Trascendía en todo a los demás, que frente a él parecían haber sido concebidos únicamente para celebrar su existencia superior.

Su gloria existía desde su juventud. Todo el mundo le amaba, y nunca se proyectó sobre él la sombra de los celos ni del odio, ni siquiera por parte de los más malvados. Como uno de esos hechizos propios de los dioses, su divinidad personal le servía de barrera y de protección. Así pues, solo el amor y la admiración podían alcanzarle. Su corazón era simple como el de un niño no rozado por la arrogancia ni la vanidad. Se movía en sociedad sin la menor conciencia de su superioridad sobre sus compañeros, no porque los menospreciara, sino más bien porque no detectaba la inferioridad de los demás. Parecía incapaz de concebir hasta qué punto el egoísmo y el vicio dominaban el mundo. Cuando le conocí, aunque sus mayores esperanzas habían sido defraudadas, nunca había

experimentado los efectos de la maldad ni del egocentrismo de los hombres.

Su posición era demasiado elevada para permitirle sufrir por la frialdad del corazón de los demás, y muy poco importante para poder experimentar jamás su ingratitud y su egoísmo avasallador. Esa es, entre otras muchas, una de las bendiciones de una fortuna modesta: protegiendo a su beneficiario de la abundancia pecuniaria, al mismo tiempo le impide naufragar en los arcanos de la debilidad y de la maldad de los hombres.

Otorgar favores a los semejantes es atributo de los dioses, y por tanto no corresponde a los mortales; por eso Adán o Prometeo pagaron con su martirio el haberse alzado por encima de su condición primera.

Woodville se hallaba libre de todos esos males, y cuando se presentaban ante él no los tenía en cuenta y seguía su camino, cual un ángel con los pies alados deslizándose por la Tierra sin sentir molestia por los pequeños obstáculos que nos hacen tropezar a nosotros los terrestres. Él creía en la divinidad del genio, y desmentía siempre rigurosamente las objeciones de los ergotistas mediocres y de los críticos menores que suelen reducir a la humanidad a su miserable nivel. «Haré una comparación científica —decía— al estilo del doctor Darwin, si me lo permitís. Considero los llamados errores de un hombre de genio como la aberración de las estrellas fijas. La distancia que nos separa de ellas, y nuestros medios imperfectos de comunicación son los motivos por los que parecen moverse a nuestros ojos, pero en realidad se quedan siempre en un mismo centro glorioso, y nos dan una bella lección de modestia, si es que queremos recibirla.»

He dicho que era poeta. A los veintitrés años, publicó su primer

poema, y la nación entera, entusiasta y encantada, le aclamó. Su buena estrella no cesó de brillar sobre él, jamás se había establecido una reputación tan rápidamente. Era universal. La gente ponía por las nubes los mismos poemas que maravillaban al sabio en su retiro. No habla ninguna voz disonante en ese coro.

Fue en aquella época en que se hallaba en la cumbre de su gloria cuando conoció a Elinor. Esta joven heredera, de una belleza exquisita, vivía bajo la custodia de su tutor. Desde el momento en que se les vio juntos, parecieron hechos el uno para el otro. Sin llegar al genio de Woodville, Elinor era noble y generosa; su juventud y el amor que inspiraba por doquier la colocaban por encima de la pura virtud y de la excelencia.

Era hermosa, sus maneras eran francas y simples y sus ojos de un azul profundo, bañados en una luz que solo podía conferirle la sensibilidad unida a la sabiduría.

Estaban hechos el uno para el otro, y pronto se amaron. Por primera vez, Woodville probó las delicias del amor. Elinor se alegraba de poseer el corazón de un hombre tan atractivo y de tan gloriosa reputación. Semejante unión solo podía producir pura alegría.

Woodville era poeta, un poeta universalmente solicitado que atraía todas las miradas en cada una de sus apariciones, pero era hijo de un pobre pastor mientras que Elinor era una rica heredera. No es que su mutuo afecto disgustara a su tutor —el mérito de Woodville era demasiado eminente para que se le pudiera reprochar su poca fortuna— pero, en su última voluntad, el padre de Elinor había establecido que no podría casarse antes de la mayoría de edad si no quería verse privada de su fortuna.

Acababa de cumplir diecinueve años, y al igual que su amante, tuvo que resignarse a esperar. Pero no se separaban, y su felicidad parecía la del Paraíso. Estudiaban juntos, hacían proyectos para sus actividades futuras, sus miradas y las palabras que intercambiaban respiraban alegría, y apenas tuvieron que lamentar el aplazamiento de su unión completa. Woodville alcanzó la gloria eterna. En cuanto a Elinor, se hizo más bella y más sabia siguiendo los preceptos de su cumplido amante.

Faltaban dos meses para que Elinor cumpliera veinte años. Todo estaba listo para su unión. ¿Cómo contar la catástrofe que puso fin a semejante alegría? El mundo no sería lo que es, lleno de plagas y dolores, si hubiese tolerado la existencia de esta pareja de criaturas angélicas. Por mucho que busquéis, no encontraréis sobre la tierra la felicidad perfecta de la que esta boda les hubiese permitido gozar. Haría falta una revolución en el orden de las cosas que nos han sido permitidas, a nosotros pobres humanos, para que se admitiera una alegría tan perfecta. Haría falta romper el engranaje de la necesidad que siempre trae miseria, pero el maligno destino que lo domina no toleraría semejante brecha en sus leyes eternas. Pero ¿por qué me quejo? La desgracia era mi elemento, y ninguna otra cosa más que la desgracia podía llegar hasta mí. Si Woodville hubiese sido feliz, no le hubiera conocido jamás. Y yo, que fui alimentada por las lágrimas y bañada en el rocío de la aflicción durante tantos años, ¿podría yo acaso relataros, aunque fuera por unos momentos, otra cosa que una historia de dolor y de muerte?

Woodville tuvo que hacer un viaje fuera de la ciudad, y día tras día, para su gran pesar, fue retenido lejos de su amada. Recibió una carta de ella en la que confesaba estar ligeramente indispuesta. Le rogaba que volviera pronto a su lado, pues su mirada le devolvería la salud y su presencia sería el mejor remedio. Fue retenido tres días más, y volvió volando a su lado. Sin que supiera por qué, su corazón le predecía una desgracia. No había recibido más noticias y temía que estuviera peor; ese temor le inquietaba, y se sentía impaciente por verla de nuevo gozando de buena salud. Y es que le parecía oír una voz funesta repitiéndole al oído: «Nunca más la

volverás a ver como era antes».

Cuando llegó a su casa, todo estaba en silencio. Atravesó varias habitaciones, y en una de ellas vio a una criada llorando amargamente. Desfalleciendo de temor, apenas pudo preguntarle: «¿Está muerta?» y apenas oyó la terrible respuesta: «Todavía no».

Estas palabras aterradoras tuvieron sobre él un efecto menos espantoso del que temía, y el saber que todavía estaba con vida —lo cual le permitía tener esperanza— fue un alivio para él. Recordó las palabras de su carta, y se tranquilizó con la idea de que sus besos, que respiraban el calor del amor y de la vida, insuflarían en ella un espíritu nuevo, y que con él a su lado ella no podría morir, convirtiéndose su presencia en el talismán de su salud.

Fue corriendo a la habitación de la enferma. Estaba echada con las mejillas ardiendo de fiebre, los ojos ya cerrados, aparentemente sin conocimiento. La cogió en brazos, besó hasta ahogarse los labios que ardían, y con una voz llena de una angustia contenida la llamó con los nombres más dulces: «Vuelve Elinor, estoy junto a ti, yo soy tu vida, tu amor. Vuelve, querida mía, me prometiste que yo te devolvería la salud. Deja nacer tu dulce espíritu, no puedes morir estando yo a tu lado».

Besó de nuevo sus labios, sus ojos, se inclinó sobre su cuerpo inanimado que agonizaba, contempló sus rasgos alterados pero siempre bellos, observó cada ligera convulsión, vio cambiar sus colores, lo cual indicaba que el momento de irse la vida se retrasaba todavía. En un momento dado, recobró el conocimiento y reconoció su voz. Una sonrisa, una última y bella sonrisa, erró sobre sus labios. Veló doce horas a su lado, hasta que ella se extinguió.

Capítulo X

Fue seis meses después del triste desenlace, del fin de las esperanzas que él mantenía desde hacía tanto tiempo, cuando le vi por vez primera.

Se había retirado a un lugar donde nadie le conocía, para poder dar rienda suelta a su aflicción con tranquilidad. La muerte de su querida Elinor había cambiado el mundo para él, y nunca más pudo volver a los lugares donde la había visto, donde su imagen asociada a las esperanzas más prometedoras lo había iluminado todo como una hoguera de alegría; ahora todo estaba sumido en una oscuridad más negra que la medianoche, desde el día en que Elinor, el sol de su vida, se había apagado para siempre.

Vivió un tiempo sin mirar jamás la luz del cielo, rodeando sus ojos de tinieblas sin fin, lejos de todo lo que le podía recordar lo que había sido. Pero cuando el tiempo llegó a dulcificar su pena, como auténtico hijo de la Naturaleza, supo encontrar el consuelo de sus desgracias en el goce de sus bellezas. Se había retirado a un rincón del país donde era totalmente desconocido, y donde no podía conversar más que con su corazón en la más profunda soledad. Encontró ayuda para su impaciente dolor en las brisas de los cielos y en los suspiros de las aguas y de los bosques. Encontró placer en montar a caballo. Este ejercicio distraía su mente y le daba ánimos. En un corcel veloz podía, por un momento, darse una tregua lejos de aquella imagen que le perseguía siempre: Elinor sobre su lecho de muerte, con sus hermosos rasgos alterados y el dulce aliento que la animaba disminuyendo poco a poco hasta apagarse. Durante meses, Woodville se había esforzado en vano en apartar ese atroz recuerdo que le obsesionaba sin cesar hasta el punto de convertirse en carga demasiado pesada para su alma agobiada, pero a caballo, la cadena que le ataba a esos recuerdos quedaba aniquilada. Si

entonces recordaba a su novia desaparecida, la veía radiante de belleza. Oía su voz, la imaginaba cazadora a su lado, y sus ojos brillaban al figurarse que contemplaba su rostro amado.

Le había visto varias veces pasar a caballo por el páramo, y me había sentido irritada al ver mi soledad perturbada. Hacía mucho tiempo que no había hablado más que con campesinos, y no me gustaba la sensación de que alguien de rango superior me descubriera. Además temía que esta persona me hubiese visto antes, que pudiera reconocerme y revelar mi engaño, lo cual me valió unas torturas jamás sufridas aún. Esos temores me aterrorizaban y me obsesionaban incluso en sueños.

Un día me encontraba sentada en el linde del pequeño bosque de pinos cuando Woodville pasó no muy lejos. Tan pronto como le advertí, me levanté precipitadamente para que no me viera y entré en el bosque. Mi movimiento brusco asustó a su caballo, que se encabritó y coceó tanto que desarzonó al jinete. El animal entonces se alejó al galope mientras el forastero quedaba en el suelo, sorprendido por su caída. No estaba herido, y un poco de agua fresca le permitió recuperarse enseguida. Me impresionó su extraordinaria belleza, y cuando habló para darme las gracias, la entonación dulce y melancólica de su voz me hizo llorar.

Tuvimos una breve conversación, y al día siguiente se detuvo delante de mi casita, y poco a poco se estableció una intimidad entre nosotros. Le parecía extraño ver a una persona del sexo femenino, tan joven —yo no tenía veinte años aún, visiblemente pertenecía a la capa superior de la sociedad, poseía todos los atributos que puede conferir una excelente educación—, viviendo sola en un páramo desolado, alguien cuya frente estaba fuertemente marcada por el sello del dolor, cuyos gestos y palabras revelaban que no estaban acordes con su corazón sino más bien prisioneros de pensamientos lejanos y de crueles sufrimientos. Además llevaba un extraño vestido que parecía de monja e indicaba que no me había

retirado del mundo por necesidad, sino para abandonarme al lujo de la felicidad en una reclusión voluntaria. Pronto se interesó mucho por mí, y sentado a mi lado, intentando alentarme, llegó a olvidarse a ratos de su propia pena. Y él no podía sino despertar el interés, aunque fuera de una persona cerrada para el mundo entero, que no esperaba más que la muerte, y no vivía más que con desaparecidos. Su belleza personal, su conversación radiante de sensibilidad e imaginación, la poesía que parecía fijada a sus labios y dotada del poder de imponer el silencio al aire mismo para hacerse oír mejor eran atractivos a los que nadie podía resistirse. Era más joven, menos desgastado, menos apasionado que mi padre, y en nada me lo recordaba. Sufría por una desgracia muy reciente cuyo moderado impacto, lejos de producir sentimientos inimaginables en otras circunstancias, parecía simplemente velar lo que de otra forma hubiese sido demasiado deslumbrador para mí. Yo hablaba cuando nos encontrábamos juntos, y sin embargo mi espíritu orientado hacia sí mismo se veía a veces arrastrado lejos por el rápido curso de sus propios pensamientos: levantaba mis ojos llenos de un brillo fugaz... y luego volvían aquellos recuerdos que no morirían jamás y que raras veces dormían, y entonces una lágrima enturbiaba mi vista.

Woodville intentaba sin tregua hacerme ver todo lo bello y feliz de este mundo. Por naturaleza, su espíritu estaba totalmente orientado hacia el bien y no hacia el mal, y esta disposición, propia para introducir alegría en el corazón mismo de los desesperados, iluminaba sus discursos. Hablaba de los maravillosos poderes del hombre, de su estado y de sus esperanzas, de lo que había sido y de lo que era, y cuando ya no podía dejarse guiar por la razón, su imaginación, como inspirada, ponía luz en la oscuridad que ocultaba el presente y el futuro. Le gustaba evocar lo que había podido ser la vida sobre la Tierra antes de la aparición del hombre, convertido este, por la evolución, en la extraña, compleja y gloriosa criatura que era ahora, cubriendo la Tierra con sus creaciones, concibiendo, mediante el poder de su espíritu, otro mundo más bello sobre la estructura visible de las cosas, sin olvidar todo el universo plasmado en sus escritos. Una bella creación, decía, que puede reivindicar su superioridad sobre el modelo, por haber

permitido que el bien y el mal fueran más fáciles de distinguir, el bien recompensado según el deseo de cada uno, y el mal castigado como ha de serlo todo mal: no por el dolor, inconcebible para el filántropo sin sublevación, sino por esa reclusión que le priva simplemente de sus cualidades maléficas. ¿Para qué matar una serpiente que ya no puede morder?

La poesía de su lenguaje y de sus ideas, que mis palabras traducen mal, me mantenía encadenada a sus discursos. Experimentaba un placer melancólico al oír sus inspiradas exposiciones, al captar un instante el brillo de su mirada, al sentir una efímera simpatía que me sacaba de mis cavilaciones, pero luego comprendía de nuevo que todo esto no era más que un sueño, una sombra sin realidad para mí. Mi padre me había abandonado para siempre, dejándome solo recuerdos que formaban una eterna barrera entre mis semejantes y yo. De hecho estaba excluida de su sociedad. Woodville, él, lloraba la muerte de su novia; otros lloraban otras desgracias que les habían tocado; pero lo mío estaba manchado de infamia y pecado. Una pasión prohibida y odiosa había vertido su veneno en mi corazón y alterado toda mi sangre, que, de ahora en adelante, ya no sería ese benéfico torrente de vida, sino una fría fuente de hiel, envenenada en su propio nacimiento.

Probablemente sea el exceso de locura lo que me hace creer que solo puedo estar sola, paria de la humanidad, sin afinidad alguna con hombre o mujer, excluida de la Naturaleza.

A veces, Woodville me hablaba de él. Contaba su corta historia de felicidad y de desgracia, y se extendía con pasión sobre su amor correspondido por Elinor.

«Ella era —decía— la aparición más deslumbrante que jamás conoció la Tierra. Había algo en su ademán franco, en su voz, en

cada movimiento de sus gentiles formas, que me mantenía en su poder, como si hubiese sido una criatura celeste que se hubiera dignado unirse a mí en una relación más exquisita que las que jamás conoció el hombre. Las penas huían ante ella, y su sonrisa parecía poseer el poder de la luz e irradiar en todas las oscuridades del espíritu. Su noble sonrisa se prodigaba aquí y allá, no como una belleza humana sino como un rayo de sol sobre un lago, unas veces luz, otras veces noche, y se desvanecía si se la intentaba retener para guardarla en el corazón para siempre. Yo vi desaparecer aquella sonrisa. ¡Ay de mí! Jamás hubiese podido creer que era Elinor quien moría si, en un momento en que yo le estaba hablando, ella no hubiese levantado sus ojos ya casi sumidos en las tinieblas, y si no hubiese aparecido durante un instante —incomparable en esta Tierra, más hermosa que un rayo de sol, más fugitiva, más veloz que el plumaje ondeante de un pájaro, deslumbrante como el rayo y al igual que este dándole luz a la noche—, si, repito, no hubiese aparecido, aunque débil y pálida, aquella sonrisa. Se fue, llevándose consigo toda mi alegría.»

Así era como las penas y las imágenes, inspiradas por la Naturaleza, que habitaban su espíritu, más bellas que al natural, llenaban nuestras conversaciones, mientras yo disimulaba mi dolor guardándolo en el secreto más absoluto. Si él por casualidad manifestaba su curiosidad, yo bajaba los ojos, mi voz se extinguía, y mi dolor manifiesto le convencía rápidamente de la conveniencia de alejar los pensamientos que había despertado. Sin embargo, introducía constantemente en su conversación palabras de consuelo, e intentaba sosegar mi desesperación con demostraciones de compasión y de simpatía profunda. «Los dos somos infelices —me decía—, os he contado mi triste historia, y juntos hemos llorado la pérdida de esa bella alma que tan cruelmente me ha abandonado. Pero vos ocultáis vuestro dolor. No os pido que me lo reveléis, pero decidme si yo os puedo consolar. Me parece extraordinario encontrar en este desierto a alguien como vos, tan solitario. Sois joven y bella, vuestros ademanes son refinados y seductores, y no obstante hay algo en vuestra melancolía y en la expresión de vuestra mirada que parece proscribiros del género humano. Perdonadme, os lo ruego, pero no puedo evitar expresaros por lo

menos una vez el gran interés que siento por vuestro sino.

»Nunca sonreís. Pronunciáis palabras en voz baja, como si tuvierais miedo del menor sonido que vais a emitir. Vuestro rostro jamás se libera de las señales de un dolor intenso y terrorífico. Yo he perdido para siempre a la compañera más adorable que jamás un hombre pudo poseer, que parecía más un espíritu superior, colocado por casualidad entre nosotros los humanos, que un miembro de nuestra especie. A pesar de todo, sonrío y a veces hablo olvidándome casi del cambio de destino que he sufrido. Pero vos... Vuestra triste expresión no cambia nunca. Vuestro pulso late, respiráis, y sin embargo parece que pertenecéis a otro mundo y a veces, perdonad la audacia de mis pensamientos, cuando me tocáis la mano, me sorprende sentir vuestro calor mientras toda la llama de vida parece apagada en vos.

»Cuando os miro veo las lágrimas que vertéis, las miradas dulcemente reprobatorias con las que rechazáis mis preguntas, la profunda simpatía que traduce vuestra voz cuando os hablo de mis penas. Todo ello incrementa mi interés por vos. Aquí estáis sin amparo. Os habéis apartado de la comunidad de los humanos, consumiéndoos en esta llanura salvaje, abandonada y desamparada. ¡Qué terrible calamidad debió de golpearos! No os apartéis de mí, no os pido que me la reveléis. Os ruego que me escuchéis y que os familiaricéis con la voz del consuelo y de la benevolencia. Si la piedad, la admiración, el noble afecto pueden alejaros de vuestra aflicción, dejad que intente conseguirlo. No puedo ver vuestro aire de profunda desgracia sin procurar llevaros hacia sentimientos más felices. Desarrugad vuestra frente, deshaceos de la austera melancolía de vuestra mirada, permitid que un amigo sincero y solícito, pues eso seré para vos, os traiga un alivio y un descanso momentáneo en vuestros sufrimientos.

»No penséis que quiero forzar vuestra confianza, no os pido más que vuestra paciencia. No mostréis sin cesar vuestro dolor sin explicarlo

jamás. Pronunciad una palabra de queja amarga y yo la apartaré con dulces exhortaciones... Os cuidaré con un bálsamo de compasión. No debéis cerraros a toda comunión conmigo, no me expliquéis por qué sufrís, pero decid esas solas palabras: “Soy desdichada” y os sentiréis aliviada como si, después de haber sido excluida un tiempo de toda relación por un mágico encanto, pudierais acceder de nuevo al círculo de la compasión humana.

»Os suplico que creáis en la gran sinceridad de mis palabras, y os pido que me tratéis como a un verdadero amigo. Prometed no olvidarme jamás ni proscribirme jamás sin motivo. Intentad más bien amarme como a alguien que dedicará toda su energía a haceros feliz. Consideradme amigo vuestro. Cumpliré con el deber que me corresponde, y si por un instante vuestros dolores y vuestras quejas pudieran expresarse, dejadme estar a vuestro lado para hablar de paz a vuestra alma afligida».

Relato estas exhortaciones con trazos débiles y no puedo expresar al mismo tiempo el tono y los gestos que las animaban. Al igual que una refrescante lluvia en un suelo árido, volvían a darme la vida, y aunque no dejé de mantener secreta su causa, él me llevó a desahogar mis amargas penas y arropar mi dolor con palabras de fuego y hiel. Con toda la energía del sufrimiento y de la desesperación, le conté cómo de golpe había pasado de la felicidad a la desgracia, cómo para mí ya no había alegría ni esperanza, y cómo solo la muerte, por muy amarga que fuera, podía poner fin a mi dolor. La muerte y su esqueleto debían de ser hermosos como el amor. No sé por qué me era dulce dirigir esas palabras a unos oídos humanos, y por muy irrisorio que me pareciera todo consuelo, me complacía ver cómo se me ofrecía con gentileza y benevolencia. Yo escuchaba con calma, y cuando él se callaba, yo daba rienda suelta a mi aflicción en unos términos que revelaban hasta qué punto mis heridas eran demasiado profundas para ser curadas.

Pero también empezaba a cosechar los frutos de mi perfecta

soledad. Me había vuelto incapaz de tener cualquier relación, incluso con Woodville, la persona más noble y más compasiva del mundo. Me había vuelto mezquina y desatinada, todo mi carácter se había resentido. Lo llamaba mi amigo pero consideraba todo lo que hacía con ojos suspicaces. Si no venía a verme a la hora indicada, me enfadaba, me enfadaba mucho, y le decía que si realmente tenía interés por mí, era de una manera fría que no convenía a una pobre criatura fatigada como yo, cuya profunda desgracia exigía mucho más que lo que su corazón terrenal podía ofrecerme. Y si en algún momento su comportamiento me parecía frío, le decía enojada:

«Estaba en paz antes de vuestra llegada. ¿Por qué venir a molestarme? Me habéis creado nuevas necesidades, me tratáis como si mi corazón os perteneciera. ¿No me veis tal como soy en realidad, una pobre oveja acorralada en la vertiente expuesta de la colina, a merced de todas las ráfagas? No necesito amigo ni compasión. Hui de vos, bien lo sabéis, y vos os habéis impuesto creándome esas nuevas necesidades que os dan, lo constatáis triunfalmente, poder sobre mí. ¡Ah! ¡Qué bello es el poder del cruel viento del Norte, que hiela las lágrimas que ha hecho correr! ¡No! No sufriré esto. Idos. El sol se levantará y se pondrá igual que antes, y me sentaré bajo los pinos o iré por la llanura con mis lamentos sin necesidad de que me escuchéis. Sois cruel, muy cruel, por tratarme de esa forma grosera, a mí que sangro por todos los poros de mi piel».

Entonces, cuando en respuesta a mis palabras amargas, veía sobre mí su expresión llena de una compasión auténtica, cuando le veía:

Gli occhi drizzo ver me con quel semblante,

che madre fa sopra figlioul deliro Paradiso.

Lloraba diciéndole: «¡Oh! Os pido perdón. Sois bueno y dulce, pero

yo no estoy hecha para vivir. ¿Por qué me obligan a vivir? ¿A arrastrar una tras otra esas horas, a mirar sin descanso los árboles meciendo sus ramas, a sentir el aire y sufrir la más viva agonía en todo lo que experimento? Mi cuerpo es sólido pero mi alma sucumbe a esos agudos tormentos. Mi única aspiración es la muerte, y por desgracia no la veo llegar. Vos, amigo compasivo, decidme cómo morir en la inocencia y la paz, y os bendeciré. Todo lo que puede desear una pobre miserable como yo es morir sin sufrir».

Pero las palabras de Woodville tenían una magia que, emanando de la compasión más dulce, me arrancaban de mí misma y de mi dolor, hasta que me sorprendía de mi propio egoísmo. Pero cuando él se iba, mi desesperación volvía y había que empezar de nuevo el trabajo de recuperación. Algunas veces, no deseaba verle en absoluto. Pensaba que después de haber abandonado los caminos de la vida y haberme entregado a esa larga reclusión, aunque podía soportar mi pena habitual y beber con resignación el amargo brebaje cotidiano, me había vuelto incapaz de experimentar nuevos sentimientos. La espera, la esperanza, el afecto estaban muy lejos de mí... lo sabía, pero en otros momentos perdía la cabeza y le echaba la culpa a él que lo merecía menos que nadie, y pensaba con humor que si su noble alma lo fuera un poco más y su noble simpatía un poco más vigorosa, podría arrancar al Maligno de mi corazón y hacerme más humana. «A sus ojos —pensaba— no soy más que un personaje de tragedia cuya actuación viene a contemplar. De vez en cuando, me da una contrarréplica para inducirme a una respuesta que le convenga mejor. Quizá esté ya preparando un poema en el que debo figurar. Para el no soy más que un personaje bufón mientras que para mí todo esto es la triste realidad. Él se aprovecha, y yo llevo todo el peso.»

Capítulo XI

Curiosamente, ocurre que las bendiciones se convierten en maldiciones con el uso; y yo, que en mi soledad había deseado la simpatía como único remedio aceptable, ahora la sufría como una tortura suplementaria.

Mientras vivía mi padre, yo siempre había manifestado una disposición afectuosa e indulgente, pero desde aquellos días de alegría, por desgracia, había cambiado mucho. Me había vuelto arrogante, irritable, y por encima de todo desconfiada. Y aunque todo el interés de mi relato ha llegado a su fin y debo contar rápidamente su triste desenlace, no obstante explicaré, a modo de ejemplo de mi desconfianza y desesperación, cómo Woodville, con su bondad y su poder casi angelical, dulcificó mi rudeza y me llevó a ser más amable.

Había prometido pasar algunas horas conmigo una tarde, pero una lluvia violenta e incesante se lo impidió. Me quedé sola toda la tarde. Había pasado dos años a solas sin quejarme, pero aquella vez me sentí desgraciada. No se preocupa realmente por mí, pensaba, pues en caso contrario la tormenta le hubiese incitado a venir y no hubiera impedido la visita prometida. Él debía saber que el cielo sombrío y esta lluvia oscura me agobiaban casi hasta la locura. Si hubiese hecho buen tiempo, hubiera añorado menos su ausencia, encerrada como estaba en esta miserable casita, con el pensamiento de mi desgracia por toda compañía. Si fuera realmente mi amigo, se le hubiera ocurrido todo esto. Ahora he de calibrar esa pretendida amistad y estimarla en su justo valor. Se ha recuperado de su dolor por Elinor, el país le resulta aburrido, está contento de verme para distraerse. Y cuando no sabe qué hacer, pasa aquí sus horas de ocio, y esto es lo que él llama amistad. Es cierto que su presencia es un consuelo para mí, que sus palabras son dulces, y que, cuando él

quiere, puede apartar de mí los pensamientos que me llevan a la desesperación. Sus palabras son dulces, a decir verdad tan dulces como la miel de las abejas, pero la abeja posee un dardo, y la maldad es una ponzoña peor que el veneno de un insecto. Haré una prueba. Dice que ha muerto toda esperanza para él, yo sé que ha muerto para mí, ambos pues estamos hechos para morir ya. Veré si quiere morir conmigo... y como me da miedo morir sola, veré si se atreve a acompañarme para animarme. Veré pues si puede actuar como amigo en la única forma que mi desgracia puede tolerar. Era una locura, creo, pero me hice tanto a la idea que no pude pensar en nada más. Si muere conmigo, perfecto, así acabarán dos seres miserables. Si no lo hace, ridiculizaré su amistad y beberé el veneno delante de él para que se avergüence de su cobardía. Preparé toda la escena con el corazón convencido, y me dediqué a ese proyecto con frenesí.

Conseguí láudano, lo puse en dos vasos sobre la mesa, llené de flores mi habitación y adorné la última escena de mi tragedia con el cuidado más escrupuloso. Al aproximarse la hora de su llegada, mi corazón flaqueó y me puse a llorar, no porque renunciara a mi proyecto sino porque sentía que, aun manteniéndose firme, el espíritu ha de pasar por varias revoluciones afectivas antes de poder beber su muerte.

Pero todo estaba preparado cuando llegó Woodville. Le recibí a la puerta de mi casa y lo llevé solemnemente a la habitación con esas palabras:

«Amigo mío, deseo morir. Estoy totalmente cansada de sufrir esta miseria de cada hora, y voy a deshacerme de ella. ¿Qué esclavo no intenta, si puede, escapar de sus cadenas? Mirad, estoy llorando. Desde hace más de dos años, jamás he podido disfrutar de un momento sin angustia. Muchas veces he tenido ganas de morir pero soy una verdadera cobarde. Es duro para una persona tan joven como yo, que una vez fue tan feliz como lo fui yo, privarse

voluntariamente de toda sensación e irse sola hacia una lúgubre tumba. No me atrevo. He de morir y sin embargo el miedo me hiela. Me detengo y me estremezco de horror y luego, durante meses, sufro infortunios en exceso. Pero ahora ha llegado el momento en que debo dejar la vida, tengo un amigo que no se negará a acompañarme en este sombrío viaje.

»Esa es mi petición. Con toda seriedad, os suplico y os imploro que muráis conmigo. Entonces volveremos a encontrar a Elinor, y lo que yo he perdido. Veis, estoy preparada. Aquí está el brebaje de la muerte, bebámoslo juntos y dejemos de buen grado y alegremente este ordinario curso de los días que odio. Os apartáis de mí. Sin embargo, antes de decirme no, pensad, Woodville, en lo dulce que será tirar lejos esta carga de lágrimas y dolores bajo la cual padecemos ahora. Con toda seguridad encontraremos la luz después de haber atravesado el oscuro valle. Este brebaje nos sumirá en un sueño apacible, y qué alegría ver, cuando despertemos, que miedos y dolores pertenecen al pasado. Un poco de paciencia y todo se acabará. Sí, un poquito de paciencia. Mirad, aquí está la llave de vuestra prisión, aquí, en nuestras manos. ¿No seremos más viles que unos esclavos si la rechazamos y nos entregamos libremente a la esclavitud? Mirad, tengo las mejillas rojas de placer solo de imaginar la muerte. Todo lo que amamos ya no existe. Venid, dadme la mano; dirigidme una mirada de simpatía alegre y juntos iremos a reunirnos con ellos. Un viaje que nos mecerá... cuyo destino nos traerá la felicidad, y en el que nuestro despertar será el de los ángeles. ¿Dudáis? ¿Acaso sois cobarde, Woodville? ¡Vamos! ¡Dejad ese aire confundido de compasión humana! ¡Ah! ¡Si supiera qué palabras emplear para describir el esplendor de la muerte, cómo os ganaría! Os digo que se acabaron nuestras vidas de pobres mortales. ¡Estamos a punto de convertirnos en dioses! Unos espíritus libres y felices como dioses. ¿Qué loco perdido en una ribera sin amparo, al ver a su amor haciéndole señales para que se reúna con él desde una isla de la otra orilla, se detendría con el pretexto de que las olas parecen oscuras y agitadas?

Qué importa esa ligera pena que se encuentra en el camino,

que hace temer al cuerpo endeble la amargura de la ola,

una breve pena, soportada con cordura,

sabrá conducirnos a ese largo reposo en el que duerme en

paz nuestra alma, tendida en la tumba.[137]

»¿Me habéis oído bien? He aprendido el lenguaje de la desesperanza. Lo conozco de memoria porque yo soy la desesperanza. Pero estas palabras son falsas, la ola quizá es oscura pero no es amarga. Nos echaremos, cerraremos los ojos deseándonos buenas noches, y al despertar ¡seremos libres! Venga, no tardéis más, ¡rezagado! ¡Mirad esa agradable poción! ¡Mirad! Soy un espíritu del bien que os invita, no una joven humana, cuya convincente voz os dice: "Venid y bebed".»

Al tiempo que hablaba, miraba fijamente su expresión, su maravillosa belleza, la celeste compasión que resplandecía en sus ojos. Su mirada amarga pero seria, llena de desaprobación y de sorpresa, hizo cambiar mis locas intenciones antes de que él hablara, y me llenó del pesar más dulce. Vi sus ojos húmedos cuando cogió mis manos entre las suyas, se sentó a mi lado y dijo:

»Es muy triste el acto al que me queréis conducir, amiga querida, y muy grande ha de ser vuestro pesar para llenar vuestro corazón con tan tristes pensamientos. Suspiráis por la muerte, aunque la teméis, y queréis que yo os acompañe. Pero tengo menos valor que vos, e incluso acompañado, no me atrevo a morir.

»Escuchadme, luego reflexionaréis para saber si debéis convencerme de vuestro proyecto, y si entonces la imperiosa elocuencia de vuestra desesperación puede hacer tan atractiva la negrura de la muerte que hasta los cielos luminosos parezcan oscuros. Escuchad, os lo ruego, las palabras de alguien que también alimentó pensamientos de desesperación, que esperó la muerte con un deseo

impaciente, pero que acabó pisoteando ese fantasma y aplastando el aguijón que le espoleaba. Vamos, al igual que habéis jugado el papel de la Desesperanza para mí, yo haré para vos el papel de Una[138] y os sacaré indemne de esa oscura caverna. Escuchadme y dejaos ablandar por palabras en las que no subsiste la menor preocupación por mí mismo.

»No sabemos lo que significa este vasto mundo, esa extraña mezcla del bien y del mal, pero fuimos colocados aquí donde se nos manda vivir y esperar. Aquí está el bien, y en la Tierra nuestra tarea es encontrarlo. Si la desgracia cae sobre nosotros, debemos combatirla, rechazarla y seguir buscando lo que por naturaleza deseamos. Ignoro si esta perspectiva de búsqueda del bien nos prepara para otra existencia, o si simplemente debemos, como los trabajadores de las viñas del Señor, aportar nuestro lote y allanar el camino para la posterioridad. ¿Y si fuera este el caso, si los esfuerzos de los virtuosos de hoy sirvieran para hacer más felices a los futuros habitantes de nuestro hermoso mundo? ¿Y si la labor de los que rechazan el egoísmo e intentan conocer la verdad de las cosas sirviera para liberar a los hombres de otra época, alejados aún de nosotros, pero que llegarán algún día, de la carga bajo la cual gimen los que hoy viven, y que como vos lloran amargamente? Y si no los liberan más que de uno de los males que son hoy día necesarios a la vida, la verdad es que yo no fallaré, y con toda mi alma ayudaré a esta tarea. Desde mi más tierna edad he pensado: seré virtuoso, dedicaré mi vida al bien de los demás, haré todo lo que pueda para extirpar el mal, y aunque el espíritu del mal tuviera que influir en las circunstancias y hacerme sufrir en el transcurso de mi tentativa, pues bien, mientras haya esperanza, y siempre ha de haberla, me pondré alegremente al trabajo».

»Tengo un poder del que mis compatriotas tienen muy buena opinión. ¿Creéis que siembro mis semillas en un terreno estéril, sin finalidad alguna? Creedme, jamás desertaré de la vida mientras la última esperanza no haya sido arrancada de mi corazón; creedme, mi labor forma una anilla en la cadena de oro mediante la cual todos debemos esforzarnos por arrancar la felicidad de su trono en

lo alto de las nubes, aún lejos de nuestro alcance, para que venga a habitar la Tierra junto a nosotros. Supongamos que Sócrates o Shakespeare hubiesen sido presa de la desesperanza y hubiesen muerto en su juventud, a la edad que yo tengo. ¿No pensáis que su destrucción hubiese hecho perder al mundo, tanto como a nosotros, un progreso inestimable hacia el bien y la felicidad? No soy uno de ellos. Influenciaron a millones de hombres. Pero si yo pudiese convencer a cien, o a diez, o aunque solo fuera a uno, para conducirlo de una forma u otra hacia el bien, esta alegría me recompensaría de mis penas, y aunque estas se multiplicasen hasta el infinito, la esperanza me ayudaría a soportarlas.

»En cuanto a los que no trabajan para la posteridad, o a los que, como yo quizá, lo hacen sin ser conocidos, pues bien, ellos también, creedme, tienen un deber.

»Os lamentáis porque sois desdichada. Buscáis la felicidad y os desesperáis porque no la encontráis. Pero si pudierais dar un poco de felicidad a alguien, si pudierais darle aunque solo fuera una hora de alegría, ¿no deberíais seguir con vida para hacerlo? Cada uno de nosotros posee este poder. ¡Los habitantes del mundo sufren tanto! En las ciudades populosas, en las llanuras cultivadas, en las montañas desiertas, el dolor se halla sembrado en abundancia, pero si podemos arrancar aunque solo sea una de esas malas hierbas para plantar en su lugar una semilla de trigo o una bella flor, eso ha de sernos suficiente para rechazar el suicidio. No abandonemos nuestra tarea mientras subsista la menor esperanza.

»En realidad, no me atrevo a morir. Tengo una madre de la que soy el apoyo y la esperanza. Tengo un amigo que me quiere como a su propia vida y cuyo corazón heriría mortalmente si le abandonara como un ingrato. No moriré, y vos tampoco, amiga mía. ¡Valor! Detened esas lágrimas, os lo suplico. ¿No sois joven, y bella, y buena? ¿Por qué desesperaros? O si desesperáis por vos, ¿por qué desesperar por los demás? Si jamás podéis ser feliz, ¿no podréis

ofrecer jamás la felicidad? Creedme, si vierais en unos labios pálidos de dolor una sonrisa de alegría y de gratitud que, sin vos, nunca hubiese existido, sentiríais una felicidad tan pura y ardiente que os darían ganas de vivir más y más para experimentarla de nuevo.

»Bien, veo que ya os habéis deshecho de esas tristes reflexiones a las que os habíais abandonado con frenesí. Contemplaos en ese espejo.

»Cuando he llegado, teníais la frente arrugada, los ojos hundidos en las órbitas, los labios estremecidos. Vuestras manos temblaban violentamente cuando las cogí. Ahora, todo está tranquilo. Estáis afligida y se lee el dolor en las facciones de vuestra cara, pero es noble y sereno. Me permitís arrojar ese brebaje maldito. Sonreís. ¡Oh! Felicitadme, triunfa la esperanza y he hecho el bien.»

Débiles son las palabras que repito, pero fueron realmente palabras de fuego, y produjeron en mí una ardiente esperanza —yo, pobre miserable, ¡tener esperanza!— que hirvió en mis venas como el placer.

Se fue después de muchas horas, no sin haber hecho progresar antes la chispa que había hecho nacer, y alimentado, con una mano angélica, el retorno de algo que se parecía a la alegría. Se marchó pero me quedé serena, saludando al cielo sembrado de estrellas y a la tierra húmeda de rocío con ojos de amor, y deseándoles las buenas noches. Dormí tranquila, visitada por sueños que fueron los primeros en hablarme de alegría después de tantos meses.

Esa tregua solo fue pasajera, y mis antiguos hábitos volvieron, pues estaba condenada a sufrir mientras estuviera con vida. Al dolor natural por la muerte de mi padre y a su horrible causa, se añadía

la imaginación, que multiplicaba el mal. Me creía manchada por el amor ilícito que había inspirado, me creía criatura maldita, proscrita por el género humano; pensaba que, cual otro Caín, llevaba en la frente un estigma que avisaba a mis semejantes de que había una barrera entre ellos y yo. Woodville me había dicho que la expresión de mi cara me daba el aspecto de pertenecer a otro mundo. Así pues había notado ese signo. Aquí estaba, ese estigma que mostraba al mundo que había en mi alma lo que ningún silencio sabría acallar lo suficiente. ¿Por qué, a partir de aquel instante fatal y diez veces maldito, no me rodeó una espesa niebla, y una nube negra no me separó de mis semejantes para que no se me pudiera ver más? ¿Para que, a mi paso de nubarrón tenebroso cargado de deshonra, no se me pudiera reconocer más que por el estremecimiento helado que haría nacer y que indicaría con toda seguridad que algo impío estaba merodeando por allí? Entonces hubiese vivido en ese lúgubre páramo sin recibir la más mínima visita, y no hubiera destruido a nadie con mi presencia sacrílega. ¡Ay de mí! En realidad creo que, si la perspectiva cercana de la muerte no hubiese disminuido y debilitado mi amargura, si hubiese vivido unos meses más de la forma en que vivía, con el cuerpo fuerte pero el alma corrompida por un mortal cáncer en su corazón mismo, si día tras día me hubiesen atado esos espantosos pensamientos, me hubiese vuelto loca y me hubieran tomado por una plaga viviente. Tal era el horror que inspiraban a mis elucubraciones solitarias este cuerpo, esta voz, y todo lo que se manifestaba de mi miserable persona. ¿Pues acaso no era yo la fuente misma de toda esa culpabilidad a la que había que dar un nombre?

Todo eso era superstición. Mis pensamientos no eran tan locos al principio, cuando supe que el nombre de mi padre iba a ser una maldición para mí. Mi vida solitaria era la que me inspiraban esos devaneos. Pero cuando vi que Woodville, día tras día, intentaba ganar mi confianza y yo no lograba relatar mi sombría historia, entonces experimenté con mucha más fuerza el miedo aplastante de ser realmente una criatura maldita, una paria destinada a morir.

■

137 Spencer, Fairy Queen Book. Canto 9. (N. de la T.)

138 Personaje del libro de Spencer Fairy Queen, que representa la verdadera religión. (N. de la T.)

Capítulo XII

Constantemente obsesionada por estas ideas, os podréis imaginar fácilmente que no fui sensible más que de una forma efímera a la influencia de las palabras de Woodville, y aunque dejé de acusarle de villanía, volví a sentirme a pesar de todo tan desdichada como antes.

Poco después de este incidente nos separamos. Supo que su madre estaba enferma y corrió a su lado. Había venido a despedirse de mí, y paseamos por el páramo una última vez. Prometió volver para verme, me ordenó distraerme y estimular todo pensamiento feliz hasta que el tiempo y la energía moral acabaran con mi sufrimiento y pudiera volver a la sociedad de los hombres.

«Antes que cualquier otra exhortación de mi parte —me dijo— respetad y seguid esta: no se debe desesperar. Este es el abismo más peligroso, al borde del cual estáis siempre oscilando. Debéis asegurar vuestros pasos y adoptar la esperanza como guía. Tened esperanza y vuestras heridas estarán ya medio curadas. En cambio, si os obstináis en la desesperación, nunca más habrá alivio para vos. Creedme, querida amiga, hay una alegría que pueden ofrecer el sol, la tierra y todas sus hermosuras, y que algún día experimentaréis. La felicidad reparadora del amor vendrá a visitar vuestro corazón y deshacer el sortilegio que os ata a la desgracia. Entonces os sorprenderéis de haber tenido los ojos cerrados en esa larga noche que os abruma. No me atrevo a esperar haberos inspirado suficiente interés para que mi recuerdo y el afecto que siempre os guardaré puedan dulcificar algún día vuestra melancolía y disminuir la amargura de vuestras lágrimas. Pero si mi amistad puede incitaros a mirar la vida con menor aversión, tened cuidado en no ofenderla con vuestra desconfianza. El amor es un fuego fatuo que pronto queda herido por los celos brutales. Conservad, os lo suplico, la

firme convicción de mi sinceridad en lo más profundo de vuestro corazón, fuera del alcance de los vientos pasajeros que podrían enturbiar su superficie. El sufrimiento os hace cambiar de humor y el curso de vuestros pensamientos se ve agitado a veces, me temo, por causas indignas. Dejad que vuestra confianza en mi simpatía y en mi amor crezca, no dejéis que se altere por estas turbulentas idas y venidas que, cuando ya no os afecten, dejarán intacto vuestro cariño.»

Tales fueron, entre otras, las últimas lecciones de Wood-ville. Lloré al escucharle, y después de un adiós lleno de cariño, le seguí con la mirada hasta ver desaparecer a lo lejos la última imagen de mi consuelo en la Tierra. Había insistido en acompañarle por el páramo hasta el pueblo donde vivía. El sol estaba todavía alto cuando me dejó y volví hacia mi casa.

Era uno de los últimos días de septiembre, cuando las noches se hacen más frías, pero el tiempo estaba sereno, y no me invadió ninguna meditación malsana durante mi camino. Pensaba con gratitud en Woodville cuya partida no me causaba la menor amargura, y no podía explicarme el por qué. Quizá después de un golpe tan fuerte, los demás cambios se habían hecho insignificantes para mí. Caminaba preguntándome cuándo llegaría el momento en que los cuatro nos volveríamos a encontrar, mi amado padre devuelto a mí en un dulce paraíso. Imaginaba un río delicioso como aquel en cuyas orillas Dante describe a Mathilda cogiendo flores, y que todavía corre...

Bruna, bruna,

sotto l'ombra perpetua, che mai

raggiar non lascia sole ivi, né luna.[139]

Me repetía el bello fragmento que describe la entrada de Dante en el Paraíso, y pensaba que me sería dulce ver, paseando por esas deliciosas orillas, a mi padre, perdido todo este tiempo, descendiendo del carro de la luz, para serme devuelto. Inmóvil, a la espera de ese momento, pensaba en la manera en que, con las bellas flores que allí crecían, trenzaría una guirnalda y una corona para celebrar mi alegría. Cantaba Sul margine d'un rio, la canción favorita de mi padre, pensando que mi voz, deslizándose en el aire, le avisaría, allí donde se encontraba esperando el momento de nuestra unión, de la llegada de su hija. Entonces la marca de la desgracia habría desaparecido de mi frente, y levantaría los ojos sin temor para encontrar los suyos que tendrían para siempre el brillo de un amor inocente. E imaginándome el esplendor mágico de sus ojos profundos, lloré, pero con suavidad, por temor a que mis sollozos interrumpieran aquella escena mágica.

Estaba tan absorta en esta meditación que seguí andando sin vigilar mis pasos, hasta detenerme realmente para coger una flor en aquella llanura árida donde apenas crecía alguna. Entonces desperté de mi sueño diurno sin saber dónde me encontraba.

El sol se había puesto, y el tinte rosado que había dado a las nubes en su caída casi había desaparecido; el viento barría la llanura. Miré a mi alrededor sin que el más mínimo objeto pudiera indicarme dónde estaba. Me había perdido, y en vano busqué mi camino. Seguí avanzando sin rumbo pero la noche que caía hacía confusas todas las huellas que hubiesen podido guiarme. Finalmente, todo quedó oculto en la profunda oscuridad de la noche más negra. Me sentí cansada, y sabiendo que mi criada iba a dormir aquella noche en el pueblo vecino, y que nadie se preocuparía por mi ausencia, y sintiéndome además, en aquel lugar perdido, protegida de toda intrusión, decidí pasar la noche donde estaba. De hecho, estaba demasiado cansada para seguir adelante. El aire era helado pero no me preocupaba, creyéndome endurecida contra la intemperie por aquellos dos años de soledad en que ningún cambio de tiempo había impedido mis repetidos paseos.

Me acosté sobre la hierba, rodeada por una oscuridad que ningún rayo de luz penetraba. No se oía ningún ruido: la noche profunda había hecho dormir a los insectos, únicas criaturas vivas que podían encontrar cobijo bajo los árboles en aquel lugar aislado. En el aire había un silencio maravilloso que calmó mis sentidos y reavivó mi alma, mientras mi espíritu parecía abrazar la eternidad saltando de una imagen a otra. Todo era confuso pero tranquilo en mi corazón, mis ideas se hicieron imprecisas y acabaron desvaneciéndose en el sueño.

Cuando desperté, estaba lloviendo: yo ya estaba empapada, sentía mis miembros rígidos y la cabeza me daba vueltas a causa del frío de la noche. La lluvia era fina y penetrante. Mi pelo húmedo y frío se me pegaba al cuello y me cubría en parte la cara. Apenas tuve fuerzas para apartar con un dedo el largo mechón tieso que caía sobre mis ojos. La oscuridad, en gran parte, se había desvanecido, y al Este, donde las nubes estaban menos densas, se veía la luna detrás de las nubes grises:

Allí detrás está la luna y es luna llena,

pero me parece pequeña y sin lustre...

Su presencia me dio esperanza para encontrar mi camino gracias a ella, pero me faltaba energía, y pasaron muchas horas hasta que pude llegar a la casita, arrastrando los pies lentamente, descansando a menudo sobre el suelo húmedo, incapaz de avanzar.

Insisto particularmente sobre esta noche, pues precipitó la última escena de mi tragedia, que de lo contrario hubiese podido destejerse en el transcurso de años de innumerables desdichas. Me encontraba muy mal al llegar, y totalmente incapaz de quitarme la ropa mojada pegada al cuerpo. Cuando llegó por la mañana, mi criada me encontró casi sin vida, echada en el suelo de mi habitación, presa de una fuerte fiebre.

Estuve enferma mucho tiempo, y cuando me recuperé del peligro inmediato de la fiebre, se manifestaron todos los síntomas de una rápida consunción. Durante algún tiempo lo ignoré, atribuyendo mi excesiva debilidad a las consecuencias de la fiebre. Pero mis fuerzas menguaron cada vez más. Cuando llegó el invierno, empecé a toser, y mis mejillas hundidas, pálidas, se pusieron a arder con una fiebre héctica. Uno tras otro, esos síntomas me afectaron, y me convencí de que el momento tan deseado por fin iba a llegar y que iba a morir. Estaba sentada junto al fuego, el médico que me atendía desde que contraje la fiebre acababa de irse, y miré la receta, que prescribía digitalis purpurea sobre todo.

«¡Ah! Ya veo lo que es, pensé, qué extraño que me haya equivocado tanto tiempo. Voy a morir de una muerte inocente, y esta muerte será más dulce todavía que el opio.»

Me levanté y caminé lentamente hacia la ventana, la extensa llanura estaba cubierta de nieve. Resplandecía bajo los rayos del sol que brillaba en el aire puro y helado. Algunos pájaros picoteaban unas migas debajo de mis ventanas. Esbocé una sonrisa de serena alegría y, en mis pensamientos, que seguían el orden dictado por la costumbre de una larga soledad, como si yo les diera forma de frases, me dirigí de la forma siguiente a la escena que tenía ante los ojos:

«¡Te saludo, sol maravilloso, y tú, blanca tierra, bella y fría! Quizá no te vuelva a ver nunca más con todo tu verdor, y las deliciosas flores de la próxima primavera florezcan sobre mi tumba. Voy a dejarte: pronto este vivo espíritu que se agita siempre entre vagas formas e ideas extrañas, espíritu que no te pertenece, habrá emprendido el vuelo hacia otros lugares, y este cuerpo demacrado reposará inanimado en tu seno:

... Atrapado en la ronda diurna de la Tierra,

entre las rocas, las piedras y los árboles...

»Pues todo continuará para Ti, a quien el artista llama nuestra madre universal, cuando me haya ido. Yo te he amado, y en mis días de alegría igual, que en los de pena, he poblado tus soledades con insensatas quimeras de mi invención. Los bosques, los lagos, las montañas que he amado están ligados para mí a mil pensamientos. ¡O tú, sol! Has bañado con tu sonrisa y has tomado parte en todas esas fantasías que solo mi corazón encierra y que desaparecerán junto con él. Tus soledades, dulce llanura, tus árboles y tus aguas existirán siempre, siempre agitadas por los vientos bajo el ojo del mediodía; pero todo lo que he sentido por ti, y todos esos sueños que muchas veces te han deformado extrañamente, perecerán conmigo. Seguirás existiendo para reflejar a otros espíritus, y seguirás siempre igual a tíimisma, aunque los reflejos de tu apariencia adopten mil maneras, variables como los corazones de los que te miran. Uno de esos frágiles espejos que siempre adoró tu imagen se quebrará pronto y quedará convertido en polvo. Pero la siempre fértil Naturaleza creará otro, y luego otro más, y no perderás nada con mi destrucción. Siempre serás tú misma.

»Recibe pues el adiós agradecido de una sombra fugitiva a punto de desaparecer, que te deja en la alegría, con una última mirada de gratitud y afecto. ¡Adiós cielos, campos y bosques, exquisitas flores que crecéis aquí, adiós montañas y ríos! ¡Adiós aire perfumado y fuerte viento del Norte, a todos, un último adiós!

»No verteré más lágrimas pues mi tarea está casi cumplida, y voy a ser recompensada de mi larga carga de sufrimiento. Bendice a tu hija en la muerte como yo te bendigo, y déjame dormir en paz en mi tumba de silencio.

»Noto la muerte al alcance de mi mano y estoy serena. Ya no desespero sino que miro a mi alrededor con un cariño apacible. Encuentro dulce observar el ocaso progresivo de mis fuerzas y repetirme: un día más, uno más, y sin embargo no volveré a ver las hojas rojas del otoño.

»Estaré con mi padre mucho antes.

»Me alegro de que Woodville no esté conmigo, pues quizá se sentiría apenado, y no deseo ver más que sonrisas en la postrera escena de mi vida. En mi última carta, le hablé de mi enfermedad, pero sin revelarle su carácter mortal, por temor a que creyera que su deber era visitarme. Me da miedo en efecto que las lágrimas de la amistad destruyan la paz bendita de mi alma. Me satisface poner en orden todos los pequeños detalles que se presentarán cuando ya no esté. En realidad, estoy enamorada de la muerte. Ninguna novia contempló con más gozo su atuendo de boda que yo al imaginar mi cuerpo envuelto en el sudario. ¿No es acaso mi vestido nupcial? Solo él me reunirá con mi padre, en una unión sin fin en la que nunca más estaremos separados.

»No me extenderé sobre los últimos cambios sufridos en el ocaso final de mi vida, ocaso rápido pero sin dolor. Experimento un extraño placer. Esos días de paz son los primeros que me visitan en muchos años. Se acabó el agotamiento de mi pobre corazón por lágrimas amargas y gemidos furiosos, también se acabó el atribuir mis sufrimientos y miserias al Sol, a la Tierra y al Aire. Estoy esperando la conclusión de una vida que me fue tan dulce como amarga. No muero sin haber gozado de la vida. ¡Fui feliz durante dieciséis años, y en los primeros meses del retorno de mi padre, disfruté siglos de felicidad! Pero a decir verdad, en el dolor envejecí. Mis pasos son inseguros como los de la vejez. Me he vuelto irritable e inepta para la vida. Y después de algo más de veinte años sobre esta tierra, heme aquí más preparada para mi estrecha tumba que mucha gente que alcanza el término normal de su vida.

»Desfilan y vuelven a desfilar, en mi recuerdo, las diferentes escenas de mi corta vida. Si el mundo es un teatro y no soy más que una actriz, mi papel fue extraño, y desgraciadamente trágico. Prácticamente desde mi más tierna edad fui privada de todas las manifestaciones de afecto que suelen recibir los niños. Entregada a mis solos recursos, mis entretenimientos fueron, si así puedo decirlo, anormales, porque eran sueños y no realidades. Veía la Tierra como una linterna mágica, y yo era espectadora, oyente, pero no actriz. Luego llegó la era de felicidad a mi existencia, felicidad que regeneró mi alma. Volvió mi padre, y pude derramar mis cálidos afectos en un corazón humano. Un Sol nuevo y una Tierra nueva habían nacido para mí. ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Pero ay de mí! ¡Qué dolor! Mi éxtasis fue más rápido que el movimiento de un rayo de sol en la montaña, que descubre sus claros y sus bosques para luego dejarla oscura y vacía; a mi felicidad sucedieron la locura, la angustia, y finalmente la desesperanza.

»Tal es el drama de mi vida plasmado ahora en el papel. Fueron necesarios tres meses para llevar a cabo esa tarea. El recuerdo de la desdicha hizo surgir las lágrimas, el recuerdo de la felicidad abrasó mi corazón con un dulce calor, viva imagen de esa alegría. Ahora mis lágrimas se han secado, el fuego se ha apagado en mis mejillas, y con esas pocas palabras de despedida que os dirijo, Woodville, acabo mi obra, la última que llevaré a cabo.

»Adiós, mi único amigo en el mundo. Vos sois el único lazo que me ata a la vida y que rompo ahora. Dejaros no me hace daño, y nuestra separación tampoco deberá afectaros. Nunca me habéis considerado como alguien de este mundo, sino más bien como un ser que fue enviado desde el reino de las sombras, como penitencia, para pasar unos días de llanto en la Tierra, languideciendo por volver hacia su origen. Lloraréis, pero vuestras lágrimas serán lágrimas de simpatía. Si yo pensara que ello puede atenuar vuestro pesar, os diría que sonriáis y me felicitéis por dejar esa pena que me habéis visto sufrir. Os diría, Woodville: ¡alegraos junto con vuestra

amiga, hoy triunfo y soy totalmente feliz! Pero desconfío de estas expresiones que bien podrían no consolar a los vivos. Lloran por su propia miseria y no por la del ser que han perdido. No, verted las lágrimas de uso que se deben a mi recuerdo, y si algún día lloráis sobre mi tumba, coged allí una flor y conservadla sobre vuestro corazón. Pues vuestro corazón es el único sepulcro donde descansará todo recuerdo mío.

»Mi muerte se aproxima a grandes pasos, y vos no estáis aquí para ver cómo mi alma emprende el vuelo hacia su última morada. No lo deploréis. La muerte es cosa demasiado espantosa para los vivos, es una de aquellas adversidades que hieren pero no purifican el corazón, es un dolor tan terrible que no hace más que endurecer y debilitar todo sentimiento. Es tan espantosa como aquella hora en que perseguí a mi padre hacia el océano para encontrar únicamente su cuerpo sin vida... aunque, para mi salvación, prefiero aquello que ver sus sentidos apagándose uno a uno, su pulso debilitándose, su sueño desapareciendo, como si mi mirada le arrancase la vida; o ver la vida deteniéndose todavía en sus miembros, sabiendo que pronto los dejaría, o bien sentir su aliento cálido escapando de sus labios, sabiendo que pronto estos iban a estar fríos. No seguiré describiendo este horrible cuadro. Vos habéis sufrido en una ocasión esa tortura, yo no. Algunas veces este recuerdo os llenó el corazón de una amarga desesperación, mientras de otra forma, hubieseis sufrido una pena mucho más dulce.

»Así pues, día tras día voy debilitándome y la vida vacila en mi cuerpo agotado como una lámpara a punto de quedarse sin aceite. Ahora contemplo el feliz sol de mayo. Fue en mayo, hace cuatro años, cuando vi por primera vez a mi amado padre; fue en mayo, hace tres años, cuando mi locura destruyó al único ser que yo debía amar. Mayo ha vuelto y yo muero. Hace pocos días fue el aniversario de nuestro encuentro y, desgraciadamente, de nuestra eterna separación.»

Después de un día de mortal emoción me las arreglé para poder contemplar otra vez el rostro de la Naturaleza. Hice que me llevaran a los prados a unas leguas de la casita. Estaban cortando la hierba y olía a heno en los campos. La Tierra entera parecía nueva y sus habitantes felices. La noche se aproximaba, miraba la puesta del sol. Hace tres años, el mismo día, a la misma hora, brillaba entre las ramas y las hojas del bosque de hayas, y sus rayos bailaban sobre la cara del que yo contemplaba por primera vez. Ahora veía ese astro divino dorando todas las nubes con un esplendor extraordinario, cayendo tras el horizonte y desapareciendo de un mundo en el que ya no está el que busco, para irse hacia otro en el que tampoco está. ¿Por qué derramo esas amargas lágrimas? ¿Por qué mi corazón se esfuerza en vano en rechazar esta cruel angustia que le invade igual que las aguas vienen a cubrir el mar? Dejo este mundo donde él ya no está, para encontrarle pronto en el otro.

Adiós, Woodville, pronto la hierba verdeará sobre mi tumba y las violetas florecerán. En ella están mis esperanzas. Las vuestras son de este mundo: ojalá se cumplan.

■

139 Dante. «El Purgatorio». Canto 28. (N. de la T.)

colecciónotraslatitudes

Este libro reúne por primera vez tres apasionadas novelas de «la extraordinaria pareja» formada por una madre y su hija: Mary Wollstonecraft y Mary Shelley, precedidas de una valiosa introducción de Janet Todd, especialista en la obra de Mary Wollstonecraft y Jane Austen.

El núcleo de las tres obras es la exploración en torno a la identidad y a la subjetividad femeninas, atrapadas en el «círculo mágico» de la feminidad convencional y de la claustrofóbica unidad familiar. Tanto *Mary* como *Mathilda* son obras pasionales e introspectivas. *Maria* es una novela con más conciencia social que destaca por la manera en que pasa de la experiencia inmediata de la autora a mostrar los complejos infortunios de mujeres de diferentes clases. Está considerada el texto feminista más radical de la Wollstonecraft y supone una extensión de su famosa *Vindicación de los derechos de la mujer.*

Las dos escritoras, especialmente Mary Shelley (autora de *Frankenstein*), dotan a sus novelas de un marcado carácter autobiográfico. Sus páginas nos llevan a lo mejor del Romanticismo inglés: en ellas nos encontraremos con la Naturaleza, con relaciones apasionadas y con esa pulsión suicida tan propia de la época.

Nórdicalibros

Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.

BIC: FA
ISBN 978-84-92683-56
9 788492 683567